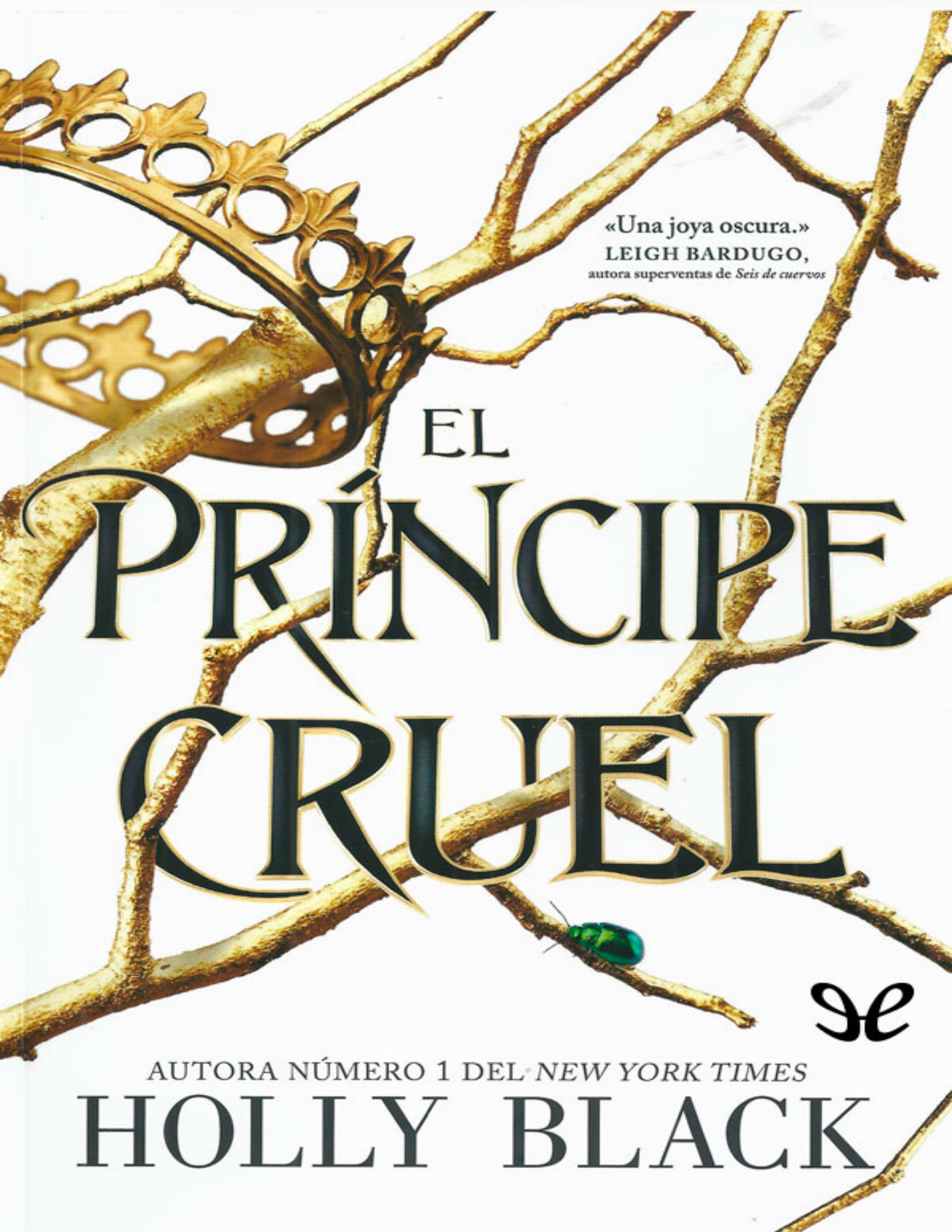
«Una joya oscura.»
LEIGH BARDUGO,
autora superventas de *Seis de cuervos*

EL PRÍNCIPE CRUEL



AUTORA NÚMERO 1 DEL *NEW YORK TIMES*

HOLLY BLACK

Jude tenía siete años cuando sus padres fueron asesinados y, junto con sus dos hermanas, fue trasladada a la traicionera Corte Suprema del Reino Feérico. Diez años más tarde, lo único que Jude desea, a pesar de ser una mera mortal, es sentir que pertenece a ese lugar. Pero muchos de los habitantes desprecian a los humanos. Especialmente el Príncipe Cardan, el hijo más joven y perverso del Alto Rey.

Para hacerse un hueco en la Corte, Jude deberá enfrentarse a él. Y afrontar las consecuencias. Como resultado, se verá envuelta en las intrigas y engaños del palacio, ademas de descubrir su propia habilidad para el derramamiento de sangre. Al tiempo que la guerra civil amenaza con arrasar las Cortes Feéricas, Jude se verá obligada a poner en riesgo su propia vida con una peligrosa alianza para tratar de salvar a sus hermanas, y al propio reino.

Holly Black

El príncipe cruel

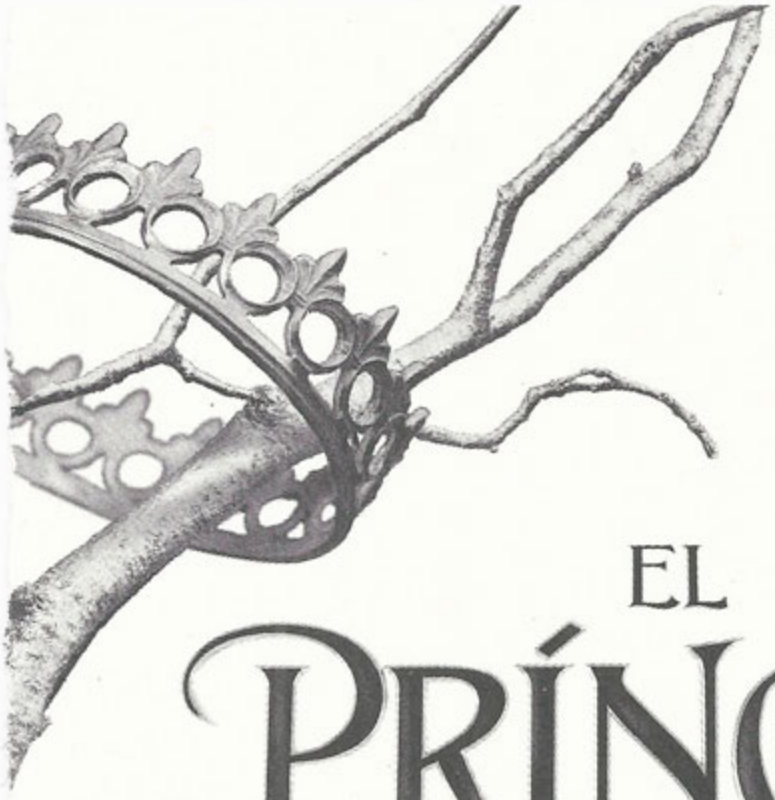
Los habitantes del aire - 1

ePub r1.0
Titivillus 04.02.2021

Título original: *The Cruel Prince*
Holly Black, 2018
Traducción: Jaime Valero Martínez
Ilustraciones: Kathleen Jennings

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

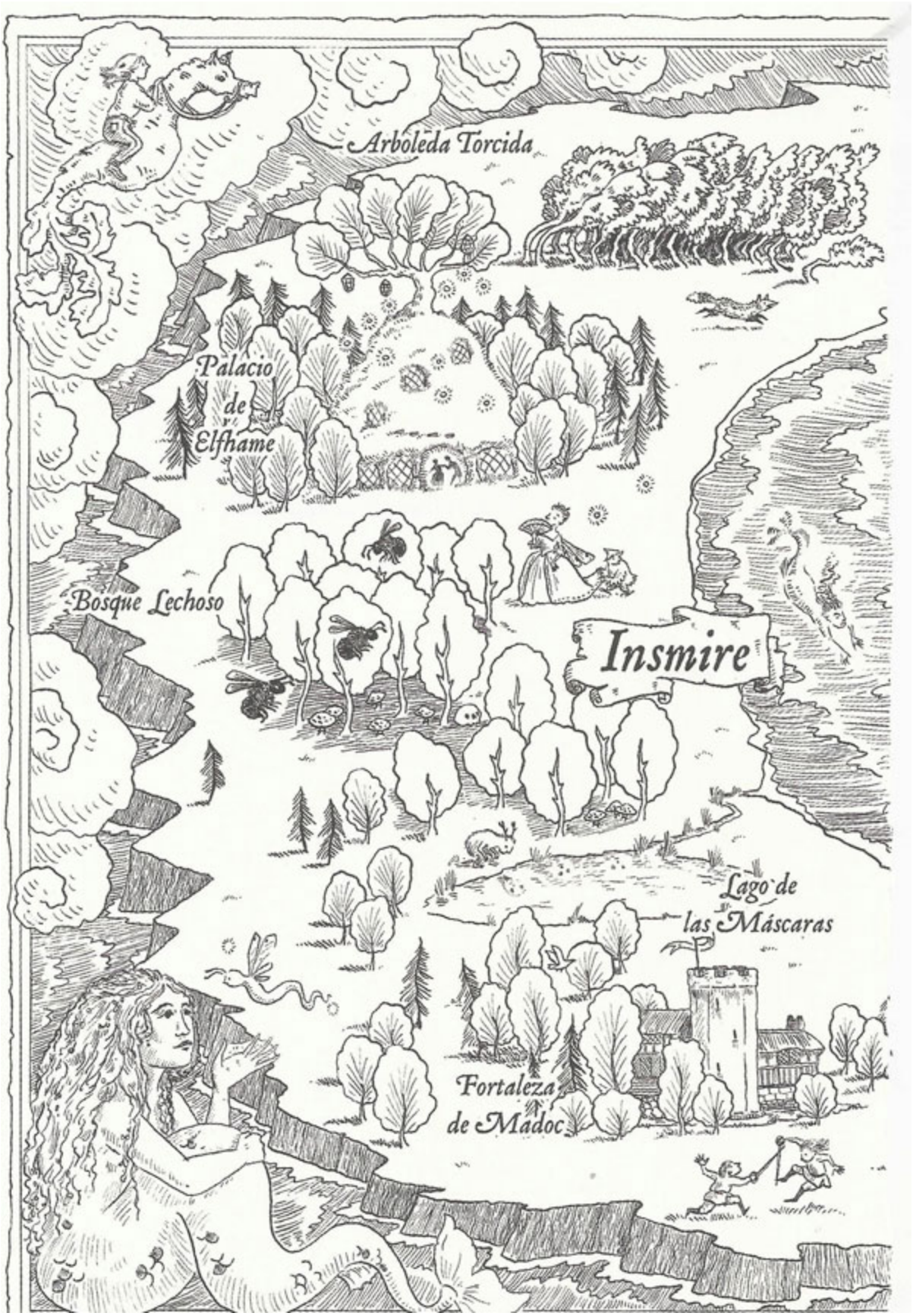
Para Cassandra Clare, que por fin ha recibido la llamada de Faerieland.

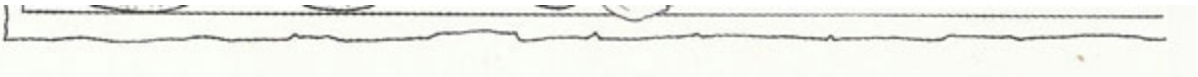


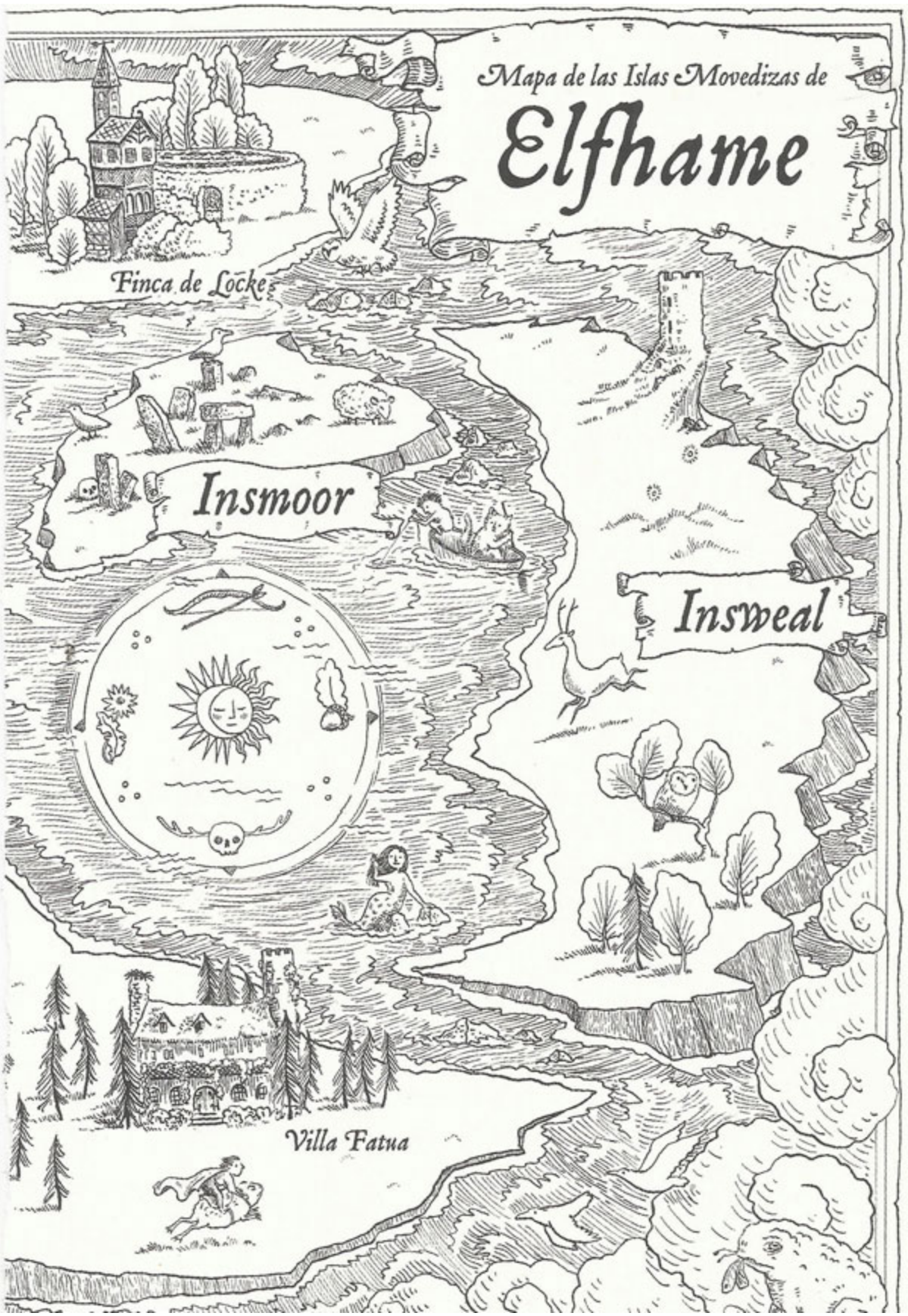
EL PRÍNCIPE CRUEL

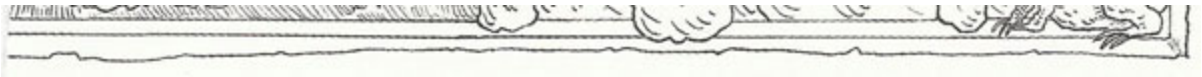
HOLLY BLACK

Traducción de Jaime Valero Martínez


Arboleda Torcida
Palacio de Elfhame
Bosque Lechoso
Insmire
Lago de las Máscaras
Fortaleza de Madoc



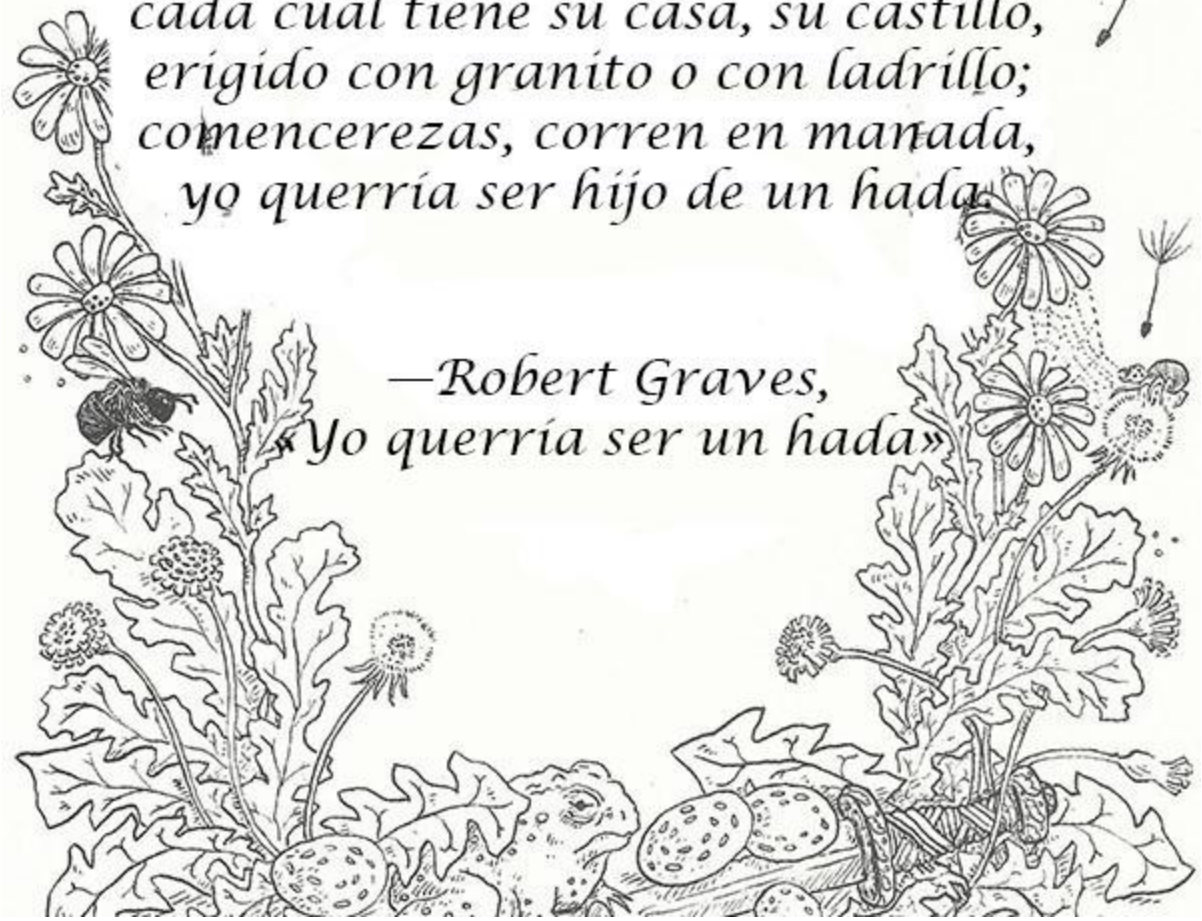

Mapa de las Islas Movedizas de
Elfhame
Finca de Locke
Insmoor
Insweal
Villa Fatua



Libro primero

Los hijos del linaje mágico
no precisan abrigo ni hábito,
no requieren cobijo ni alimento,
sus deseos se cumplen al momento:
riqueza y abundancia aseguradas,
casarse a una edad temprana.
Los niños de las hadas poseen
ponis y ovejas, de cada uno diez;
cada cual tiene su casa, su castillo,
erigido con granito o con ladrillo;
comencerezas, corren en manada,
yo querría ser hijo de un hada.

—Robert Graves,
«Yo querría ser un hada»



PRÓLOGO

Durante una apacible tarde de domingo, un hombre ataviado con un abrigo largo y oscuro titubeó ante una casa que estaba en una calle arbolada. No había aparcado ningún coche, tampoco había venido en taxi. Ningún vecino lo había visto caminando por la acera. Apareció sin más, como surgido de entre las sombras.

El hombre se acercó a la puerta y alzó el puño para llamar.

En el interior de la casa, Jude estaba sentada en la alfombra del salón mientras se comía unos palitos de pescado, que estaban pastosos tras su paso por el microondas y embadurnados con una capa de kétchup. Su hermana gemela, Taryn, estaba durmiendo la siesta en el sofá, acurrucada bajo una manta, con el pulgar metido en la boca manchada de ponche de frutas. En el otro extremo del sofá, su hermana mayor, Vivienne, estaba contemplando la pantalla del televisor, manteniendo fijas sus singulares pupilas rasgadas sobre el ratón de dibujos animados que huía de un gato. Se rio cuando parecía que el roedor estaba a punto de ser devorado.

Vivi no era la típica hermana mayor, pero como Jude y Taryn eran dos niñas idénticas de siete años —con el mismo pelo castaño y enmarañado, y el mismo rostro de pómulos prominentes y barbilla puntiaguda—, su caso tampoco era corriente. A juicio de Jude, tener unos ojos como los de Vivi, y

esas orejas peludas y ligeramente puntiagudas, no resultaba mucho más extraño que ser el reflejo exacto de otra persona.

A veces notaba que los chicos del vecindario rehuían a Vivi, o que sus padres hablaban de ella en voz baja, con preocupación, pero Jude no le daba mayor importancia. Los adultos siempre estaban preocupados, siempre susurrando.

Taryn bostezó y se estiró, presionando la mejilla sobre la rodilla de Vivi.

Afuera lucía el sol, calentando el asfalto de los caminos de acceso a los garajes. Se oía el runrún del motor de los cortacéspedes, y los niños chapoteaban en las piscinas de los jardines traseros.

Cuando llamaron a la puerta, Jude se levantó para ir a abrir. Supuso que sería una de las chicas del otro lado de la calle, que querría echar una partida a la consola o invitarla a darse un baño después de cenar.

Resultó ser un hombre alto que estaba plantado sobre el felpudo y que la miraba con el ceño fruncido. Llevaba puesta una gabardina de piel a pesar del calor que hacía. Sus zapatos estaban revestidos con plata y tintinearon cuando el desconocido se acercó al umbral. Jude contempló su rostro en penumbra y se estremeció.

—Mamá —exclamó—. Mamáááá. Tenemos visita.

Su madre salió de la cocina, secándose las manos en los vaqueros. Cuando vio a aquel tipo, se puso pálida.

—Vete a tu cuarto —le dijo a Jude con un tono de voz inquietante—. ¡Ya!

—¿De quién es hija? —preguntó el desconocido, señalándola. Tenía un acento extraño—, ¿Tuya? ¿De él?

—No es de nadie. —La madre ni siquiera miró hacia Jude—. No es hija de nadie.

Eso era absurdo. Jude y Taryn eran clavaditas a su padre. Todo el mundo lo decía. Jude avanzó unos pasos hacia las escaleras, pero no quería quedarse sola en su habitación. «Vivi —pensó—. Vivi sabrá quién es ese hombre tan alto. Vivi sabrá qué hacer».

Pero Jude no fue capaz de dar ni un solo paso.

—He visto muchas cosas imposibles —dijo el recién llegado—. He visto germinar la bellota antes que el roble. He visto surgir la chispa antes

que la llama. Pero nunca había visto algo así: una mujer muerta que vuelve a la vida. Una niña nacida de la nada.

La madre parecía haberse quedado sin palabras. Estaba tan tensa que le vibraba el cuerpo. Jude quiso agarrarle la mano para reconfortarla, pero no se atrevió.

—Dudé de Balekin cuando me dijo que te encontraría aquí —dijo el desconocido, suavizando su tono—. Los huesos de una mujer terrestre y su bebé nonato que encontré entre los restos chamuscados de mi finca resultaron convincentes. ¿Sabes lo que se siente al regresar de una batalla y descubrir que tu esposa está muerta, junto con tu único heredero? ¿Al descubrir que tu vida ha quedado reducida a cenizas?

La madre negó con la cabeza, pero no como si le estuviera respondiendo, sino como si estuviera intentando ahuyentar esas palabras.

Aquel hombre tan alto avanzó un paso hacia ella, y la madre retrocedió a su vez. Al intruso le pasaba algo en la pierna. Avanzaba con rigidez, como si le doliera. Había más luz en el vestíbulo, así que Jude vio que tenía una piel extraña de color verdoso y unos dientes inferiores que casi no le cabían en la boca.

También vio que tenía unos ojos como los de Viví.

—Nunca habría sido feliz contigo —le dijo la madre—. Tu mundo no está hecho para la gente como yo.

El hombre alto se quedó mirándola fijamente durante un buen rato.

—Pronunciaste tus votos —dijo al fin.

—Y después renuncié a ellos —respondió la madre, con gesto desafiante.

El desconocido miró a Jude y su rostro se endureció.

—¿Qué vale una promesa formulada por una esposa mortal? Supongo que ya tengo la respuesta.

La madre se dio la vuelta. Al ver la cara que tenía, Jude se fue corriendo al salón.

Taryn seguía durmiendo. La televisión seguía encendida. Vivienne entornó sus ojos felinos y alzó la mirada.

—¿Quién ha llamado a la puerta? —preguntó—. He oído una discusión.

—Es un hombre escalofriante —le contó Jude, que estaba jadeando, aunque casi no había corrido. Tenía el corazón a mil—. Tenemos que ir al piso de arriba.

No le importó que su madre solo le hubiera dicho a ella que subiera. No pensaba ir sola. Con un suspiro, Vivi se levantó del sofá y despertó a Taryn. Soñolienta, la gemela de Jude las siguió hacia el pasillo.

Cuando emprendieron la marcha hacia la escalera cubierta por una moqueta, Jude vio entrar a su padre desde el jardín trasero. Llevaba un hacha en la mano, concebido para ser una réplica casi exacta de una que había examinado en un museo de Islandia. No era raro ver a su padre con un hacha. Sus amigos y él eran aficionados a las armas antiguas y pasaban un montón de tiempo hablando de «cultura material» y esbozando ideas para espadas de fantasía. Lo raro era el modo que tenía de empuñar el arma, como si fuera a…

Su padre atacó al hombre alto con el hacha.

Él jamás les había levantado la mano ni a Jude ni a sus hermanas, ni siquiera cuando se metían en un lío gordo. Jamás le haría daño a nadie. Jamás.

Y aun así…

El desconocido esquivó el hacha, que se clavó en el marco de madera de la puerta.

Taryn profirió un ruidito extraño y agudo y se tapó la boca con las manos.

El hombre alto sacó un arma curva de debajo de su abrigo de piel. Era una espada, como las de los cuentos. El padre estaba intentando extraer el hacha de la puerta cuando el desconocido le clavó la espada en el estómago y después empujó hacia arriba. Se oyó un ruido, similar al chasquido de unas ramitas al romperse, y un alarido gutural. El padre se desplomó sobre la moqueta del vestíbulo, la misma con la que su mujer se ponía como loca si alguien la pisaba con los zapatos llenos de barro.

La moqueta comenzó a teñirse de rojo.

La madre chilló. Jude chilló. Taryn y Vivi chillaron. Todo el mundo se puso a chillar a la vez, excepto el hombre alto.

—Ven aquí —dijo, mirando directamente a Vivi.

—Mo… monstruo —gritó la madre, avanzando hacia la cocina—. ¡Está muerto!

—No huyas de mí —le dijo el desconocido—. No después de lo que has hecho. Si vuelves a salir corriendo, te juro que…

Pero ella echó a correr. Estaba a punto de doblar la esquina cuando el hombre alto le acertó en la espalda con su arma. La madre se desplomó sobre el suelo de linóleo, derribando varios imanes de la nevera a su paso.

El ambiente quedó impregnado con el hedor de la sangre fresca: viscoso, caliente y metálico. Como el de esos estropajos que utilizaba la madre para limpiar los restos resecos de la sartén.

Jude corrió hacia el intruso y comenzó a aporrearle el pecho y a lanzarle puntapiés. Ni siquiera estaba asustada. No podría explicar lo que sentía.

El desconocido ignoró a Jude. Durante mucho rato se quedó quieto en el sitio, como si no pudiera creerse lo que acababa de hacer. Como si deseara poder borrar los últimos cinco minutos. Después apoyó una rodilla en el suelo y agarró a Jude por los hombros. Le inmovilizó los brazos a los lados para que no pudiera seguir golpeándole, pero ni siquiera la miró.

Estaba mirando a Vivienne.

—Te arrancaron de mi lado —le dijo—. He venido a llevarte a tu verdadero hogar, en Elfhame, debajo de la colina. Allí dispondrás de riquezas inconmensurables. Allí vivirás con los de tu especie.

—No —repuso Vivi con una vocecilla sombría—. No pienso ir a ninguna parte contigo.

—Soy tu padre —afirmó el intruso, con una voz tan contundente como el restallido de un látigo—. Eres mi heredera, sangre de mi sangre, y me obedecerás en esto igual que en todo lo demás.

Vivi no se movió, pero apretó los dientes.

—Tú no eres su padre —le gritó Jude. Aunque Vivi y él tuvieran los mismos ojos, se negaba a creerlo.

El desconocido aumentó la presión que estaba ejerciendo sobre sus hombros y Jude soltó un quejido agudo, pero aun así le miró con gesto desafiante. Era la reina de las competiciones de sostener la mirada.

El intruso fue el primero en mirar para otro lado cuando se giró para observar a Taryn, que estaba de rodillas zarandeando a su madre mientras

sollozaba, como si estuviera intentando despertarla. Pero la mujer no se movió. El padre y ella estaban muertos. Jamás volverían a moverse.

—Te odio —le espetó Vivi al hombre alto con una ferocidad que hizo que Jude se sintiera orgullosa—. Siempre te odiaré. Lo juro.

El gesto pétreo del desconocido permaneció inmutable.

—En cualquier caso, vendrás conmigo. Deja preparadas a estas pequeñas humanas. Empaca el equipaje justo. Partiremos antes de que anochezca.

Vivienne se encaró con el intruso.

—Déjalas en paz. Si has de llevarme contigo, que así sea pero a ellas no.

El desconocido se quedó mirando a Vivi, después soltó un bufido.

—¿Así que quieres proteger a tus hermanas de mí? Y dime ¿adónde preferirías que se fueran?

Vivi no respondió. No tenían abuelos, tampoco les quedaban parientes vivos. Al menos, ninguno que conocieran.

El hombre alto volvió a mirar a Jude, le soltó los hombros y se puso en pie.

—Son la progenie de mi esposa y, por tanto, mi responsabilidad. Puedo ser cruel, un monstruo y un asesino, pero no eludo mis responsabilidades. Y tú tampoco deberías eludir las tuyas como hermana mayor.

Años más tarde, cuando Jude rememoraba la historia de lo ocurrido, no era capaz de evocar la parte en que hicieron el equipaje. Por lo visto, la conmoción del momento suprimió esa hora por completo. Vivi debió de encontrar unas bolsas de viaje, debió de guardar sus libros ilustrados favoritos y sus juguetes más queridos junto con fotografías, pijamas, abrigos y camisetas.

O puede que Jude hiciera el equipaje ella sola. No estaba segura.

Le costaba creer que hubieran sido capaces de hacerlo mientras los cuerpos de sus padres se enfriaban en el piso de abajo. No podía ni imaginarse lo que sintió y, a medida que pasaron los años, fue incapaz de evocar esa sensación. El horror de los asesinatos se había mitigado con el tiempo. Los recuerdos de aquel día se habían vuelto borrosos.

Un caballo negro estaba mordisqueando el césped del jardín cuando salieron a la calle. Tenía unos ojos grandes y mansos. A Jude le entraron ganas de abrazarlo y presionar su rostro surcado de lágrimas sobre su sedosa crin. Pero antes de que pudiera hacerlo, el hombre alto las subió a Taryn y a ella a la silla de montar, tratándolas con tan poca delicadeza como si fueran maletas en lugar de niñas. A Vivi la sentó detrás de él.

—Agarraos bien —dijo.

Jude y sus hermanas lloraron durante todo el trayecto hasta Faerieland.

CAPÍTULO 1

En Faerie no hay palitos de pescado, ni kétchup, ni televisión.

CAPÍTULO 2

Estoy sentada en un cojín mientras un trasgo me trenza el pelo. Tiene los dedos largos y las uñas afiladas. Hago una mueca. Nuestras miradas se cruzan en el espejo con patas en forma de garra que hay encima de mi tocador.

—Todavía quedan cuatro noches para el torneo —dice la criatura.

Se llama Tatterfell, trabaja como sirvienta al servicio de Madoc, y así será hasta que salde la deuda que tiene con él. Lleva cuidando de mí desde que era pequeña. Fue Tatterfell la que me impregnó los ojos con un ungüento de hadas que escocía un montón para concederme visión auténtica, con la que sería capaz de ver a través de la mayoría de los hechizos; la que me limpiaba el barro de las botas y la que me colgaba bayas secas alrededor del cuello para ser inmune a los encantamientos. Tatterfell era la que me limpiaba la nariz cuando me moqueaba y la que me recordaba que me pusiera las medias del revés, para así no extraviarme nunca por el bosque.

—Por mucho que te empeñes, no conseguirás que la luna salga o se ponga más deprisa. Esta noche, intenta dejar en buen lugar al general luciendo el mejor aspecto posible.

Suspiro.

Tatterfell nunca se ha mostrado demasiado paciente con mis arrebatos de mal humor.

—Es un honor bailar junto a la corte del rey supremo de bajo de la colina.

A los sirvientes les encanta recordarme lo afortunada que soy: la hija bastarda de una esposa traidora, un ser humano sin una gota de sangre de hada a la que tratan como una hija legítima de Faerie. A Taryn también se lo repiten sin parar.

Ya sé que es un honor haber sido criada junto a los hijos de la aristocracia. Un honor espeluznante del que jamás seré digna.

Resulta difícil olvidarlo, ya que no paran de repetírmelo.

—Sí —me limito a decir, pues sé que solo está intentando ser amable—. Es genial.

Las hadas no pueden mentir, así que tienden a concentrarse en las palabras y a ignorar el tono, sobre todo si no están acostumbradas a vivir entre humanos. Tatterfell asiente con la cabeza para mostrar su aprobación; sus ojos son como de cuentas acuosas de azabache, sin rastro de pupilas ni de iris.

—Es posible que alguien pida tu mano y te conviertas en miembro permanente de la Corte Suprema.

—Quiero ganarme mi sitio —replico.

El trasgo hace una pausa, con la horquilla entre los dedos. Es probable que se esté planteando pincharme con ella.

—No digas tonterías.

No tiene sentido discutir, tampoco recordarle el desastroso matrimonio de mi madre. Los mortales tienen dos formas de convertirse en miembros permanentes de la corte: mediante el matrimonio o perfeccionando alguna habilidad notable, como el arte de la metalurgia o el laúd. Lo primero no me interesa, así que solo me queda confiar en tener talento suficiente con lo segundo:

Tatterfell termina de trenzarme el pelo con un peinado complejo que hace que parezca que tengo cuernos. Me pone un vestido de terciopelo color zafiro. Pero nada de eso consigue disimular lo que soy: humana.

—Le he hecho tres nudos para que te den suerte —dice Tatterfell, siempre tan atenta.

Suspiro mientras el trasgo se va corriendo hacia la puerta, me levanto del tocador y me tumbo bocabajo sobre mi cama cubierta por un tapiz. Estoy acostumbrada a tener sirvientes que me atiendan. Trasgos y gnomos, duendes y grigs. Alas de piel apergaminada y garras verdes, cuernos y colmillos. Llevo diez años viviendo en Faerie, así que esas cosas ya no me resultan tan extrañas. Aquí la extraña soy yo, con mis dedos redondeados, mis orejas sin punta y mi efímera existencia.

Diez años es mucho tiempo para un ser humano.

Después de que Madoc nos arrancara del mundo de los humanos, nos trajo hasta su finca en Insmire, en la Isla del Brío, donde el rey supremo de Elfhame tiene su fortaleza. Madoc nos crio —a Vivienne, a Taryn y a mí— debido a una cuestión de honor. Pese a que tanto Taryn como yo somos la prueba de la traición de mamá, también somos las hijas de su esposa, así que según las costumbres de Faerie somos su responsabilidad.

Al ser el general del rey supremo, Madoc se ausentaba a menudo para combatir por la corona. Pese a ello, siempre estábamos bien atendidas. Dormíamos en colchones rellenos con suaves cabezas de dientes de león. Madoc en persona nos instruyó en el arte de luchar con el sable y el puñal, con el bracamarte y con los puños. Jugaba con nosotras al juego del molino, al *fidchell* y al zorro y los gansos delante de la chimenea. Nos permitía sentamos en sus rodillas y comer de su plato.

Muchas noches me quedaba dormida con el murmullo de su voz mientras nos leía un libro de estrategia militar. Y muy mi pesar, a pesar de quién era y de lo que había hecho, acabé cogiéndole cariño. Acabé queriéndole.

Lo que ocurre es que es un cariño que me hace sentir incómoda.

—Bonitas trenzas —dice Taryn, que entra corriendo en mi habitación.

Lleva puesto un vestido de terciopelo de color escarlata y lleva el pelo suelto: unos largos rizos castaños que revolotean a su paso como un chal, con unos cuantos mechones trenzados con un centelleante hilo de plata. Salta sobre la cama que se encuentra a mi lado, desordenando mi pequeña pila de animales de peluche raídos: un koala, una serpiente, un gato negro.

Eran mis pertenencias más preciadas cuando tenía siete años. Soy incapaz de deshacerme de mis reliquias.

Me incorporo para mirarla desde el espejo con timidez.

—A mí me gustan.

—Estoy teniendo una premonición —dice Taryn, un comentario que no me esperaba—. Esta noche nos vamos a divertir.

—¿Divertir?

Me había imaginado contemplando la multitud con el ceño fruncido desde nuestro escondrijo habitual, preguntándome conseguiría lucirme lo suficiente en el torneo como para impresionar a algún miembro de la familia real y obtener así el título de caballero, una palabra extraña al ser yo una mujer. Solo de pensar en ello me pongo nerviosa. Deslizo el pulgar sobre la yema que me falta en el dedo anular. Es un tic nervioso que tengo.

—Sí —responde Taryn, dándome un codazo.

—¡Eh! ¡Oye! —Me pongo fuera de su alcance—. ¿Qué implica exactamente ese plan?

En general, cuando vamos a la corte nos escondemos. Hemos presenciado algunas escenas muy interesantes, pero siempre desde lejos.

Taryn levantó los brazos y exclamó:

—¿Qué quieres decir con eso? ¡No implica nada más que divertirse!

—Tú tampoco tienes ni idea, ¿verdad? —replico, con una risita nerviosa —. Está bien, vamos a ver si tienes un don para la clarividencia.

A medida que nos hacemos mayores, las cosas van cambiando. Nosotras también. Y por mucho que anhele ese cambio, también me da miedo.

Taryn se levanta de mi cama y extiende el brazo, como si me estuviera invitando a bailar. Me dejo llevar fuera de la habitación mientras compruebo por acto reflejo que mi cuchillo siga prendido de mi cintura.

El interior de la casa de Madoc está compuesto de yeso encalado y unas inmensas vigas vistas. Las vidrieras de las ventanas son de color gris y parecen hechas de humo condensado, lo cual provoca un efecto extraño en la luz que entra desde el exterior. Mientras bajo con Taryn por la escalera de caracol, diviso a Vivi escondida en un pequeño balcón, leyendo con el ceño fruncido un tebeo que se ha traído del mundo de los humanos.

Vivi me sonríe. Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta holgada, es obvio que no tiene intención de ir al baile. Como es la hija legítima de Madoc, no siente ninguna presión por agradarle. Hace lo que le da la gana. Incluido leer revistas cuyas páginas bien podrían estar unidas por grapas de hierro en lugar de pegamento, sin importarle acabar con los dedos chamuscados.

—¿Vais a alguna parte? —pregunta en voz baja entre la penumbra, sobresaltando a Taryn.

Vivi sabe perfectamente adónde vamos.

Cuando llegamos aquí, las tres nos acurrucábamos en la enorme cama de Vivi y compartíamos recuerdos sobre nuestro hogar. Hablábamos de las comidas que quemaba mamá y de las palomitas que preparaba papá. Hablábamos de los nombres de los vecinos, del olor que había en casa, de la escuela, de las vacaciones, del sabor del glaseado de las tartas de cumpleaños. Hablábamos de los programas que veíamos en la tele, reinventando los argumentos y modificando los diálogos hasta trastocar por completo nuestros recuerdos.

Ya ni nos acurrucamos en su cama ni reinventamos nada Todos nuestros nuevos recuerdos son de aquí, y Vivi apenas muestra interés por ellos.

Juró odiar a Madoc y se ha mantenido fiel a su palabra. Cuando Vivi no se dedicaba a recordar cosas sobre nuestro hogar, se convertía en un terremoto. Rompía cosas. Chillaba, se enfurecía y nos cosía a pellizcos si nos veía contentas. Con el tiempo dejó de hacerlo, pero creo que hay una parte de ella que nos odia por habernos adaptado. Por haber sacado el mejor partido posible de la situación. Por haber convertido este sitio en nuestro hogar.

—Deberías venir —le digo—. Taryn está de un humor extraño.

Vivi le dirige una mirada pensativa y después niega con la cabeza.

—Tengo otros planes.

Eso puede significar tanto que piensa escabullirse al mundo de los mortales para pasar la tarde como que piensa quedarse leyendo en el balcón.

Sea lo que sea, mientras irrite a Madoc, a ella le basta.

Madoc nos está esperando en el salón con su segunda esposa, Oriana. Tiene la piel azulada como la leche desnatada y el cabello tan blanco como

la nieve recién caída. Es hermosa, pero tiene un aspecto inquietante, como si fuera un fantasma. Esta noche viste de verde y dorado: un vestido musgoso y un collar reluciente con un complejo diseño que resalta el tono rosado de sus labios, sus ojos y sus orejas. Madoc también va vestido de verde, con el color propio de un bosque frondoso. La espada que lleva a la cintura no es de juguete precisamente.

Fuera, al otro lado de las dobles puertas, espera un gnomo que sujeta las riendas plateadas de cinco corceles moteados, cuyas crines están trenzadas con unos nudos que seguramente tengan propiedades mágicas. Pienso en los nudos que llevo en el pelo y me pregunto hasta qué punto serán similares.

—Las dos tenéis buen aspecto —nos dice Madoc con una calidez en su tono que hace que sus palabras suenen como un cumplido, algo poco frecuente. Después dirige la mirada hacia las escaleras—. ¿Le queda mucho a vuestra hermana?

—No sé dónde está Vivi —miento. Aquí mentir es muy fácil. Puedo pasarme el día haciéndolo sin que me pillen—. Se le habrá olvidado.

Madoc parece decepcionado, pero no sorprendido. Se dirige el exterior para decirle algo al gnomo que sostiene las riendas. Se le acerca uno de sus espías, una criatura arrugada con una nariz que parece un nabo y una chepa que le asoma por encima de la cabeza. Le deja una nota en la mano y se marcha con una agilidad sorprendente.

Oriana nos observa detenidamente, como si estuviera buscando alguna imperfección.

—Tened cuidado esta noche —nos advierte—. Prometedme que no comeréis, ni beberéis, ni bailaréis.

—Ya hemos estado otras veces en la corte —le recuerdo Es la típica respuesta ambigua propia de las hadas.

—Quizá penséis que la sal es protección suficiente, pero los niños sois olvidadizos. Será mejor que no la llevéis. En cuanto al baile, una vez que empezáis, los mortales sois capaces de bailar hasta morir si os lo pide uno de los nuestros.

Agacho la mirada y no digo nada.

Los niños no somos olvidadizos.

Madoc se casó con ella hace siete años y Oriana le dio un niño poco después, un muchacho debilucho llamado Oak que tiene unos cuernos diminutos y adorables en la cabeza. Oriana siempre ha dejado bien claro que si nos tolera a mi hermana y a mí es por Madoc. Creo que nos ve como si fuéramos las mascotas preferidas de su esposo: mal adiestradas y capaces de volvernos en contra de nuestro amo a la mínima.

Oak nos considera sus hermanas, y está claro que eso pone nerviosa Oriana, pese a que yo jamás haría nada que pudiera hacerle daño.

—Estáis bajo la protección de Madoc, y él cuenta con el favor del rey supremo —prosigue Oriana—. No pienso permitir que Madoc quede en ridículo por vuestras meteduras de pata.

Una vez concluido ese pequeño discurso, Oriana se dirige hacia los caballos. Uno de ellos resopla y golpea el suelo con una pezuña.

Taryn y yo cruzamos una mirada antes de salir tras ella. Madoc ya está montado en el más grande de esos corceles mágicos, una criatura imponente con una cicatriz debajo de un ojo. El animal hincha las fosas nasales con impaciencia, menea la crin con nerviosismo.

Yo subo a lomos de un caballo de color verde pálido con dientes afilados que despide un hedor fangoso. Taryn se decanta por un jamelgo corriente y le hinca las espuelas en los flancos. Sale disparada como una centella, y yo la sigo, adentrándome en la noche.

CAPÍTULO 3

Las hadas son criaturas crepusculares, y yo también me he convertido en una. Nos levantamos cuando las sombras se alargan y nos vamos a la cama antes de que salga el sol. Ya es más de medianoche cuando llegamos a la gran colina donde se encuentra el palacio de Elfhame. Para entrar tenemos que pasar entre dos árboles, un roble y un espino, y luego atravesar lo que parece ser el muro de un pintoresco edificio de piedra. Lo he hecho cientos de veces, pero aún me sigo poniendo nerviosa. Mi cuerpo entero se pone tenso, me aferró a las riendas y cierro los ojos con fuerza.

Cuando los vuelvo a abrir, ya estoy dentro de la colina.

Cabalgamos a través de una caverna, entre columnas formadas por raíces que emergen del suelo de tierra compacta.

Hay docenas de feéricos por aquí, congregados alrededor de la entrada a la inmensa sala del trono, el lugar donde se reúne la corte: ninfas de nariz larga y alas raídas; elegantes mujeres de piel verde con unos duendes que sujetan las largas colas de sus vestidos; boggans traviesos y semizorros risueños; un muchacho con una máscara de búho y un tocado dorado; una mujer entrada en años con los hombros repletos de cuervos; un grupo de niñas con rosas silvestres en el pelo; un chico con corteza en vez de piel y plumas alrededor del cuello; un grupo de caballeros ataviados con armaduras de color verde escarabajo. A muchos los he visto antes, con unos

cuantos he hablado. Son demasiados como para asimilarlos a todos de un simple vistazo, pero no puedo apartar la mirada.

Jamás me cansaré del espectáculo, del boato. Puede que a Oriana no le falte razón al temer que algún día nos sintamos tan fascinadas por ello que nos dejemos llevar y se nos olvide tomar precauciones. No me extraña que los humanos sucumban a la siniestra belleza de la corte, que se ahoguen voluntariamente en ella.

Sé que no debería gustarme tanto, teniendo en cuenta que fui arrancada del mundo de los mortales tras el asesinato de mis padres. Pero no puedo evitarlo.

Madoc se apea de su caballo. Oriana y Taryn ya han desmontado y les están dejando sus monturas a los mozos de cuadra. Me están esperando. Madoc extiende la mano como si fuera a ayudarme, pero yo salto de la montura sin ayuda. Mis zapatillas de piel impactan contra el suelo.

Espero que ese gesto le haya parecido propio de un caballero.

Oriana avanza un paso, probablemente para recordarnos a Taryn y a mí todo aquello que no quiere que hagamos. No le doy ocasión de hacerlo. En vez de eso, agarro a Taryn del brazo y me apresuro hacia el interior. La sala está aromatizada con romero quemado y hierbas trituradas. Escucho las fuertes pisadas de Madoc a nuestra espalda, aunque sé de sobra hacia dónde me dirijo. Lo primero que tenemos que hacer al llegar a la corte es saludar al rey.

El rey supremo Eldred está sentado en su trono con su túnica gris oficial y una pesada corona compuesta por hojas de roble doradas sobre su cabello fino y áureo. Cuando nos postramos ante él, nos roza la cabeza ligeramente con sus manos nudosas y cubiertas de anillos, después nos levantamos.

Su abuela era la reina Mab, de la Casa Greenbriar. Fue un hada solitaria hasta que comenzó a conquistar Faerie con su cornudo cónyuge y sus venados de combate. Debido a él, se dice que los seis herederos de Eldred tienen alguna característica animal, algo que es habitual en Faerie, aunque no entre el grupito de la aristocracia de las cortes.

El mayor de los príncipes, Balekin, y su hermano pequeño, Dain, están cerca, bebiendo vino en unas tazas de madera con franjas plateadas. Dain lleva puestos unos pantalones bombachos que le llegan hasta las rodillas,

dejando al descubierto unas patas y unas pezuñas propias de un ciervo. Balekin lleva puesto su abrigo favorito, con el cuello ribeteado con piel de oso. Tiene pinchos en los nudillos y a lo largo del brazo, formando una hilera que se extiende por debajo de los puños de su camisa y queda al descubierto cuando Dain y él levantan el brazo y le hacen señas a Madoc para que se acerque.

Oriana les hace una reverencia. Aunque Dain y Balekin están juntos, a menudo están enfadados entre sí y con su hermana Elowyn. Tan a menudo, de hecho, que se considera que la corte está dividida en tres círculos de influencia enfrentados.

El príncipe Balekin, el primogénito, y su séquito son conocidos como el Círculo de los Estorninos, compuesto por amantes de la diversión que aborrecen todo aquello que les impida disfrutarla. Beben hasta perder el sentido y se adormecen con unos polvos tan placenteros como venenosos. El suyo es el círculo más desenfrenado, aunque Balekin siempre ha mantenido la sobriedad y la compostura cuando he hablado con él. Supongo que podría dejarme llevar por ese comportamiento tan disoluto y confiar en impresionarlos. Aunque preferiría no hacerlo.

La princesa Elowyn, la segunda en la línea sucesoria, y sus acompañantes forman el Círculo de las Alondras. Aprecian el arte por encima de todo. Son muchos los mortales que han conseguido el favor de su círculo, pero como yo no poseo el menor talento para el laúd o la poesía, no tengo ninguna oportunidad de unirme a ellos.

El príncipe Dain, el tercer vástago, lidera lo que se conoce como el Círculo de los Halcones. Caballeros, guerreros y estrategas están bajo su protección. Madoc pertenece a este círculo, obviamente. Hablan de honor, pero lo que de verdad les importa es el poder. Soy bastante buena con la espada y poseo amplios conocimientos de estrategia. Lo único que necesito es una oportunidad para demostrar mi valía.

—Id a divertiros —nos dice Madoc. Tras un último vistazo a los príncipes, Taryn y yo nos dirigimos hacia la muchedumbre.

El palacio del rey de Elfhame tiene muchos rincones ocultos y pasadizo secretos, ideales para encuentros amorosos, asesinatos o para quitarse de en medio y aburrirse de lo lindo en las fiestas. Cuando Taryn y yo éramos

pequeñas, nos escondíamos debajo de las alargadas mesas del banquete. Pero desde que mi hermana estableció que éramos unas damas elegantes, y demasiado mayorcitas como para mancharnos el vestido reptando por el suelo, nos tocó buscar un escondite mejor. Pasado el segundo descansillo de las escaleras de piedra hay una zona donde sobresale una masa enorme de roca centelleante, a modo de repisa. Es allí donde nos sentábamos a escuchar la música y a contemplar toda la diversión de la que supuestamente no debíamos formar parte.

Esta noche, sin embargo, Taryn tiene otra idea. Pasa de largo junto a las escaleras y coge comida de una bandeja de plata: una manzana verde y una cuña de queso azul. Sin molestarse en echar sal, pega un bocado a cada una y luego me ofrece la manzana para que la pruebe. Oriana cree que no sabemos diferenciar entre la fruta convencional y la de las hadas, que está cubierta por una pelusilla dorada. Tiene una pulpa rojiza y consistente, y su empalagoso olor inunda los bosques durante la época de la cosecha.

La manzana tiene un tacto frío y crujiente. Nos la pasamos de mano en mano, compartiéndola hasta que llegamos al corazón, que devoro en dos bocados.

Cerca del lugar donde me encuentro, un hada diminuta con una mata de cabello blanco que recuerda a un diente de león utiliza un pequeño cuchillo para cortar la correa del cinturón de un ogro. Lo hace con mucha habilidad. Enseguida, la espada y el bolso del ogro desaparecen y el hada se confunde entre la multitud. No doy crédito a lo ocurrido, hasta que la chica me mira.

Y me guiña un ojo.

Poco después de eso, el ogro se da cuenta de que le han robado.

—¡Aquí huele a ladrón! —grita; hace aspavientos y derriba una jarra de cerveza tostada mientras olisquea el ambiente con su nariz cubierta de verrugas.

Cerca de allí se produce un revuelo cuando una de las velas despide unas llamaradas azules y chisporroteantes, que crepitan con fuerza y distraen incluso al ogro. Para cuando todo vuelve a la normalidad, la ladrona de pelo blanco ya ha desaparecido.

Esbozando una media sonrisa me doy la vuelta hacia Taryn, que está contemplando a los bailarines con añoranza, ajena a todo lo demás.

—Podríamos turnamos —propone—. Si no puedes parar, te sacaré de ahí. Y luego tú harás lo mismo por mí.

Solo de pensarlo se me acelera el corazón. Me quedo contemplando esa horda de juerguistas mientras intento reunir la osadía propia de alguien capaz de robar a un ogro delante de sus narices.

La princesa Elowyn da vueltas en el centro de su Círculo de Alondras. Tiene la piel dorada y centelleante, y el cabello de color verde oscuro como la hiedra. A su lado, un niño humano toca el violín. Otros dos mortales lo acompañan —con menos destreza, pero más entusiasmo— con el ukelele. Caelia, la hermana pequeña de Elowyn, está danzando en las proximidades, con el cabello sedoso y pajizo como el de su padre cubierto por una corona de flores.

Comienza una nueva balada, cuya letra llega flotando hasta mis oídos:

—De todos los hijos que tuvo el rey Guillermo, el príncipe Jamie era el peor —cantaban—. Y lo más grave de todo era que el príncipe Jamie era el mayor.

Nunca me ha gustado demasiado esa canción porque me recuerda a cierta persona. Alguien que, al igual que la princesa Rhyia, no parece estar presente esta noche. Aunque… Ay, no. Ya le veo.

El príncipe Cardan, el sexto hijo del rey supremo Eldred y el peor de todos con diferencia, avanza con paso ligero hacia nosotras.

Valerian, Nicasia y Locke —sus tres mezquinos, elegantes y más fieles amigos— le siguen. La multitud se echa a un lado y guarda silencio, inclinando la cabeza a su paso. Cardan luce su característico ceño fruncido, aderezado con lápiz de ojos y una diadema dorada sobre su cabello oscuro. Lleva puesto un abrigo largo y negro de cuello alto, al que han cosido un estampado que representa las constelaciones. Valerian lleva unos centelleantes cabujones de rubí de color rojo oscuro en los puños de la camisa; cada uno de ellos parece una gota de sangre coagulada. Nicasia tiene el pelo de color turquesa como el océano, coronado por una tiara de perlas. Lleva las trenzas cubiertas por una redecilla brillante. Locke va a la retaguardia, con cara de aburrimiento, su cabello es del mismo color que el pelaje de un zorro.

—Son ridículos —le digo a Taryn, que mira hacia el mismo sitio que yo.

No puedo negar que también son hermosos. Nobles y damas del mundo de las hadas, como en las canciones épicas. Si no compartiéramos nuestras lecciones con ellos, si no supiera de primera mano lo mal que tratan a aquellas personas que no les caen bien, seguramente me fascinarían tanto como a los demás.

—Vivi dice que Cardan tiene cola —susurra Taryn—. Se la vio cuando estuvo nadando en el lago con la princesa Rhyia y con él durante la pasada luna llena.

No consigo imaginarme a Cardan nadando en un lago, saltando al agua, salpicando a la gente, riéndose de algo que no sea el sufrimiento ajeno.

—¿Una cola? —repito, mientras se dibuja una sonrisa incrédula en mi rostro que desaparece en cuanto me doy cuenta de que Vivi no se molestó en contarme la historia, pese a que debió de ocurrir hace ya días. Tres son multitud cuando se trata de un grupo de hermanas. Siempre hay una que se queda fuera.

—¡Con un mechón de pelo en la punta! La lleva enroscada por debajo de la ropa y la despliega como si fuera un látigo. —Taryn suelta una risita y me cuesta asimilar lo que dice a continuación—: Vivi dice que le encantaría tener una.

—Me alegra que no sea así —digo, tajante, aunque no sé por qué. No tengo nada en contra de las colas.

Entonces Cardan y sus acompañantes se acercan demasiado como para que podamos hablar de ellos con seguridad. Bajo la mirada. Aunque aborrezca hacerlo, hinco una rodilla en el suelo, agacho la cabeza y aprieto los dientes. A mi lado, Taryn hace algo similar. La gente está haciendo reverencias por todas partes.

«No nos miréis —pienso—. No miréis».

Al pasar, Valerian agarra uno de mis cuernos trenzados. Los demás avanzan entre la multitud mientras Valerian me mira con gesto burlón.

—¿Pensabais que no os había visto? Tu hermana y tú llamáis la atención en medio de cualquier multitud —dice, agachándose a mi lado. Le huele un montón el aliento a hidromiel. Aprieto los puños a ambos lados del

cuerpo mientras recuerdo que tengo el puñal al alcance de la mano. Aun así, evito mirarle a los ojos—. Nadie más tiene un pelo tan desvaído ni un rostro tan insulso.

—Valerian —le llama el príncipe Cardan. Tiene cara de pocos amigos y, cuando me ve, achica los ojos todavía más.

Valerian le da un tirón a mi trenza. Tuerzo el gesto mientras se acumula una furia inútil en mi barriga. Valerian se echa a reír y pasa de largo.

La ira deja paso a la vergüenza. Ojalá le hubiera apartado la mano de un cachete, aunque eso solo habría servido para empeorar las cosas. Taryn percibe algo en mi cara y me pregunta:

—¿Qué te ha dicho?

Me limito a negar con la cabeza.

Cardan se ha detenido al lado de un muchacho que tiene una larga cabellera cobriza y unas alas pequeñas parecidas a las de una polilla. Es el único que no les ha hecho una reverencia. El chico se ríe y Cardan se abalanza sobre él. En un visto y no visto, el príncipe le asesta un puñetazo en la mandíbula y lo derriba. Mientras el chico cae, Cardan le agarra de un ala, que se rasga como si fuera un folio. El muchacho lanza un grito ahogado y agudo. Se encoge en el suelo, con el rostro contraído por el dolor. Me pregunto si a los seres feéricos les volverán a crecer las alas. Lo que sí se es que las mariposas que pierden un ala ya nunca vuelven a volar.

Los cortesanos contemplan la escena boquiabiertos y entre risitas nerviosas, pero solo durante un rato. Después regresan a sus bailes y a sus cánticos, y la fiesta continúa.

Así son ellos. Quienes se interponen en el camino de Cardan, reciben un castigo inmediato y brutal. Se les impide asistir a clase en el palacio, a veces incluso se les expulsa de la corte. Terminan heridos, lesionados.

Mientras Cardan pasa de largo junto al muchacho, pues por lo visto ya ha terminado con él, me alegro de que Cardan tenga cinco hermanos más agradables que él; está prácticamente garantizado que nunca llegará al trono. No quiero ni imaginármelo con más poder del que ya ostenta.

Incluso Nicasia y Valerian cruzan una mirada inquieta. Después Valerian se encoge de hombros y sigue a Cardan. Pero Locke se detiene junto al muchacho y se agacha para ayudarle a levantarse.

Los amigos del chico se acercan para sacarle de allí, y en ese momento, de manera inesperada, Locke alza la mirada. Sus ojos zorrunos se cruzan con los míos y se abren para dar forma a un gesto de sorpresa. Me quedo paralizada, se me acelera el corazón. Me preparo para recibir una nueva oleada de burlas, pero entonces, Locke esboza una leve sonrisa. Me guiña un ojo, como si fuera un gesto cómplice por haberle sorprendido en esa situación. Como si estuviéramos compartiendo un secreto. Como si considerase que no soy un ser despreciable y que mi mortalidad no es contagiosa.

—Deja de mirarle fijamente —me ordena Taryn.

—¿Has visto e…? —comienzo a explicarle, pero mi hermana me interrumpe, me agarra de la mano y tira de mí hacia las escaleras, hacia nuestro escondite sobre la repisa de piedra. Me está hincando las uñas en la piel.

—¡No les des más motivos para meterse contigo!

Su reacción me parece tan desmedida que pego un tirón para que me suelte la mano. Me ha dejado unas marcas coloradas con forma de media luna en el punto donde me tenía agarrada.

Vuelvo a mirar hacia el lugar donde estaba Locke, pero ya se ha perdido entre la multitud.

CAPÍTULO 4

Al amanecer, abro las ventanas de mi habitación y dejó pasar los últimos soplos de la fresca brisa nocturna mientras me despojo de mi vestido de cortesana. Me siento sofocada. Tengo la piel tensa y mi corazón no para de latir a toda velocidad.

He estado muchas veces en la corte. He presenciado episodios más desagradables que el desgarro de un ala o unos cuantos insultos dirigidos contra mi persona. Las hadas compensan su incapacidad para mentir con todo un abanico de engaños y crueldades. Palabras con doble sentido, omisiones, acertijos, chismorreos… Por no mencionar las venganzas que se cobran entre sí por desaires antiquísimos de los que ya casi nadie se acuerda. Las tormentas no son tan volubles como ellos, ni los mares tan caprichosos.

Por ejemplo, como gorro rojo que es, Madoc necesita derramar sangre del mismo modo que una sirena necesita el roce salado del mar. Después de cada batalla, realiza el ritual de mojar su gorro en la sangre de sus enemigos. He visto ese gorro, lo tiene guardado en una vitrina de la armería. Está confeccionado con un tejido rígido con unas manchas tan parduzcas que parecen casi negras, a excepción de unos cuantos manchurrones verdes.

A veces me acerco a observarlo, tratando de ver a mis padres en esos trazos de sangre seca. Quiero sentir algo, algo aparte de unas leves náuseas. Quiero sentir más, pero cada vez que miro ese gorro, siento menos.

Me estoy planteando ir ahora a la armería, pero al final no lo hago. Me planto delante de mi ventana e imagino que soy un caballero de esos que no conocen miedo, imagino que soy una bruja que ocultó su corazón en un dedo y luego se lo cortó.

—Qué cansada estoy —digo en voz alta—. Qué cansada.

Llevo aquí sentada un buen rato, contemplando como el sol baña el cielo con su luz dorada y escuchando cómo rompen las olas a medida que baja la marea, cuando una criatura llega volando y se posa en el alféizar de mi ventana. Al principio me parece una lechuza, pero me doy cuenta de que tiene ojos de duende.

—¿Cansada de qué, golosinita? —me pregunta.

Suspiro y, por una vez, respondo con sinceridad:

—De sentirme indefensa.

El duende examina mi rostro, después se marcha volando.

Me paso el día durmiendo y me despierto desorientada. Salgo a duras penas de entre las largas cortinas bordadas que rodean mi cama. Tengo restos de saliva reseca en la mejilla.

Veo que me han dejado un baño preparado, pero el agua se ha quedado templada. Los sirvientes habrán entrado y vuelto a salir. Me meto a pesar de todo y me echo agua en la cara. Al vivir en Faerie, es imposible no darse cuenta de que todo el mundo huele a lila o a pinocha machacada, a sangre seca o asclepias. Yo huelo a sudor y a aliento agrio a no ser que me asee como es debido.

Cuando llega Tatterfell para encender las lámparas, me encuentra vistiéndome para asistir a una clase que empieza a mediodía y dura hasta

bien entrada la tarde. Llevo puestas unas botas de piel grises y una túnica con el escudo de armas de Madoc: un puñal, una luna creciente ladeada para que parezca un cáliz y una gota de sangre, bordada con hilo de seda, que cae desde una esquina.

En el piso de abajo me encuentro a Taryn sentada a la mesa del comedor, sola, con una taza de té de ortiga entre las manos que piensa acompañar con unas pastas. Hoy no dice nada acerca de que nos vayamos a divertir.

Madoc siempre ha insistido —quizá por vergüenza o movido por un sentimiento de culpa— en que debemos ser tratadas como nativas de Faerie. En que tomemos las mismas lecciones y gocemos de los mismos privilegios que ellos. No era la primera vez que traían a la Corte Suprema niños cambiados al nacer, pero a ninguno de ellos los habían criado como si fueran miembros de la realeza.

Madoc no sabe hasta qué punto eso provoca que nos odien.

No es que no me sienta agradecida. Me gustan las lecciones. Responder correctamente a las preguntas de los profesores es un placer que nadie puede arrebatarme, incluso aunque los propios instructores intenten hacerlo de vez en cuando. Me gano un ademán desganado con la cabeza en lugar de un halago efusivo. Pero lo recibo con gusto, porque significa que puedo formar parte de todo esto les guste o no.

Vivi asistía a clase con nosotros, hasta que se aburrió y dejó de ir. Madoc se enfureció, pero como cuando aprueba algo solo consigue hacer que ella lo aborrezca, sus reproches solo sirvieron para aumentar la determinación de nuestra hermana por no volver nunca. Vivi intentó convencernos para que nos quedáramos en casa con ella, pero si Taryn y yo no podemos lidiar con las maquinaciones de los jovencitos de Faerie sin abandonar nuestras lecciones o acudir corriendo a Madoc, ¿cómo podemos aspirar a manejarnos en la corte, donde esas mismas maquinaciones se desarrollan a una escala mayor y más letal?

Taryn y yo nos ponemos en marcha, balanceando nuestras cestas. No nos hace falta salir de Insmire para llegar al palacio del rey supremo, pero sí rodeamos el borde de otras dos islas diminutas: Insmoor, la isla de Piedtra, e Insweal, la isla del Desaliento. Las tres están conectadas por senderos

rocosos medio sumergidos y piedras lo bastante grandes como para poder avanzar saltando de una a otra. Una manada de ciervos está nadando hacia Insmoor en busca de mejores pastos. Taryn y yo pasamos junto al Lago de las Máscaras y atravesamos un extremo del Bosque Lechoso, abriéndonos paso entre sus troncos plateados y sus hojas desvaídas. Desde allí vemos a las sirenas y las náyades que están tomando el sol cerca de unas cuevas abruptas, sus escamas reflejan el fulgor ambarino del sol de media tarde.

Todos los hijos de la aristocracia, con independencia de su edad, reciben clases por parte de instructores de todo el reino en los terrenos de palacio. Algunas tardes nos sentamos en el suelo de las arboledas, cubierto de un musgo esmeralda, y otras tardes las pasamos en altos torreones o encaramados a los árboles. Aprendemos los movimientos de las constelaciones en el cielo, las propiedades mágicas y medicinales de las hierbas, el lenguaje de las aves, las flores y las personas, así como el idioma de los feéricos (aunque a veces se me traba la lengua con él), a componer de acertijos y a caminar sobre las hojas y las zarzas sin dejar rastro ni proferir ruido alguno. Nos instruyen en el arte del arpa y el laúd, el arco y la espada. Taryn y yo los observamos mientras practican sus hechizos. Como descanso, todos jugamos a la guerra en un pasto verde donde los árboles forman un amplio arco.

Madoc me enseñó a ser formidable incluso con una espada de madera. A Taryn tampoco se le da mal, pese a que ya no se molesta en practicar. Durante el torneo estival, dentro de apenas unos días, nuestro simulacro bélico tendrá lugar delante de la familia real. Con el respaldo de Madoc, uno de los príncipes o princesas podría concederme el título de caballero e incluirme en su guardia personal. Sería una forma de adquirir poder, una manera de protegerme.

Y, ya de paso, también podría proteger a Taryn.

Llegamos a la escuela. El príncipe Cardan, Locke, Valerian y Nicasia ya están despatarrados en la hierba junto con otras hadas. Poesy, una chica con astas de ciervo, se está riendo de algo que ha dicho Cardan. Apenas nos prestan atención mientras desplegamos nuestra manta y sacamos nuestros cuadernos, plumas y tinteros.

Siento un alivio inmenso.

La lección de hoy aborda la historia del delicado acuerdo de paz negociado entre Orlagh, la reina del Inframar, y los diversos reyes y reinas hadas de tierra firme. Nicasia es la hija de Orlagh, que fue enviada para que se criara en la corte del rey supremo. Se han dedicado muchas odas a la belleza de la reina Orlagh, aunque, si se parece en algo a su hija, no a su personalidad.

Nicasia se regodea durante la lección, orgullosa de su herencia. Cuando el instructor se pone a hablar de lord Roiben, miembro de la Corte de las Termitas, pierdo el interés. Me pongo a divagar. En vez de prestar atención, pienso en posibles combinaciones: estocada, golpe, bloqueo, parada. Agarro la pluma como si fuera la empuñadura de una espada y me olvido completamente de tomar notas.

A medida que el sol comienza a descender por el cielo, Taryn y yo vaciamos las cestas que trajimos de casa, cargadas con pan, mantequilla y ciruelas. Hambrienta, unto de mantequilla una rebanada de pan.

Al pasar a nuestro lado, Cardan desliza un pie por el suelo para llenarme la comida de arena antes de que pueda darle un bocado. Las demás hadas se ríen.

Levanto la cabeza y veo que me observa con una satisfacción cruel, como un ave de rapiña que intenta determinar si vale la pena molestarse en devorar a un ratoncillo. Viste con una túnica de cuello alto con espinas bordadas y lleva los dedos cargados de anillos. Seguro que ensaya esa sonrisa burlona delante del espejo.

Aprieto los dientes. Me digo que, si hago caso omiso de sus burlas, acabará perdiendo el interés. Se irá. Puedo soportarlo un poco más, unos días más.

—¿Ocurre algo? —pregunta Nicasia con dulzura, tras acercarse a Cardan y apoyarle un brazo en el hombro—. Tierra. De ahí vienes, mortal, y no tardarás mucho en regresar a ella. Pégale un buen bocado.

—Oblígame —le digo, antes de poder contenerme. No es la mejor réplica del mundo, pero empiezan a sudarme las manos. Taryn parece sobresaltada.

—Podría hacerlo —dice Cardan, sonriendo como si nada le apeteciera más.

Se me acelera corazón. Si no llevara un collar de bayas, Cardan podría hechizarme para hacerme creer que la tierra es alguna especie de manjar. Solo la posición de Madoc podría darle motivos para titubear. No me muevo, no toco el collar que llevo oculto bajo el corpiño de mi túnica, el mismo que espero sea capaz de anular cualquier encantamiento. El mismo que espero que Cardan no descubra y me arranque del pescuezo.

Miro de reojo al instructor del día, pero el viejo puka tiene la nariz hundida en un libro.

Como Cardan es un príncipe, es más que probable que nadie le haya amonestado nunca, que nadie le haya parado los pies. Nunca sé hasta dónde sería capaz de llegar, y tampoco sé hasta dónde se lo permitirían los instructores.

—No os lo vais a comer, ¿verdad? —pregunta Valerian con sorna mientras nos echa más tierra en la comida.

Ni siquiera le he visto acercarse. En una ocasión, Valerian me robó una pluma de plata y Madoc la reemplazó con una de su propio escritorio, incrustada de rubíes. Aquello enfureció tanto a Valerian que me atizó en la cabeza con la espada de madera que utilizamos en los entrenamientos.

—¿Qué os parece si prometemos ser buenos durante lo que queda de día si os coméis todo lo que lleváis en la cesta? —Valerian esbozó una sonrisa tan radiante como falsa—. ¿No queréis ser nuestras amigas?

Taryn agacha la cabeza. «No —me gustaría decirle—. No os queremos como amigos».

No respondo, pero tampoco agacho la mirada. Le sostengo la mirada a Cardan. Sé que nada de lo que pueda decirles hará que paren. Estoy en una situación de inferioridad. Pero no soy capaz de tragarme la rabia que me produce mi impotencia.

Nicasia me quita un broche del pelo, provocando que una de mis trenzas se desplome sobre mi cuello. Intento pegarle un manotazo, pero no llego a tiempo.

—¿Qué es esto? —Nicasia sostiene en alto el broche dorado, que tiene en lo alto una filigrana compuesta por un racimo de frutos silvestres—. ¿Lo has robado? ¿Pensabas que así estarías más guapa? ¿Pensabas que así serías como nosotros?

Me muerdo el interior del carrillo. Pues claro que quiero ser como ellos. Son tan hermosos como una espada forjada en un fuego divino. Son inmortales. El cabello de Valerian reluce como el oro pulido. Las extremidades de Nicasia son alargadas y están perfectamente torneadas, sus labios son rosados como un coral y su cabello es del mismo color que los rincones más fríos y profundos del mar. Locke, con sus ojos de zorro y una barbilla tan puntiaguda como sus orejas, se encuentra situado por detrás de Valerian y guarda silencio con una expresión ensayada de prudente indiferencia. Y Cardan es incluso más hermoso que el resto, con una cabellera negra tan iridiscente como las alas de un cuervo y unos pómulos tan afilados que podrían arrancarte el corazón de cuajo. Le odio más que a los demás. Le odio tanto que a veces, cuando le miro, me cuesta respirar.

—Nunca serás como nosotros —dice Nicasia.

Por supuesto que no.

—Venga, vámonos —dice Locke con una risita desenfadada, deslizando una mano sobre la cintura de Nicasia—. Dejemos que se regodeen en su miseria.

—Jude lo siente —se apresura a decir Taryn—. Las dos lo sentimos mucho.

—Que nos muestre cuánto lo siente —dice Cardan, arrastrando las palabras—. Dile que no tiene cabida en el torneo estival.

—¿Te da miedo que gane? —inquiero, lo cual no es muy inteligente por mi parte.

—No es un torneo pensado para mortales —me informa con voz gélida —. Retírate o lo lamentarás.

Abro la boca para replicar, pero Taryn se me adelanta.

—Lo hablaré con ella. No tiene importancia, solo es un juego.

Nicasia le dedica a mi hermana una sonrisa magnánima. Valerian le lanza una mirada lasciva, deteniéndose sobre sus curvas.

—Todo es un juego —dice.

Cardan y yo cruzamos una mirada y comprendo que aún no ha terminado conmigo, ni mucho menos.

—¿Por qué te has encarado así con ellos? —me pregunta Taryn una vez las hadas se han marchado para disfrutar de su merienda, que alguien les ha

dejado preparada—. Replicarle de esa manera ha sido una estupidez.

«Oblígame».

«¿Te da miedo que gane?».

—Lo sé —digo—. Cerraré el pico. Es que… me enfurecí.

—Te iría mejor si tuvieras miedo —me advierte. Entonces, mientras niega con la cabeza, recoge nuestra comida echada a perder. Intento ignorar los gruñidos que lanza mi estómago.

Me quieren ver asustada, eso está claro. Durante el simulacro bélico de la tarde, Valerian me pone la zancadilla y Cardan me susurra cosas horribles al oído. Vuelvo a casa cubierta de moratones, producto de las caídas y las patadas.

Pero hay una cosa que no saben: sí, me dan miedo, pero siempre he vivido asustada, desde el día que llegué aquí. Me crio el hombre que asesinó a mis padres, retenida en una tierra llena de monstruos. Vivo con ese miedo, dejo que se asiente sobre mis huesos y lo ignoro. Si no fingiera que no estoy asustada, me escondería debajo de mi colcha de plumas de lechuza en la finca de Madoc para siempre. Me quedaría allí tendida, chillando hasta quedarme sin fuerzas. Me niego a hacer eso. No pienso hacer eso.

Nicasia se equivoca conmigo. No deseo hacerlo tan bien como un hada en el torneo. Quiero ganar. No aspiro a ser como ellos.

En mi corazón, ansío ser mejor que ellos.

CAPÍTULO 5

De camino a casa, Taryn se para a recoger moras junto al Lago de las Máscaras.

Yo me siento en una roca bajo la luz de la luna y hago un esfuerzo consciente por no mirar al agua. El lago no refleja tu rostro, sino que muestra el de otra persona que se ha asomado o se asomará a él. Cuando era pequeña, me pasaba el día sentada junto a la orilla, contemplando semblantes de hadas en lugar del mío propio, confiando en que, algún día, mi madre me devolviera la mirada.

Con el tiempo, se volvió algo tan doloroso que dejé de hacerlo.

—¿Vas a retirarte del torneo? —me pregunta Taryn mientras se mete un puñado de moras en la boca. Siempre tenemos hambre. Ya somos más altas que Vivi, tenemos las caderas más anchas y los pechos más llenos.

Abro la cesta para sacar una ciruela sucia y limpiarla con mi camisa. Resulta más o menos comestible. La mastico despacio, mientras reflexiono.

—¿Lo dices por lo de Cardan y su corte de imbéciles?

Taryn frunce el ceño con la misma expresión que adoptaría yo si ella se estuviera mostrando tan terca como una mula.

—¿Sabes cómo nos llaman? —me pregunta—. El Círculo de los Gusanos.

Arrojo el hueso de la ciruela al agua y observo como la onda expansiva destruye la posibilidad de cualquier reflejo. Sonrío.

—Estás ensuciando el lago mágico —me dice Taryn.

—Se descompondrá —respondo—. Igual que nosotras. Ellos tienen razón. Somos el Círculo de los Gusanos. Somos mortales. No tenemos toda la eternidad para esperar a que nos permitan salimos con la nuestra. Me da igual si no les gusta que participe en el torneo. En cuanto obtenga el título de caballero, ya no podrán molestarme.

—¿Crees qué Madoc va a permitir eso? —pregunta Taryn, apartándose del arbusto después de haberse hecho sangre en los dedos con las zarzas—. ¿Qué respondas ante alguien que no sea él?

—¿Para qué nos ha estado entrenando, si no? —replico.

Sin añadir nada más, las dos reanudamos juntas el camino a casa.

—Yo no. —Taryn niega con la cabeza—. Yo pienso enamorarme.

Me quedo tan sorprendida que me echo a reír.

—¿Así de fácil? No sabía que las cosas funcionaran así. Pensaba que el amor se presenta cuando menos te lo esperas, como un porrazo en el cráneo.

—Pues yo ya me he decidido —replica Taryn.

Me planteo mencionarle su última y funesta decisión —aquella sobre pasarlo bien en el baile—, pero solo serviría para hacerla enfadar. En vez de eso, intento imaginarme a una persona de la que podría enamorarse. Quizá se tratase de un ser submarino que le concedería el don de respirar bajo el agua, le regalaría una corona de perlas y se la llevaría a su lecho en el fondo del mar.

La verdad es que eso suena genial. Puede que la que esté tomando las peores decisiones sea yo.

—¿Qué tal se te da la natación? —le pregunto.

—¿Por?

—Por nada —respondo.

Taryn, que sospecha que estoy tramando algo, me asesta un codazo.

Avanzamos a través de la Arboleda Torcida, con sus troneos inclinados, ya que el Bosque Lechoso es peligroso por la noche. Tenemos que detenernos para dejar pasar a unos hombres árbol, por miedo a que nos arrollen si no nos quitamos de su camino. Tienen los hombros cubiertos de

musgo, que también se extiende por la corteza que compone sus mejillas. El viento silba a través de sus costillas.

Forman una procesión solemne y hermosa.

—Si estás tan segura de que Madoc va a darte permiso, ¿por qué no se lo has preguntado todavía? —susurra Taryn—. Solo faltan tres días para el torneo.

Cualquiera puede luchar en el torneo estival, pero si quiero conseguir el título de caballero, debo anunciar mi candidatura portando una banda verde alrededor del pecho. Y si Madoc no me permite hacerlo, ni toda la destreza del mundo podría ayudarme. No seré candidata y, por tanto, no podré ser elegida.

Me alegro de que los hombres árbol me hayan dado una excusa para no responder porque, por supuesto, Taryn tiene razón. No se lo he preguntado a Madoc porque me da miedo lo que me pueda decir.

Cuando llegamos a casa, tras abrir la inmensa puerta de madera con sus serpenteantes revestimientos en forja, oímos gritar a alguien en el piso de arriba, como si estuviera en peligro. Echo a correr con el corazón en un puño y me encuentro con Vivi en su habitación, que está persiguiendo a una bandada de sílfides. Pasan junto a mí como una centella para salir al pasillo, mientras el libro con el que Vivi las estaba ahuyentando se estrella contra el marco de la puerta.

—¡Mira! —grita Vivi, señalando hacia su armario—. ¡Mira lo que han hecho!

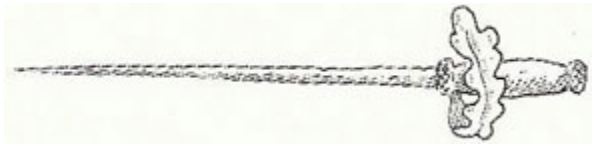
Las puertas del armario están abiertas y veo una maraña de objetos sustraídos del mundo de los humanos: cerillas, periódicos, botellas vacías, libros y fotografías. Las sílfides han utilizado los librillos de cerillas como camas y mesas, han desgarrado todos los papeles y arrancado el centro de los libros para anidar dentro. Se trataba de una plaga de sílfides en toda regla.

Pero lo que más perpleja me deja es la cantidad de cosas que tiene Vivi, y el hecho de que muchas de ellas no parecen tener ningún valor. Solo son basura. Basura mortal.

—¿Qué es todo eso? —pregunta Taryn al entrar en la habitación.

Se agacha y coge una ristra de fotografías que las sílfides apenas han mordisqueado ligeramente. Son fotos consecutivas, del tipo de las que se hacen en los fotomatones. Vivi aparece en las fotos, pasándole el brazo por los hombros a una chica mortal sonriente y con el pelo rosa.

Puede que Taryn no sea la única que ha decidido enamorarse.



Durante la cena, nos sentamos a una enorme mesa tallada por los cuatro costados con imágenes de faunos tocando la flauta y trasgos danzarines. En el medio hay unos gruesos cirios encendidos, al lado de una vasija de piedra tallada repleta de flores de aleluya. Los sirvientes nos traen platos de plata repletos de comida. Comemos habas frescas, carne de venado aderezada con semillas de granada, trucha a la plancha con mantequilla, una ensalada de hierbas amargas y, de postre, pasteles de pasas bañados en sirope de manzana. Madoc y Oriana beben vino canario, nosotras rebajamos el nuestro con agua.

Junto a mi plato y al de Taryn hay un cuenco con sal.

Vivi le hinca el cuchillo a la carne de venado y después lame la sangre que queda en él.

Oak sonríe desde el otro lado de la mesa y empieza a imitar a Vivi, pero Oriana le quita los cubiertos de las manos antes de que pueda hacerse un tajo en la lengua. El pequeño se echa a reír y se pone a comer la carne con los dedos, desgarrándola con sus dientes afilados.

—Debéis saber que el rey no tardará en abdicar en favor de uno de sus hijos —dice Madoc, mirándonos a todas—. Es probable que elija al príncipe Dain.

No importa que Dain sea el tercero en la línea sucesoria El monarca elige a su sucesor, así es como se asegura la estabilidad de Elfhame. La primera reina suprema, Mab, le ordenó a su herrero que forjara una corona. Cuenta la leyenda que el herrero era una criatura llamada Grimsen, capaz de

esculpir cualquier forma a partir de un trozo de metal: pájaros que trinaban y collares que culebreaban por los pescuezos, espadas gemelas llamadas Certera y Veraz que jamás erraban un golpe. La corona de la reina Mab fue forjada por medio de métodos mágicos y fabulosos de tal manera que solo se puede transferir de un pariente consanguíneo a otro, formando un linaje ininterrumpido. Junto con la corona se transmiten los juramentos de todos aquellos que la han portado. Aunque los súbditos se reúnen en cada nueva coronación para renovar su lealtad, la autoridad sigue descansando sobre la corona.

—¿Por qué va a abdicar? —pregunta Taryn.

—Parece que sus hijos se han impacientado con esa manía que tiene de seguir vivo —responde Vivi con una sonrisita mordaz.

Una oleada de ira atraviesa el rostro de Madoc. Taryn y yo no nos atrevemos a provocarle por miedo a que su paciencia con nosotras tenga un límite, pero Vivi es una experta en sacarlo de sus casillas. Cuando Madoc le responde, se nota que está haciendo un esfuerzo por morderse la lengua.

—Pocos reyes de Faerie han gobernado tan bien y durante tanto tiempo como Eldred. Ahora partirá en busca de la Tierra Prometida.

Que yo sepa, la Tierra Prometida es el eufemismo que utilizan para referirse a la muerte, aunque no lo admitan. Dicen que es el lugar desde el que llegaron los feéricos y al que con el tiempo acaban regresando.

—¿Quieres decir que va a dejar el trono porque es viejo? —inquiero, preguntándome si estaré siendo grosera.

Hay duendes que nacen con el rostro arrugado, como si fueran gatos diminutos y pelados, y nixes de piel tersa cuya verdadera edad solo se percibe en sus avejentados ojos. No sabía que el paso del tiempo les importara.

Me parece que a Oriana no le ha hecho gracia mi pregunta, pero tampoco me manda callar, así que quizá no sea tan irrespetuosa. O quizá está acostumbrada a esperar solo groserías por mi parte.

—Puede que no muramos de viejos, pero cada vez nos vamos sintiendo más cansados —dice Madoc con un sonoro suspiro—. He guerreado en nombre de Eldred. He arrasado cortes que le negaron su lealtad. Incluso he liderado escaramuzas contra la reina del Inframar. Pero Eldred ha perdido

su sed de sangre. Permite que aquellos que juraron fidelidad a su bandera se rebelen en mayor o menor medida, mientras que otras cortes se niegan a someterse ante nosotros. Es hora de marchar hacia la batalla. Es hora de que llegue un nuevo monarca, uno con ambición.

Oriana frunce el ceño, parece un tanto confusa.

—Puestos a elegir, tu familia preferiría tenerte a salvo.

—¿De qué sirve un general si no hay guerra? —Madoc bebe un trago largo y enérgico de vino. Me pregunto con qué frecuencia necesitará humedecer su gorro con sangre fresca—. La coronación del nuevo rey tendrá lugar durante el solsticio de otoño. No temáis. Tengo un plan para asegurar nuestro futuro. Solo tenéis que preocuparos por estar preparadas para una buena dosis de bailes.

Me estoy preguntando en qué consistirá ese plan cuando Taryn me pega un puntapié por debajo de la mesa. Cuando me giro para mirarla con cara de pocos amigos, ella enarca las cejas y me susurra:

—Pregúntaselo.

Madoc se la queda mirando.

—¿Sí?

—Jude quiere preguntarte una cosa —dice Taryn. Lo peor de todo es que se cree que me está ayudando.

Inspiro hondo. Al menos parece que Madoc está de buen humor.

—He estado pensando en el torneo. —Me he imaginado diciendo estas palabras muchas muchas veces, pero las que estoy pronunciando ahora en voz alta no están saliendo tal y como lo tenía planeado—. Soy bastante diestra con la espada.

—No seas tan modesta —dice Madoc—. Tu manejo de la espada es excelente.

Su respuesta parece prometedora. Miro a Taryn, que está conteniendo el aliento. Todos los presentes en la mesa se han quedado inmóviles, excepto Oak, que está golpeando su vaso contra una esquina de su plato.

—Voy a combatir en el torneo estival y quiero presentarme como aspirante al título de caballero.

Madoc enarca las cejas.

—¿Eso es lo que quieres? Es una tarea peligrosa.

—No tengo miedo —respondo, asintiendo con la cabeza.

—Interesante —dice Madoc.

El corazón me late con fuerza en el pecho. He pensado en todos los desenlaces posibles de este plan excepto en la posibilidad de que me lo prohíba.

—Quiero abrirme mi propio camino hacia la corte —añado.

—Tú no eres una asesina —replica Madoc.

Tuerzo el gesto, al tiempo que levanto la cabeza para poner mis ojos a la misma altura que los suyos. Madoc me sostiene la mirada con sus ojos dorados y felinos.

—Podría serlo —insisto—. Llevo una década entrenando.

«Desde que me arrancaste de mi mundo», pienso. No lo digo en voz alta, aunque creo que se me nota en la mirada.

Madoc niega con la cabeza, apenado.

—Lo que te falta no tiene nada que ver con la experiencia.

—Ya, pero… —protesto.

—Ya basta. He tomado una decisión —dice Madoc, alzando la voz para interrumpirme. Después, cuando los dos estamos en silencio, me dirige una media sonrisa conciliadora—. Combate en el torneo si quieres, por diversión, pero no te pondrás la banda verde. No estás preparada para ser un caballero. Puedes volver a consultarlo conmigo después de la coronación… Si es un capricho, será tiempo suficiente para que se te pase.

—¡Esto no es un capricho!

Odio parecer tan desesperada, pero es que llevo mucho tiempo soñando con este torneo. La idea de esperar meses, para que quizá luego Madoc vuelva a frustrar mis planes, me produce una impotencia tremenda.

Madoc me lanza una mirada indescifrable.

—Después de la coronación —repite.

Me entran ganas de gritarle: «¿Sabes lo duro que es mantener siempre la cabeza gacha? ¿Tragarte los insultos y soportar amenazas nada veladas? Pues yo he hecho todo eso. Pensaba que eso era una prueba de firmeza. Pensaba que, si veías que soy capaz de soportar todo cuanto me viene encima con una sonrisa en los labios, te darías cuenta de que soy digna de ese título».

«Tú no eres una asesina».

Madoc no tiene ni idea de lo que soy.

Y puede que yo tampoco. Puede que nunca me haya permitido descubrirlo.

—El príncipe Dain será un buen rey —dice Oriana, cambiando con destreza el rumbo de la conversación para volver a hablar de cosas agradables—. Una coronación implica un mes de celebraciones. Necesitaremos vestidos nuevos. —Por lo visto nos ha incluido a Taryn y a mí en ese comentario generalizado—. Majestuosos.

Madoc asiente, sonriendo de oreja a oreja.

—Sí, sí, tantos como queráis. Quiero que luzcáis el mejor aspecto posible y que bailéis como si no hubiera un mañana.

Intento respirar con normalidad y concentrarme en una única cosa. Las semillas de granada de mi plato, relucientes como rubíes, están empapadas con la sangre del venado.

«Tras la coronación», dijo Madoc. Intento concentrarme en eso. Pero parece que ese momento no llegará nunca.

Me encantaría tener un vestido de cortesana como los que he visto en el guardarropa de Oriana, con estampados vistosos bordados con mucha destreza en faldas de oro y plata, cada una de ellas tan hermosa como el amanecer. También me concentro en eso.

Pero mi mente va todavía más lejos y me imagino ataviada con ese vestido, con una espada colgando de la cintura, transformada, convertida en un miembro genuino de la corte, en un caballero del Círculo de los Halcones. Y me imagino a Cardan observándome desde el otro extremo de la estancia, situado al lado del rey, riéndose de mis pretensiones.

Riéndose como si supiera que se trata de una fantasía que nunca se hará realidad.

Me pellizco la pierna hasta que el dolor disipa esa imagen.

—Tendréis que desgastar las suelas de vuestros zapatos, igual que el resto —nos dice Vivi a Taryn y a mí—. Seguro que Oriana teme que, como Madoc os ha animado a bailar, ya no sea capaz de deteneros. No vaya a ser que, ¡horror!, incluso paséis un buen rato.

Oriana frunce los labios y replica:

—Eso ni es justo ni es cierto.

Vivi pone los ojos en blanco.

—Si no fuera cierto, no podría decirlo.

—¡Basta, callaos ya! —Madoc pega un manotazo en la mesa que nos sobresalta a todos—. Las coronaciones son un momento en el que pueden suceder muchas cosas. Se avecina un cambio, y no es buena idea hacerme enfadar.

No sé si se está refiriendo al príncipe Dain, a sus ingratas hijas, o a ambos.

—¿Temes que alguien intente reclamar el trono? —pregunta Taryn.

Al igual que yo, Taryn ha sido instruida en estrategia, en ataques y contraataques, en emboscadas y artimañas para tomar la delantera. Pero, al contrario que yo, ella posee el talento de Oriana para hacer la pregunta idónea para desviar la conversación hacia asuntos menos espinosos.

—Es a los Greenbriar a quienes corresponde preocuparse por eso, no a mí —responde Madoc, pero parece contento de que le haya hecho esa pregunta—. Sin duda, algunos de sus súbditos desearían que no existieran ni el rey supremo ni la corona consanguínea; sus herederos harían bien en asegurarse de que los ejércitos de Faerie estén contentos. Un estratega experimentado aguarda el momento oportuno.

—Solamente alguien sin nada que perder atacaría el trono mientras esté bajo tu protección —dice Oriana con delicadeza.

—Siempre hay algo que perder —replica Vivi, después le hace una mueca muy fea a Oak, que se echa a reír.

Oriana alarga una mano hacia él, pero se contiene. En realidad, no está pasando nada malo. Aun así, al ver el brillo que aparece en los ojos felinos de Vivi, no estoy tan segura de que a Oriana le falte razón al estar nerviosa.

A Vivi le gustaría castigar a Madoc, pero lo único que puede hacer es convertirse en una piedra en su zapato. Eso implica atormentar ocasionalmente a Oriana a través de Oak. Sé que Vivi quiere a Oak —al fin y al cabo, es nuestro hermano—, pero eso no significa que no le guste enseñarle cosas malas.

Madoc sonríe, se le ve muy satisfecho. Antes pensaba que no era consciente de todas las tensiones que se producen en el seno de la familia,

pero a medida que me hago mayor, me he dado cuenta de que el conflicto subrepticio no le molesta en absoluto. De hecho, le gusta tanto como una guerra abierta.

—Es posible que ninguno de nuestros enemigos sea un estratega especialmente bueno.

—Esperemos que no —dice Oriana con gesto ausente, mirando a Oak, al tiempo que levanta su copa de vino canario.

—Así es —dice Madoc—. Brindemos. Por la incompetencia de nuestros enemigos.

Agarro mi copa y brindo con Taryn, después me bebo el contenido hasta los posos.

«Siempre hay algo que perder».

No paro de pensar en esa frase durante el amanecer, repitiéndola una y otra vez en mi cabeza. Finalmente, cuando ya estoy harta de dar vueltas en la cama, me pongo una túnica encima del camisón y salgo a contemplar los últimos rayos de sol del día. Son tan relucientes como el oro batido, y su luz me hace daño en los ojos cuando me siento sobre un puñado de tréboles cerca de los establos, desde donde contemplo la casa.

Todo esto perteneció a mi madre antes de que pasara a manos de Oriana. Por aquella época debía de ser muy joven y estar muy enamorada de Madoc. Me pregunto cómo sería su vida. Me pregunto si pensaba que sería feliz aquí.

Me pregunto cuándo se dio cuenta de que no sería así.

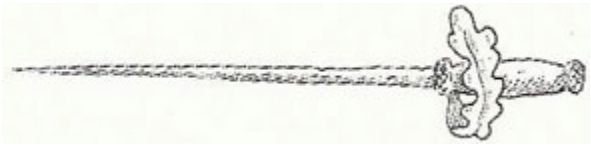
He oído rumores. No es poca cosa engañar al general del rey supremo, huir de Faerie con su hija en el vientre y esconderse durante casi diez años. Mi madre dejó atrás los restos carbonizados de otra mujer entre los renegridos cimientos de su hacienda. Nadie puede decir que no fue valiente.

Si hubiera tenido un poco más de suerte, Madoc jamás se habría enterado de que seguía viva.

Supongo que tenía mucho que perder.

Yo también tengo mucho que perder.

Pero ¿qué más da?



—¿Qué te parece si hoy nos saltamos las clases? —le digo a Taryn por la tarde. Estoy vestida y preparada antes de lo normal. Aunque no he pegado ojo, no me siento cansada—. Quedémonos en casa.

Taryn me mira con preocupación mientras una joven ninfa, recién puesta al servicio de Madoc para saldar una deuda con él, le trenza la melena castaña hasta crear un peinado con forma de corona. Taryn está sentada con mucha clase ante su tocador, ataviada con tonos marrones y dorados.

—Si me dices que no vaya, significa que debería ir. No sé qué estarás tramando, pero olvídalo. Ya sé que estás disgustada con lo del torneo…

—No importa —digo, aunque, por supuesto, claro que importa. Importa tanto que, ahora que me he quedado sin esperanzas de obtener el título de caballero, me siento como si se hubiera abierto un agujero bajo mis pies y estuviera cayendo por él.

—Puede que Madoc cambie de idea. —Taryn me sigue por las escaleras y después se adelanta para recoger nuestras cestas—. Al menos, ya no tendrás que desafiar a Cardan.

La tomo con ella, aunque no tenga culpa de nada.

—¿Sabes por qué Madoc no me deja aspirar al título de caballero? Porque me considera débil.

—Jude —me advierte mi hermana.

—Pensaba que debía portarme bien y seguir las reglas —prosigo—. Pero estoy harta de ser débil. Estoy harta de ser buena. Eso va a cambiar a

partir de ahora.

—Los idiotas son los únicos que no se asustan de las cosas que dan miedo —replica Taryn, lo cual es indudablemente cierto, pero ni aun así logra convencerme.

—Vamos a saltarnos las clases —insisto, pero ella no cede, así que vamos juntas a la escuela.

Taryn me observa con cautela mientras hablo con la líder del simulacro bélico, Fand, una ninfa con la piel tan azulada como los pétalos de una flor. Me recuerda que mañana hay un entrenamiento previo al torneo.

Asiento con la cabeza mientras me muerdo el interior del carrillo. Nadie tiene por qué saber que mis esperanzas se han ido al traste. Nadie tiene por qué saber que nunca he tenido ninguna.

Más tarde, cuando Cardan, Locke, Nicasia y Valerian se sientan a almorzar, de repente escupen la comida, horrorizados. A su alrededor se encuentran otros jóvenes aristócratas menos odiosos, comiendo pan con miel, pasteles y palomas asadas, mermelada de flor de saúco con galletitas y queso, y racimos de uvas orondas. Las viandas que hay en cada una de las cestas de mis enemigos son las únicas que han sido aderezadas a conciencia con sal.

Cardan cruza una mirada conmigo y no puedo contener la sonrisa malévola que se dibuja en mis labios. Sus ojos brillan como ascuas, su odio resulta tan palpable que estremece el ambiente, como el aire que se extiende por encima de unas rocas negras en un caluroso día de verano.

—¿Has perdido el juicio? —me pregunta Taryn, mientras me agarra del hombro y me zarandea para que me dé la vuelta hacia ella—. Estás empeorando las cosas. Hay una razón por la que nadie se enfrenta ellos.

—Lo sé —respondo en voz baja, incapaz de borrar la sonrisa de mis labios—. Hay un montón de razones.

Taryn hace bien en preocuparse. Acabo de declarar la guerra.

CAPÍTULO 6

No estoy contando bien esta historia. Hay algunos detalles que debería haber enumerado acerca de lo que supone criarse en Faerie. Si los he excluido de la historia se debe sobre todo a que soy una cobarde. No me gusta nada pensar en ello. Pero es posible que, si conoces algunos detalles relevantes sobre mi pasado, alcances a comprender mejor por qué soy como soy. Cómo se me metió el miedo hasta la médula. Cómo aprendí a fingir para ahuyentarlo.

Estas son tres cosas sobre mí que debería haberte contado antes, pero no lo hice:

1. Cuando tenía nueve años, uno de los guardias de Madoc me arrancó de un bocado la yema del dedo anular de la mano izquierda. Estábamos al aire libre y, cuando grité, me empujó tan fuerte que me golpeé la cabeza contra un poste de madera en los establos. Después me obligó a quedarme allí mientras mordisqueaba el trozo que me había arrancado. Me dijo lo mucho que odiaba a los mortales. Sangré un montón; no te imaginas la cantidad de sangre que puede llegar a salir de un dedo. Cuando terminó, me dijo que más me valía guardar lo ocurrido en secreto porque, de lo contrario, se comería el resto de mi cuerpo. Así que,

claro está, no se lo conté a nadie. Hasta ahora, que te lo estoy contando a ti.

2. Cuando tenía once años me escondí debajo de la mesa de banquetes durante un baile y me encontró un miembro de la aristocracia que estaba bastante aburrido. Me sacó a rastras tirándome de un pie, mientras yo pataleaba y me retorcía. No creo que supiera quién era yo… Al menos, eso quiero creer. El caso es que me instó a beber y le hice caso; el verdoso vino de las hadas descendió por mi garganta como si fuera néctar. Danzó conmigo alrededor de la colina. Al principio resultó divertido, todo lo divertido que puede ser pasarte la mitad del tiempo gritando para que te dejen en el suelo y la otra mitad mareada y con ganas de vomitar. Pero cuando la sensación de diversión se disipó y yo seguía sin poder detenerme, comenzó a resultar aterrador. Sin embargo, a él le resultó igual de divertido verme asustada. La princesa Elowyn me encontró al final de la fiesta, llorando y vomitando. No me preguntó cómo había acabado así, se limitó a devolverme a Oriana como si fuera una chaqueta extraviada. Nunca se lo contamos a Madoc. ¿De qué habría servido? Todo el que me viera debió de pensar que me lo estaba pasando en grande.

3. Cuando yo tenía catorce años y Oak cuatro, me lanzó un hechizo. No lo hizo a propósito, o al menos, no terminaba de entender por qué no debería hacerlo. Yo no llevaba puesto ningún amuleto protector porque acababa de darme un baño. Oak no quería irse a la cama. Quería que jugara a las muñecas con él, y eso fue lo que hicimos. Me ordenó que le persiguiera y corrí tras él por los pasillos. Después descubrió que podía hacer que me abofeteara a mí misma, y aquello le hizo mucha gracia. Tatterfell vino a vernos unas horas más tarde y, tras contemplar mis mejillas enrojecidas y las lágrimas que cubrían mis ojos, se fue corriendo a buscar a Oriana. Durante semanas, Oak intentaba hechizarme entre risas para que le consiguiera dulces, para que le levantara en volandas o para que escupiera en la mesa durante la cena. Aunque nunca funcionó, aunque desde entonces empecé a llevar un collar de bayas a todas partes, tuve que contenerme durante meses para no

pegarle una tunda. Oriana nunca me ha perdonado por contenerme de esa manera; cree que el no haberme vengado de él significa que planeo hacerlo en el futuro.

Ese es el motivo por el que no me gustan estas historias: resaltan mi vulnerabilidad. Por muy cuidadosa que sea, al final acabo dando un paso en falso. Soy débil. Soy frágil. Soy mortal.

Eso es lo que más detesto.

Aunque, por obra de algún milagro, consiguiera superar a las hadas, jamás podré ser como ellas.

CAPÍTULO 7

La revancha no se hace esperar.

Durante el resto del día y parte de la tarde, estuvimos en clase de Historia. Un duende con cabeza de gato llamado Yarrow recita poemas épicos y nos hace preguntas. Cuantas más respuestas acierto, mayor es el enfado de Cardan. No hace ningún intento por disimularlo, mientras le dice a Locke lo aburridas que son esas lecciones y se burla del instructor.

Por una vez, terminamos antes de que haya oscurecido del todo. Taryn y yo emprendemos la vuelta a casa, ella me mira con preocupación. La luz del atardecer se filtra entre los árboles y yo inspiro hondo, absorbiendo el aroma de las pinochas. Siento una extraña serenidad, a pesar de la estupidez que he cometido.

—Eso no es propio de ti —dice Taryn al fin—. Tú no eres de las que buscan pelea con los demás.

—Seguirles la corriente no servirá de nada. —Le arreo un puntapié a una piedra—. Cuanto más se acostumbren a salirse con la suya, más derecho creerán que tienen para seguir haciendo lo que hacen.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Enseñarles modales? —Taryn suspira—. Aunque alguien tuviera que hacerlo, no tendrías por qué ser tú.

Tiene razón. Sé que tiene razón. La ira que me ha cegado esta tarde se acabará disipando y lamentaré lo que he hecho. Seguramente, después de un

sueño largo y reparador me sentiré tan horrorizada como Taryn. Lo único que he conseguido ha sido empeorar mis problemas, por mucho que mi orgullo haya salido reforzado.

«Tú no eres una asesina».

«Lo que te falta no tiene nada que ver con la experiencia».

Aun así, no me arrepiento; ahora que he saltado por el borde, lo único que quiero es caer.

Estoy a punto de decir algo cuando alguien me cubre la boca con la mano. Me hinca los dedos en la piel que rodea mis labios. Me revuelvo, giro sobre mí misma y veo que Locke tiene agarrada a Taryn por la cintura. A mí alguien me está sujetando las muñecas. Consigo apartar la mano que me cubre la boca y gritar, pero los gritos en Faerie son como el canto de los pájaros, demasiado comunes como para captar demasiada atención.

Nos empujan a través del bosque, riendo. Uno de los chicos lanza un grito de alegría. Me parece que Locke dice algo acerca de acabar pronto con la broma, pero sus palabras quedan eclipsadas entre tanto jolgorio.

Entonces noto un empujón por la espalda y después el desagradable abrazo del agua fría. Escupo, intentando respirar. La boca me sabe a fango y a juncos. Me impulso hacia arriba. Taryn y yo estamos sumergidas en el río hasta la cintura, mientras la corriente nos empuja hacia la parte más honda y peligrosa del río. Hinco los pies en el barro del fondo para que no me arrastre. Taryn está agarrada a una piedra, tiene el pelo empapado. Ha debido de resbalar.

—Hay nixes en este río —dice Valerian—. Si no salís antes de que os encuentren, os sumergirán y no os dejarán volver a la superficie. Después os desgarrarán la piel con sus dientes afilados —añade, lanzando una dentellada al aire.

Se encuentran repartidos a lo largo de la orilla. Cardan es el que está más cerca, Valerian se encuentra su lado. Locke desliza la mano por encima de los juncos y las espadañas con gesto abstraído. Ya no parece tan afable. Parece haberse aburrido de sus amigos, y también de nosotras.

—Las nixes no pueden evitar ser como son —dice Nicasia, que pega un puntapié en el agua para salpicarme en la cara—. Igual que vosotras no podréis evitar ahogaros.

Clavo los pies a fondo en el barro. El agua me anega las botas y hace que me resulte difícil mover las piernas, pero el fango las mantiene fijas en el sitio cuando logro enderezarme. No se cómo voy a conseguir llegar hasta Taryn sin resbalar.

Valerian está vaciando nuestras mochilas sobre la orilla. Nicasia, Locke y él se turnan para arrojar los contenidos al agua. Mis cuadernos con cubiertas de piel. Rollos de papel que se desintegran mientras se hunden. Los libros de cuentos y poemas épicos se zambullen con un chapoteo tremendo, y después se quedan encajados entre dos piedras. Mi pluma y mis plumillas relucen desde el fondo del río. El tintero se estrella contra sé las rocas y tiñe las aguas de color bermejo.

Cardan me observa. Aunque no ha movido un dedo, que esto es cosa suya. Su mirada me resulta tan inescrutable como la propia Faerie.

—¿Os hace gracia? —grito hacia la orilla. Estoy tan furiosa que no tengo cabida para el miedo—. ¿Os estáis divirtiendo?

—Muchísimo —responde Cardan. Después desliza la mirada desde donde estoy yo hacia las sombras que acechan bajo el agua. ¿Serán nixes? No sabría decirlo. Me limito a seguir avanzando hacia Taryn.

—Esto solo es un juego —dice Nicasia—. Lo que pasa es que a veces forzamos demasiado nuestros juguetes y se acaban rompiendo.

—Aunque tampoco es que os hayamos ahogado nosotros —añade Valerian.

Patino sobre unas rocas y me sumerjo, me veo arrastrada corriente abajo sin remedio, mientras trago agua cargada de lodo. Entro en pánico y empiezo a resollar con violencia. Extiendo la mano y me agarro a la raíz de un árbol. Recuperó el equilibrio, tosiendo y jadeando.

Nicasia y Valerian se están riendo. La expresión de Locke es indescifrable.

Cardan ha introducido un pie entre los juncos, como para ver mejor la escena. Furiosa y resoplando, avanzo a duras penas hacia Taryn, que se adelanta para agarrarme de la mano y apretarla con fuerza.

—Pensaba que te ibas a ahogar —dice, al borde de la histeria.

—No pasa nada —le digo. Tras hundir los pies en el barro, me agacho para coger una piedra. Encuentro una bastante grande y la saco a la

superficie. La capa exterior es verde y resbaladiza, está cubierta de algas—. Si las nixes vienen a por nosotras, las ahuyentaré.

—Retírate —dice Cardan. Me está mirando directamente a mí. A Taryn no la mira ni siquiera de reojo—. No deberías haber intentado darnos una lección. Quítate la idea del torneo de la cabeza. Dile a Madoc que no tienes lugar entre nosotros, tus superiores. Hazlo y te salvaré.

Le miro fijamente.

—Lo único que tienes que hacer es darte por vencida —añade—. Es fácil.

Me quedo mirando a mi hermana. Es culpa mía que esté empapada y asustada. El agua del río está fría, a pesar del calor estival, y la corriente es muy fuerte.

—¿Y también salvarás a Taryn?

—Ah, ¿así que por ella estás dispuesta a hacer lo que te digo? —Cardan me lanza una mirada ávida, propia de un depredador—. ¿Eso te parece un gesto noble? —Hace una pausa y, durante ese tiempo, lo único que oigo son los jadeos de Taryn—. ¿Y bien?

Estoy atenta a las nixes, alerta ante cualquier indicio de movimiento.

—¿Por qué no me dices tú cómo quieres que me sienta?

—Interesante. —Cardan avanza otro paso y se agacha para que nuestras miradas se crucen—. Hay tan pocos niños en Faerie que nunca había visto dos idénticos. ¿Te sientes como si te duplicaran o más bien como si te partieran por la mitad?

No respondo.

Por detrás de Cardan, Nicasia agarra del brazo a Locke y le susurra algo. Él le dirige una mirada mordaz y ella hace un mohín. Quizá les fastidie que las nixes no nos estén devorando.

—Hermana gemela —dice Cardan con el ceño fruncido, dándose la vuelta hacia Taryn. Una sonrisa regresa a sus labios, como si se sintiera satisfecho por una nueva y atroz ocurrencia—. ¿Tú serías capaz de hacer un sacrificio parecido? Vamos a descubrirlo. Tengo una propuesta muy generosa que hacerte. Sube a la orilla y dame un beso en las mejillas. Una vez lo hayas hecho, y siempre que no defiendas a tu hermana ni de palabra ni de obra, no te pediré cuentas por su desafío. ¿No te parece un buen trato?

Pero solo lo conseguirás si te reúnes ahora con nosotros y la dejas ahí para que se ahogue. Demuéstrale que siempre estará sola.

Al principio, Taryn se queda inmóvil, como si estuviera paralizada.

—Ve —le digo—. No me pasará nada.

Aun así, me duele cuando comienza a avanzar hacia la orilla. Pero es lógico que vaya. Estará a salvo, y el precio a pagar es lo de menos.

Una silueta pálida se separa de las demás y comienza a nadar hacia ella, pero al ver mi sombra en el agua titubea. Hago amago de lanzar la roca y la silueta retrocede. Prefiere las presas fáciles.

Valerian agarra a Taryn de la mano y la ayuda salir del agua como si fuera una dama de la nobleza. Tiene el vestido empapado, chorrea cuando se mueve, como los vestidos de las náyades y las hadas marinas. Taryn presiona sus labios azulados sobre las mejillas de Cardan, primero una y después la otra. Mantiene los ojos cerrados, pero él los tiene bien abiertos para mirarme.

—Di: «Renunció a mi hermana Jude —le dice Nicasia—. No la ayudaré. Ni siquiera la soporto».

Taryn me lanza una mirada fugaz de arrepentimiento.

—No tengo por qué decir eso. Eso no forma parte del trato.

Los demás se echan a reír. Cardan separa los juncos con el pie e interrumpe a Locke cuando intenta decir algo:

—Tu hermana ha renunciado a ti. ¿Ves lo que puedo conseguir con unas pocas palabras? Y las cosas aún pueden empeorar mucho más. Podemos hechizarte para que camines a cuatro patas y ladres como un perro. Podemos maldecirte para que te consumas por el deseo de oír una canción que jamás volverás a escuchar o por recibir una palabra amable de mis labios. Nosotros no somos mortales. Acabaremos contigo. Eres una criatura frágil e insignificante, ni siquiera nos costaría esfuerzo. Date por vencida.

—Jamás —respondo.

Cardan sonríe con suficiencia.

—¿Jamás? Jamás, al igual que para siempre, es un término tan grande que escapa a la comprensión de los mortales.

La silueta acuática no se mueve del sitio, seguramente porque la presencia de Cardan y los demás causa la impresión de que tengo amigos

que podrían defenderme en caso de ataque. Aguardo para ver cuál es el siguiente movimiento de Cardan, sin quitarle el ojo de encima. Confío en tener un aspecto desafiante. Él me mira fijamente durante un instante largo y espantoso.

—Piensa en nosotros —me dice—. Durante el largo, bochornoso y chorreante camino a casa. Piensa bien tu respuesta. Esto solo es una pequeña muestra de lo que podemos hacer.

Dicho eso, nos da la espalda y, al cabo de unos segundos, los demás también se dan la vuelta. Observo cómo se aleja. Cómo se alejan todos.

Cuando desaparecen de la vista, subo a la orilla y me desplomó de espaldas sobre el barro al lado del lugar donde se encuentra Taryn. Inspiro hondo y resuello. Las nixes comienzan a salir a la superficie, nos contemplan con ojos hambrientos y opalescentes. Se asoman entre una mata de abrojos. Una de ellas comienza a reptar hacia nosotras.

Arrojo la piedra. No acierto ni de lejos, pero el chapoteo las sobresalta lo suficiente como para que no se sigan acercando.

Con un gruñido, me pongo en pie a duras penas para reanudar la marcha. Durante todo el camino a casa, mientras Taryn llora en silencio, pienso en lo mucho que los odio y en lo mucho que me odio a mí misma. Al rato no pienso en nada más que en levantar mis botas empapadas para dar un paso tras otro entre los escaramujos, los helechos y los olmos, para avanzar junto a cerezas coloradas, bayas y ciruelas damascenas, junto a las sílfides del bosque que anidan en los rosales, rumbo a casa para darme un baño y meterme en la cama en un mundo que no es el mío y que nunca podrá serlo.

CAPÍTULO 8

Me duele la cabeza horrores cuando Vivienne me zarandea para despertarme. Salta sobre la cama, aparta la colcha de un puntapié y hace que la estructura chirríe. Yo hundo la cabeza en la almohada y me acurruco de costado, en un intento por ignorarla y volver a sumirme en un sueño profundo.

—Arriba, dormilona —dice, quitándome las mantas de encima—. Vamos a ir al centro comercial.

Suelto un bufido y ondeo una mano para que se vaya.

—¡Levántate! —me ordena, brincando de nuevo.

—Paso —refunfuño, tapándome con lo que queda de mis mantas—. Tengo que entrenar para el torneo.

Vivi deja de saltar y yo me doy cuenta de que lo que acabo de decir no es cierto. No tengo por qué combatir. Salvo que fui tan tonta como para decirle a Cardan que jamás me retiraría. Entonces me acuerdo del río, de las nixes y de Taryn. Ella tenía razón, mientras que yo había cometido un error catastrófico.

—Te invitaré a un café cuando lleguemos allí, a un café con chocolate y nata montada. —Vivi es incansable—. Vamos, Taryn nos está esperando.

Salgo medio rodando do la cama. Una vez en pie, me rasco la cadera y la fulmino con la mirada. Vivi me dedica una sonrisa encantadora y, muy a

mi pesar, mi enfado comienza a desvanecerse. Vivi es egoísta a menudo, pero lo hace de un modo tan desenfadado, y te anima tanto a que te dejes llevar, que resulta fácil pasar un buen rato a su lado.

Me visto a toda prisa con las prendas modernas que guardo al fondo de mi armario: los vaqueros, una vieja camiseta gris con una estrella negra y unas relucientes Converse plateadas. Me recojo el pelo bajo un gorro de lana que ya ha perdido su forma original y, cuando me contemplo en el espejo de cuerpo entero (tallado de tal manera que parece que hubiera un par de faunos traviesos a ambos lados de cristal, lanzando miradas lascivas), la persona que me devuelve la mirada no es la misma de antes.

Puede que se trate de la persona en la que me habría convertido si me hubieran criado como humana.

Signifique lo que signifique eso.

Cuando éramos pequeñas, hablábamos a todas horas de regresar al mundo de los humanos. Vivi aseguraba que, si aprendía un poco más de magia, podríamos marcharnos. Buscaríamos una mansión abandonada y ella se ocuparía de hechizar a unos pájaros para que cuidaran de nosotras. Nos comprarían pizza y caramelos, e iríamos a la escuela solo si nos apetecía.

Sin embargo, cuando Vivi descubrió la manera de viajar hasta allí, la realidad se entrometió en nuestros planes. Resulta que los pájaros no pueden comprar pizza, ni siquiera aunque estén hechizados.

Me reúno con mis hermanas frente a los establos de Madoc, donde los corceles mágicos, ataviados con sus armaduras plateadas, descansan en las caballerizas al lado de unos sapos inmensos listos para ser ensillados y embridados, y de unos renos con grandes astas repletas de campanitas. Vivi se ha puesto unos vaqueros negros, una camiseta blanca y unas gafas espejadas que disimulan sus ojos felinos. Taryn lleva unos *jeggings* de color rosa, una chaqueta de punto y unos botines.

Intentamos imitar a las chicas que vemos en el mundo humano, en las revistas o en la pantalla de una sala de cine con aire acondicionado, comiendo chucherías tan dulces que hacen que me duelan los dientes. No sé qué pensará la gente al vernos. Para mí, vestirme así es como disfrazarme. Lo hago desde la ignorancia. Desconozco los comentarios que pueden

suscitar estas zapatillas tan chillonas, del mismo modo que una niña disfrazada de dragón no puede saber qué opinaría un dragón de verdad sobre el color de sus escamas.

Vivi arranca tallos de hierba cana que crecen cerca de los abrevaderos. Después de localizar tres que reúnen los atributos necesarios, levanta el primero de ellos y lo sopla, diciendo:

—Corcel, álzate y llévanos adónde yo te ordene.

Una vez pronunciadas esas palabras, arroja el tallo al suelo y se convierte en un poni huesudo y amarillento con ojos color esmeralda y una crin que parece una densa capa de follaje. Relincha de un modo enérgico y un tanto extraño. Vivi arroja dos tallos más y entonces son tres los corceles de hierba cana los que se ponen a resoplar y a olisquear el terreno. Recuerdan un poco a los caballitos de mar y pueden cabalgar por tierra y aire, según las órdenes de Vivi, manteniendo su aspecto durante horas antes de volver a convertirse en simples hierbajos.

Resulta que desplazarse entre el mundo de las hadas y el de los mortales no es tan complicado. Faerie se extiende al lado y por debajo de los pueblos mortales, a la sombra de las ciudades mortales y en sus núcleos decadentes, ruinosos y devorados por los gusanos. Los seres feéricos viven en colinas, en valles y túmulos, en callejones y edificios abandonados por los mortales. Vivi no es la única hada de nuestras islas que se escabulle a través del mar para acceder al mundo de los humanos con cierta frecuencia, aunque la mayoría adopta una apariencia mortal para mezclarse con la gente. Hace menos de un mes, Valerian estuvo presumiendo de haber engañado a unos campistas para que se dieran un banquete con él y con sus amigos, donde se atiborraron de hojas podridas hechizadas para que parecieran manjares.

Me monto en mi corcel y me abrazo al cuello de la criatura. Siempre hay un momento, cuando comienza a moverse, en el que no puedo evitar sonreír. Hay algo en lo inverosímil de la situación —en la majestuosidad con que esos tallos se despliegan y sus pezuñas herbáceas impactan contra la gravilla para tomar impulso y elevarse por los aires— que me produce una descarga de adrenalina pura.

Contengo el grito que se encarama a mi garganta.

Cabalgamos sobre los acantilados y después sobre el mar, contemplando a las sirenas que brincan entre las centelleantes olas y a las selkies que se dejan llevar por la corriente. Atravesamos el banco de niebla que rodea las islas perpetuamente y las oculta de los mortales. De ahí pasamos a la otra orilla, dejando atrás el Two Lights State Park, un campo de golf y un aeropuerto. Aterrizamos en una pequeña arboleda separada del centro comercial de Maine por una carretera. La camiseta de Vivi aletea al viento mientras toma tierra. Taryn y yo desmontamos. En respuesta a unas palabras de Vivi, los corceles se convierten en tres simples tallos medio marchitos que no destacan entre lo demás.

—Recordad dónde hemos aparcado —dice Taryn con una sonrisa, después emprendemos la marcha hacia el centro comercial.

A Vivi le encanta este lugar. Le encanta beber batidos de mango, probarse sombreros y comprar lo que nos dé la gana con bellotas hechizadas para que parezcan dinero. A Taryn no le gusta tanto como a Vivi, pero le resulta divertido. Yo, en cambio, me siento como si fuera un fantasma cuando venimos aquí.

Avanzamos por el centro comercial como si fuéramos las reinas del lugar. Pero cuando veo a todas esas familias humanas juntas —sobre todo esas familias que tienen niñas pequeñas que no paran de reír y que tienen la boca pegajosa—, no me gusta lo que siento por dentro.

Ira.

No me imagino regresando aquí para llevar una vida como la suya, aunque sí me imagino acercándome a esas niñas y asustándolas hasta hacerles llorar.

Jamás haría algo así, desde luego.

Vamos, no creo que fuera capaz.

Me parece que Taryn se ha dado cuenta de cómo estoy mirando a una niña que está teniendo una pataleta delante de su madre. Al contrario que yo, Taryn se adapta bien a las cosas. Sabe lo que hay que decir en cada momento. No le importaría si la enviaran de vuelta a este mundo. Tampoco le molesta la situación que tiene ahora. Se acabará enamorando, tal y como dijo. Se transformará en una esposa o consorte y criará hadas que la querrán con locura y la sobrevivirán. El único lastre que tiene soy yo.

Cómo me alegro de que no pueda leerme el pensamiento.

—A ver —dice Vivi—, hemos venido porque las dos necesitabais animaros un poco. Así que, venga, animaos.

Miro a Taryn e inspiro hondo, dispuesta a disculparme. No sé si eso es lo que Vivi tenía en mente, pero es lo que sé que tengo que hacer desde que me levanté de la cama.

—Lo siento —murmuro.

—Supongo que estarás cabreada —dice Taryn al mismo tiempo.

—¿Contigo? —Me quedo perpleja.

Taryn agacha la cabeza y añade:

—Le juré a Cardan que no te ayudaría, pese a que ese día te acompañé para hacer precisamente eso.

Niego enérgicamente con la cabeza.

—En serio, Taryn, eres tú la que debería estar enfadada, acabaste en el agua por mi culpa. Salir de ese enredo fue lo más inteligente que pudiste hacer. Yo jamás me cabrearía por eso.

—Ah —dice Taryn—. Vale.

—Taryn me contó la jugarreta que le hiciste al príncipe —interviene Vivi. Me veo reflejada en sus gafas de sol, duplicada, cuadruplicada si cuento a Taryn—. Estuvo bastante bien, pero ahora vas a tener que hacer algo mucho peor. Tengo unas cuantas ideas.

—¡No! —exclama Taryn con vehemencia—. Jude no tiene por qué hacer nada. Sencillamente estaba disgustada por lo de Madoc y el torneo. Si les ignora, ellos también volverán a ignorarla. Puede que no lo hagan al principio, pero sí con el tiempo.

Me muerdo el labio porque no creo que eso sea cierto.

—Olvídate de Madoc. Lo de ser nombrada caballero habría sido un rollo de todos modos —dice Vivi, menospreciando aquello para lo que he estado preparándome durante años.

Suspiro. Su actitud me fastidia, pero también resulta reconfortante saber que ella no le da apenas importancia cuando a mí me ha abrumado tanto su pérdida.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —le pregunto a Vivi para zanjar la discusión—. ¿Vamos a ver una peli? ¿Quieres probar pintalabios? No

olvides que me prometiste un café.

—Quiero que conozcáis a mi novia —dice Vivienne, y entonces me acuerdo de la chica de pelo rosa que salía en la ristra de fotos—. Me ha pedido que me vaya a vivir con ella.

—¿Aquí? —pregunto, como si pudiera haber otra opción:

—¿Al centro comercial? —Vivi se ríe al ver nuestras caras—. Hemos quedado aquí con ella hoy, pero es muy probable que busquemos un lugar diferente donde vivir. Heather no sabe que existe Faerie, así que no lo mencionéis, ¿vale?

Cuando Taryn y yo teníamos diez años, Vivi aprendió a crear corceles. Nos fugamos de casa de Madoc unos días después. En una gasolinera, Vivi hechizó a una mujer que pasaba por allí para que nos llevara a su casa.

Todavía recuerdo el rostro inexpresivo de la mujer mientras conducía. Quise hacerla sonreír, pero por más muecas que hice, no modificó su expresión. Pasamos la noche en su casa, con dolor de barriga después de haber comido helado para cenar. Lloré hasta quedarme dormida, abrazada a Taryn, que también sollozaba.

Después de eso, Vivi nos consiguió una habitación en un motel que tenía un fogón para cocinar y aprendimos a preparar macarrones con queso a partir de la receta que venía en el paquete. También utilizamos la cafetera porque su olor nos recordaba al de nuestra antigua casa. Vimos la televisión y nadamos en la piscina con otros niños que se alojaban en el motel.

Lo pasé fatal.

Vivimos así durante dos semanas hasta que Taryn y yo le rogamos a Vivi que nos llevara a casa, que nos llevara de vuelta a Faerie. Añorábamos nuestras camas, añorábamos la comida a la que estábamos acostumbradas, añorábamos la magia.

Creo que a Vivi le partió el corazón regresar, pero lo hizo a pesar de todo. Y se quedó. Puede que Vivi tenga sus defectos, pero en los momentos importantes siempre se mantuvo a nuestro lado.

Supongo que no debería sorprenderme que no planeara quedarse en Faerie para siempre.

—¿Por qué no nos lo contaste? —inquiere Taryn.

—Os lo estoy contando ahora —replica Vivi, que nos guía junto a tiendas que proyectan imágenes de videojuegos en bucle, delante de escaparates con bikinis y vestidos ondulantes, frente a *pretzels* rellenos de queso y tiendas con mostradores repletos de diamantes centelleantes con forma de corazón para jurar amor verdadero. Estamos rodeadas de carritos de la compra, grupos de adolescentes con camisetas deportivas y matrimonios mayores cogidos de la mano.

—Tendrías que habérnoslo contado antes —dice Taryn, con los brazos en jarras.

—Este es mi plan para animaros —responde Vivi—. Vamos a mudarnos las tres al mundo de los humanos. Viviremos con Heather. Jude no tendrá que preocuparse por lo de ser un caballero, y Taryn no tendrá por qué lanzarse en brazos de algún hada imbécil.

—¿Y Heather está al corriente de ese plan? —pregunta Taryn, escéptica.

Vivi niega con la cabeza, sonriendo.

—Ya veo —digo, intentando tomármelo a broma—. Aunque olvidas que no poseo ninguna habilidad que dé dinero, aparte de blandir una espada e inventarme acertijos, y no creo que me paguen demasiado por ninguna de ellas.

—El mundo mortal es el lugar donde nos criamos —insiste Vivi, que se sube a un banco y comienza a caminar por él, como si se tratara de un escenario. Se coloca las gafas de sol sobre la frente—. Volveréis a acostumbraros a él.

—Querrás decir que es el lugar donde te criaste tú.

Vivi tenía nueve años cuando nos sacaron de aquí, recuerda muchas más cosas que nosotras acerca de lo que significa ser humana. Lo cual es injusto, ya que ella además puede hacer magia.

—Los feéricos os seguirán tratando como si fuerais escoria —dice Vivi, que salta al suelo delante de nosotras, con un brillo en sus ojos felinos. Una mujer que empuja un cochecito de bebé hace un giro brusco para esquivarnos.

—¿Qué quieres decir? —Eludo la mirada de Vivi y me concentro en el diseño de las baldosas bajo mis pies.

—Oriana actúa como si el hecho de que las dos seáis mortales fuera una especie de sorpresa desagradable que la vuelve a pillar desprevenida cada mañana —alega—. Y Madoc mató a nuestros padres, no lo olvides. Y luego están todos esos memos de la escuela sobre los que no te gusta hablar.

—Precisamente estaba hablando de esos memos —replico sin darle la satisfacción de quedarme boquiabierta por lo que acaba de decir sobre nuestros padres. Vivi actúa como si no nos acordásemos, como si fuera posible que llegue a olvidarlo alguna vez. Actúa como si fuera su tragedia personal, suya y de nadie más.

—Y no te gustó. —Vivi parece muy satisfecha con su réplica—. ¿De verdad pensabas que ser nombrada caballero mejoraría la situación?

—No lo sé —respondo.

Vivi se gira hacia Taryn.

—¿Y tú?

—Faerie es lo único que conocemos. —Taryn levanta una mano para que le deje continuar—. Aquí no tendríamos nada. No habría bailes, ni magia, ni…

—Pues a mí sí que me gustaría vivir aquí —le interrumpe Vivi, que acelera el paso en dirección a la Apple Store.

Ya lo hemos hablado otras veces, por supuesto. Vivi piensa que somos idiotas por no ser capaces de resistirnos a la influencia de Faerie, por desear quedamos en un lugar tan peligroso. Es posible que, teniendo en cuenta cómo nos hemos criado, las cosas malas nos parezcan buenas. O puede que seamos tontas en la misma medida que esos otros mortales que serían capaces de cualquier cosa con tal de probar otro bocado de fruta de hadas. Puede que en el fondo no tenga importancia.

Hay una chica junto a la entrada, trasteando con su móvil. Supongo que será «la chica». Heather es bajita, con el pelo de color rosa claro y la piel morena. Lleva puesta una camiseta con un estampado hecho a mano en el pecho. Tiene manchas de boli en las manos. De pronto caigo en la cuenta de que ella pudo ser la que creó esos cómics que Vivi estuvo leyendo con tanta atención.

Hago el amago de dedicarle una reverencia antes de recordar dónde me encuentro y, con timidez, le tiendo una mano.

—Soy Jude, la hermana de Vivi —digo—. Y esta es Taryn.

La chica me estrecha la mano sin ejercer apenas ninguna fuerza. Tiene la palma caliente.

Resulta curioso que Vivi, que se ha esforzado tanto por distanciarse de Madoc, haya terminado enamorándose de una chica humana, tal y como le pasó a él.

—Soy Heather —dice la chica—. Encantada de conocerte. Vee casi nunca habla de su familia.

Taryn y yo cruzamos una mirada. «¿Vee?».

—¿Os apetece sentaros a tomar algo? —pregunta Heather, señalando con la cabeza hacia la zona de restaurantes.

—Alguien me debe un café —digo, refiriéndome a Vivi.

Pedimos en el mostrador y nos sentamos. Heather nos dice que asiste a un centro de formación profesional para estudiar arte. Nos habla de los cómics que le gustan y de sus grupos de música favoritos. Eludimos las preguntas incómodas. Mentimos. Cuando Vivi se levanta para tirar la basura, Heather nos pregunta si ella es la primera novia que nos ha presentado. Taryn asiente.

—Supongo que eso significa que le gustas mucho.

—Entonces, ¿podré ir a conocer vuestra casa? A mis padres solo les falta comprarle un cepillo de dientes a Vee. ¿Por qué no puedo conocer yo a los suyos?

Casi se me sale el café por la nariz.

—¿Te ha contado algo sobre nuestra familia?

Heather suspira y dice que no.

—Es que nuestro padre es muy conservador —digo.

Un chico con el pelo de punta y la cartera sujeta por una cadena pasa a nuestro lado y me sonríe. No sé qué querrá. Es posible que conozca a Heather, aunque ella no está prestando atención. No le devuelvo la sonrisa.

—¿Vuestro padre sabe siquiera que Vee es bi? —pregunta Heather, estupefacta, pero entonces Vivi regresa a la mesa, así que ya no hace falta que sigamos inventándonos cosas. Que le gusten tanto las chicas como los chicos es lo único de toda esta situación que no provocaría la ira de Madoc.

Después de eso, las cuatro nos dedicamos a deambular por el centro comercial, probándonos pintalabios morados y comiendo unas golosinas de manzana ácida bañadas en azúcar que me dejan la lengua verde. Disfruto de ese sabor artificial que sin duda asquearía a todos los nobles y damas de la corte.

Heather parece maja. Heather no tiene ni idea de en qué se está metiendo.

Nos despedimos educadamente cerca de Newbury Cómics. Vivi observa con avidez a tres niños que están eligiendo unas figuritas cabezonas. Me pregunto qué pensará cuando se mueve entre humanos. En momentos así, parece un lobo aprendiendo las costumbres de las ovejas. Pero cuando besa a Heather, su gesto es completamente sincero.

—Me alegra que hayáis mentido por mí —dice Vivi mientras desandamos el camino por el centro comercial.

—Tarde o temprano vas a tener que contárselo —le digo—. Si vas en serio. Si de verdad piensas mudarte al mundo de los mortales para estar con ella.

—Y cuando lo hagas, Heather seguirá queriendo conocer a Madoc —añade Taryn, aunque entiendo perfectamente que nuestra hermana quiera aplazar ese encuentro indefinidamente.

Vivi menea la cabeza.

—El amor es una causa noble. ¿Cómo es posible que algo que se realiza al servicio de una causa noble esté mal?

Taryn se muerde el labio.

Antes de irnos, hacemos una parada en CVS en busca de tampones. Cada vez que los compro es un recordatorio de que, aunque los feéricos se parezcan a nosotros, son una especie distinta. Incluso Vivi pertenece a una especie distinta. Divido el paquete por la mitad y le doy la otra porción a Taryn.

Ya sé lo que te estás preguntando. No, ellas no tienen la regla una vez al mes, pero sí, también la tienen. Una vez al año. A veces incluso con menos frecuencia. También tienen sus propias soluciones —almohadillas con relleno, sobre todo—, y sí, esos remedios son lo peor. Todo lo relativo a este tema resulta embarazoso.

Empezamos a atravesar el aparcamiento en dirección al lugar donde dejamos los tallos de hierba cana cuando un chico que tendrá más o menos nuestra edad me toca el brazo, cerrando sus cálidos dedos por encima de mi muñeca.

—Oye, nena. —Atisbo una camiseta negra que le queda demasiado grande, unos vaqueros, una cartera con cadena, el pelo de punta. También percibo el brillo de la navajita cutre que lleva en el bolsillo—. Te he visto antes y me preguntaba si…

Por acto reflejo, me doy la vuelta y le arreo un puñetazo en la mandíbula. Mientras cae, le pego una patada en la barriga, y el chico echa a rodar por el pavimento. Cuando me recobro, me veo plantada delante de un chico que está boqueando para recuperar el aliento y ha empezado a llorar. Levanto la bota para darle una patada en la garganta y aplastarle la tráquea. Los mortales que lo rodean me están mirando con espanto. Tengo los nervios de punta, pero es una sensación agradable. Tengo ganas de más.

Creo que estaba ligando conmigo.

Ni siquiera recuerdo el momento en que decidí golpearle.

—¡Vámonos! —Taryn me tira del brazo y las tres echamos a correr.

Alguien grita. Giro la cabeza para mirar hacia atrás. Uno de los amigos del chico nos está persiguiendo.

—¡Eh, tú! —grita—. ¡Loca de mierda! ¡Milo está sangrando!

Vivi susurra unas palabras y gesticula por detrás de nosotras. De repente, el césped comienza a crecer, ensanchando las grietas que recorren el asfalto. Desconcertado, el chico se para en seco cuando siente el impacto de algo. «Control sensorial», lo llaman. El chaval se pone a deambular entre una hilera de coches como si no supiera hacia dónde se dirige. A no ser que se ponga la ropa del revés, algo que casi seguro que no sabe que tendría que hacer, no conseguirá encontrarnos.

Nos detenemos cerca del final del aparcamiento y Vivi se echa a reír de repente.

—Madoc se sentiría muy orgulloso al ver que su niñita recuerda todas sus enseñanzas —dice—. Y que ha frustrado un aterrador intento de romance.

Estoy demasiado aturdida como para decir algo. Golpear a ese chico ha sido lo más espontáneo que he hecho en mucho tiempo. Me siento mejor que bien. No siento nada, solo un vacío glorioso.

—¿Lo ves? —le digo a Vivi—. No puedo regresar a este mundo. Mira lo que sería capaz de hacerle.

Vivi no tiene respuesta para eso.

Me pongo a pensar en lo que he hecho durante el trayecto a casa y, más tarde, vuelvo a pensar en ello en la escuela. Una instructora de una corte cercana a la costa nos explica cómo las cosas se marchitan y mueren. Cardan me lanza una mirada penetrante mientras la profesora explica la descomposición, la putrefacción. Pero yo estoy pensando en la calma que me embargó cuando pegué a ese chico. En eso y en el torneo estival de mañana.

He soñado con triunfar en él. Ninguna de las amenazas de Cardan podría privarme de llevar la trenza dorada y de combatir con todas mis fuerzas. Ahora, sin embargo, sus amenazas son el único motivo que tengo para luchar: el placer perverso de no echarme atrás.

Cuando hacemos un descanso para almorzar, Taryn y yo nos subimos a un árbol a comer queso y tortas de avena untadas con gelatina de cereza. Fand me llama desde el suelo, quiere saber por qué no asistí al entrenamiento para el simulacro bélico.

—Lo olvidé —respondo, y aunque sé que no suena demasiado creíble, me da igual.

—Pero ¿vas a luchar mañana? —me pregunta. Si me retiro, Fand tendrá que reorganizar los equipos.

Taryn me mira esperanzada, como si esperase que hubiera entrado en razón.

—Allí estaré —digo, alentada por mi orgullo.

Las clases están a punto de terminar cuando me doy cuenta de que Taryn, que está al lado de Cardan y cerca de un círculo de árboles espinos, está llorando. No me había dado cuenta hasta ahora, he debido de abstraerme demasiado mientras recogía nuestros libros y demás trastos. Tampoco he visto el momento en que Cardan se ha llevado a mi hermana a un aparte. Aunque sé que ella iría por propia voluntad, sin importar el motivo. Sigue creyendo que, si hacemos lo que quieren, se acabarán aburriendo y nos dejarán en paz. Puede que tenga razón, pero me da igual.

Unas lágrimas corren por sus mejillas.

Siento una fuerte oleada de rabia en mi interior.

«Tú no eres una asesina».

Suelto mis libros y cruzo el césped hacia ellos. Cardan se gira ligeramente y le arreo un empujón tan fuerte que se golpea de espaldas contra un árbol. Por la cara que pone, eso no se lo esperaba.

—No sé qué le habrás dicho, pero no vuelvas a acercarte a mi hermana —le digo, con la mano apoyada con firmeza sobre la pechera de su jubón de terciopelo—. Le diste tu palabra.

Noto sobre mí las miradas de los demás estudiantes. Todos están conteniendo el aliento.

Durante unos segundos, Cardan se queda mirándome con cara de bobo y con esos ojos negros como el plumaje de un cuervo. Después esboza una media sonrisa.

—Lamentarás haber hecho eso —me dice.

No creo que sea consciente de lo enfadada que estoy ni de lo bien que sienta, por una vez, dejar de sentir remordimientos.

CAPÍTULO 9

Taryn no quiere contarme lo que le ha dicho el príncipe Cardan. Insiste en que no tiene nada que ver conmigo, en que Cardan no rompió su promesa de no hacerle pagar por mi insolencia, en que debería olvidarme de ella y preocuparme por mí.

—Déjalo ya, Jude.

Taryn se sienta delante del fuego en su habitación, con un té de ortigas en una taza de barro con forma de serpiente cuya cola enroscada hace las veces de asa. Lleva puesta una bata de color escarlata, a juego con las llamas de la chimenea. A veces, cuando la miro, me parece imposible que su rostro sea idéntico al mío. Taryn tiene un aspecto dulce y hermoso, como el de una chica sacada de un cuadro. Como el de una chica que se siente a gusto en su propio pellejo.

—Cuéntame lo que te ha dicho —insisto—. No hay nada que contar —replica Taryn—. Sé lo que me hago.

—¿Y de qué se trata? —le pregunto, enarcando las cejas, pero ella se limita a suspirar.

Esta es la tercera vez que lo discutimos. No paro de pensar en la serenidad de Cardan mientras me miraba con esos ojos brillantes como ascuas. Parecía satisfecho, parecía regodearse mientras le agarraba de la

camisa, como si eso fuera precisamente lo que quería. Como si, en caso de que le golpeara, fuera porque él me había alentado a hacerlo.

—Puedo darte la tabarra hasta el fin de mis días —digo, hincándole un dedo en el brazo—. Te perseguiré de risco en risco, a lo largo de las tres islas, hasta que me lo cuentes.

—Creo que las dos lo soportaríamos mejor si nadie más tuviera que verlo —dice Taryn, después da un largo sorbo de té.

—¿Qué? —Para mi sorpresa, no sé cómo responder a eso—. ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que creo que podría soportar mejor que se metan conmigo y me hagan llorar si tú no te enterases. —Me mira fijamente, como si estuviera sopesando qué nivel de sinceridad soy capaz de tolerar—. No puedo fingir que el día me ha ido genial si tú estás ahí para ser testigo de lo que realmente ocurrió. A veces me caes mal por eso.

—¡Eso no es justo! —exclamo.

Taryn se encoge de hombros.

—Lo sé. Por eso te lo estoy contando. Pero lo que me dijo Cardan no tiene importancia, y quiero hacer como si no hubiera ocurrido, así que necesito que tú también lo finjas. Ni recordatorios, ni preguntas, ni cautelas.

Dolida, me levanto y me acerco a la repisa de la chimenea, donde apoyo la cabeza sobre la piedra tallada. No recuerdo la de veces que Taryn me ha dicho que buscarse problemas con Cardan y sus amigos es una estupidez. Aun así, teniendo en cuenta lo que está diciendo ahora, lo que quiera que le hizo llorar esta tarde no tiene nada que ver conmigo. Eso significa que Taryn se ha metido en algún lío ella sólita.

Mi hermana siempre tiene un montón de consejos para los demás, pero no estoy segura de que luego ella se aplique también el cuento.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —le pregunto.

—Quiero que arregles las cosas con él —dice Taryn—. El príncipe Cardan tiene mucho poder. Es imposible vencerle. No importa lo valiente, lo astuta, o incluso lo cruel que seas, Jude. Pon fin a esto antes de que acabes mal.

Me quedo mirándola sin comprender. A estas alturas, parece imposible eludir la ira de Cardan. Ese barco ya ha partido… y ardió en el puerto.

—No puedo —respondo.

—Ya oíste lo que dijo el príncipe Cardan junto al río: lo único que quiere es que te des por vencida. Que actúes como si no le tuvieras miedo supone una afrenta para su orgullo y para su posición. —Taryn me agarra de la muñeca y me acerca hacia ella. Percibo un intenso aroma a hierbas en su aliento—. Dile que él gana y que tú pierdes. Solo son palabras. No tienes por qué decirlo en serio.

Niego con la cabeza.

—No te enfrentes mañana a él —añade Taryn.

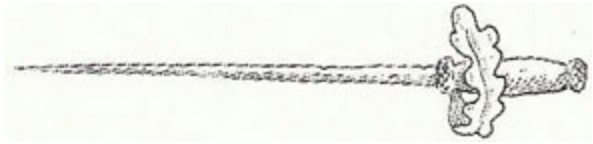
—No pienso retirarme del torneo —replico.

—¿Aunque solo te traiga más problemas? —me pregunta.

—Incluso así —afirmo.

—Haz otra cosa —insiste—. Busca una solución. Arréglalo antes de que sea demasiado tarde.

Pienso en todas las cosas que no quiere decirme, en todas las cosas que me gustaría saber. Pero como está decidida a fingir que todo va de maravilla, lo único que puedo hacer es tragarme mis preguntas y dejarla a solas con su chimenea.



En mi habitación, me encuentro mi atuendo para el torneo extendido sobre la cama, aromatizado con verbena y lavanda.

Es una túnica ligeramente acolchada, tejida con hilo metálico. El diseño representa una luna creciente ladeada como si fuera un cáliz, con una gota roja cayendo desde una esquina y un puñal debajo de todo el conjunto. El emblema de Madoc.

No puedo ponerme esta túnica mañana y fracasar, eso supondría una deshonra para mi familia. Y aunque avergonzar a Madoc podría reportarme cierto placer —sería una pequeña venganza por negarme el derecho a ser caballero—, también supondría un bochorno para mí.

Lo que debería hacer es volver a agachar la cabeza. Hacerme respetar, pero sin llamar demasiado la atención. Debería dejar que Cardan y sus amigos se pavoneen, y reservar mis habilidades para sorprender a la corte cuando Madoc me dé permiso para aspirar al título de caballero. Si es que eso llega a ocurrir.

Eso es lo que debería hacer.

Tiro la túnica al suelo, me meto en la cama y me tapo con la colcha hasta la cabeza hasta que termino un poco sofocada. Inspiro mi cálido aliento y me quedo dormida.

Por la tarde, cuando me levanto, el atuendo del torneo se ha quedado arrugado y yo soy la única culpable.

—Qué boba eres —dice Tatterfell, mientras me peina el pelo con las ceñidas trenzas propias de una guerrera—. Tienes menos memoria que un gorrión.

De camino a las cocinas, me cruzo con Madoc por el pasillo. Va vestido todo de verde, tiene los labios fruncidos y cara de pocos amigos.

—Espera un momento —me dice.

Obedezco.

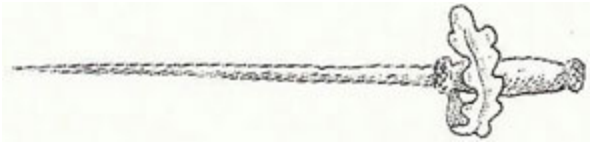
—Sé lo que significa ser joven y estar sediento de gloria —añade, frunciendo el ceño.

Me muerdo el labio y no digo nada. Al fin y al cabo, no me ha hecho ninguna pregunta. Los dos nos quedamos quietos, sosteniéndonos la mirada. Madoc entorna sus ojos felinos. Hay tantas cosas que no nos hemos dicho, tantos motivos por los que solo podemos aparentar ser padre e hija, sin llegar nunca a asumir del todo nuestros roles.

—Ya comprenderás que hago esto por tu bien —dice al fin—. Disfruta de la batalla.

Le dirijo una reverencia y me encamino hacia la puerta, desistiendo de mi visita a las cocinas. Lo único que me apetece es salir de esta casa, olvidar que no hay sitio para mí en la corte, que no hay sitio para mí en Faerie.

«Lo que te falta no tiene nada que ver con la experiencia».



El torneo estival se celebra en el borde de un acantilado en Insweal, la Isla del Desaliento. Como está lejos tengo que ir cabalgando, a lomos de un caballo gris que está metido en una cuadra al lado de un sapo. El sapo me observa con sus ojos dorados mientras ensillo a la yegua y me subo a su lomo. Llego al lugar del torneo de mal humor, un poco tarde, nerviosa y hambrienta.

Ya se ha congregado una multitud alrededor del palco donde se sentarán el rey supremo Eldred y el resto de la realeza. Unos banderines de color crema ondean movidos por el viento, mostrando el símbolo de Eldred: un árbol compuesto de flores blancas en un costado y de espinas en el otro, unas raíces cuelgan por debajo y una corona destaca en lo alto. Representa la unión de las Cortes Luminosas, las Cortes Oscuras y las hadas montaraces, todas bajo una misma corona. El sueño de la casa Greenbriar.

El decadente hijo mayor, el príncipe Balekin, está repantigado en una silla tallada, rodeado por tres criados. Su hermana, la princesa Rhyia, la cazadora, está sentada a su lado. Está concentrada en los combatientes en potencia que están tomando posiciones sobre el terreno.

Una oleada de inquietud y frustración me embarga al percibir la intensidad de la mirada de Rhyia. Me moría de ganas de que ella me eligiera como una de sus caballeros. Y aunque eso ya no es posible, siento el temor atroz y repentino de que no habría sido capaz de impresionarla. Puede que Madoc tuviera razón. Puede que carezca del instinto necesario para sembrar muerte.

Si hoy no me esfuerzo demasiado, al menos nunca tendré que saber si habría sido lo bastante buena.

Mi grupo es el primero porque somos los más jóvenes. Aún estamos en proceso de aprendizaje, utilizamos espadas de madera en lugar de acero auténtico, a diferencia de quienes van después de nosotros. Las escaramuzas se sucederán durante todo el día, interrumpidas por

actuaciones de bardos, unas cuantas demostraciones de magia y exhibiciones de arqueros, entre otras habilidades. Percibo el olor del vino especiado en el ambiente, pero aún no la otra fragancia propia de los torneos: la de la sangre fresca.

Fand nos está distribuyendo por filas mientras nos reparte unos brazaletes dorados y plateados. Su piel azul adopta un tono aún más centelleante y cerúleo bajo este cielo radiante. Su armadura también está compuesta por diversos tonos de azul —desde el azul del océano al de las bayas—, con una banda verde extendida por encima de la coraza. Haga lo que haga, destacará, lo cual no deja de ser un riesgo. Si lo hace bien, el público se fijará en ella sin excepción. Pero más le vale hacerlo bien.

Cuando me aproximo a los demás alumnos que empuñan sus espadas de entrenamiento, oigo que alguien susurra mi nombre. Nerviosa, miro a mi alrededor y me doy cuenta de que me están escudriñando de un modo nuevo. Taryn y yo siempre llamamos la atención por ser mortales, aunque lo que nos hace resaltar es también lo que nos hace indignas de recibir tanta atención. Hoy, sin embargo, ese no es el caso. Parece que los jóvenes de Faerie están conteniendo el aliento al unísono, ansiosos por ver cuál será mi castigo por haberle puesto la mano encima a Cardan el otro día. Ansiosos por ver cuál será mi próximo movimiento.

Miro a Cardan y a sus amigos, que se encuentran al otro lado del terreno, con brazaletes plateados. Cardan también tiene el pecho plateado, cubierto por una coraza reluciente de acero que se abrocha por encima de los hombros y parece cumplir una función más ornamental que protectora. Valerian me dirige una sonrisita engreída.

No le doy la satisfacción de devolverle el gesto.

Fand me da un brazalete dorado y me dice dónde situarme. El simulacro bélico estará compuesto de tres rondas y habrá dos bandos. Cada bando tiene que proteger una capa: una dorada, confeccionada con piel de venado, y la otra plateada, hecha con piel de zorro.

Bebo un poco de agua de una garrafa de peltre reservada para los participantes y empiezo a calentar. Tengo el estómago revuelto por la falta de alimento, pero ya no tengo hambre. Me siento mareada, tengo los

nervios a flor de piel. Intento no pensar nada más que en los ejercicios que realizo para poner a punto los músculos.

Y entonces llega el momento. Nos congregamos sobre el terreno y hacemos una reverencia hacia el asiento del rey supremo, aunque Eldred todavía no ha llegado. Hay menos gente de la que habrá cuando se acerque el amanecer. Aunque el príncipe Dain sí está presente, con Madoc a su lado. La princesa Elowyn rasguea un laúd con gesto pensativo. Vivi y Taryn han venido a presenciar el torneo, aunque no veo ni a Oriana ni a Oak. Vivi se pone a blandir una brocheta de fruta como si fuera una espada, haciendo reír a la princesa Rhyia.

Taryn me mira fijamente, como si intentara alertarme de algo con la mirada.

«Arréglalo».

Durante el primer combate, me pongo a la defensiva. Evito a Cardan. Tampoco me acerco a Nicasia, ni a Valerian, ni a Locke, ni siquiera cuando Valerian tira a Fand al suelo. Ni siquiera cuando Valerian desgarra nuestra piel de venado.

A pesar de todo eso, no hago nada.

Entonces nos convocan para la segunda batalla.

Cardan se me acerca por detrás y me dice:

—Hoy te estás mostrando muy dócil. ¿Te ha regañado tu hermana? Está ansiosa por conseguir nuestra aprobación. —Cardan hinca la puntera de la bota en el suelo cubierto de tréboles y levanta un puñado de tierra—. Imagino que, si se lo pidiera, se revolcaría conmigo hasta dejar verde ese vestido tan blanco, y después me daría las gracias por concederle tal honor. —Sonríe, preparado para asestar el golpe de gracia, y se inclina hacia mí como si me estuviera confiando un secreto—. Aunque no sería el primero en mancharle de verde el vestido.

Mis buenas intenciones se disipan con el viento. Me hierve la sangre, arde al correr por mis venas. No soy muy poderosa, pero hay algo que sí puedo hacer: provocarle. Puede que Cardan quiera hacerme daño, pero yo puedo conseguir que lo ansíe todavía más. Se supone que debemos jugar a la guerra. Y eso es lo que hago cuando nos llaman para ocupar nuestros puestos. Juego con la mayor agresividad posible. Mi espada de

entrenamiento se astilla al impactar contra la ridícula coraza de Cardan. Le pego a Valerian un golpe tan fuerte con el hombro que hago que se tambalee. Ataco a diestro y siniestro, derribando a todo aquel que lleve puesto un brazalete plateado. Cuando termina el simulacro bélico, tengo un ojo morado y las rodillas despellejadas, y el bando dorado ha ganado la segunda y la tercera batalla.

«Tú no eres una asesina», dijo Madoc.

En este momento, siento que podría llegar a serlo.

El público aplaude, y yo me siento como si acabara de despertar de un sueño. Me había olvidado de ellos. Una ninfa nos arroja pétalos de flores. Desde las gradas, Vivi me hace el saludo militar mientras sostiene una copa y la princesa Rhyia aplaude educadamente. Madoc ya no está en el palco real. Balekin también se ha ido. El que sí está es el rey supremo Eldred, sentado sobre una plataforma ligeramente elevada, mientras habla con Dain con gesto ausente.

Empiezo a temblar de pies a cabeza mientras se me pasa la adrenalina. Los cortesanos, a la espera de batallas mejores, contemplan mis magulladuras y valoran mi destreza. Nadie parece demasiado impresionado. He dado lo mejor de mí, he peleado con todas mis fuerzas, pero no ha sido suficiente. Madoc ni siquiera se ha quedado a verlo.

Me siento abatida.

Peor aún, Cardan me está esperando cuando salgo del terreno de combate. De repente me quedo pasmada por su estatura, por la sonrisa arrogante que exhibe como si fuera una corona. Aunque fuera vestido con harapos, seguiría pareciendo un príncipe. Cardan me pone la mano en la cara, con los dedos extendidos sobre mi cuello. Noto su aliento en la mejilla. Con la otra mano me agarra del pelo y lo anuda como si fuera una soga.

—¿Sabes lo que significa «mortal»? Significa «nacido para morir». Significa «aquel que merece la muerte». Eso es lo que eres, eso es lo que te define: la muerte. Aun así, estás decidida a enfrentarte a mí mientras te pudres por dentro, como la criatura corrupta y putrefacta que eres. Explícamelo. ¿De verdad crees que puedes vencerme? ¿Crees que puedes vencer a un príncipe de Faerie?

Trago saliva con fuerza.

—No —respondo.

Sus ojos negros centellean con furia.

—Ya veo que aún conservas al menos un ápice de inteligencia primigenia. Bien. Ahora, suplícame que te perdone.

Retrocedo un paso y pego un tirón para intentar que me suelte. Él me sujeta la trenza con fuerza mientras me mira desde arriba con unos ojos ávidos y una sonrisita desagradable. Entonces abre la mano y quedo libre, tambaleándome. Unos finísimos cabellos quedan flotando en el aire.

Por el rabillo del ojo veo que Taryn está con Locke, cerca del lugar donde otros caballeros se están poniendo la armadura. Mi hermana me lanza una mirada suplicante, como si fuera ella la que necesitara que alguien la salve.

—Ponte de rodillas —dice Cardan, con una cara de engreído insoportable. Su ira se ha transformado en fanfarronería—. Suplica. Y hazlo bien. Con un discurso elaborado, digno de mí.

Los demás jóvenes de la realeza merodean por los alrededores con sus túnicas acolchadas y sus espadas de entrenamiento, observando la escena, confiando en que mi caída en desgracia resulte divertida. Este es el espectáculo que llevan esperando desde que le planté cara a Cardan. Esto no es ningún simulacro, esto es de verdad.

—¿Suplicar? —repito.

Cardan parece sorprendido al principio, pero ese gesto queda reemplazado rápidamente por otro aún más malicioso.

—Me has *desafiado*. Más de una vez. Tu única esperanza es pedirme clemencia delante de todos. Hazlo o seguiré machacándote hasta que no quede nada de ti.

Pienso en las siluetas oscuras de las nixes en el agua y en el muchacho de la fiesta, el que aullaba por su ala rota. Pienso en el rostro de Taryn cubierto de lágrimas. Pienso que Rhyia jamás me habría elegido, que Madoc ni siquiera esperó para ver la conclusión de la batalla.

Rendirse no es motivo de vergüenza. Como dijo Taryn, solo son palabras. No tengo por qué decirlas en serio. Puedo mentir.

Empiezo a inclinarme. Esto acabará pronto, cada palabra tendrá un regusto a bilis, y después todo habrá terminado.

Sin embargo, cuando abro la boca para decir algo, no sale nada.

No puedo hacerlo.

En vez de eso, niego con la cabeza a causa del furor que me recorre el cuerpo al darme cuenta del disparate que he estado a punto de cometer. Es el furor propio de saltar al vacío sin saber lo que hay debajo, justo antes de comprender que eso es lo que se llama «caer».

—¿Te crees que, porque puedas humillarme, también puedes controlarme? —replico, sosteniéndole la mirada—. Pues entonces eres idiota. Desde que empezamos a ir juntos a clase, has hecho todo lo posible por hacerme sentir inferior. Y para satisfacer tu ego, te lo he permitido. Me he hecho pequeñita, he mantenido la cabeza gacha. Pero eso no bastó para que nos dejaras a Taryn y a mí en paz, así que no pienso seguir haciéndolo.

»Pienso seguir desafiándote. Pienso humillarte con mi desafío. No haces más que recordarme que soy una simple mortal y que tú eres un príncipe de Faerie. Pues bien, permíteme recordarte que eso significa que tienes mucho que perder, y yo no. Puede que al final salgas victorioso, puede que me hechices, que me hagas daño y que me humilles, pero me aseguraré de que pierdas todo cuanto te pueda arrebatar durante mi caída. Ten clara una cosa —contraataco utilizando sus propias palabras—: “esto solo es una pequeña muestra de lo que puedo hacer”.

Cardan me mira como si lo hiciera por primera vez. Me mira como si nadie le hubiera hablado nunca de esa manera. Y puede que así sea.

Me doy la vuelta y me alejo, pensando por una parte que Cardan me agarrará por el hombro de un momento a otro para tirarme al suelo, y por otra parte que encontrará el collar de bayas que llevo al cuello, lo romperá y me lanzará un hechizo para que me arrastre de nuevo ante él, suplicándole a pesar de mi solemne discurso de antes. Pero Cardan no dice nada. Siento como me clava la mirada en la espalda y se me erizan los pelillos de la nuca. Tengo que hacer un esfuerzo para no echar a correr.

No me atrevo a mirar a Taryn ni a Locke, pero sí atisbo a Nicasia, que me está mirando con la boca abierta. Valerian está enmudecido, furioso, con los puños apretados.

Avanzo con paso vacilante junto a las tiendas de campaña de los contendientes del torneo hasta llegar a una fuente de piedra, donde me echo agua en la cara. Me agacho y empiezo a limpiarme la tierra de las rodillas. Tengo las piernas agarrotadas y temblores por todo el cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Locke, mirándome con sus ojos de zorro. Ni siquiera le había oído llegar.

No.

No me encuentro nada bien, pero él no puede saberlo, y tampoco debería preguntármelo.

—¿A ti qué te importa? —replico con desdén. Me está mirando de una manera que hace que me sienta patética.

Locke se apoya en la fuente, sonriendo despacio y con indolencia.

—Resulta gracioso, nada más.

—¿Gracioso? —repito, furiosa—. ¿Lo de antes te ha parecido gracioso?

Locke niega con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—No. Lo gracioso es ver cómo consigues sacarle de sus casillas.

Al principio creo que no le he escuchado bien. Estoy a punto de preguntarle de quién está hablando, porque no puedo creer que esté admitiendo que el engreído de Cardan se siente afectado por algo.

—¿Tú crees? —digo.

—Desde luego. Nadie le irrita tanto como tú.

Locke coge una toalla y la humedece, después se agacha a mi lado y me limpia la cara con cuidado. Suelto un grito ahogado al sentir el roce del paño frío en la zona dolorida del ojo, aunque Locke lo desliza con mucha más suavidad que si lo estuviera haciendo yo misma. Tiene una expresión solemne y está concentrado en su tarea. No parece ser consciente de que le estoy escudriñando: su rostro alargado y su barbilla puntiaguda, su cabello rizado y cobrizo, la luz que se refleja en sus pestañas.

Entonces se da cuenta. Nos sostenemos la mirada. Es una sensación muy rara, porque jamás pensé que Locke se fijaría en alguien como yo. Pero eso es lo que está haciendo. Me sonríe igual que aquella noche en la corte, como si tuviéramos un secreto en común. Me sonríe como si ahora estuviéramos compartiendo otro.

—Sigue así —dice.

Sopeso sus palabras. ¿De verdad lo habrá dicho en serio?

Mientras regreso al encuentro de mis hermanas, no puedo parar de pensar en la cara de desconcierto de Cardan y en la sonrisa de Locke. No tengo claro cuál resulta más excitante y cuál más peligrosa.

CAPÍTULO 10

El resto del torneo estival se pasa volando. Los espadachines se enfrentan cara a cara en combates individuales, luchando por el honor de impresionar al rey supremo y a su corte. Ogros y semizorros, duendes y hechiceras, todos enzarzados en la mortífera danza de la batalla.

Tras unas cuantas rondas, Vivi quiere que nos abramos paso entre la multitud para comprar más brochetas de fruta. Yo intento cruzar una mirada con Taryn, pero ella me ignora. Quiero saber si está enfadada. Quiero preguntarle qué le ha dicho Locke cuando estaban juntos hace un rato, aunque es posible que sea la clase de pregunta que mi hermana vetaría.

Pero la conversación con Locke no pudo haber sido de las humillantes, de esas que Taryn intenta fingir como si nunca se hubieran producido, ¿verdad? No cuando Locke acaba de insinuarme que ha disfrutado al verme dejar a Cardan en evidencia. Eso me lleva a pensar en la otra pregunta que no puedo hacerle a Taryn.

«Aunque no sería el primero en mancharle de verde el vestido». Las hadas no pueden mentir. Cardan no podría haber dicho eso si no creyera que es cierto. Pero ¿por qué pensaría algo así?

Viví entrechoca su brocheta con la mía y me saca de mi ensimismamiento.

—Por nuestra aguerrida Jude, que hizo recordar a los feéricos por qué permanecen recluidos en sus túmulos y sus colinas, por miedo a la ferocidad de los mortales.

Un individuo alto con orejas de conejo y una melena castaña se da la vuelta para fulminar a Vivi con la mirada. Ella le sonríe. Yo meneo la cabeza, contenta con el brindis que ha propuesto, aunque a todas luces sea una exageración. Aunque ella sea la única a la que he logrado impresionar.

—Ojalá Jude fuera un poco menos aguerrida —murmura Taryn.

Me doy la vuelta hacia ella, pero para entonces ya se ha alejado.

Cuando regresamos al ruedo, la princesa Rhyia se está preparando para el combate. Empuña una espada muy fina, que recuerda a un alfiler alargado, y comienza a dar estocadas al aire en espera de que llegue algún oponente. Sus dos amantes le lanzan gritos de ánimo.

Cardan reaparece en el palco real, ataviado con una prenda holgada de lino blanco y con una corona de rosas. Ignora al rey supremo y al príncipe Dain y se acomoda en una silla al lado del príncipe Balekin, con quien intercambia unos cuchicheos que me encantaría poder escuchar. Caelia ha llegado para presenciar el combate de su hermana y aplaude a rabiar cuando Rhyia salta al terreno.

Madoc no regresa en ningún momento.

Vuelvo sola a casa. Vivi se va con Rhyia después de que esta haya ganado su escaramuza; se van a cazar a los bosques cercanos. Taryn accede a acompañarlas, pero yo estoy demasiado cansada, tensa y dolorida.

En las cocinas de la casa de Madoc, tuesto un poco de queso sobre un fogón y lo extiendo sobre una rebanada de pan. Sentada en la escalera de la entrada, con la tostada y una taza de té, observo como cae el sol mientras me como el almuerzo.

El cocinero, un trenti llamado Wattle, me ignora y continúa hechizando los nabos para que se troceen ellos solos.

Cuando termino de comer, me sacudo las migas de los carrillos y me voy a mi cuarto.

Gnarbone, un sirviente de largas orejas y una cola que arrastra por el suelo, se detiene en el pasillo al verme. Porta entre sus zarpas una bandeja con vainas de bellota del tamaño de un dedal y un decantador plateado relleno con lo que, a juzgar por el olor, parece ser vino de mora. El uniforme le queda muy ceñido a la altura del pecho, y por debajo le asoman algunas briznas de pelaje.

—Anda, ya estás en casa —dice con un gruñido que le hace parecer amenazante, por dulces que puedan ser sus palabras. Muy a mi pesar, no puedo evitar pensar en el guardia que me arrancó la yema del dedo de un bocado. Con esos dientes, Gnarbone podría arrancarme la mano entera.

Asiento con la cabeza.

—El príncipe pregunta por ti en el piso de abajo.

¿Cardan está aquí? Se me acelera el corazón. No puedo pensar con claridad.

—¿Dónde?

Gnarbone parece sorprendido por mi reacción.

—En el despacho de Madoc. Precisamente iba a llevarle este…

Le quito la bandeja de las manos y bajo por las escaleras, con intención de librarme de Cardan cuanto antes y por cualquier medio posible. Lo único que me falta es que Madoc me sorprenda siendo irrespetuosa y decida que nunca podré formar parte de la corte. Es un vasallo de la Casa Greenbriar, tan leal como el que más. No le gustaría saber que mantengo un enfrentamiento con un príncipe, aunque sea de segunda.

Corro escaleras abajo y abro con el pie la puerta del despacho de Madoc. El picaporte se estrella contra una estantería cuando entro en tromba en la habitación, apoyando la bandeja con tanta fuerza que las tazas se tambalean.

El príncipe Dain tiene varios libros abiertos sobre la mesa de la biblioteca, frente a él. Unos rizos dorados se desploman sobre sus ojos y lleva abierto el cuello de su jubón de color azul pálido, dejando al

descubierto una gruesa cadena de plata a la altura del pescuezo. Me paro en seco, consciente del error garrafal que he cometido.

—Jude —dice Dain, enarcando las cejas—. No esperaba que vinieras a la carrera.

Le hago una reverencia y confío en que achaque lo ocurrido a mi torpeza. Me embarga un miedo intenso y repentino. ¿Y si le ha enviado Cardan? ¿Ha venido a castigarme por mi insolencia? No se me ocurre ningún otro motivo por el que el honorable y respetado príncipe Dain, que pronto será el regente de Faerie, quisiera verme.

—Pues… —comienzo a decir, pero el pánico ha provocado que se me trabe la lengua. Aliviada, me acuerdo de la bandeja y señalo hacia el decantador—. Tened, esto es para vos, mi señor.

Dain coge una vaina de bellota y se sirve un poco de ese líquido negro y espeso.

—¿Me acompañas?

Niego con la cabeza, sintiéndome completamente fuera de lugar.

—Se me sube mucho a la cabeza.

Eso le hace reír.

—En ese caso, hazme compañía un rato.

—Por supuesto.

No puedo negarme a eso. Sentada en el brazo de una de las butacas verdes de piel, siento como el corazón me golpea con fuerza en el pecho.

—¿Puedo traeros algo más? —pregunto, sin saber muy bien cómo debo actuar.

Dain alza la vaina de la bellota, como si quisiera proponer un brindis.

—Con este refrigerio es suficiente. Lo que necesito es un poco de conversación. Tal vez puedas decirme qué te ha impulsado a irrumpir aquí de esa manera. ¿Quién pensabas que era?

—Nadie —me apresuro a responder. Froto el pulgar con el anular, sobre la piel lisa de la yema ausente.

Dain se endereza en su asiento, como si hubiera cobrado un interés repentino por mí.

—He pensado que quizá alguno de mis hermanos te estaba molestando.

Niego con la cabeza.

—No, para nada.

—Es asombroso —dice, como si me estuviera haciendo un gran cumplido—. Sé que los humanos pueden mentir, pero ver cómo lo haces tú es increíble. Hazlo otra vez.

Me arde la cara.

—No… no estaba…

—Hazlo otra vez —repite con suavidad—. No tengas miedo.

Solo un idiota no lo tendría, a pesar de sus palabras. El príncipe Dain ha venido a casa cuando Madoc no estaba presente. Ha preguntado concretamente por mí. Ha insinuado que está al corriente de lo de Cardan; es posible que nos viera después del simulacro bélico, cuando se puso a tirarme de la trenza. Pero ¿qué es lo que querrá?

Tengo la respiración acelerada y entrecortada.

Dain, que está a punto de ser coronado rey supremo, tiene poder para concederme un lugar en la corte, tiene poder para contradecir a Madoc y nombrarme caballero. Si pudiera impresionarle, él podría concederme todo lo que quiero. Todo lo que ya daba por perdido.

Me enderezo y le miro a los ojos, grises y plateados.

—Me llamo Jude Duarte. Nací el 13 de noviembre de 2001. Mi color favorito es el verde. Me gusta la niebla, las canciones tristes y las pasas cubiertas de chocolate. No sé nadar. Ahora, decidme, ¿cuál de esas cosas es mentira? ¿O acaso no he mentido en nada? Lo mejor de mentir es la incertidumbre.

De pronto me doy cuenta de que es posible que Dain no se tome en serio ningún juramento por mi parte después de esta pequeña demostración. No obstante, parece satisfecho, y me sonríe como si acabara de encontrar un rubí tirado en el suelo.

—Ahora —responde—, cuéntame cómo utiliza tu padre ese pequeño talento tuyo.

Parpadeo, confusa.

—¿De veras? ¿No lo utiliza? Qué lástima. —El príncipe ladea la cabeza para escudriñarme—. Dime con qué sueñas, Jude Duarte, si es que ese es tu verdadero nombre. Dime qué es lo que quieres.

El corazón me late con fuerza en el pecho y me siento un poco mareada y aturdida. No puede ser tan fácil. El príncipe Dain, el que pronto será rey supremo de todo Faerie, me está preguntando qué es lo que quiero. No me atrevo a responder, pero no me queda más remedio.

—Quiero… quiero ser caballero de vuestra corte —tartamudeo.

Dain enarca las cejas.

—Inesperado —dice—. Y gratificante. ¿Qué más?

—No lo entiendo. —Me retuerzo las manos para que no se dé cuenta de que me están temblando.

—El deseo es algo curioso. En cuanto se satisface, se transforma. Si conseguimos hilo dorado, deseamos la aguja de oro. Así pues, Jude Duarte, te estoy preguntando qué querrías después si te invitara a formar parte de mi séquito.

—Serviros —respondo, todavía perpleja—. Poner mi espada al servicio de la corona.

Dain ondea una mano, insatisfecho con mi respuesta.

—No, dime qué es lo que quieres de verdad. Pídeme algo. Algo que nunca le hayas pedido a nadie.

«Quiero dejar de ser mortal», pienso, y entonces me siento horrorizada conmigo misma. No quiero desear algo así, sobre todo porque es imposible conseguirlo. Jamás seré como los feéricos.

Inspiro hondo. Si pudiera pedirle cualquier cosa, ¿cuál sería? Soy consciente del peligro, por supuesto. Una vez se lo diga, intentará hacer un trato, y los tratos con las hadas rara vez favorecen a los mortales. Pero me tienta la posibilidad de conseguir poder.

Me pongo a pensar en el collar que llevo puesto, en el escozor que siento al deslizarme la palma de la mano sobre la mejilla, en el sonido de las carcajadas de Oak.

Pienso en Cardan: «¿Ves lo que puedo conseguir con unas pocas palabras? Y las cosas aún pueden empeorar mucho más. Podemos hechizarte para que camines a cuatro patas y ladres como un perro. Podemos maldecirte para que te consumas por el deseo de oír una canción que jamás volverás a escuchar o por recibir una palabra amable de mis labios».

—Quiero ser inmune a los hechizos —respondo, intentando mantener la compostura. Intentando controlar los nervios. Quiero dar la impresión de ser una persona seria capaz de hacer tratos serios.

Dain me mira fijamente.

—Ya posees la visión auténtica que te fue concedida de pequeña. Sin duda, conoces nuestros entresijos. Conoces los hechizos. Si salas nuestra comida, destruyes cualquier posible encantamiento que contenga. Si te pones las medias del revés, nadie podrá hacer que yerres el camino. Si te llenas los bolsillos de bayas secas, nadie podrá influir en tu mente.

Durante los últimos días he aprendido por las malas lo insuficientes que son esas medidas protectoras.

—¿Y qué ocurre si me vacían los bolsillos? ¿Y si me arrancan las calzas? ¿Y si derraman la sal al suelo?

Dain se queda mirándome, pensativo.

—Acércate más, chiquilla —dice.

Titubeo. Por lo que he podido ver del príncipe Dain, siempre me ha parecido honorable. Pero he podido ver muy poquito.

—Acércate. Si quieres servirme, debes confiar en mí.

Se inclina hacia delante en su asiento. Me fijo en los cuernecitos que asoman en lo alto de su frente: dividen su cabello a ambos lados de su majestuoso rostro. Me fijo en sus brazos robustos y en el sello centelleante que lleva en uno de los largos dedos de su mano, tallado con el símbolo de la Casa Greenbriar.

Me levanto del brazo de la butaca y me acerco al lugar donde está sentado.

—No pretendía ser irrespetuosa —me obligo a decir.

Dain me toca un moratón que tengo en la mejilla y que yo no sabía ni que tenía. Tuerzo el gesto, pero no me aparto.

—Cardan es un niño mimado. Es bien sabido en la corte que desperdicia su linaje en bebida y riñas absurdas. No, no te molestes en replicar.

No lo hago. Me pregunto por qué Gnarbone me informaría de que un príncipe me estaba esperando en el piso de abajo, pero no de cuál se trataba. Me pregunto si Dain le habría pedido que me transmitiera ese mensaje específico. «Un estratega experimentado aguarda el momento oportuno».

—Aunque seamos hermanos, somos muy diferentes. Yo jamás seré cruel contigo solo para divertirme. Si te pones a mi servicio, serás recompensada. Pero lo que quiero para ti no es un título de caballería.

Se me encoge el corazón. Era mucho suponer que un príncipe de Faerie se dejase caer por mi casa para hacer realidad todos mis sueños, pero fue bonito mientras duró.

—Entonces, ¿qué queréis de mí?

—Nada que no me hayas ofrecido ya. Antes has dicho que estabas dispuesta a jurarme fidelidad y a poner tu espada a mi servicio. Acepto. Necesito a alguien capaz de mentir, a alguien con ambición. Quiero que seas mi espía. Únete a mi Corte de las Sombras. Puedo darte más poder del que puedas imaginar. No resulta fácil para los humanos vivir entre nosotros, pero yo podría facilitarte las cosas.

Me dejo caer en una silla. Esto es un poco como esperar una propuesta de matrimonio y que te ofrezcan solamente el papel de amante.

Una espía. Una soplona. Una mentirosa y una ladrona. Obviamente, eso es lo que Dain piensa de mí, de los mortales. Obviamente, eso es lo único para lo que piensa que sirvo.

Me pongo a pensar en los espías que he visto, como el individuo encorvado con nariz de nabo al que Madoc acude a veces, o una figura furtiva envuelta en un manto gris cuyo rostro nunca he logrado atisbar. Seguro que todos los miembros de la realeza tienen alguno, aunque sin duda parte de sus habilidades radican en lo bien que sepan camuflarse.

Y yo estaría bien camuflada, desde luego, escondida a la vista de todos.

—Puede que no sea el futuro que te habías imaginado —prosigue el príncipe Dain—, Ni armadura reluciente, ni cabalgata hacia la batalla, pero te prometo que, en cuanto sea rey supremo, si me sirves bien, podrás hacer lo que te plazca. Al fin y al cabo, ¿quién puede contradecir al monarca? Además, te aplicaré un geis, un geis protector frente a los hechizos.

Me quedo muy quieta. Normalmente, los geis conceden poder a los mortales a cambio de sus servicios, con alguna excepción poco oportuna que se presenta cuando menos te lo esperas. Por ejemplo, te vuelves invulnerable excepto a una flecha tallada con madera de espino, la cual da la casualidad que es la clase de flecha favorita de tus peores enemigos. O te

asegura la victoria en cualquier batalla, pero no puedes rechazar invitaciones a cenar, así que si alguien te invita a cenar justo antes de una batalla, no podrás presentarte en dicho combate. En resumidas cuentas, al igual que todo lo demás en Faerie, los geis son geniales, pero también tienen su parte oscura. Y parece que eso es lo que se me está ofreciendo ahora.

—Un geis —repito.

Dain ensancha su sonrisa y, al cabo de unos instantes, comprendo por qué. No he dicho que no, lo que significa que me estoy planteando decir que sí.

—Ningún geis puede salvarte de los efectos de nuestras frutas y nuestros venenos. Piénsalo detenidamente. En lugar de eso, podría concederte el poder para cautivar a todo aquel que te mire. Podría ponerte una manchita justo aquí —me toca la frente—, y cualquiera que la viera se enamoraría sin remedio. Podría darte una espada mágica capaz de cercenar la luz de las estrellas.

—No quiero que me controlen —susurro. No puedo creer que esté diciendo esto en voz alta, y menos a él. No puedo creer que esté haciendo esto—. Por medio de la magia, quiero decir. Concededme eso y ya me ocuparé yo del resto.

Dain asiente una sola vez con la cabeza.

—Entonces, ¿aceptas?

Resulta aterrador tener que tomar una decisión como esta, una decisión que cambiará mi futuro por completo.

Ansío tener poder. Esta es una oportunidad de conseguirlo, una oportunidad aterradora y algo ofensiva. Pero también intrigante. ¿Habría sido un buen caballero? No tengo forma de saberlo.

Puede que lo hubiera aborrecido. Puede que hubiera supuesto pasarse el día con una armadura puesta y participar en misiones aburridas. Puede que hubiera supuesto combatir contra gente a la que apreciara.

Asiento; espero convertirme en una buena espía.

El príncipe Dain se levanta y me toca el hombro. Siento una descarga al contacto con su mano, como un chispazo de electricidad estática.

—Jude Duarte, hija del barro, a partir de este día, ningún hechizo de las hadas nublará tu mente. Ningún encantamiento podrá hacer que tu cuerpo se mueva en contra de tu voluntad. Ninguno salvo los del creador de este geis.

»Ahora nadie podrá controlarte —añade, después hace una pausa—. Excepto yo.

Tomo aire. Cómo no, este trato tiene su letra pequeña. Pero no puedo enfadarme con él, debería haberlo imaginado.

Aun así, sigue resultando emocionante contar con una protección. El príncipe Dain solo es un ser feérico, y ha visto algo en mí, algo que Madoc jamás verá, algo que llevo mucho tiempo anhelando que se me reconozca.

Aquí y ahora, hinco una rodilla sobre la vieja alfombra del despacho de Madoc y juro lealtad al príncipe Dain.

CAPÍTULO 11

Por la noche, durante la cena, soy consciente del secreto que guardo. Hace que me sienta, por primera vez, como si tuviera mi propio poder, un poder que Madoc no puede arrebatarme. Incluso después de llevar mucho rato pensando en ello. —«¡Soy una espía! ¡Soy una espía del príncipe Dain!»—, aún me sigue provocando euforia.

Comemos unas aves pequeñas rellenas de cebada y puerros salvajes, con la piel crujiente debido a la capa de grasa y miel. Oriana despieza la suya con delicadeza. Oak mordisquea la piel. Madoc no se molesta en separar la carne y se la come con huesos y todo. Yo jugueteo con los nabos guisados. Aunque Taryn está sentada a la mesa, Vivi no ha regresado aún. Sospecho que lo de ir a cazar con Rhyia era una excusa y que se ha ido al mundo de los mortales después de dar una vuelta corta por el bosque. Me pregunto si habrá cenado con la familia de Heather.

—Lo hiciste bien en el torneo —dice Madoc entre bocado y bocado.

No menciono que se marchó del ruedo. No debió de sentirse demasiado impresionado. Ni siquiera tengo muy claro cuánto le dio tiempo a ver.

—¿Significa eso que has cambiado de opinión?

Madoc percibe algo en mi voz que le hace dejar de masticar y mirarme con los ojos entornados.

—¿Sobre lo del título de caballero? —pregunta—. No. Cuando coronen al nuevo rey supremo, hablaremos de tu futuro.

Sonrío para mis adentros.

—Como quieras.

Al otro lado de la mesa, Taryn observa a Oriana e intenta imitar sus movimientos con el ave. Evita mirarme, incluso cuando me pide que le pase una garrafa de agua.

Sin embargo, no puede evitar que la siga hasta su cuarto cuando terminamos de cenar.

—Espera —le digo en las escaleras—. He intentado hacer lo que querías, pero no he podido, y no quiero que me odies por ello. Es mi vida.

Taryn se da la vuelta.

—¿Así que puedes tirarla a la basura?

—Sí —respondo cuando llegamos al descansillo.

No puedo contarle lo del príncipe Dain, pero, aunque pudiera, no sé si serviría de algo. No estoy segura de que eso fuera a aprobarlo tampoco.

—Nuestras vidas son la única posesión auténtica que tenemos, son nuestra única moneda de cambio. Tenemos derecho a comprar lo que queramos con ellas.

Taryn pone los ojos en blanco y replica con tono mordaz:

—Qué bonito. ¿Se te ha ocurrido a ti sólita?

—¿Se puede saber qué te pasa? —le espeto.

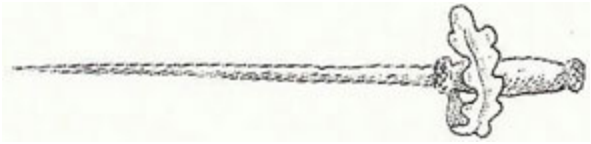
Taryn niega con la cabeza.

—Nada. Nada. Tal vez me iría mejor si pensara como tú. Olvídalo, Jude. Lo hiciste genial en el torneo.

—Gracias —respondo con el ceño fruncido, desconcertada. Vuelvo a pensar en lo que dijo Cardan sobre ella, pero no quiero repetirlo y hacerle pasar un mal rato—. Entonces, ¿te has enamorado ya?

La única respuesta que consigo es una mirada extraña.

—Mañana me quedaré en casa y no iré a clase —dice Taryn—. Supongo que tienes derecho a tirar tu vida a la basura, pero yo no tengo por qué verlo.



Me pesan los pies como si estuvieran revestidos de plomo mientras me dirijo hacia el palacio, a través de un terreno plagado de manzanas caídas cuyo aroma cautivador flota en el ambiente. Llevo puesto un vestido largo y negro con puños dorados y un galón de encaje verde, un atuendo muy cómodo, y de mis favoritos.

Los cánticos de los pájaros en las alturas me hacen sonreír. Me permito fantasear brevemente con la coronación del príncipe Dain, me imagino bailando con un sonriente Locke mientras se llevan a Cardan a rastras y lo encierran en una mazmorra oscura.

Un destello blanco me sobresalta y me saca de mi ensoñación. Es un ciervo, un ciervo blanco, plantado a menos de tres metros de mí. Tiene la cornamenta cubierta por una fina capa de telarañas y su pelaje es tan brillante que parece hecho de plata bajo la luz del sol. Nos miramos durante un instante que parece eterno, después echa a correr en dirección al palacio, llevándose mi aliento consigo.

Prefiero creer que se trata de un buen presagio.

Y, al menos al principio, eso es lo que parece. Las clases transcurren con normalidad. Noggle, nuestro instructor, es un far darrig viejo y peculiar venido del norte, con unas cejas inmensas, una barba larga en la que de vez en cuando se queda encajada una pluma o algún trozo de papel, y una tendencia a divagar sobre las lluvias de meteoritos y sus significados. Cuando el día está tocando a su fin, nos pone a contar estrellas fugaces, una tarea aburrida pero relajante. Me recuesto sobre la manta y me quedo mirando al cielo nocturno.

La única pega es que me resulta difícil anotar números en la oscuridad. Normalmente, hay orbes luminosos colgados de los árboles o grandes concentraciones de luciérnagas que nos iluminan durante las lecciones. Suelo llevar velas de sobra para cuando ni siquiera con eso basta, ya que los humanos no tienen una vista tan aguda como los seres feéricos, pero no

tengo permiso para encenderlas cuando estudiamos las estrellas. Intento escribir con letras legibles y no mancharme los dedos de tinta.

—Recordad —dice Noggle—, los fenómenos celestiales inusuales suelen presagiar cambios políticos importantes, así que, con un nuevo rey en el horizonte, es importante que observemos las señales cuidadosamente.

Se oyen unas risitas en medio de la oscuridad.

—Nicasia —dice el instructor—, ¿hay algún problema?

—Ninguno. —Su voz altiva demuestra que no siente el menor apuro por la reprimenda.

—En ese caso, ¿qué puedes contarme sobre las estrellas fugaces? ¿Qué significa que se produzca una lluvia de estrellas a última hora de la noche?

—Una docena de nacimientos —dice Nicasia, y su respuesta es tan errónea que tuerzo el gesto.

—De muertes —susurro.

Noggle me oye, por desgracia.

—Muy bien, Jude. Me alegra comprobar que alguien ha estado prestando atención. Bien, ¿quién puede decirme cuándo es más probable que se produzcan esas muertes?

No tiene sentido contenerme, no después de afirmar mi intención de dejar a Cardan en evidencia con mi grandeza. Será mejor que empiece a actuar en consecuencia.

—Depende de qué constelaciones hayan atravesado y en qué dirección caigan las estrellas —digo.

A mitad de respuesta, siento un nudo en la garganta. De pronto me alegro de estar a oscuras para así no tener que ver la expresión de Cardan. Ni la de Nicasia.

—Excelente —dice Noggle—. Por eso nuestras anotaciones deben ser precisas. ¡Continuad!

—Esto es un rollo —se lamenta Valerian—. Las profecías son para las viejas y los plebeyos. Deberíamos aprender cosas de más alcurnia. Si tengo que pasarme la noche recostado bocarriba, preferiría que fuera una lección sobre amor.

Unos cuantos se echan a reír.

—Está bien —dice Noggle—, dime qué fenómeno es un presagio de buena fortuna en el amor.

—Una chica quitándose el vestido —responde Valerian, provocando nuevas risas.

—¿Elga? —Noggle se dirige a una chica con el cabello plateado y una risa que recuerda a un cristal cuando se hace trizas—. ¿Puedes responder por él? Es muy probable que haya tenido tan poco éxito en el amor que no lo sepa.

Elga comienza a tartamudear. Sospecho que conoce la respuesta, pero no quiere provocar la cólera de Valerian.

—¿Voy a tener que preguntarle a Jude otra vez? —dice Noggle con aspereza—. O tal vez a Cardan. ¿Por qué no nos lo cuentas?

—No —responde.

—¿Qué has dicho? —pregunta Noggle.

Cuando Cardan habla, su voz resuena con un deje siniestro de autoridad.

—Estoy de acuerdo con Valerian. Esta lección es muy aburrida. Enciende las luces y empieza con otra que valga más la pena.

Noggle se queda callado un buen rato.

—Sí, mi príncipe —dice al fin, y todas las esferas que nos rodean se iluminan.

Parpadeo varias veces mientras mis ojos tratan de adaptarse a la claridad. Me pregunto si Cardan habrá tenido que hacer alguna vez algo contra su voluntad. Supongo que no es de extrañar que se quede dormido durante las lecciones. Ni que, en una ocasión, cuando iba borracho como una cuba, cruzara el campo a caballo mientras estábamos dando clase, pisoteando mantas y libros y provocando que todo el mundo saliera en estampida para quitarse de en medio. Cardan puede cambiar nuestro plan de estudios a su antojo. ¿Cómo podría importarle algo a alguien así?

—Qué cortita de vista es —dice Nicasia, y entonces me doy cuenta de que está de pie a mi lado. Ha cogido mi cuaderno y lo ondea para que todo el mundo pueda ver mis garabatos—. Pobre, pobre Jude. Qué difícil es sobreponerse a tantas limitaciones.

Tengo manchas de tinta en los dedos, también en los puños dorados de mi vestido.

Al otro lado de la arboleda, Cardan está hablando con Valerian. Locke es el único que nos observa, con cara de preocupación. Noggle está hojeando una pila de libros gruesos y polvorientos, seguramente en un intento por encontrar una lección que sea del agrado del príncipe.

—Es una lástima que no puedas leer mi letra —digo, arrebatándole el cuaderno. La hoja se rompe, echando a perder la mayor parte de mi trabajo de esta noche—. Pero me parece que eso no se debe a una limitación mía.

Nicasia me arrea un bofetón. Me tambaleo, estupefacta; de repente hinco una rodilla en el suelo y logro contenerme de milagro antes de caer de bruces al suelo. Me arde la mejilla, me escuece. Me zumba la cabeza.

—No puedes hacer eso —replico, aunque ya sé que es absurdo decir algo así.

Creía entender cómo funciona este juego. Me equivocaba.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —dice Nicasia, siempre tan altanera.

Nuestros compañeros se nos quedan mirando. Elga se ha cubierto la boca con una de sus delicadas manos. Cardan contempla la escena y, por la cara que pone, deduzco que no está contento con lo que ha hecho su amiga. Nicasia empieza a parecer abochornada.

Durante todo el tiempo que llevo entre ellos, hay ciertas líneas que nunca han cruzado. Cuando nos empujaron al río, no había nadie delante que pudiera verlo. Para bien o para mal, pertenezco a la familia del general y estoy bajo la protección de Madoc. Es posible que Cardan se atreviera a enfurecerlo, pero creía que los demás al menos atacarían en secreto.

Al parecer, he hecho enfadar a Nicasia hasta el punto de que todo eso le dé igual.

Me enderezo y me sacudo el polvo.

—¿Me estás desafiando? Porque entonces es mi derecho elegir la hora y el arma.

Cómo me encantaría tumbarla.

Nicasia se da cuenta de que mi pregunta exige una respuesta. Puede que mi categoría sea tan baja como la de un gusano, pero eso no la exime de la obligación de proteger su honor.

Por el rabillo del ojo, veo que Cardan se está acercando hacia nosotras. Los nervios por lo que pueda pasar se entremezclan con el miedo. Por el otro lado, Valerian me golpea el hombro. Me aparto de él, pero no lo bastante rápido como para evitar que me llegue un olor a fruta pasada.

En lo alto, surcando la cúpula negra de la noche, caen siete estrellas que dejan una estela gloriosa en el firmamento antes de extinguirse. Alzo la mirada por acto reflejo, demasiado tarde como para ver la senda precisa que han tomado.

—¿Alguien ha tomado nota de eso? —comienza a gritar Noggle, mientras hurga en su barba en busca de una pluma—. ¡Este es el fenómeno celestial que estábamos esperando! Alguien ha tenido que ver el punto exacto de origen. ¡Deprisa! Anotad todo lo que podáis recordar.

En ese momento, mientras contemplo las estrellas, Valerian me mete algo en la boca. Es una manzana, dulce y podrida al mismo tiempo. Un jugo meloso corre por mi lengua, provocándome una sensación radiante y embriagadora de alegría y aturdimiento. Es fruta de hadas, que nubla la mente y provoca un ansia tan grande en los humanos como para dejarse morir de hambre con tal de probar otro bocado, que nos vuelve maleables, sugestionables y grotescos.

El geis de Dain me protege de cualquier hechizo, de cualquier intento de control, pero la fruta de hadas hace que escapes incluso a tu propio control.

Oh, no. No, no, no, no.

Escupo. La manzana rueda por el suelo, pero ya empiezo a notar sus efectos.

«Sal», pienso, y me pongo a buscar a tientas mi cesta. Eso es lo que necesito. La sal es el antídoto. Disipará la niebla que envuelve mi cabeza.

Nicasia se huele mis intenciones y me arrebata la cesta, después se aleja danzando mientras Valerian aprovecha para tirarme al suelo. Intento alejarme de él reptando, pero me inmoviliza y me vuelve a restregar la manzana mugrienta por la cara.

—Permíteme que te endulce esa lengua tan agria que tienes —dice, al tiempo que ejerce presión con la manzana. Tengo la boca y la nariz cubiertas de pulpa.

No puedo respirar. No puedo respirar.

Tengo los ojos abiertos, fijos sobre el rostro de Valerian. Me estoy ahogando. Él me observa con cierta curiosidad, como si estuviera deseando ver qué ocurre a continuación.

Se me empieza a oscurecer la vista. Me estoy asfixiando.

Lo peor de todo es la euforia que bulle en mi interior a causa del fruto, bloqueando el terror. Todo me parece hermoso. Mi visión se vuelve difusa. Alargo una mano para arañarle la cara a Valerian, pero estoy tan mareada que no logro alcanzarle. Un segundo después ya no tiene importancia. No quiero hacerle daño, no cuando me siento tan feliz.

—¡Haced algo! —dice alguien, pero, sumida en mi delirio, no sé quién está hablando.

De pronto, alguien aleja a Valerian de mí. Ruedo sobre mí misma hasta ponerme de costado, tosiendo. Cardan está ahí. Tengo el rostro cubierto de mocos y lágrimas, pero lo único que puedo hacer es quedarme tirada en el suelo y escupir pedazos de pulpa dulce y carnosa. No recuerdo por qué estoy llorando.

—Basta —dice Cardan. Tiene una expresión extraña y vehemente, y le palpita un músculo de la mandíbula.

Me empiezo a reír.

Valerian parece enfadado.

—¿Tenías que estropearme la diversión?

Por un momento creo que se van a pelear, aunque no se me ocurre ningún motivo para ello. Entonces veo qué es lo que tiene Cardan en la mano. Es la sal de mi cesta. El antídoto. («¿Para qué quería yo eso?», me pregunto). Cardan la arroja por los aires con una carcajada y veo como se desperdiga con el viento. Después mira a Valerian, torciendo el gesto.

—¿Se puede saber qué te pasa, Valerian? Si se muere, tu bromita habrá terminado antes de comenzar.

—No me voy a morir —digo, porque no quiero que se preocupen. Me siento bien. Me siento mejor que en toda mi vida. Me alegro de que el antídoto haya desaparecido.

—¿Príncipe Cardan? —dice Noggle—. Habría que llevarla a casa.

—Qué aburridos estáis todos hoy —dice Cardan, aunque a juzgar por su voz, no parece que se esté aburriendo. Parece que está haciendo un gran

esfuerzo por contener su mal genio.

—Venga, Noggle, Jude no quiere irse. —Nicasia se acerca a mí y me acaricia la mejilla—. ¿Verdad, bonita?

Siento un regusto meloso en la boca. Me siento ligera. Me estoy desenrollando. Me estoy desplegando como si fuera un estandarte.

—Me gustaría quedarme —digo, porque este lugar es genial. Porque ella es maravillosa.

No sé si me encontraré bien, pero me siento genial.

Todo es maravilloso. Incluso Cardan. Antes no me caía bien, pero ahora veo que no era para tanto. Le dedico una sonrisa amplia y alegre, pero él no me la devuelve.

No me lo tomo a mal.

Noggle se marcha murmurando algo sobre el general, sobre la insensatez y sobre unos príncipes que van a acabar consiguiendo que les arranquen la cabeza. Cardan le mira mientras se aleja, con los puños apretados.

Unas cuantas chicas se dejan caer sobre el musgo, a mi lado. Se están riendo, así que me contagian su risa.

—Es la primera vez que veo a un mortal probar los frutos de Elfhame —le dice una de ellas, Flossflower, a otra—. ¿Se acordará de lo ocurrido?

—Alguien debería hechizarla para que no se acuerde —dice Locke desde algún punto situado a mi espalda. No parece enfadado, como Cardan. Su voz resulta agradable.

Me doy la vuelta hacia Locke y él me toca el hombro. Me inclino para sentir la calidez de su piel. Nicasia se ríe.

—Ella no querría eso. Lo que quiere es darle otro bocado a la manzana.

Se me hace la boca agua solo de recordarlo. Me acuerdo de esas manzanas, tiradas por el sendero, doradas y relucientes, durante el trayecto hasta la escuela. Me maldigo por haber sido tan tonta de no detenerme a comerme alguna.

—Entonces, ¿podemos preguntarle cosas? —inquiere otra chica, Moragna—. ¿Cosas embarazosas? ¿Y ella responderá?

—Si estamos entre amigos… ¿Qué podría resultarle embarazoso? —dice Nicasia, con los ojos entornados. Parece un gato que se ha empachado

de nata y está listo para echarse una siesta al sol.

—¿A quién de nosotros te apetecería más besar? —pregunta Flossflower, acercándose. Hasta hoy, apenas me había dirigido la palabra. Me alegra que quiera ser mi amiga.

—Me gustaría besaros a todos —respondo, lo que hace que se rían a carcajadas. Levanto la cabeza hacia las estrellas y sonrío.

—Llevas puesta demasiada ropa —dice Nicasia, que contempla mis faldas con el ceño fruncido—. Y además está muy sucia. Deberías quitártela.

De repente, el vestido me resulta muy pesado. Me imagino desnuda bajo la luz de la luna, con la piel teñida de plata como las hojas de los árboles.

Me levanto. Parece como si el mundo estuviera un poco ladeado. Empiezo a desvestirme.

—Tienes razón —digo, encantada.

Mi vestido se desploma hasta convertirse en un charco de tela del que puedo salir con facilidad. Llevo puesta ropa interior propia de los mortales: un sujetador de puntitos verdes y negros, y unas braguitas.

Todos me miran con cara rara, como si se estuvieran preguntando de dónde he sacado esas prendas. Son unos seres tan resplandecientes que no puedo mirarlos durante mucho rato sin que me duela la cabeza.

Percibo la fragilidad de mi cuerpo, los callos en las manos y el balanceo de mis pechos. Percibo el leve cosquilleo de la hierba y la calidez de la tierra bajo mis pies.

—¿Soy hermosa como vosotros? —le pregunto a Nicasia, con curiosidad sincera.

—No —responde ella, mirando de reojo a Valerian. Entonces recoge algo del suelo—. No te pareces en nada a nosotros.

Lamento oír eso, pero no me sorprende. A su lado, la verdad es que cualquiera parece una sombra, el reflejo borroso de otro reflejo.

Valerian señala hacia el collar de bayas que llevo puesto, compuesto por unos frutos rojos y resecos unidos por una larga cadena plateada.

—También deberías quitarte eso.

Asiento con gesto cómplice.

—Tienes razón —digo—. Ya no lo necesito.

Nicasia sonríe, sosteniendo en alto el objeto dorado que tiene en la mano. Son los restos sucios y espachurrados de la manzana.

—Ven a lamerme las manos. No te importa, ¿verdad? Pero tienes que hacerlo de rodillas.

Nuestros compañeros de clase prorrumpen en una serie de gritos ahogados y risitas nerviosas. Quieren que lo haga. Yo quiero hacerles felices. Quiero que todo el mundo sea tan feliz como yo. Y quiero probar otro bocado de ese fruto. Empiezo a gatear hacia Nicasia.

—No —dice Cardan, que se planta delante de mí, con voz vibrante y ligeramente trémula. Los demás retroceden para dejarle espacio. El príncipe se quita uno de sus suaves zapatos de piel y sitúa su pálido pie justo delante de mí—. Jude vendrá aquí y me besará los pies. Antes ha dicho que quería besarnos. Además, soy su príncipe después de todo.

Me vuelvo a reír. Sinceramente, no sé por qué antes me reía tan poco. Todo me parece ridículo y maravilloso.

Sin embargo, cuando alzo la mirada hacia Cardan, me parece que hay algo que no encaja. Sus ojos relucen con furia, deseo, y puede que incluso vergüenza. Un segundo después parpadea y recupera su expresión habitual de arrogancia gélida.

—¿Y bien? Date prisa —dice con impaciencia—. Bésame el pie y dime lo majestuoso que soy. Dime cuánto me admiras.

—Basta —le dice Locke a Cardan con brusquedad. Me apoya las manos en los hombros y tira de mí para ponerme en pie—. Voy a llevarla a casa.

—¿De veras? —le pregunta Cardan, enarcando las cejas—. Has elegido un momento curioso para hacerlo. Así que te gusta ver cómo humillan a los demás, pero no durante mucho rato, ¿no?

—Detesto cuando te pones así —murmura Locke.

Cardan se quita un broche del abrigo, un abalorio reluciente y con filigranas en forma de bellota con una hoja de roble detrás. En mi delirio, pienso que va a dárselo a Locke a cambio de que me deje aquí. Pero eso resulta absurdo, incluso para mi mente desequilibrada.

De repente, Cardan me agarra de la mano, lo cual me resulta aún más inverosímil. Sus dedos arden al contacto con mi piel. Entonces me clava la punta del broche en el pulgar.

—Ay —digo, apartándome de él y metiéndome el dedo dolorido en la boca. La sangre me deja un regusto metálico en la lengua.

—Que tengas un camino agradable de vuelta a casa —me dice.

Locke me saca de allí, deteniéndose para recoger una manta y echármela sobre los hombros. Las hadas se quedan mirándonos mientras salimos de la arboleda, yo dando tumbos y él sujetándome. Los pocos instructores con los que nos cruzamos miran para otro lado.

Me chupo el dedo herido, presa de una sensación extraña. Aún me da vueltas la cabeza, pero no como antes. Aquí ocurre algo raro. Me he dado cuenta hace un rato. Hay sal diluida en mi sangre.

Se me revuelve el estómago.

Giro la cabeza para mirar a Cardan, que se está riendo con Valerian y Nicasia. Moragna le tiene cogido del brazo. Uno de los instructores, una elfa musculosa procedente de una isla situada al este, está intentando comenzar su lección.

Les odio. Les odio muchísimo a todos. Durante un rato, solo queda eso, el fuego de mi furia, que reduce a cenizas todos mis pensamientos. Con manos temblorosas, me envuelvo en la manta con más fuerza y dejo que Locke me guíe hacia el bosque.

—Te debo una —murmuro cuando llevamos un rato caminando—. Por sacarme de ahí.

Locke me escudriña detenidamente. Me vuelvo a quedar pasmada por lo guapo que es, por los rizos sedosos que penden alrededor de su rostro. Es horrible estar a solas con él, sabiendo que me ha visto en ropa interior y reptando por el suelo, pero estoy demasiado furiosa como para sentirme avergonzada.

—No le debes nada a nadie, Jude —dice, negando con la cabeza—, Y menos después de lo que ha pasado hoy.

—¿Cómo los aguantas? —pregunto, tomándola con Locke, pese a que es el único con el que no estoy furiosa—. Son horribles. Son unos monstruos.

Locke no me responde. Seguimos caminando y, cuando llego al sendero plagado de manzanas caídas, le arreo una patada tan fuerte a una que rebota en el tronco de un olmo.

—Estar con ellos tiene sus ventajas —dice—. Coger lo que quieres, darte el gusto de cumplir cualquier pensamiento horrible. Ser mezquino hace que te sientas seguro.

—¿Porque al menos no te tratan como si fueras basura? —pregunto.

De nuevo, prefiere no responder.

Cuando nos acercamos a la finca de Madoc, me detengo.

—A partir de aquí debería continuar sola. —Le dedico una sonrisa que seguramente no sea muy firme. Me cuesta mantenerla.

—Espera —dice, acercándose un paso—. Quiero volver a verte.

Estoy demasiado furiosa como para sorprenderme. Y no es para menos, estoy envuelta en una manta prestada, ataviada con unas botas y con ropa interior comprada en un centro comercial. Estoy manchada de tierra y acabo de ponerme en ridículo.

—¿Por qué?

Locke me observa como si estuviera viendo algo completamente distinto. Su mirada resulta tan intensa que hace que me yerga un poco más, a pesar de la mugre.

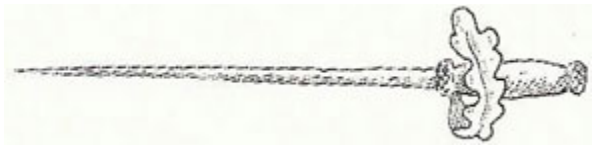
—Porque eres como una historia que aún no ha sucedido. Porque quiero comprobar qué harás. Quiero participar en el desarrollo de la narración.

No sé si eso es un cumplido o no, pero me lo tomaré como si lo fuera.

Locke me levanta la mano —la misma en la que Cardan me acaba de clavar el broche— y me besa las yemas de los dedos.

—Hasta mañana —dice, haciendo una reverencia.

Y así, con esa manta prestada, esas botas y esa ropa interior de centro comercial, reanudo la marcha yo sola, en dirección a casa.



—Dime quién ha sido —insiste Madoc, una y otra vez, pero me niego a hacerlo.

Se pasea airado por la habitación, explicando con detalle que encontrará a las hadas responsables y acabará con ellas. Les arrancará el corazón. Les cortará la cabeza y las expondrá en el tejado de nuestra casa como advertencia para los demás.

Ya sé que sus amenazas no van dirigidas contra mí, pero sí sus gritos.

Cuando estoy asustada, no puedo olvidar que, por muy bien que interprete el papel de padre, Madoc es y será siempre el asesino de mi padre.

No digo nada. Me pongo a pensar en el temor de Oriana a que Taryn y yo nos comportemos de un modo inapropiado en la corte y abochornemos a Madoc. Me pregunto si lo que de verdad le preocupa es la posible reacción de su esposo. Cortarles la cabeza a Valerian y a Nicasia no daría buena imagen. Y hacerle daño a Cardan supondría un acto de traición.

—Fui yo —digo al fin, para que pare de una vez—. Vi el fruto y tenía buena pinta, así que me lo comí.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida? —dice Oriana, mientras se pasea en círculos por la estancia. No parece sorprendida; más bien parece como si estuviera confirmando sus peores sospechas—. Deberías ser más sensata, Jude.

—Quería divertirme. Se supone que es divertido —replico, interpretando el papel de hija desobediente hasta las últimas consecuencias —. Y lo fue. Fue como un sueño precioso…

—¡Silencio! —grita Madoc, sobresaltándonos—, ¡Callaos las dos!

No puedo evitar estremecerme.

—Jude, deja de intentar fastidiar a Oriana —dice, lanzándome una mirada de exasperación que no sé si me había dirigido alguna vez, aunque con Vivi sí que la ha usado en varias ocasiones.

Sabe que estoy mintiendo.

—Y tú, Oriana, no seas tan ingenua.

Cuando Oriana comprende lo que quiere decir, se cubre la boca con una de sus delicadas manos.

—Cuando descubra a quiénes estás protegiendo —me dice—, lamentarán haber nacido.

—Así no arreglamos nada —digo, recostándome en mi asiento.

Madoc se arrodilla frente a mí y me agarra una mano entre sus ásperos dedos verdes. Seguro que nota que estoy temblando un montón. Suspira con fuerza, posiblemente para disipar una nueva ronda de amenazas.

—Entonces, dime cómo puedo ayudarte, Jude. Dímelo y lo haré.

Me pregunto qué pasaría si le dijera: «Nicasia me humilló. Valerian intentó asesinarme. Lo hicieron para impresionar al príncipe Cardan, que me odia. Me dan miedo. Me dan más miedo que tú, y eso que tú me aterras. Haz que paren. Haz que me dejen en paz».

Pero no lo hago. La ira de Madoc es inconmensurable. La he visto reflejada en la sangre de mi madre que manchaba el suelo de la cocina. Una vez invocada, ya no se puede contener.

¿Y si asesinara a Cardan? ¿Y si los matara a todos? Su respuesta a muchos problemas es derramar sangre. Si murieran, sus padres clamarían venganza. La ira del rey supremo caería sobre él. Mi situación empeoraría aún más, y Madoc seguramente acabaría muerto.

—Enséñame más cosas —le digo—. Más estrategia. Más esgrima. Enséñame todo lo que sabes.

El príncipe Dain me quiere como espía, pero eso no significa que vaya a renunciar a mi espada.

Madoc parece impresionado, y Oriana, molesta. Se nota que cree que le estoy manipulando y que encima se me da muy bien.

—De acuerdo —dice Madoc con un suspiro—. Tatterfell te llevará la cena, a no ser que te sientas con ánimos de unirte a nosotros en la mesa. Mañana comenzaremos un entrenamiento más intensivo.

—Comeré arriba —respondo, y me dirijo a mi habitación, envuelta aún en una manta que no es mía.

Por el camino paso junto a la puerta cerrada de Taryn. Una parte de mí quiere entrar para arrojarme sobre su cama y romper a llorar. Quiero que me abrace y me diga que no podría haber actuado de otro modo. Quiero que me diga que soy valiente y que me quiere.

Pero como estoy segura de que eso no es lo que haría, paso de largo.

Han ordenado mi habitación mientras estaba fuera, han hecho la cama y las ventanas están abiertas para dejar entrar la brisa nocturna. Y allí, a los pies de mi cama, alguien ha dejado doblado un austero uniforme con el

emblema real, como los que llevan los sirvientes de los príncipes y las princesas. En la terraza está el duende con cara de lechuza.

Se acicala con el pico y bate las plumas.

—Tú —digo—. Eres uno de sus…

—Acude mañana a Villa Fatua, golosinita —gorjea, interrumpiéndome —. Averigua un secreto que no será del agrado del rey. Descubre una traición.

Villa Fatua. Ese es el hogar de Balekin, el primogénito.

Acabo de recibir mi primer encargo de la Corte de las Sombras.

CAPÍTULO 12

Me voy a la cama temprano y, cuando me despierto, es noche cerrada. Me duele la cabeza —puede que de dormir tanto— y tengo el cuerpo agarrotado. Debo de haber dormido con todos los músculos en tensión.

Las clases del día ya habrán comenzado. No importa. No pienso ir.

Tatterfell me ha dejado una bandeja con café aderezado con canela, clavo y un poquito de pimienta. Me sirvo una taza. Está templado, lo que significa que lleva aquí un buen rato. También hay una tostada, que se reblandece cuando la sumerjo unas cuantas veces.

Me lavo la cara, en la que aún quedan restos pegajosos de pulpa, y después el resto del cuerpo. Me peino sin demasiado esmero y luego me recojo el pelo en un moño, sujetándolo con una ramita.

Me niego a pensar en lo que ocurrió ayer. Me niego a pensar en nada que no sea el presente y la misión que debo cumplir para el príncipe Dain.

«Acude mañana a Villa Fatua. Averigua un secreto que no será del agrado del rey. Descubre una traición».

Así que Dain quiere que le ayude a asegurarse de que Balekin no sea elegido para convertirse en el próximo rey supremo. Eldred puede elegir a cualquiera de sus hijos para que le suceda en el trono, pero tiene preferencia por los tres mayores: Balekin, Dain y Elowyn. Especialmente por Dain. Me

pregunto si los espías aportan su granito de arena para que eso siga siendo así.

Si lo hago bien, Dain me concederá poder cuando ascienda al trono. Y después de lo que pasó ayer, ansío tenerlo. Lo ansío tanto como volver a saborear la fruta de hadas.

Me pongo el uniforme de sirviente sin la ropa interior de centro comercial para asegurarme de tener un aspecto lo más convincente posible. Para el calzado saco unas viejas zapatillas de piel del fondo de mi armario. Tienen un agujero en la punta que intenté arreglar hace casi un año, pero mis dotes para la costura son bastante limitadas, así que las dejé peor de lo que estaban. A pesar de eso, me quedan bien; además, el resto de mis zapatos resultan demasiado elegantes.

No tenemos sirvientes humanos en la finca de Madoc, pero los he visto en otras partes de Faerie. Parteras humanas que ayudan a alumbrar los bebés de las consortes humanas. Artesanos humanos bendecidos o maldecidos con una destreza excepcional. Nodrizas humanas que amamantan a los bebés de las hadas que nacen enclenques. Niños humanos separados de sus padres al nacer y criados en Faerie, pero no educados con la aristocracia como nosotras. Entusiastas de la magia a quienes no les importa trabajar duro a cambio de ver cumplido alguno de sus deseos. Cuando nuestros caminos se cruzan, intento hablar con ellos. A veces les apetece y a veces no. La mayoría de los que no son artesanos han sido hechizados, aunque sea ligeramente, para alterar sus recuerdos. Creen que están en un hospital o en la mansión de algún rico. Y cuando los devuelven a casa —Madoc me ha asegurado que lo hacen—, les pagan bien e incluso les conceden algún don, como el de la buena suerte, el de tener un cabello brillante o la capacidad para adivinar los números correctos de la lotería.

Pero también sé que hay humanos que hacen tratos desfavorables o que ofenden a quien no deberían y no reciben un trato tan bueno. Taryn y yo oímos cosas, aunque nadie quiere que nos enteremos: historias de humanos que duermen en suelos de piedra y comen desperdicios mientras creen que están descansando en lechos de plumas y degustando manjares. Humanos drogados hasta las cejas con fruta de hadas. Se rumorea que esto último se corresponde con los sirvientes de Balekin, los peor tratados con diferencia.

Me estremezco solo de pensarlo. Aun así, entiendo por qué un mortal puede ser un espía muy útil, más allá de su capacidad para mentir. Un mortal puede entrar en lugares de alta o baja alcurnia sin llamar demasiado la atención. Si llevamos un arpa, somos bardos. Con uniforme de lino, somos sirvientes. Con un vestido, somos esposas al cuidado de niños duende.

Supongo que pasar desapercibido tiene sus ventajas.

Guardo una muda y un cuchillo en un morral, me envuelvo en una gruesa capa de terciopelo y bajo por las escaleras. El café me ha revuelto un poco el estómago. Casi he llegado hasta la puerta cuando veo a Vivi sentada en la repisa de la ventana cubierta por el tapiz.

—Estás levantada —dice, incorporándose—. Bien. ¿Te apetece salir para dispararle a algo? Tengo flechas.

—Quizá luego.

Me sujeto la capa con fuerza e intento esquivar a mi hermana, poniendo cara de póquer. No funciona. Vivi extiende los brazos para cortarme el paso.

—Taryn me contó lo que le dijiste al príncipe en el torneo —dice—. Y Oriana me contó cómo llegaste anoche a casa. El resto me lo puedo imaginar.

—No necesito otro sermón —replico.

La misión que me ha encargado Dain es lo único que impide que me obsesione con lo que pasó ayer. No quiero perder la concentración. Temo que, si lo hago, perderé también los nervios.

—Taryn se siente fatal —prosigue Vivi.

—Ya —digo—. A veces es un asco tener razón.

—Espera. —Vivi me agarra del brazo y me observa con sus ojos de pupilas rasgadas—. A mí me lo puedes contar. Puedes confiar en mí. ¿Qué está pasando?

—Nada —respondo—. Cometí un error. Me enfadé. Quise demostrar algo. Fui una estúpida.

—¿Fue por lo que te dije? —Vivi me aprieta el brazo con fuerza.

«Los feéricos os seguirán tratando como si fuerais escoria».

—Vivi, si he decidido arruinar mi vida no ha sido por tu culpa —le digo —. Pero haré que se arrepientan de haberme hecho enfadar.

—Espera, ¿qué quieres decir? —me pregunta mi hermana.

—No lo sé —respondo, zafándome.

Me dirijo hacia la puerta, y esta vez Vivi no me detiene. Una vez fuera, cruzo el césped en dirección a los establos.

Sé que no estoy siendo justa con Vivi, ya que ella no me ha hecho nada. Solo quería ayudar.

Puede que se me haya olvidado cómo ser una buena hermana.

En los establos, tengo que detenerme y apoyarme en un muro para recuperar el aliento. Durante más de la mitad de mi vida, he estado reprimiendo el pánico. Supongo que vivir en un estado constante de nervios y que encima te parezca normal, o incluso necesario, no es la mejor opción. Pero, llegados a este punto, no sabría cómo vivir sin eso.

Lo más importante ahora es impresionar al príncipe Dain. No puedo permitir que Cardan y sus amigos me arrebaten eso.

Para llegar a Villa Fatua decido utilizar uno de los sapos, ya que solo los aristócratas cabalgan a lomos de caballos con herraduras de plata. Pese a que lo más normal es que un sirviente no cuente con ningún tipo de montura, al menos el sapo no resulta tan sospechoso.

Sí, Faerieland es el único lugar donde un sapo gigante es la opción menos sospechosa.

Ensillo y embrido un sapo moteado y lo saco del establo. El animal hacer restallar su larga lengua contra uno de sus ojos dorados y yo pego un respingo, sobresaltada.

Introduzco un pie en el estribo y me subo a la silla de montar. Con una mano tiro de las riendas y con la otra le acaricio la piel suave y fría del lomo. Me sujeto con fuerza mientras el sapo moteado se eleva por los aires con un brinco.

Villa Fatua es una mansión de piedra con una torre alta y torcida, cubierta en gran medida por hiedras y enredaderas. Hay una balconada en la segunda planta con una barandilla compuesta por lo que parecen ser raíces gruesas en lugar de piezas de hierro. De ella pende una maraña de zarcillos más finos que asemeja una barba desaliñada y salpicada de tierra. Esta finca tiene un aspecto inusual que debería hacer que resultara fascinante, pero en lugar de eso le da una apariencia amenazante. Ato al sapo, guardo mi capa

en su alforja y me encamino hacia el lateral de la mansión, donde creo que encontraré una puerta de servicio. Por el camino me detengo a recoger hongos, para que así parezca que tenía un buen motivo para salir al bosque.

Según me acerco, se me acelera de nuevo el corazón. Balekin no me hará daño, me digo. Aunque me descubriera, se limitaría a devolverme a Madoc. No va a ocurrir nada malo.

No estoy del todo convencida de que eso sea cierto, pero sí lo suficiente como para aproximarme a la entrada de servicio y atravesarla.

Un pasillo se extiende hacia las cocinas, donde dejo los hongos sobre una mesa al lado de un par de conejos ensangrentados, un pastel de carne de caza, un ramillete de ajetes y de romero, unas cuantas ciruelas macilentas y varias docenas de botellas de vino. Un trol remueve el contenido de un puchero enorme al lado de una ninfa alada. De cortar las verduras se encargan dos humanos con el rostro chupado, un chico y una chica; los dos están sonriendo como si fueran bobos y tienen los ojos vidriosos. Ni siquiera miran lo que están troceando, así que me sorprende que no se rebanen un dedo por accidente. Y lo que es peor, si les pasara, no sé ni si se darían cuenta.

Pienso en lo que sentí ayer, y el regusto de la fruta de hadas regresa a mi boca sin previo aviso. Siento como aumenta mi ira, así que sigo avanzando a toda prisa por el pasillo.

Me detiene un guardia feérico de ojos claros que me agarra del brazo. Le miro, esperando poder adoptar un gesto tan inexpresivo, plácido y embelesado como el de los mortales de las cocinas.

—No te había visto antes —me dice con tono acusador.

—Eres un encanto —digo, intentando parecer asombrada y un poco confusa—. Qué ojos tan bonitos.

El guardia resopla, asqueado, lo cual supongo que significa que estoy haciendo una imitación bastante convincente de un sirviente humano hechizado, aunque creo que los nervios me han llevado a sobreactuar un poco. No se me da tan bien improvisar como esperaba.

—¿Eres nueva? —me pregunta, articulando lentamente las palabras.

—¿Nueva? —repito, tratando de imaginarme qué pensaría alguien traído hasta aquí de la experiencia.

No puedo dejar de evocar el sabor empalagoso del fruto de hadas en la lengua, pero en vez de meterme más a fondo en el personaje, solo consigo que me entren ganas de vomitar.

—Antes estaba en otra parte —respondo—, pero ahora tengo que limpiar el gran salón con abrillantador hasta dejarlo reluciente.

—En ese caso, supongo que será mejor que sigas con tu tarea —dice el guardia, dejándome pasar.

Intento controlar el temblor que se está formando bajo mi piel. No alardeo de haber hecho una actuación convincente; si he logrado engañarle es porque soy humana y el guardia da por hecho que los humanos somos sirvientes. Una vez más, entiendo por qué el príncipe Dain pensó que podría serle útil. Tras el encontronazo con el guardia, me resulta bastante fácil moverme por Villa Fatua. Hay docenas de humanos yendo de un lado a otro para cumplir con sus labores, sumidos en sueños malsanos. Canturrean y farfullan entre dientes, aunque es obvio que solo son retazos de una conversación que está teniendo lugar en sus mentes. Tienen la mirada perdida. Los labios agrietados.

No me extraña que el guardia creyera que soy nueva.

Aparte de los sirvientes, también hay hadas. Invitados a alguna fiesta que parece haber decaído más que terminado. Me los encuentro dormidos en diversos grados de desnudez, arropados en divanes y abrazados en el suelo de los salones cuando paso por ellos, con manchas doradas en la boca producto del *amnesio*, un polvo dorado, reluciente y tan concentrado que atonta a las hadas y concede a los mortales la capacidad de hechizarse unos a otros. Hay cálices volcados, dejando charcos de hidromiel que se extienden por el suelo desnivelado como afluentes de enormes lagos melosos. Algunos feéricos están tan inmóviles que temo que la fiesta se les ha ido tanto de las manos que han terminado muriendo.

—Disculpa —le digo a una chica de mi edad que va cargada con un cubo de hojalata. Pasa junto a mí sin darse cuenta siquiera de que le he hablado.

Sin saber qué otra cosa hacer, decido seguirla. Subimos lentamente por una amplia escalinata de piedra sin pasamanos. Hay otros tres feéricos tumbados en un estupor alcohólico al lado de unos botellas de licor del

tamaño de un dedal. En lo alto, desde el otro extremo del salón, se oye un grito extraño, como si alguien estuviera dolorido. Algo se desploma con fuerza contra el suelo. Sobresaltada, intento adoptar de nuevo una expresión de indiferencia enajenada, pero no resulta nada fácil. El corazón me golpea el pecho como si fuera un pájaro enjaulado.

La chica abre la puerta de unos aposentos y yo entro tras ella.

Los muros son de piedra y no están decorados con cuadros ni tapices. Una inmensa cama de dos postes ocupa la mayor parte del espacio en la primera estancia, el cabecero está tallado con una serie de animales con cabeza de mujer y los pechos al aire —búhos, serpientes y zorros— que ejecutan una especie de danza extraña.

Supongo que no debería sorprenderme, ya que Balekin es el líder del libertino Círculo de los Estorninos.

Reconozco los libros que están apilados sobre el escritorio de madera, son los mismos que Taryn y yo estudiamos durante nuestras lecciones. Están abiertos, con algunas hojas de papel desperdigadas entre ellos, al lado de un tintero. Uno de los libros tiene unas cuidadosas anotaciones en los márgenes, mientras que otro está cubierto de manchurrones. Una pluma rota, partida por la mitad a propósito —al menos, no se me ocurre ninguna manera en que pudiera haber ocurrido por accidente—, se encuentra apoyada encima del libro manchado de tinta.

No hay nada en todo ello que sugiera una traición.

El príncipe Dain me dio este uniforme, consciente de que podría entrar aquí sin problema. Contaba con que mi capacidad para mentir hiciera el resto. Pero ahora que estoy dentro, espero poder encontrar una pista relevante en Villa Fatua.

Eso significa que, por muy asustada que esté, debo prestar atención.

A lo largo de la pared hay más libros, recuerdo haber visto algunos de ellos en la biblioteca de Madoc. Me detengo frente a un estante, frunciendo el ceño, y me agacho. Apretujado en un rincón hay un ejemplar de un libro que conozco, pero que no esperaba encontrar aquí: *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo*, recogidos en un único volumen. Mamá nos leía uno muy parecido en el mundo de los mortales.

Al abrir el libro veo esas ilustraciones que me resultan tan familiares y leo lo que hay escrito:

—Pero es que a mí no me gusta tratar con locos —protestó Alicia.

—Eso no puedes evitarlo —dijo el Gato—. Aquí estamos todos locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.

—¿Cómo sabes que estoy loca? —preguntó Alicia.

—Tienes que estarlo —afirmó el Gato—, de lo contrario no habrías venido aquí.

Una carcajada trémula amenaza con escapar de mi garganta y tengo que morderme el carrillo para impedirlo.

La sirvienta humana está arrodillada delante de una chimenea inmensa, recogiendo las cenizas. Los soportes de hierro, diseñados con la forma de unas enormes serpientes enroscadas, asoman por los lados con unos ojos de cristal que pronto centellearán al reflejar la luz de las llamas.

Aunque parezca ridículo, me cuesta volver a dejar el libro donde estaba. Vivi se olvidó de guardarlo cuando hicimos el equipaje en nuestra antigua casa, y no había vuelto a verlo desde que mi madre nos lo leía cuando nos íbamos a la cama. Decido guardarlo bajo mi uniforme.

Después me acerco al armario y lo abro en busca de alguna pista, de algún dato valioso. Pero en cuanto me asomo al interior, un pánico atroz se desata en mi pecho. De inmediato, comprendo quién ocupa esta habitación. Ante mí se despliegan los extravagantes jubones y pantalones bombachos del príncipe Cardan, sus estridentes capas ribeteadas con pieles y sus camisas tejidas con seda de araña.

Tras limpiar las cenizas de la chimenea, la sirvienta apila unos cuantos troncos en forma de pirámide, coronada por unos trozos de pino aromático.

Me entran ganas de empujarla a un lado y salir corriendo de Villa Fatua. Había dado por hecho que Cardan vivía en el palacio con su padre, el rey supremo. No se me ocurrió pensar que pudiera vivir con uno de sus hermanos. Recuerdo a Dain y a Balekin bebiendo juntos en la última fiesta de la corte. Ojalá que esto no haya sido una argucia para humillarme todavía más, para darle a Cardan una nueva excusa —o peor, una oportunidad— para seguir castigándome.

Me niego a creerlo. El príncipe Dain, que está a punto de ser coronado rey supremo, no puede perder el tiempo con algo tan nimio como fingir ponerme a su servicio solo para satisfacer los deseos de su inmaduro hermano pequeño. Tampoco me concedería un geis o un trato solo por eso. Debo seguir creyendo en ello, porque la alternativa es demasiado espantosa.

Eso significa que, aparte del príncipe Balekin, debo eludir al príncipe Cardan mientras me mueva por la casa. Cualquiera de ellos podría reconocerme si me viera la cara. Debo asegurarme de que eso no ocurra.

Seguramente no se fijarán demasiado en mí. Nadie se fija apenas en los sirvientes humanos.

Consciente de que yo no soy tan distinta, me obligo a fijarme en el patrón que forman los lunares que se extienden sobre la piel de esa chica humana, en las puntas abiertas de su cabello rubio y en sus rodillas ásperas. Veo como se tambalea un poco mientras se levanta; es obvio que su cuerpo está exhausto, aunque su cerebro no se haya dado cuenta.

Si la vuelvo a ver, quiero estar segura de que podré reconocerla.

Pero no sirve de nada, no deshace el hechizo. La chica prosigue con sus tareas, esbozando la misma sonrisa horrible de satisfacción. Cuando sale de la habitación, yo emprendo la marcha en dirección contraria. Debo encontrar los aposentos privados de Balekin, descubrir sus secretos y marcharme.

Abro unas puertas con cuidado y me asomo al interior. Descubro dos dormitorios, ambos cubiertos por una gruesa capa de polvo, uno de ellos con una figura recostada en la cama debajo de un sudario cubierto de telarañas. Me detengo un instante, intentando determinar si se trata de una estatua, un cadáver o alguna especie de criatura viviente, pero entonces comprendo que no tiene nada que ver con mi misión, así que vuelvo a salir a toda prisa. Abro otra puerta y me encuentro a varios seres feéricos abrazados en una cama, dormidos. Uno de ellos comienza a entreabrir los ojos, adormilado; contengo el aliento, pero enseguida vuelve a quedarse frito.

La séptima habitación desemboca en un pasillo con unas escaleras que ascienden en espiral hacia lo que parece ser una torre. Subo por ellas a toda prisa, con el corazón acelerado, haciendo el menor ruido posible.

La estancia circular a la que llego está revestida con estanterías repletas de manuscritos, pergaminos, puñales dorados, viales de cristal que contienen líquidos de vivos colores y el cráneo de una criatura similar a un ciervo, cuyas astas sostienen unas velas. Hay dos grandes butacas situadas cerca de la única ventana. Una mesa inmensa ocupa el espacio central de la habitación, y sobre ella hay unos mapas sujetos en las esquinas por trozos de cristal y objetos metálicos. Debajo de ellos hay varias cartas. Hojeo los papeles hasta que encuentro esta misiva:

Conozco la procedencia de la seta lepiota por la que preguntas, pero lo que hagas con eso no debe relacionarse conmigo. Después de esto, doy por saldada mi deuda. Quiero que mi nombre desaparezca de tus labios.

Aunque la carta no tiene firma, está redactada con una caligrafía elegante y femenina. Parece importante. ¿Podría ser la prueba que está buscando Dain? ¿Será lo bastante útil como para satisfacerle? Aun así, no tengo manera de llevármela. Si desapareciera, Balekin sabría con certeza que alguien ha pasado por aquí. Encuentro una hoja en blanco y la presiono sobre la nota. Calco la carta a toda prisa, intentando plasmar con precisión la caligrafía utilizada.

Ya casi he terminado cuando escucho un ruido. Alguien está subiendo por las escaleras.

Me entra el pánico. No hay ningún lugar donde esconderse. No hay casi nada en la habitación; en su mayoría es un espacio vacío, a excepción de los estantes. Doblo la nota, consciente de que está sin terminar, consciente de que la tinta fresca se emborronará.

Me meto a toda prisa debajo de una de las enormes butacas de piel y me quedo hecha un ovillo. Ojalá hubiera dejado ese estúpido libro donde lo encontré, porque una de las esquinas afiladas de la cubierta se me está clavando en la axila. Me pregunto en qué estaría pensando al creer que estaba preparada para ejercer como espía en Faerieland.

Cierro los ojos con fuerza, como si el hecho de no mirar a la persona que está a punto de entrar en la habitación fuera a impedir que ella me viera

a su vez.

—Espero que hayas estado practicando —dice Balekin.

Abro ligeramente los ojos. Cardan se encuentra junto a los estantes, mientras un sirviente de rostro desabrido sostiene una espada con grabados dorados en la empuñadura y unas alas metálicas que dan forma a la guarda. Tengo que morderme la lengua para no hacer ningún ruido.

—¿De verdad tenemos que hacerlo? —pregunta Cardan. Parece hastiado.

—Muéstrame lo que has aprendido. —Balekin saca una vara de una tinaja situada junto a su escritorio que contiene un surtido de báculos y bastones—. Solo tienes que asestar un único golpe. Solo uno, hermanito.

Cardan no se mueve del sitio.

—Coge la espada. —A Balekin se le está agotando la paciencia.

Con un suspiro largo y exasperado, Cardan coge el arma. Adopta una postura nefasta. Ahora entiendo por qué Balekin está tan cabreado. Seguro que a Cardan le han asignado instructores de combate desde que tuvo edad suficiente para sostener un palo. Yo empecé a entrenar cuando llegué a Faerie, así que Cardan debería llevarme años de ventaja, y lo primero que aprendí fue a colocar los pies.

Balekin levanta su vara y dice:

—Vamos, ataca.

Los dos permanecen inmóviles un buen rato, observándose. Cardan blande su espada con torpeza y Balekin le descarga un fuerte golpe con la vara en la sien. Tuerzo el gesto al oír el ruido que produce la madera al contacto con su cráneo. Cardan se tambalea hacia delante, enseñando los dientes. Se le han enrojecido la mejilla y una oreja enterita, hasta la punta.

—Esto es ridículo —dice Cardan, escupiendo al suelo—. ¿Por qué tenemos que jugar a esta tontería? ¿O es que te gusta esta pantomima? ¿Qué es lo que te resulta tan fascinante?

—La esgrima no es un juego.

Balekin reanuda el ataque. Cardan intenta apartarse, pero la vara le alcanza en el borde del muslo. El príncipe hace una mueca y levanta su espada para defenderse.

—Pues a mí sí me lo parece.

El rostro de Balekin se oscurece, agarra la vara con más fuerza. Esta vez golpea a su hermano en el estómago, de un modo tan brusco y violento como para tirarle al suelo.

—He intentado pulir tus habilidades, pero te empeñas en desperdiciar tu talento en fiestas, en emborracharte bajo la luz de la luna, en tus imprudentes rivalidades y en tus patéticos romances…

Cardan se pone en pie y se abalanza sobre su hermano, blandiendo la espada como un loco. La empuña como si fuera un bate. Su acometida es tan enérgica que Balekin retrocede un paso.

Cardan deja entrever al fin su técnica. Se vuelve más meticuloso y ataca desde nuevos flancos. Nunca ha mostrado demasiado interés por la esgrima en la escuela y, aunque conoce los principios básicos, no creo que practique mucho. Balekin le desarma con destreza y sin compasión. La espada de Cardan sale volando de su mano y se desliza por el suelo, hacia mí.

Me acurruco todavía más bajo la sombra de la butaca. Por un momento temo que me vayan a descubrir, pero es el sirviente el que recoge el arma, sin fijarse en lo que le rodea.

Balekin le golpea las corvas a Cardan con la vara y lo derriba.

Estoy disfrutando con esta escena. Una parte de mí desearía ser la persona que empuña esa vara.

—No te molestes en levantarte. —Balekin se desabrocha el cinturón y se lo entrega al sirviente. El humano se lo anuda un par de veces alrededor de la palma de la mano—. Has suspendido el examen. Otra vez.

Cardan no dice nada. Sus ojos centellean con una ira que conozco bien, pero por una vez no va dirigida contra mí. Está de rodillas, pero no parece amedrentado en absoluto.

—Dime —añade Balekin con un tono de voz más suave, mientras se pasea alrededor de su hermano pequeño—, ¿cuándo dejarás de ser una decepción?

—Tal vez cuando admitas que solo lo haces por placer —replica Cardan —. Si quieres hacerme daño, déjate de rodeos: ambos ahorraríamos mucho tiempo…

—Nuestro padre era viejo y su simiente estaba debilitada cuando te engendró. Por eso eres un pusilánime.

Balekin le apoya una mano a su hermano en el cuello. Parece un gesto de afecto, hasta que veo como Cardan se encoge, perdiendo el equilibrio. Entonces comprendo que Balekin está ejerciendo una presión muy fuerte para inmovilizar a Cardan en el suelo.

—Y ahora —añade—, quítate la camisa y acepta tu castigo.

Cardan comienza a despojarse de la camisa, dejando al descubierto una porción de piel pálida como la luna y una espalda surcada por un entramado de cicatrices blanquecinas.

Siento un nudo en el estómago. Van a azotarle.

Debería regodearme al ver a Cardan así. Debería alegrarme que su vida sea un asco, puede que incluso peor que la mía, aunque sea un príncipe de Faerie y un idiota integral, y a pesar de que seguramente vaya a vivir para siempre. Si alguien me hubiera dicho que tendría la oportunidad de presenciar esto, habría pensado que lo único de lo que tendría que contenerme sería de aplaudir.

Pero al observar la escena, noto que debajo de esa pose desafiante se esconde el miedo. Sé lo que es soltar una réplica ingeniosa porque no quieres que el otro se dé cuenta de lo asustado que estás. Eso no hace que me caiga mejor, pero por primera vez me parece alguien real. Bueno no, por supuesto, pero sí real.

Balekin asiente con la cabeza. El sirviente le azota dos veces, el restallido del látigo resuena con fuerza entre la quietud que reina en la habitación.

—No ordeno hacer esto porque esté enfadado contigo, hermano —le dice Balekin a Cardan, provocándome un escalofrío—. Lo hago porque te quiero. Lo hago porque quiero a nuestra familia.

Cuando el sirviente levanta el brazo para azotarle por tercera vez, Cardan se lanza a por su espada, que sigue en el lugar donde la dejó el sirviente, encima del escritorio de Balekin. Por un instante, creo que Cardan va a ensartar al humano.

El sirviente no grita ni levanta las manos para protegerse. Puede que esté demasiado hechizado como para hacerlo. Es posible que Cardan lo apuñale directamente en el corazón y que el sirviente no mueva un solo dedo para defenderse. El horror me ha dejado paralizada.

—Adelante —dice Balekin, hastiado. Hace un ligero gesto hacia el sirviente—. Mátalo. Demuéstrame que no te importa provocar un estropicio. Demuéstrame que, al menos, sabes cómo asestar un golpe de gracia a un blanco tan patético como este.

—No soy un asesino.

Me sorprendo al oír su respuesta. Jamás habría pensado que eso fuera algo de lo que enorgullecerse.

En dos zancadas, Balekin se planta delante de su hermano. Cuando están tan cerca, se acentúa el parecido entre ellos. Los dos tienen el mismo cabello oscuro, la misma mueca de desprecio, la misma mirada voraz. Pero Balekin hace gala de sus décadas de experiencia al arrebatarle la espada a Cardan y tirarlo al suelo con la vara.

—Entonces, asume tu castigo como la criatura patética que eres. —Balekin le hace un gesto al sirviente, que sale de su sopor.

Contemplo cada golpe, cada mueca de dolor. No me quedan muchas más opciones. Puedo cerrar los ojos, pero los ruidos son igual de espantosos. Y lo peor de todo es el rostro inexpresivo de Cardan, su mirada mortecina.

Es obvio que su crueldad se debe a la influencia de Balekin. Se ha criado rodeado de crueldad, le han instruido en sus diversas modalidades, lo han moldeado a base de aplicársela. Por horrible que pueda ser Cardan, ahora veo en qué puede llegar a convertirse, y siento un miedo atroz.

CAPÍTULO 13

Es preocupante que me resulte aún más fácil acceder al palacio de Elfhame con mi uniforme de sirvienta que a la mansión de Balekin. Desde los duendes hasta los aristócratas, pasando por el senescal del rey supremo y poeta de la corte —que es mortal, igual que yo—, nadie se fija en mí mientras trato de orientarme a través de los laberínticos pasillos. No soy nada, no soy nadie, una simple mensajera que no merece más atención que un títere o una lechuza. Mi expresión plácida y satisfecha, combinada con el ímpetu de mi avance, me permiten llegar hasta los aposentos del príncipe Dain sin llamar la atención, y eso que me he perdido un par de veces y he tenido que volver sobre mis pasos.

Llamo a la puerta y me siento aliviada al comprobar que es el príncipe en persona el que la abre.

Dain enarca las cejas mientras me contempla ataviada con mi uniforme de lino. Le dirijo una reverencia formal, como haría cualquier sirviente. No modifico mi expresión, por temor a que no esté solo.

—¿Sí? —pregunta.

—He venido a traeros un mensaje, alteza —digo, confiando en que esa sea la manera apropiada de dirigirse a él—. Os ruego me dediquéis un momento.

—Tienes un don para la interpretación —me dice, sonriendo—. Pasa.

Es un alivio poder suavizar la expresión de mi rostro. Borro esa sonrisa absurda y le sigo al interior del salón.

La estancia, engalanada con vistosos tejidos de terciopelo, seda y brocado, ofrece un estallido de tonos verdes, azules y escarlatas; todo tiene un aspecto opulento y misterioso, como el de un fruto demasiado maduro. Los estampados de los tejidos son del tipo al que estoy acostumbrada: escaramujos entrelazados siguiendo un patrón intrincado, hojas que parecen arañas cuando las miras desde otro ángulo y una representación de una cacería donde no está claro quiénes son las presas.

Suspiro y me siento en la silla que me señala Dain mientras rebusco en mi bolsillo.

—Tomad —digo, al tiempo que extraigo la nota y la aliso sobre una mesita con las patas talladas en forma de pezuñas de ave—. Balekin entró cuando la estaba copiando, así que se ha emborronado un poco.

He dejado el libro robado en la alforja del sapo; lo último que quiero es que el príncipe Dain se entere de que me he llevado algo para mí.

Dain achica los ojos para tratar de distinguir la silueta de las letras entre los borrones.

—¿Y no te vio?

—Estaba distraído —respondo, sin faltar a la verdad—. Me escondí.

Dain asiente y hace sonar una campanita, seguramente para llamar a algún sirviente. Me conformo con cualquiera que no esté hechizado.

—Bien. ¿Y te divertiste?

No sé cómo interpretar esa pregunta. Pasé mucho miedo casi todo el tiempo… ¿Cómo se puede disfrutar de algo así? Pero cuanto más pienso en ello, más consciente soy de que, en el fondo, me divertí. La mayor parte de mi vida transcurre con la expectativa de que suceda algo atroz, a la espera de recibir un nuevo golpe: en casa, en clase, en la corte… El temor a que me sorprendieran espiando fue una sensación novedosa en la que, al menos, sabía exactamente qué era lo que me provocaba ese miedo. Y también sabía lo que tenía que hacer para salir airosa. En conjunto, colarme en casa de Balekin resultó ser menos aterrador que algunas fiestas.

Al menos, hasta que vi como azotaban a Cardan. Entonces sentí algo en lo que prefiero no detenerme demasiado.

—Me gusta hacer bien mi trabajo —digo, tras encontrar al fin una respuesta honesta.

Dain asiente al escucharlo. Está a punto de añadir algo más cuando entra otro ser feérico en la habitación. Es un duende cubierto de cicatrices y con la piel verde como el agua de un estanque. Tiene una nariz larga y angulosa que forma una curva hacia su rostro como si fuera una guadaña. Su cabello es un matojo negro que le brota de la coronilla. Su mirada es indescifrable. Parpadea varias veces, como si estuviera intentando enfocarme.

—Me llaman Cucaracha —dice con una voz melodiosa que no concuerda en absoluto con su aspecto. Hace una reverencia y después ladea la cabeza hacia Dain—. Estoy a su servicio. Supongo que los dos lo estamos. Tú eres la nueva, ¿verdad?

Asiento.

—¿Te digo mi nombre o tengo que inventarme un apodo ingenioso?

Cucaracha sonríe, sus facciones se retuercen y cobra una apariencia aún más grotesca.

—Se supone que tengo que llevarte a conocer al resto del grupo. Y no te preocupes por el apodo. Eso lo decidimos nosotros. ¿Crees que alguien en su sano juicio querría que le llamasen «Cucaracha»?

—Genial —digo, suspirando.

El duende me mira fijamente.

—Sí, está claro que es un don estupendo. Me refiero a lo de no tener que decir lo que piensas realmente.

Va vestido con una imitación de un jubón de cortesano, salvo que el suyo está confeccionado con retales de cuero. Me pregunto qué diría Madoc si supiera dónde estoy y con quién. No creo que le hiciera mucha gracia.

Tampoco creo que le hiciera mucha gracia nada de lo que he hecho hoy. Los soldados tienen un peculiar código de honor, incluso aquellos que sumergen sus gorros en la sangre de sus enemigos. Merodear por casas ajenas y robar documentos no tiene cabida en ese código. Aunque Madoc tenga sus propios espías, no creo que le gustara saber que me he convertido en uno.

—Así que ha estado chantajeando a la reina Orlagh —dice Dain, mientras Cucaracha y yo le observamos.

El príncipe Dain está examinando la carta con el ceño fruncido. De repente lo entiendo todo: ha reconocido la caligrafía que copié. La madre de Nicasia, la reina Orlagh, debe de ser la mujer que le consiguió el veneno a Balekin. Según ella estaba saldando una deuda, aunque, conociendo a Nicasia, no creo que una felonía sin importancia pudiera dejar a su madre en una posición así. La reina del Inframar gobierna un reino vasto y poderoso. Me pregunto qué puede tener Balekin para utilizarlo en su contra.

Dain le pasa la carta a Cucaracha.

—Entonces, ¿sigues creyendo que lo utilizará antes de la coronación?

La nariz del duende se estremece.

—Esa sería la jugada más astuta. Una vez coronado, ya no hay marcha atrás.

Hasta este momento, no estaba segura de quién podría ser el destinatario del veneno. Abro la boca y después me muerdo el carrillo para evitar decir alguna estupidez. Está claro que tiene que estar dirigido al príncipe Dain. ¿Para quién si no iba a necesitar Balekin un veneno especial? Si planeara matar a cualquier persona corriente, seguro que utilizaría un veneno más barato y convencional.

Al parecer, Dain ha percibido mi gesto de sorpresa.

—Mi hermano y yo nunca nos hemos llevado bien. Balekin siempre ha sido demasiado ambicioso. Aun así, esperaba que… —Ondea una mano, desechando lo que estuviera a punto de decir—. Puede que el veneno sea un arma propia de cobardes, pero es muy efectivo.

—¿Y qué pasa con la princesa Elowyn? —Enseguida me arrepiento de haber hecho esa pregunta.

También habrá veneno para ella, con toda seguridad. Supongo que la reina Orlagh habrá conseguido una cantidad notable.

Esta vez, no es Dain el que responde.

—Puede que Balekin planee casarse con ella —dice Cucaracha, sorprendiéndonos a ambos. Al ver nuestras caras, se encoge de hombros—, ¿Qué? Si deja que se noten demasiado sus intenciones, será el próximo en

recibir una cuchillada por la espalda. No sería el primer miembro de la aristocracia en desposar a una hermana.

—Si se casa con ella —dice Dain, riendo por primera vez en toda la conversación—, se llevará una puñalada en el pecho.

Yo siempre había pensado en Elowyn como la hermana buena. Una vez más, soy consciente de lo poco que sé del mundo en el que intento desenvolverme.

—Ven conmigo —dice Cucaracha, haciéndome señas para que me levante—. Es hora de que conozcas a los demás.

Le lanzo una mirada lastimera a Dain. No quiero irme con Cucaracha, pues acabo de conocerle y no sé si puedo fiarme de él. Incluso a mí, que me he criado en la casa de un gorro rojo, me dan miedo los duendes.

—Antes de que te vayas… —Dain se acerca hasta situarse frente a mí —. Te prometí que nadie podría controlarte, excepto yo. Me temo que tendré que hacer uso de ese poder. Jude Duarte, te prohíbo que hables en voz alta del servicio que me prestas. Te prohíbo que lo pongas por escrito o en forma de canción. Jamás le hablarás a nadie de Cucaracha. Jamás le hablarás a nadie de ninguno de mis espías. Jamás revelarás sus secretos, sus lugares de reunión, sus pisos francos. Mientras viva, obedecerás esta orden.

Llevo puesto el collar de bayas, pero no ofrece protección alguna frente a los efectos del geis. Esto no es un hechizo corriente, no es una simple brujería.

Siento como cae sobre mí el peso del geis y comprendo que, si intentara hablar, mi boca sería incapaz de articular esas palabras prohibidas. Detesto la sensación horrible de no tener el control. Me estrujo los sesos para tratar de encontrar una manera de eludir esa orden, pero es en vano.

Pienso en mi primer viaje a Faerie y en el eco de los lamentos de Taryn y Vivi. Pienso en la expresión adusta de Madoc, con la mandíbula prieta, sin la menor idea de cómo tratar con niños, menos aún con unos que son humanos. Seguro que le pitaban los oídos. Seguro que quería que nos calláramos. Es difícil pensar algo positivo de Madoc en ese momento, cuando tenía las manos manchadas con la sangre de nuestros padres. Pero sí diré esto en su favor: en ningún momento nos hechizó para mitigar nuestra

pena ni para enmudecernos. No hizo nada de lo que podría haber hecho para conseguir que el trayecto le resultara más agradable.

Intento convencerme de que el príncipe Dain solo está haciendo lo más sensato, lo necesario, al coaccionarme de esta manera. Pero no puedo evitar que se me ponga la piel de gallina.

Por un instante, no sé si ponerme a su servicio ha sido una buena idea.

—Ah —dice Dain cuando estoy a punto de salir—, una cosa más. ¿Sabes lo que es el mitridatismo?

Niego con la cabeza. No estoy segura de querer escuchar nada de lo que tenga que decirme en este momento.

—Búscalo. —Sonríe—. No es una orden, solo una sugerencia.

Sigo a Cucaracha a través del palacio, manteniéndome unos pasos por detrás para que no parezca que vamos juntos. Pasamos junto a un general que conoce a Madoc y me aseguro de mantener la cabeza gacha. No creo que vaya a fijarse en mí el tiempo suficiente como para reconocerme, pero no puedo correr riesgos.

—¿Adónde vamos? —susurro después de varios minutos de caminata por los pasillos.

—Ya falta poco —responde con voz ronca, al tiempo que abre un armario y se mete dentro. Sus ojos despiden un fulgor anaranjado, como los de un oso—. Vamos, entra y cierra la puerta.

—No puedo ver en la oscuridad —le recuerdo, porque esa es una de las muchas cosas que los feéricos siempre olvidan de los humanos.

El duende refunfuña.

Entro, encogiéndome todo lo posible para no rozar a Cucaracha con ninguna parte del cuerpo, y después cierro la puerta del armario. Oigo como se desplaza una pieza de madera y siento una ráfaga de aire frío y húmedo. Un olor a piedra y humedad inunda el lugar.

Cucaracha me sujeta el brazo con cuidado, pero aun así siento el roce de sus garras. Me dejo guiar por él, dejo que me presione la cabeza para indicarme cuándo tengo que agacharme. Cuando me enderezo, me encuentro en una plataforma estrecha por encima de lo que parecen ser las bodegas del palacio.

Mis ojos todavía se están acostumbrando a la oscuridad, pero por lo que alcanzo a ver, hay una red de pasadizos que se extienden por debajo del palacio. Me pregunto cuánta gente conocerá su existencia. Sonrío al pensar que poseo un secreto sobre este lugar. Sí, yo, quién lo iba a decir.

Me pregunto si Madoc lo sabrá.

Seguro que Cardan no.

Sonrío todavía más.

—¿Ya has terminado de mirarlo embobada? —pregunta Cucaracha—. Puedo esperar.

—¿Y tú piensas contarme algo de una vez? —inquiero—. Por ejemplo, adonde nos dirigimos o qué va a pasar cuando lleguemos allí.

—Dedúcelo tú —responde con un gruñido—. Adelante.

—Dijiste que íbamos a reunirnos con los demás. —Empiezo repasando lo que sé mientras intento mantener su ritmo y no tropezar sobre el accidentado suelo—. El príncipe Dain me hizo prometer que no revelaría ninguna localización secreta, así que es evidente que vamos a vuestra guarida. Pero eso no me dice qué vamos a hacer cuando lleguemos allí.

—Puede que te enseñemos nuestros saludos secretos… —dice Cucaracha.

Está haciendo algo que no alcanzo a ver, pero al cabo de unos segundos oigo un chasquido, como si se hubiera abierto una cerradura o se hubiera desactivado una trampa. Siento un suave empujón a la altura de los riñones y me encamino hacia un nuevo túnel aún más oscuro.

Me entero de que hemos llegado hasta una puerta cuando me choco de bruces con ella. Cucaracha se echa a reír.

—Es verdad que no puedes ver —comenta.

—¡Ya te lo dije! —replico, frotándome la frente.

—Ya, pero tú eres la mentirosa —me recuerda—. Se supone que no debo creerme nada de lo que digas.

—¿Por qué iba a mentir en algo así? —inquiero, todavía molesta.

Cucaracha deja mi pregunta en el aire. La respuesta es obvia: para que así pueda volver sobre mis pasos. Para que quizá, sin darse cuenta, me enseñe algo que no le mostraría a nadie más. Para que baje la guardia.

Tengo que dejar de hacer preguntas estúpidas de una vez.

Y a Cucaracha tampoco le vendría mal dejar de ser tan paranoico, ya que Dain me ha aplicado un geis y no podría contárselo a nadie aunque quisiera.

Cucaracha abre la puerta, un haz de luz inunda el pasadizo, provocando que tenga que cubrirme la cara con el brazo. Parpadeando, me asomo a la guarida secreta de los espías del príncipe Dain. El suelo es de tierra compacta por los cuatro costados, con unos muros curvados hacia dentro y el techo redondeado. Una mesa enorme preside la habitación, sentadas a ella hay dos hadas a las que no conozco. Las dos me están mirando con cara de pocos amigos.

—Bienvenida a la Corte de las Sombras —dice Cucaracha.

CAPÍTULO 14

Los otros dos miembros del grupo de espías de Dain también tienen nombres en clave. Uno es esbelto y elegante, y parece tener algún rasgo humano. Me guiña un ojo y me dice que le llame Fantasma. Tiene el cabello pajizo —algo normal para un mortal, pero inusual en el caso de un ser feérico— y las orejas ligeramente puntiagudas.

La otra es una chica diminuta y delicada con la piel de color marrón y veteada como la de un gamo, su cabello forma una nube blanquecina alrededor de su cabeza, y de la espalda le asoman un par de alas de mariposa diminutas de color azul grisáceo. Yo diría que tiene sangre de ninfa, o quizá de trasgo.

Entonces caigo en la cuenta de que la vi durante fiesta de la luna llena del rey supremo. Es la misma que le robó el cinturón a un ogro, con sus bolsos y sus armas.

—Yo soy Bomba —me dice—. Me gusta hacer explotar cosas.

Asiento con la cabeza. Es la clase de comentario directo que no espero oír de labios de un hada, si bien estoy acostumbrada a rodearme de las taimadas hadas de la corte. No estoy acostumbrada a las hadas solitarias. No sé cómo tratarlas.

—Entonces, ¿solo sois tres?

—Contigo, cuatro —dice Cucaracha—. Nos aseguramos de mantener al príncipe Dain a salvo y bien informado sobre los sucesos de la corte. Robamos, fisgamos y engatusamos para asegurar su coronación. Y cuando sea rey, robaremos, fisgaremos y engatusaremos para asegurar que permanezca en el trono.

Asiento con la cabeza. Después de ver cómo se las gasta Balekin, estoy deseando más que nunca que Dain ascienda al trono. Madoc estará a su lado y, si consigo ser útil, puede que me quiten de encima al resto de la aristocracia.

—Tú puedes hacer dos cosas que nosotros no —dice Cucaracha—. La primera, puedes mezclarte con los sirvientes humanos. La segunda, puedes moverte entre la aristocracia. Vamos a enseñarte algunos trucos más. Así pues, hasta que el príncipe te encargue directamente otra misión, harás lo que yo te diga.

Asiento con la cabeza. Me esperaba algo así.

—No podré escaquearme siempre. Hoy me he saltado las clases, pero no puedo hacerlo a todas horas, o alguien se dará cuenta y preguntará dónde me he metido. Y Madoc me espera para cenar con él, con Oriana y con el resto de la familia en torno a medianoche.

Cucaracha mira a Fantasma y se encoge de hombros.

—Ese es el eterno problema de infiltrarse en la corte. Un montón de compromisos sociales que roban mucho tiempo. ¿Cuándo puedes escaquearte?

—Podría escabullirme pasada la hora de irme a la cama —respondo.

—Con eso basta —dice Cucaracha—. Uno de nosotros se reunirá contigo cerca de la casa y, o bien te entrenará, o te asignará algún encargo. No hace falta que vengas siempre aquí, al nido.

Fantasma asiente, como si mis problemas fueran razonables, parte del trabajo, pero yo me siento pueril. Son los problemas propios de una niña pequeña.

—En ese caso, vamos a realizar el rito de iniciación —dice Bomba, acercándose a mí.

Contengo el aliento. Pase lo que pase a continuación, podré soportarlo. He soportado más de lo que se puedan imaginar.

Pero Bomba se limita a reírse y Cucaracha le pega un empujón en broma. Fantasma me mira con lástima y menea la cabeza. Sus ojos, acabo de fijarme, son de color avellana.

—Si el príncipe Dain dice que formas parte de la Corte de las Sombras, no hay más que hablar. Intenta no decepcionarnos y te cubriremos las espaldas.

Suelto el aire. No sé si habría preferido alguna prueba, alguna manera de demostrar mi valía.

—Sabrás que de verdad eres uno de los nuestros cuando recibas tu apodo —dice Bomba, haciendo una mueca—. Pero no cuentes con que sea pronto.

Fantasma se acerca a una vitrina y saca una botella medio vacía que contiene un líquido verdoso y un puñado de vainas de bellota pulidas. Sirve cuatro chupitos.

—Bebe un trago —me dice—. Tranquila, no te afectará más que cualquier otra bebida.

Niego con la cabeza, recordando cómo me sentí después de que me restregaran esa manzana dorada por la cara. No quiero volver a sentir esa falta de control en mi vida.

—Paso.

Cucaracha se bebe su chupito de un trago y tuerce el gesto, como si el licor le estuviera abrasando la garganta.

—Tú misma —alcanza a decir antes de empezar a toser.

Fantasma apenas se inmuta mientras engulle el contenido de su bellota. Bomba está dando buena cuenta de la suya con sorbitos diminutos. Por la cara que pone, me alegro un montón de haber pasado.

—Balekin va a suponer un problema —dice Cucaracha, mientras explica mi hallazgo.

—Esto no me gusta nada —dice Bomba, dejando su taza—. Si fuera a atacar a Eldred, ya lo habría hecho.

No se me había ocurrido que el veneno pudiera estar dirigido a su padre.

Fantasma estira su cuerpo larguirucho mientras se pone en pie.

—Se está haciendo tarde. Debería llevar a la niña a casa.

—Jude —le recuerdo.

Fantasma sonríe.

—Conozco un atajo.

Regresamos a los túneles. Seguirle resulta un desafío, porque, tal y como sugiere su nombre, Fantasma se mueve con un sigilo casi absoluto. En varias ocasiones tengo la impresión de haberme quedado a solas en los túneles, pero justo cuando estoy a punto de pararme, oigo un suspiro casi imperceptible o una pisada en el suelo que me animan a seguir avanzando.

Después de lo que me parece una eternidad, se abre una puerta. Fantasma aparece en el umbral, y al otro lado se encuentra la bodega del rey supremo. Después hace una pequeña reverencia con la cabeza.

—¿Este es tu atajo? —pregunto.

—Si algunas botellas acaban por casualidad en mi saca al pasar —dice, guiñándome un ojo—, ¿quién podría culparme?

Fuerzo una risita que incluso a mí me resulta estridente y falsa. No estoy acostumbrada a que un feérico me haga partícipe de sus chistes, al menos, nadie ajeno a mi familia. Me gusta creer que sé desenvolverme en Faerie. Me gusta creer que, aunque ayer me drogaron en la escuela y estuve a punto de ser asesinada, hoy voy a ser capaz de dejar todo eso atrás. Me encuentro bien.

Aunque, si no soy capaz de reírme, puede que no me encuentre tan bien después de todo.

Me pongo el vestido azul que dejé escondido en el bosque, en la linde de la finca de Madoc, pese a que estoy tan cansada que me duelen las articulaciones. Me pregunto si los feéricos experimentarán alguna vez un cansancio como este, si les dolerá el cuerpo después de un largo día. El sapo también parece exhausto, aunque puede que simplemente esté empanzado. Que yo sepa, lo que ha hecho durante la mayor parte del día ha sido cazar con la lengua las mariposas que pasaban por su lado y un par de ratones.

Es noche cerrada cuando llego a la finca. Los árboles están iluminados por sílfides diminutas. Oak corre entre ellas, riendo, perseguido por Vivi, Taryn y —¡ostras!— Locke. Resulta desconcertante verlo aquí, absolutamente fuera de contexto. ¿Habrá venido por mí?

Chillando, Oak se acerca corriendo, se encarama a las alforjas y se sube a mi regazo.

—¡Persígueme! —grita, jadeando, sumido en el enérgico éxtasis de la infancia.

Incluso las hadas son jóvenes alguna vez.

Movida por un impulso, lo abrazo contra mi pecho. Está calentito y huele a hierba y a bosque frondoso. Oak deja que lo abrace un momentito, rodeándome el cuello con los brazos y apoyando los cuernecitos de su cabeza sobre mi pecho. Después, riendo, se desliza al suelo y echa a correr, lanzándome una mirada traviesa para comprobar si le voy a perseguir.

Al criarse aquí, en Faerie, ¿aprenderá a despreciar a los mortales? Cuando yo me haga mayor y él siga siendo joven, ¿me despreciará también? ¿Se volverá tan cruel como Cardan? ¿Se volverá tan sanguinario como Madoc?

Es imposible saberlo.

Me bajo del sapo, apoyando un pie en el estribo mientras balanceo mi cuerpo hacia el suelo. Le doy una palmada encima del hocico y el sapo cierra sus ojos dorados. De hecho, parece que se ha quedado dormido hasta que tiro de las riendas para conducirlo de regreso al establo.

—Hola —dice Locke, que se acerca corriendo—. ¿Dónde te habías metido?

—No es asunto tuyo —respondo, pero suavizo el tono con una sonrisa. No puedo evitarlo.

—¡Ajá! Una dama misteriosa. Justo como a mí me gustan.

Viste un jubón verde con unas rendijas que dejan ver la camisa de seda que lleva debajo. Sus ojos zorrunos relucen. Parece un amante hada surgido de un poema épico, uno de esos en los que no le espera nada bueno a la chica que se fuga con él.

—Espero de verdad que te plantees retomar las clases mañana —dice.

Vivi continúa persiguiendo a Oak, pero Taryn se ha detenido cerca de un olmo inmenso. Me observa con la misma expresión que tenía en el ruedo donde se celebró el torneo, como si pensara que, si se concentra lo suficiente, podría evitar que acabe ofendiendo a Locke.

—¿Lo dices para que tus amigos sepan que no me han espantado? —replico—. ¿Acaso importa?

Locke me mira con gesto extraño.

—Estás participando en el gran juego de los reyes y las princesas, de las reinas y las coronas, ¿no es cierto? Pues claro que importa. Todo importa.

No sé muy bien cómo interpretar sus palabras. No tenía la menor impresión de que estuviera participando en ese juego. Pensaba que mi juego consistía en cabrear a la gente que ya me odiaba de por sí para luego pagar las consecuencias.

—Vuelve. Tanto Taryn como tú deberíais volver a clase. Se lo he dicho también a ella.

Giro la cabeza para buscar a mi hermana gemela por el jardín, pero ya no está junto al olmo. Vivi y Oak se están alejando por una colina. Puede que se haya ido con ellos.

Llegamos a los establos y vuelvo a meter al sapo en su redil. Le lleno el bebedero con agua de un barril situado en medio de la estancia y aparece una fina niebla que se extiende sobre su suave piel. Los caballos relinchan y pegan pisotones en el suelo cuando nos marchamos. Locke contempla la escena en silencio.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —dice Locke, mirando hacia la mansión.

Asiento.

—¿Por qué no le has contado a tu padre lo ocurrido?

Los establos de Madoc son impresionantes. Es posible que, al entrar en ellos, Locke haya recordado la cantidad de poder e influencia que ostenta el general. Pero eso no significa que yo sea la heredera de ese poder. Locke también debería recordar que solo soy una de las dos hijas que tuvo la esposa humana de Madoc con otro hombre. Sin Madoc y su honor, nadie daría un duro por mí.

—¿Para qué? ¿Para que irrumpa en nuestra clase con un sable, matando a todo el que se le cruce por delante? —pregunto, en vez de corregir a Locke sobre mi posición en la vida.

Locke pone los ojos como platos. Supongo que no era eso lo que quería decir.

—Pensé que tu padre querría sacarte de la escuela y que, si no se lo habías dicho, era porque tú preferías quedarte.

Suelto una risita.

—Eso no es lo que haría, ni mucho menos. Madoc no es de los que se doblegan ante nadie.

Envueltos en el ambiente fresco del establo, rodeados por los ronquidos de los caballos, Locke me coge de las manos.

—Nada sería lo mismo sin ti.

Como nunca he tenido intención de dejar la escuela, resulta agradable que alguien se esfuerce tanto por conseguir que haga algo que ya tenía pensado hacer de todos modos. Y me está mirando de una manera tan agradable, con tanta intensidad, que me he puesto nerviosa. Nadie me había mirado nunca así.

Siento el calor que ruboriza mis mejillas y me pregunto si las sombras ayudarán a disimularlo. En ese momento, tengo la impresión de que Locke puede verlo todo: los anhelos que ocupan mi corazón, los pensamientos que cruzan mi mente antes de caer rendida en la cama al amanecer.

Locke se acerca una de mis manos a la boca y presiona los labios sobre la palma. Mi cuerpo entero se pone en tensión. De repente siento un calor inmenso. Su aliento se extiende como un susurro suave sobre mi piel.

Tira ligeramente de mí para acercarme a él. Me rodea con el brazo. Se inclina para besarme y mi mente comienza a divagar.

Esto no puede estar pasando.

—¿Jude? —dice Taryn con incertidumbre desde algún lugar cercano. Me aparto de Locke, tambaleándome—. ¿Jude? ¿Todavía estás en el establo?

—Estoy aquí —respondo, con la cara ardiendo.

Salimos del establo y encontramos a Oriana sobre los escalones que conducen a la casa, tirando de Oak hacia el interior. Vivi le saluda con la

mano mientras el pequeño intenta soltarse de su madre. Taryn tiene los brazos en jarras.

—Oriana ha llamado a todo el mundo para cenar —nos informa con tono grandilocuente—. Quiere que Locke se quede a comer con nosotros.

Locke hace una reverencia.

—Dile de mi parte a tu distinguida madre que, aunque es un honor ser invitado a su mesa, no quiero suponer una molestia para ella. Solo quería hablar con vosotras. Me volveré a pasar por aquí. De eso podéis estar seguras.

—¿Has hablado con Jude acerca de la escuela? —Se percibe inquietud en la voz de Taryn. Me pregunto de qué estarían hablando antes de mi regreso. Me pregunto si Locke la convenció para asistir de nuevo a las clases y, de ser así, cómo lo hizo.

—Hasta mañana —nos dice, guiñando un ojo.

Le miro mientras se aleja, todavía abrumada. No me atrevo a mirar a Taryn, por temor a que lo vea todo escrito en mi cara: lo que ha ocurrido durante el día, el beso que ha estado a punto de producirse. No estoy preparada para contarle nada, así que esta vez soy yo la que se muestra evasiva. Subo por las escaleras, intentando caminar tranquilamente, como si no pasara nada, y me dirijo a mi habitación a cambiarme para la cena.

Olvidé que le había pedido a Madoc que me diera lecciones de esgrima y estrategia, pero después de cenar me trae una pila de libros de historia militar sacados de su biblioteca personal.

—Cuando termines de leerlos, hablaremos —me informa—. Te pondré una serie de desafíos y tú tendrás que contarme cómo los resolverías con los recursos que tengas a tu disposición.

Creo que Madoc espera que proteste e insista en practicar más esgrima, pero estoy demasiado cansada como para pensar siquiera en ello.

Cuando me tiro en la cama una hora después, decido que ni siquiera me voy a quitar el vestido azul de seda que llevo puesto. Todavía tengo el pelo revuelto, aunque intenté arreglarlo un poco con un par de horquillas bonitas. Al menos debería quitármelas, me digo, pero soy incapaz de mover un solo dedo para hacerlo.

La puerta de mi habitación se abre y entra Taryn, que salta encima de mi cama.

—Está bien —dice, y a continuación me hinca un dedo en el costado—, ¿qué quería Locke? Dijo que tenía que hablar contigo.

—Es majo —respondo, girando sobre la cama y flexionando los brazos por detrás de la cabeza, mientras contemplo los pliegues de tela que componen el dosel de la cama—. No es una marioneta de Cardan como los demás.

Taryn hace un gesto extraño, como si quisiera contradecirme pero se estuviera conteniendo.

—Lo que tú digas. Vamos, desembucha.

—¿Te refieres a lo de Locke? —pregunto.

Taryn pone cara de fastidio.

—Me refiero a lo que pasó con él y con sus amigos.

—Jamás me respetarán si no me defiendo —replico.

Taryn suspira.

—No van a respetarte nunca. Punto.

Pienso en cuando me arrastré por la hierba, en mis rodillas sucias, en el sabor de la fruta en la boca. Incluso ahora puedo evocarlo, tanto el sabor como el vacío interno que llenaba y la alegría atolondrada y delirante que prometía.

—Ayer volviste a casa prácticamente desnuda —prosigue Taryn—, embadurnada en fruta de hada. ¿No te parece lo bastante grave? ¿No te importa?

Taryn está presionando el cuerpo contra uno de los postes de mi cama.

—Estoy harta de darle importancia —replico—. ¿Por qué debería?

—¡Porque podrían matarte!

—Más les vale —le digo—. Porque cualquier cosa más suave que esa no les servirá de nada.

—¿Tienes un plan para detenerlos? —me pregunta—. Dijiste que ibas a desafiar a Cardan dando lo mejor de ti, y que, si intentaba derribarte, harías que cayera contigo. ¿Cómo piensas hacerlo?

—No lo tengo muy claro —admito.

Taryn levanta las manos, exasperada.

—No, escucha —le digo—. Cada día que no le pido perdón a Cardan por una pelea que ha iniciado él, supone una victoria para mí. Cardan puede humillarme, pero cada vez que lo hace y yo no me achanto, su poder se reduce. Al fin y al cabo, está arremetiendo con toda su artillería contra alguien tan débil como yo y no le está funcionando. Él mismo acabará provocando su caída.

Taryn suspira y se acerca a mí, apoya la cabeza sobre mi pecho y me abraza. Apoyada sobre mi hombro, me susurra:

—Eres la yesca que prende su fuego.

Le devuelvo el abrazo, pero no le prometo nada.

Nos quedamos así un buen rato.

—¿Locke te ha amenazado? —me pregunta en voz baja—. Fue rarísimo que viniera aquí a buscarte, y tú tenías una cara muy extraña cuando entré en los establos.

—No, no fue nada malo —respondo—. No sé exactamente a qué vino, pero me besó la mano. Fue agradable, como en un cuento.

—En los cuentos no pasan cosas buenas —replica Taryn—. Y si pasan, es porque después va a ocurrir algo malo. De lo contrario, el cuento sería un rollo y nadie querría leerlo.

Ahora me toca a mí suspirar.

—Sé que es una estupidez pensar bien de uno de los amigos de Cardan, pero me ayudó mucho, de verdad. Le plantó cara a Cardan. Pero preferiría hablar sobre ti. Hay alguien, ¿verdad? Cuando dijiste que te ibas a enamorar, estabas hablando de alguien en concreto.

«Aunque no sería el primero en mancharle de verde el vestido».

—Hay un chico —responde lentamente—. Va a declararse durante la coronación del príncipe Dain. Le pedirá mi mano a Madoc, y entonces todo cambiará para mí.

Recuerdo cuando la vi llorar al lado de Cardan. Recuerdo cuánto se enfada por las disputas que mantengo con él. Recuerdo todo eso y me embarga un presentimiento espantoso.

—¿Quién? —inquiero.

Por favor, que no sea Cardan. Cualquiera menos Cardan.

—He prometido no decírselo a nadie —responde—. Ni siquiera a ti.

—Nuestras promesas no valen nada —replico, pensando en el geis del príncipe Dain que sigue paralizando mi lengua, prueba de que las hadas se fían muy poco de nosotras—. La gente da por hecho que no mantenemos nuestra palabra. Todo el mundo sabe que mentimos.

Taryn me mira con un gesto severo de desaprobación.

—Es una prohibición de las hadas. Si la infrinjo, se enterará. Tengo que demostrarle que puedo comportarme como una nativa.

—Está bien —digo, dándome por vencida.

—Alégrate por mí —me replica.

Todo esto me escama. Taryn ha encontrado su sitio en Faerie, y parece que yo también. Pero no puedo evitar preocuparme.

—Al menos dime algo sobre él. Dime que es amable. Dime que lo amas y que ha prometido ser bueno contigo. Dime algo.

—Es un hada —responde—. Su concepto del amor es distinto al que tenemos los humanos. Y creo que te caería bien… Hala, con eso te basta.

Esa descripción no me encaja con Cardan, al que tanto desprecio. Pero su respuesta tampoco me consuela demasiado.

¿Qué significa eso de que me caería bien? ¿Significa que no le voy a conocer? ¿Y qué quiere decir lo de que las hadas tienen otro concepto del amor?

—Me alegro por ti. En serio —digo, aunque estoy más preocupada que otra cosa—. Qué emocionante. Cuando venga la modista de Oriana, tendrás que asegurarte de que te confeccione un vestido superbonito.

Taryn se relaja.

—Yo solo quiero que mejoren las cosas. Para las dos.

Alargo la mano hacia la mesita de noche para sacar el libro que he robado de Villa Fatua.

—¿Te acuerdas de esto? —pregunto, y le muestro el ejemplar de Las aventuras de *Alicia en el País de las Maravillas*. Cuando lo hago, un trozo de papel doblado cae revoloteando hasta el suelo.

—Lo leíamos cuando éramos pequeñas —dice Taryn, agarrando el libro —. ¿De dónde lo has sacado?

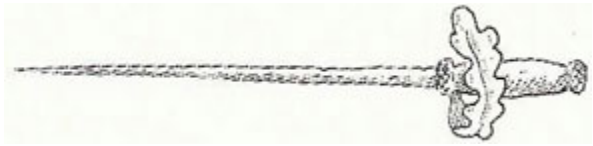
—Lo encontré —respondo.

Me veo incapaz de explicarle de quién era la biblioteca de la que lo saqué o qué estaba haciendo en Villa Fatua. Para poner a prueba el geis, intento decir estas palabras: «Fui a espiar para el príncipe Dain». Mi boca se niega a moverse. Mi lengua permanece inmóvil. Siento una oleada de pánico, pero la contengo. Es un precio pequeño a cambio de lo que me ha concedido.

Taryn no me presiona para sacarme más información. Está entretenida hojeando el libro y leyendo pasajes en voz alta. Aunque no recuerdo del todo la cadencia de la voz de mi madre, me parece detectar un eco suyo en la de Taryn.

—«Aquí, es preciso correr mucho para permanecer en el mismo lugar —lee Taryn—. Si quieres llegar a alguna otra parte, ¡tienes que correr el doble de rápido!».

Alargo el brazo con disimulo y escondo bajo mi almohada el papel que se ha caído antes. Mi idea es abrirlo en cuanto Taryn regrese a su habitación, pero en vez de eso me quedo dormida mucho antes de que termine de leer la historia.



Me despierto temprano, sola, con ganas de ir al baño. Entro en el aseo, me levanto las faldas y hago mis necesidades en la palangana de cobre dejada ahí para esos menesteres, muerta de vergüenza a pesar de estar sola. Es uno de los aspectos más humillantes de ser humana. Ya sé que las hadas no son

dioses —es posible que lo sepa mejor que cualquier otro mortal—, pero tampoco los he visto nunca acuclillarse sobre un orinal.

De vuelta a la cama, descorro la cortina y dejo pasar la luz del sol, que es más intensa que la de cualquier lámpara. Saco el papel doblado de debajo de mi almohada.

Tras alisarlo, veo la caligrafía arrogante y furibunda de Cardan extendida a lo largo de la página, cubriendo hasta el último milímetro del papel. En algunos pasajes, hizo tanta presión con la punta de la pluma que agujereó el papel.

«Jude», pone, y cada una de esas coléricas representaciones de mi nombre es como un puñetazo en el estómago.

Jude Jude Jude Jude Jude Jude Jude Jude Jude Jude Jude Jude Jude

Jude Jude Jude

CAPÍTULO 15

La modista llega temprano por la tarde, es un hada de largos dedos llamada Brambleweft. Tiene los pies torcidos hacia atrás, lo que provoca que tenga unos andares de lo más extraños. Sus ojos recuerdan a los de una cabra, son de color marrón con una línea horizontal negra en el centro. Lleva puesta una muestra de su trabajo, un vestido con hileras de espinas bordadas que trazan líneas paralelas a lo largo de la superficie del tejido.

Ha traído consigo varios rollos de tela: algunas son rígidas y doradas, hay otra que cambia de color como las alas iridiscentes de un escarabajo. Aparte de eso, nos cuenta, dispone de una seda de araña tan fina que podría enhebrarse tres veces por el ojo de una misma aguja, y que aún así es tan resistente que es preciso cortarla con unas tijeras de plata hechizadas para que no pierdan el filo. También hay una tela de color morado, entramada con tonos dorados y plateados, que brilla tanto como la luz de la luna.

Todas las telas están extendidas sobre el sofá de la salita de Oriana para que las inspeccionemos. Ni siquiera Vivi puede resistirse a deslizar los dedos sobre los tejidos, sonriendo con embeleso. No hay nada parecido a esto en el mundo mortal, y ella lo sabe.

La doncella actual de Oriana, una criatura peluda y arrugada llamada Toadfloss, trae té, pasteles, carne y mantequilla, todo ello apilado sobre una

inmensa bandeja de plata. Me sirvo un té y me lo bebo sin leche, confiando en que me asiente el estómago. El terror de los últimos días me acecha constantemente, provocando que me estremezca sin previo aviso. Sigo evocando sin querer el sabor de la fruta de hadas, junto con los labios agrietados de los sirvientes del palacio de Balekin y el restallido del látigo al golpear la espalda desnuda del príncipe Cardan.

También visualizo mi nombre, escrito una y otra y otra vez. Pensaba que sabía hasta qué punto me odiaba Cardan, pero al ver ese papel comprendí que no tenía ni idea. Y me odiaría todavía más si supiera que le he visto postrado de rodillas, azotado por un sirviente humano. Un mortal, para aumentar así la humillación y la afrenta.

—¿Jude? —dice Oriana, y me doy cuenta de que me he quedado embobada mirando fijamente la luz tenue que entra por la ventana.

—¿Sí? —Esbozo una sonrisa radiante y forzada.

Taryn y Vivienne se echan a reír.

—¿Se puede saber en quién estás pensando con esa cara de estupor? —me pregunta Oriana, y Vivi se vuelve a reír. Taryn no se ríe, supongo que porque piensa que soy idiota.

Niego con la cabeza y confío en no haberme puesto demasiado colorada.

—No, no es eso. Es que… No sé. No importa. ¿De qué estábamos hablando?

—La costurera quiere medirte a ti primero —dice Oriana—, ya que eres la más joven.

Miro a Brambleweft, que sostiene un cordel entre las manos. Me subo a la caja que ha colocado frente a ella, con los brazos extendidos. Hoy interpretaré el papel de hija buena. Conseguiré un vestido bonito. Bailaré en la coronación del príncipe Dain hasta que me sangren los pies.

—No pongas esa cara tan larga —me reprende la modista. Antes de que pueda disculparme, añade, bajando la voz—: Me han dicho que confeccione este vestido con bolsillos para poder ocultar armas, venenos y otros pequeños artículos de primera necesidad. Así lo haré, sin perder por ello la oportunidad de que luzcas un aspecto ideal.

Me quedo tan sorprendida que estoy a punto de caerme de la caja.

—Genial —susurro, absteniéndome de darle las gracias.

Las hadas no creen que la gratitud se pueda despachar con unas pocas palabras. Ellas creen en las deudas y los tratos, y la persona con la que más endeudada estoy no se encuentra en esta sala. Es el príncipe Dain quien espera que le corresponda.

La modista me sonríe con unos alfileres en la boca, y yo le devuelvo el gesto. Cumpliré con Dain, aunque parece que voy a tener muchas deudas pendientes con él. Haré que se sienta orgulloso de mí. En cuanto a los demás, haré que lamenten todo lo que me han hecho.

Cuando levanto la mirada, Vivi me está observando con suspicacia. Taryn será la siguiente en medirse. Mientras se sube a la caja, me acerco a beber más té. Después me como tres pasteles azucarados y una loncha de jamón.

—¿Adónde fuiste el otro día? —pregunta Vivi mientras engullo el jamón como si fuera una especie de ave rapaz. Me he despertado hambrienta.

Recuerdo cómo rehuí nuestra conversación cuando iba de camino a Villa Fatua. No puedo negar eso, no sin dar más detalles sobre el lugar al que me dirigía de los que me permitiría mi lengua hechizada. Me limito a encogerme de hombros.

—Obligué a uno de los otros chicos de la aristocracia a que me contara lo que te pasó durante esa clase —añade Vivi—. Podrías haber muerto. El único motivo por el que sigues viva es porque no querían que se acabara la diversión.

—Así son ellos —le recuerdo—. Así son las cosas. ¿Quieres que el mundo sea distinto de como es? Porque este es el mundo que nos ha tocado, Vivi.

—No es el único mundo posible —murmura.

—Pero es mi mundo —replico, con el corazón golpeándome en el pecho.

Me levanto antes de que pueda impedírmelo. Me tiemblan las manos y me sudan las palmas cuando me acerco a examinar las telas.

Desde que volví a casa tambaleándome a través del bosque y en ropa interior, he intentado no sentir nada acerca de lo ocurrido. Temo que, si

empiezo a sentir algo, me veré abrumada. Temo que la emoción se convierta en una ola capaz de engullirme.

No es la primera vez que me ocurre algo horrible y lo relego al fondo de mi cerebro. Eso es lo que me ha permitido salir adelante, y si existe otra manera mejor que esta, la desconozco.

Centro mi atención en la tela hasta que vuelvo a respirar con normalidad, hasta que el pánico se disipa. Hay una de terciopelo, de un tono azul verdoso que me recuerda al lago al atardecer. Encuentro un tejido maravilloso, engalanado con bordados de polillas y mariposas, de helechos y flores. Lo levanto y debajo encuentro un rollo de una tela muy bonita, gris como la niebla, fluctuante como el humo. Todas son preciosas. La clase de telas que llevan las princesas de los cuentos de hadas.

Por supuesto, Taryn tiene razón sobre los cuentos. A esas princesas les ocurren cosas malas. Se pinchan con una rueca, se envenenan con una manzana, se casan con su propio padre. Les cortan las manos, sus hermanos se convierten en cisnes y sus amantes acaban hechos picadillo y plantados en macetas de albahaca. Vomitan diamantes. Cuando caminan, parece como si lo hicieran sobre cuchillos.

Pero aun así se las apañan para tener buen aspecto.

—Quiero ese —dice Taryn, señalando hacia un rollo de tela.

Es el que estoy sosteniendo yo, el que tiene todos esos bordados. Ya han terminado de medirla. Ahora es Vivi la que está subida en la caja con los brazos extendidos, observándome de esa manera tan desconcertante, como si pudiera leerme el pensamiento.

—Tu hermana lo encontró primero —dice Oriana.

—Pooorfaaaa —me ruega Taryn, inclinando la cabeza y batiendo sus pestañas.

Bromea, pero solo en parte. Necesita estar radiante para el chico que, supuestamente, se le va a declarar durante la coronación. No entiende de qué serviría que yo estuviera radiante, con mis disputas y mis rencores. Con una media sonrisa, dejo el rollo de tela donde estaba.

—Claro. Todo tuyo.

Taryn me da un beso en la mejilla. Supongo que volvemos a estar en paz. Ojalá todo lo demás en mi vida se resolviera tan fácilmente.

Elijo otra tela, la de terciopelo azul oscuro. Vivienne se decanta por un tejido violeta que emite destellos plateados cuando lo gira. Oriana elige una tela rosácea para ella y una de color verde guisante para Oak. Bramblewef t comienza a hacer bocetos: faldas onduladas, capas de ensueño, corsés adornados con criaturas fantásticas, mariposas posadas sobre una manga o un sofisticado tocado. Me quedo fascinada al imaginarme con ese vestido puesto: mi corsé tendrá dos escarabajos dorados cosidos a algo que asemeja una coraza, adornada con la luna creciente de Madoc y con unas elaboradas espirales tejidas con hilo dorado que se extienden hacia abajo por la parte frontal, rematadas con unas diminutas mangas caídas confeccionadas con el mismo material.

Desde luego, no habrá duda de a qué familia pertenezco.

Todavía estamos introduciendo algunos pequeños cambios cuando Oak entra corriendo, perseguido por Gnarbone. El pequeño me divisa a mí primero y se lanza sobre mi regazo, rodeándome el cuello con los brazos para luego pegarme un leve mordisco por debajo del hombro.

—¡Ay! —exclamo, sorprendida, pero él se limita a reírse.

Yo también me echo a reír. Es un chico bastante peculiar, aunque no sé si se debe a que es un hada o a que todos los niños, humanos o no, son igual de raros.

—¿Quieres que te cuente la historia de un niño que mordió una piedra y perdió todos los dientes, que parecían perlas? —le pregunto con un tono que confío en que resulte amenazante, mientras le hago cosquillas en los sobacos.

—Sí —responde de inmediato, entre jadeos, risitas y gritos ahogados.

Oriana se acerca a toda prisa, alarmada.

—Es muy amable por tu parte, pero tenemos que empezar a vestirnos para la cena.

Levanta a Oak de mi regazo y lo coge en brazos. El pequeño empieza a protestar y a patalear. Una de las patadas me acierta en el estómago con tanta fuerza que me hace daño, pero no digo nada.

—¡El cuento! —grita—, ¡Quiero oír el cuento!

—Jude está ocupada ahora —replica Oriana, mientras lo conduce hacia la puerta a pesar de sus forcejeos. Gnarbone está esperando allí para llevarlo

de vuelta a su habitación.

—¿Por qué nunca le dejas pasar tiempo conmigo? —exclamo. Oriana se da la vuelta, sorprendida, al ver que he sacado un tema tabú. Yo también me he quedado perpleja, pero ya no puedo contenerme—. ¡No soy un monstruo! Nunca os he hecho nada a ninguno de vosotros.

—Quiero oír el cuento —repite Oak, lamentándose.

—Basta —dice Oriana con severidad, como si hubiéramos estado discutiendo—. Ya hablaremos de ello más tarde, y con tu padre.

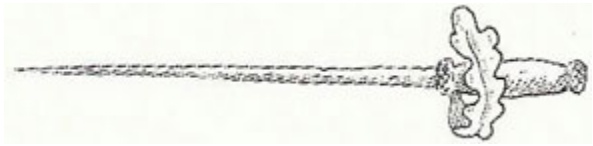
Dicho esto, se marcha de la habitación.

—No sé a qué padre te refieres, porque desde luego el mío no es — replico.

Taryn se ha quedado ojiplática. Vivienne esboza una sonrisita. Prueba un sorbito de té y después alza la taza hacia mí en un gesto de admiración. La modista está mirando hacia otro lado, para no inmiscuirse en la privacidad de nuestro momento familiar.

Por lo visto soy incapaz de interpretar el papel de niña obediente.

Me estoy desatando. Me estoy volviendo incontrolable.



Al día siguiente, en la escuela, Taryn camina a mi lado, balanceando la cesta con su almuerzo. Yo mantengo la cabeza alta y la mandíbula apretada. Siento el roce frío del puñal que me he guardado en uno de los bolsillos de la camisa y llevo más sal de la que podría llegar a necesitar. Tengo incluso un nuevo collar de bayas que ha confeccionado Tatterfell. Me lo he puesto porque ella no puede saber que ya no lo necesito.

Me demoro un rato en el jardín del palacio para recopilar unas cuantas cosas más.

—¿Tienes permiso para coger eso? —me pregunta Taryn, pero no le respondo.

Por la tarde tenemos clase en una torre alta, donde nos instruyen sobre el canto de los pájaros. Cada vez que siento que flaqueo, deslizo los dedos sobre la fría superficie del puñal.

Locke me mira y, cuando nuestras miradas se cruzan, me guiña un ojo.

Desde el otro lado de la sala, Cardan observa al instructor con el ceño fruncido, pero no dice nada. Cuando se mueve para sacar un tintero de un morral, pone una mueca. Debe de tener la espalda hecha polvo, seguro que le duele horrores al moverse. Pero aparte de estar un poco más tieso, apenas se notan diferencias en su pose arrogante habitual.

Por lo visto está acostumbrado a disimular el dolor.

Pienso en la nota que encontré, en la presión que ejerció con la punta de su pluma, suficiente como para producir pequeñas salpicaduras de tinta mientras escribía mi nombre. Con tanta saña como para atravesar la hoja, y puede que incluso para arañar el escritorio que tuviera debajo.

Si ha hecho eso con un papel, no quiero ni imaginar lo que querrá hacerme a mí.

Después de clase, entreno con Madoc. Me enseña una técnica de bloqueo muy efectiva y la repito una y otra vez, cada vez mejor y más rápido, llegando incluso a sorprenderle a él. Cuando entro en casa, empapada de sudor, paso junto a Oak, que está corriendo hacia alguna parte, arrastrando una serpiente de peluche tras de sí con una cuerda mugrienta. Es obvio que ha cogido la serpiente de mi habitación.

—¡Oak! —le llamo, pero ya ha desaparecido por las escaleras.

Me aseo en la pila y después, a solas en mi habitación, deshago la mochila de la escuela. Al fondo, envuelto en un trozo de papel, hay un trocito de fruta de hada mordisqueado por los gusanos que recogí de camino a casa. Lo dejo en una bandeja y me pongo unos guantes de piel. Después

saco el cuchillo y lo parto en trozos. Tajadas diminutas de fruta carnosa y dorada.

He buscado información sobre los venenos de las hadas en unos libros polvorientos y escritos a mano que Madoc tiene en su biblioteca. He leído acerca de la seta lepiota, un hongo de color pálido que exuda unas gotitas de un líquido rojo que guarda un parecido inquietante con la sangre. En pequeñas dosis provoca parálisis, mientras que en dosis más elevadas resulta letal, incluso para los feéricos. Luego está la *dulcemuerte*, que provoca un sueño que dura cien años; la baya espectral, que te acelera el flujo sanguíneo hasta que se te para el corazón; y la fruta de hadas, por supuesto, que en el libro recibe el nombre de manzana del éxtasis.

Saco una botella de licor de pino, sustraída de las cocinas, que contiene un líquido tan espeso como la savia. Meto el fruto dentro para mantenerlo fresco.

Me tiemblan las manos.

El último pedazo me lo pongo en la lengua. Siento una descarga de adrenalina y aprieto los dientes para resistirme a los efectos. Después, mientras empiezo a sentirme atontada, saco las demás cosas. Una hoja de baya espectral del jardín del palacio. El pétalo de una flor de *dulcemuerte*. Una gotita minúscula del jugo de la seta lepiota. De cada uno de ellos, extraigo una porción aún más diminuta y la engullo.

Mitridatismo, se llama. ¿No es ese un nombre curioso? Es el proceso de ingerir un veneno para desarrollar una inmunidad hacia él. Siempre que esto no me mate, resultará más difícil envenenarme.

No bajo a cenar. Estoy demasiado ocupada vomitando, sudando y estremeciéndome. Me quedo dormida en la zona de aseo de mi habitación, tirada en el suelo. Es allí donde me encuentra Fantasma. Me despierto

cuando comienza a hincarme la punta de una bota en el estómago. Estar amodorrada es el único motivo por el que no me he puesto a gritar.

—Levántate, Jude —dice Fantasma—. Cucaracha quiere que entrenes esta noche.

Me pongo de pie, demasiado exhausta como para negarme. Afuera, sobre la hierba cubierta de rocío, mientras los primeros rayos de sol se extienden por la isla, Fantasma me enseña a trepar a los árboles sin hacer ruido. A pisar el suelo sin partir una sola ramita y sin que crujan las hojas secas. Pensé que ya había aprendido a hacerlo durante mis lecciones en el palacio, pero Fantasma me muestra errores que mis maestros no se molestaron en corregir. Lo intento una y otra vez. Casi siempre lo hago mal.

—Ya está bien por hoy —dice Fantasma cuando ya tengo doloridos todos los músculos del cuerpo.

Habla tan poco que me sobresalto al oír su voz. Podría pasar por un ser humano con más facilidad que Vivi, con esas orejas ligeramente puntiagudas, el pelo castaño claro y los ojos color avellana. Aun así, me parece un ser insondable, más frío y sereno que ella. El sol ya está casi en lo alto. Las hojas se están tiñendo de dorado.

—Sigue practicando —añade—. Acecha a tus hermanas.

Cuando sonríe, el pelo le cae sobre la cara y parece más joven que yo, aunque estoy segura de que no es así. Y cuando se marcha, lo hace de tal modo que parece como si se desvaneciera. Vuelvo a casa y utilizo lo que acabo de aprender para pasar junto a los sirvientes en las escaleras sin que se den cuenta. Llego a mi habitación y, esta vez, cuando me desplomo, consigo que sea sobre la cama.

Al día siguiente, me levanto y repito todo el proceso.

CAPÍTULO 16

Nunca me ha costado tanto asistir a clase. De primeras me encuentro fatal, mi cuerpo está combatiendo los efectos de la fruta y los venenos que me estoy obligando a ingerir. Además, estoy agotada de entrenar con Madoc y con la Corte de las Sombras de Dain. Madoc me plantea acertijos —doce caballeros duende que quieren asaltar una fortaleza, nueve aristócratas inexpertos para defenderla— y luego, siempre después de cenar, me pide las respuestas. Cucaracha me ordena que practique, tratando de pasar inadvertida entre los grupos de cortesanos, lo de espiar conversaciones sin que parezca que estoy interesada. Bomba me enseña a localizar el punto débil de un edificio, los puntos de presión en un cuerpo. Fantasma me enseña a colgarme de las vigas del techo sin que me vean, a disparar con una ballesta, a mantener el pulso firme.

Me encargan dos misiones más para conseguir información. Durante la primera, sustraigo una carta dirigida a Elowyn del escritorio de un caballero en el palacio. La siguiente vez me disfrazo de novia y, aprovechando una fiesta, me cuelo en los aposentos privados de la encantadora Taracand, una de las consortes del príncipe Balekin, donde me hago con un anillo de una mesa. En ninguno de los dos casos me explican qué significan los objetos que he robado.

Asisto a clase con Cardan, Nicasia, Valerian y todos los miembros de la aristocracia que se rieron de mi humillación. No les doy la satisfacción de retirarme, pero desde el incidente con la fruta de hadas no ha habido más disputas. Aguardo mi momento. Doy por hecho que ellos están haciendo lo mismo. No soy tan tonta como para pensar que esto se ha terminado.

Locke prosigue con sus coqueteos. Se sienta con Taryn y conmigo cuando nos comemos el almuerzo, desplegado sobre una manta, mientras contemplamos la puesta de sol. De vez en cuando me acompaña a casa por el bosque, deteniéndose para besarme cerca de un bosquecillo de abetos justo antes de llegar a la finca de Madoc. Solo espero que no perciba el regusto amargo del veneno en mis labios.

No entiendo por qué le gusto, pero es una sensación excitante.

Taryn tampoco parece entenderlo. Mira a Locke con suspicacia. Es posible que, como a mí me preocupa su misterioso pretendiente, lo correcto sea que ella también se preocupe por el mío.

—¿Te estás divirtiendo? —le dice Nicasia en una ocasión a Locke, cuando se reúne con su grupo para asistir a una clase—. Cardan no te perdonará lo que estás haciendo con ella.

Me detengo, no puedo pasar de largo sin escuchar la respuesta. Pero Locke se limita a reírse.

—¿Qué es lo que más le mosquea a Cardan? ¿Que tú me eligieras a mí antes que a él, o que yo prefiera a una mortal antes que a ti?

Me sobresalto, no sé si lo he entendido bien. Nicasia está a punto de responder, pero entonces me ve. Esboza una sonrisita.

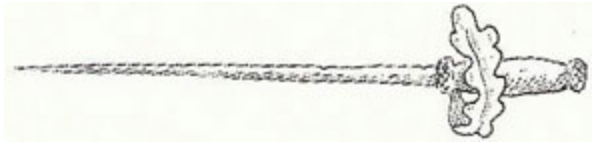
—Ay, ratoncita —me dice—. No te creas todo lo que sale de su melosa lengua.

Cucaracha se llevaría las manos a la cabeza si viera lo mal que estoy aprovechando mis recién adquiridas habilidades. No he hecho nada de lo que me enseñó: ni esconderme, ni mezclarme con los demás para pasar desapercibida. Al menos, nadie sospechará que yo pueda tener demasiadas nociones de espionaje.

—Entonces, ¿Cardan te ha perdonado? —le pregunto a Nicasia, satisfecha al ver su cara de aflicción—. Qué pena. He oído que contar con el favor de un príncipe es una maravilla.

—¿Para qué necesito yo un príncipe? —inquiere—. ¡Mi madre es una reina!

Podría contarle muchas cosas sobre su madre, la reina Orlagh, la misma que está planeando un envenenamiento, pero me muerdo la lengua. De hecho, me la muerdo tan fuerte que no digo nada. Me limito a volver con Taryn con una sonrisita ufana en los labios.



Transcurren varias semanas hasta que apenas quedan unos días para la coronación. Estoy tan cansada que me quedo dormida cada vez que apoyo la cabeza en algún sitio.

Incluso me quedo dormida en la torre durante una demostración para invocar polillas. El frufrú de todas esas alas debió de darme sueño, supongo. Cualquier excusa vale.

Me despierto sobre el suelo de piedra. Noto un zumbido en la cabeza y busco a tientas mi puñal. No sé dónde estoy. Por un instante, creo que me he caído. Por un instante, creo que estoy paranoica. Entonces veo a Valerian, que me sonríe desde lo alto. Es él quien me ha empujado fuera de la silla. Se lo noto en la cara.

Me parece que aún no soy lo bastante paranoica.

Se oyen voces en el exterior, nuestros compañeros de clase están almorzando en el césped mientras cae la noche. Oigo los gritos de los más pequeños, que seguramente se estarán persiguiendo unos a otros sobre las mantas.

—¿Dónde está Taryn? —pregunto, porque no es propio de ella no haberme despertado.

—Prometió que no te ayudaría, ¿lo recuerdas? —Un mechón de cabello dorado cubre uno de los ojos de Valerian. Como de costumbre, va vestido enteramente de rojo, con un tono tan oscuro que a primera vista puede parecer negro—. Ni de palabra, ni de obra.

Por supuesto. Qué tonta he sido al olvidar que estoy sola.

Me incorporo y, al hacerlo, veo que tengo un moratón en la pantorrilla. No sé cuánto tiempo habré estado durmiendo. Me sacudo el polvo de la túnica y de los pantalones.

—¿Qué quieres?

—Me siento decepcionado —dice con tono mordaz—. Te jactaste de que ibas a dejar a Cardan en evidencia, pero aún no has hecho nada más que enfurruñarte después de una bromita de nada.

Por acto reflejo, acerco la mano hacia le empuñadura de mi cuchillo.

Valerian se saca del bolsillo mi collar de bayas y me sonríe con arrogancia. Debió de quitármelo mientras dormía. Me estremezco al pensar que ha estado tan cerca de mí como para, en vez de cortar el collar, haberme rebanado el pescuezo.

—Ahora vas a hacer lo que yo te diga. —Casi puedo percibir el olor del hechizo en el ambiente. Está invocando la magia con sus palabras—. Ve a ver a Cardan. Dile que él gana. Después salta desde la torre. Al fin y al cabo, nacer mortal es como haber nacido ya muerto.

La contundencia de su orden, la brutalidad del desenlace que busca, hacen que me estremezca. Hace apenas unos meses lo habría hecho. Habría repetido sus palabras y me habría arrojado al vacío. Si no hubiera hecho ese trato con Dain, estaría muerta.

Puede que Valerian lleve planeando mi asesinato desde el día que intentó asfixiarme. Recuerdo cómo se le iluminaron los ojos, la avidez con la que me veía resollar en busca de aliento. Taryn me advirtió de que iba a conseguir que me mataran, y yo me jactaba diciendo que estaba preparada para ello, pero no lo estoy.

—Prefiero bajar por las escaleras —le digo a Valerian, confiando en no parecer tan asustada como en realidad me siento. Después, como si nada, paso de largo junto a él.

Al principio parece desconcertado, pero su confusión no tarda en convertirse en rabia. Me bloquea el paso, situándose delante de las escaleras.

—Te he dado una orden. ¿Por qué no me obedeces?

Le miro fijamente a los ojos y me obligo a sonreír.

—Me has tenido a tu merced en dos ocasiones, y en las dos lo desaprovechaste. Buena suerte para conseguir una tercera.

Valerian se pone furioso y comienza a mascullar:

—No vales nada. La especie humana se cree muy resistente, pero la vida de los mortales es una farsa. Si no os engañarais tanto a vosotros mismos, os rebanaríais el pescuezo para poner fin a vuestra miseria.

Me quedo perpleja por el uso que hace Valerian de la palabra «especie»; piensa que soy una criatura completamente distinta, como una hormiga, un perro o un ciervo. Es posible que no se equivoque, pero prefiero no pensar en ello.

—En este momento no me siento especialmente miserable.

No puedo permitir que note lo asustada que estoy. Valerian hace una mueca.

—¿Qué felicidad te depara la vida? Pasar el celo y reproducirte. Perderías el juicio si aceptaras la realidad de tu condición. No eres nada. Tu existencia es insignificante. Tu único objetivo es engendrar más individuos de tu especie antes de padecer una muerte absurda y agónica.

—¿Y? —replico, mirándole a los ojos.

Aunque le he pillado desprevenido, Valerian no deja de sonreír.

—Sí, sí, ya lo sé. Me voy a morir. Y soy una mentirosa de cuidado. ¿Y qué?

Valerian me empuja contra la pared. Fuerte.

—Has perdido. Admítelo.

Intento encogerme de hombros, pero me tiene agarrada por la garganta, presionando los dedos con tanta fuerza que me corta el flujo de aire.

—Podría matarte ahora mismo —dice—. Y los demás se olvidarían de ti. Sería como si nunca hubieras nacido.

No tengo ninguna duda de que lo dice en serio, ninguna. Resollando, me saco el puñal del bolsillo y se lo clavo en el costado. Entre las costillas. Si el filo hubiera sido más largo, le habría perforado el pulmón.

Valerian pone los ojos como platos. Afloja la presión que ejerce sobre mí. Ya sé lo que diría Madoc: que empujara el puñal hacia arriba. En busca de una arteria. En busca del corazón. Pero si lo hago, habré asesinado a uno

de los hijos más queridos de Faerie. No me puedo ni imaginar cuál sería mi castigo.

«Tú no eres una asesina».

Me aparto, extraigo el puñal y me voy corriendo de la habitación. Me guardo el arma ensangrentada en el bolsillo. Mis botas resuenan sobre el suelo de piedra mientras me dirijo a las escaleras.

Al mirar atrás, veo a Valerian de rodillas, presionándose el costado con una mano para contener la hemorragia. Profiere un bufido de dolor que me recuerda que mi puñal es de hierro templado. El hierro templado hace mucho daño a las hadas.

No podría estar más contenta de llevarlo encima.

Doblo la esquina y me doy de bruces con Taryn.

—¡Jude! —exclama—. ¿Qué ha pasado?

—Vamos —le digo, empujándola hacia los demás estudiantes.

Tengo sangre en los nudillos, en los dedos, pero no demasiada. Me los limpio con la túnica.

—¿Qué te ha hecho? —exclama Taryn mientras tiro de ella.

Me digo que no importa que me haya dejado sola. No le correspondía jugarse el cuello por mí, sobre todo cuando dejó bien claro que no quería participar en esta pelea. ¿Hay una parte de mí que se siente triste y furiosa porque Taryn no me haya despertado, obviando las consecuencias? Desde luego. Pero ni siquiera yo me habría imaginado lo lejos que sería capaz de llegar Valerian o lo poco que tardaría en hacerlo.

Estamos atravesando el césped cuando Cardan mira en nuestra dirección. Va vestido con ropa holgada y lleva una espada de entrenamiento. Entorna los ojos al ver la sangre y me señala con el arma de madera.

—Parece que te has cortado.

Me pregunto si le sorprenderá verme con vida. Me pregunto si estuvo contemplando la torre durante el almuerzo, esperando a presenciar el divertido espectáculo de verme saltar hacia la muerte.

Saco el puñal que llevo debajo de la túnica y se lo enseño, cubierto de manchas rojizas. Sonrío.

—También podría cortarte a ti.

—¡Jude! —exclama Taryn. Es obvio que se siente escandalizada por mi comportamiento. Normal. Es para escandalizarse.

—Lárgate de una vez —le dice Cardan, ondeando una mano—. Deja de aburrirnos a los dos.

Taryn retrocede un paso. Yo también me siento confusa. ¿Esto forma parte del juego?

—¿A quién quieres impresionar con ese cuchillo sucio y esos modales infectos?

Habla arrastrando las palabras, alargando su entonación. Me mira como si le pareciera una grosería que le apunte con un arma, pese a que fue él quien envió a uno de sus esbirros para atacarme. Dos veces. Me mira como si fuéramos a entablar una especie de guerra dialéctica, pero yo no sé qué decir.

¿De verdad no le preocupa lo que pueda haberle hecho a Valerian?

¿Es posible que no sepa que Valerian me atacó?

Taryn divisa a Locke y se dirige hacia él, corriendo a través del campo. Conversan unos instantes, después Taryn se marcha. Cardan repara en que les estoy mirando. Se sorbe la nariz, como si mi olor le resultara desagradable.

Locke se acerca hacia nosotros, con paso ligero y un brillo en los ojos. Me saluda con la mano. Por un instante, me siento casi a salvo. Me invade una gratitud inmensa hacia Taryn, por haberlo enviado aquí. También siento una gratitud inmensa hacia Locke, por acercarse.

—Tú crees que no soy digna de él —le digo a Cardan.

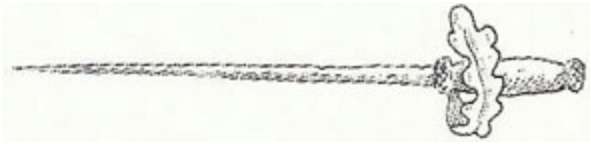
Cardan sonríe lentamente, como cuando la luna desliza su reflejo bajo las olas del lago.

—Al contrario, creo que sois tal para cual.

Segundos después, Locke me pasa un brazo por los hombros.

—Venga —dice—, vámonos de aquí.

Y eso es lo que hacemos, sin mirar atrás una sola vez.



Atravesamos la Arboleda Torcida, donde todos los árboles están inclinados en la misma dirección, como si los hubiera azotado un viento muy fuerte desde que eran retoños. Me detengo a arrancar unas cuantas moras de los tallos espinosos de los arbustos que crecen entre ellos. Tengo que soplarlas antes de metérmelas en la boca para ahuyentar unas hormigas diminutas.

Le ofrezco una mora a Locke, pero dice que no.

—Así que, en resumen, Valerian intentó matarme —digo para concluir mi historia—. Y yo le apuñalé.

Locke mantiene sus ojos zorrunos fijos sobre mí.

—Apuñalaste a Valerian.

—Así que puede que me haya metido en un lío.

Inspiro hondo. Locke niega con la cabeza.

—Valerian no le contará a nadie que una chica mortal le ha derrotado.

—¿Y qué pasa con Cardan? ¿No le decepcionará que su plan no haya funcionado?

Diviso el mar, que asoma entre los troncos de los árboles. Parece no tener fin.

—Dudo que esté siquiera al corriente de ello —dice Locke, y sonríe al ver mi cara de sorpresa—. Verás, puede que a Cardan le guste hacer creer que es nuestro líder, pero la realidad es que a Nicasia le gusta el poder, a mí me gusta el dramatismo y a Valerian le gusta la violencia. Cardan puede proporcionarnos esas tres cosas, o al menos una excusa para obtenerlas.

—¿El dramatismo? —repito.

—Me gusta que sucedan cosas, que las historias se desarrollen. Y si no consigo encontrar ninguna historia que me convenza, me la invento. —Sus palabras parecen propias de un embaucador—. Ya sé que oíste a Nicasia hablando sobre lo que hubo entre nosotros. Ella tenía a Cardan, pero solo cuando le dejó por mí consiguió obtener poder sobre él.

Sopeso sus palabras un instante, y mientras lo hago, me doy cuenta de que no estamos siguiendo la senda habitual hacia la finca de Madoc. Locke me ha estado guiando por otro camino.

—¿Adónde vamos?

—A mis tierras —responde con una sonrisa, contento de que le haya pillado—. No falta mucho. Creo que te gustará el laberinto de setos.

Nunca he estado en ninguna de las fincas de mis compañeros de clase, salvo en Villa Fatua. En el mundo de los humanos, los niños nos pasábamos el día en los jardines de los vecinos, columpiándonos, nadando y saltando, pero aquí las reglas son completamente distintas. La mayoría de los niños de la corte del rey supremo son miembros de la realeza, enviados desde cortes más pequeñas para conseguir influencia con los príncipes y princesas, y no tienen tiempo para mucho más.

Por supuesto, en el mundo mortal existen los jardines traseros. Aquí hay mar y bosques, rocas y laberintos, flores que solo se ponen rojas cuando prueban la sangre fresca. No me gusta demasiado la idea de perderme deliberadamente en un laberinto de setos, pero sonrío como si nada me apeteciera más. No quiero decepcionarle.

—Más tarde habrá una fiesta —prosigue Locke—. Deberías quedarte. Te prometo que será divertido.

Al oír eso, se me forma un nudo en el estómago. Dudo que vaya a celebrar una fiesta sin sus amigos.

—No sé si es buena idea —digo, para no rechazar la invitación directamente.

—¿A tu padre no le gusta que salgas hasta tarde? —Locke me mira con lástima.

Solo está intentando hacer que me sienta pueril, ya que sabe de sobra por qué no debería asistir, pero, aunque sé perfectamente lo que está haciendo, funciona.

La finca de Locke es más modesta y está menos fortificada que la de Madoc. Unos capiteles imponentes cubiertos por tejas de corteza musgosa se elevan entre los árboles. Las hiedras y madreselvas que se enroscan alrededor de los costados del edificio le dan un aspecto verdoso y vegetal al conjunto.

—Vaya —digo. He cabalgado por la zona y había visto esos capiteles desde lejos, pero no sabía a quién pertenecía la mansión—. Es preciosa.

—Entremos —me dice, sonriendo brevemente.

Aunque hay unas inmensas puertas dobles en la fachada, Locke me conduce hasta una puertecita situada en un lateral que conduce directamente a las cocinas. Hay una hogaza de pan fresco sobre la encimera, junto con manzanas, pasas y un queso cremoso, pero no veo ningún sirviente que pudiera haberlo preparado.

Pienso, sin querer, en la chica de Villa Fatua que estaba limpiando la chimenea de Cardan. Me pregunto dónde pensará su familia que está y qué trato habrá hecho. Pienso con qué facilidad podría haber acabado como ella.

—¿Tu familia está en casa? —pregunto, apartando ese pensamiento de mi mente.

—No tengo familia —responde—. Mi padre era demasiado agreste para la corte. Le gustaban más los bosques densos y salvajes que las intrigas de mi madre. Él se marchó y ella murió poco después. Solo quedo yo.

—Es horrible —digo—. Te sentirás muy solo.

Locke menea la cabeza para cambiar de tema.

—He escuchado la historia de tus padres. Una tragedia digna de un poema épico.

—Ocurrió hace mucho tiempo. —No me apetece hablar ni de Madoc ni de asesinatos—. ¿Qué le pasó a tu madre?

Locke ondea una mano para quitarle importancia.

—Mantuvo una relación con el rey supremo. En esta corte, con eso es suficiente. Hubo un niño de por medio… hijo del rey, supongo… y alguien no quería que naciera. Y también hubo una seta lepiota. —Aunque comenzó a hablar con tono desenfadado, su voz ha ido cambiando.

«Seta lepiota». Me pongo a pensar en la carta de la reina Orlagh que encontré en casa de Balekin. Intento convencerme de que es imposible que la nota hiciera referencia al envenenamiento de la madre de Locke, de que Balekin no tenía ningún motivo cuando Dain ya era el heredero designado por el rey supremo. Pero, por más que lo intento, no puedo dejar de pensar en esa posibilidad, en todo ese espanto, en que la madre de Nicasia pudiera haber tenido algo que ver en la muerte de la madre de Locke.

—No debería haber preguntado… Ha sido una grosería.

—Somos vástagos de la tragedia. —Locke menea la cabeza y luego sonríe—. No es así como tenía previsto empezar. Pensaba ofrecerte vino, fruta y queso. Pensaba decirte que tienes un pelo precioso, como las volutas del humo de leña, y que tienes los ojos del mismo color que las nueces. Pensé que podría componer una oda dedicada a ti, pero no se me dan demasiado bien.

Me echo a reír, y Locke se lleva una mano al corazón como si se lo hubiera perforado con crueldad.

—Antes de mostrarte el laberinto, déjame que te enseñe algo más.

—¿El qué? —pregunto con curiosidad.

Locke me agarra de la mano.

—Ven —me dice con tono pícaro, mientras me guía a través de la casa.

Llegamos hasta unas escaleras de caracol. Subimos por ellas, cada vez más y más arriba.

Me siento mareada. No hay puertas ni descansillos. Solo veo escalones de piedra y siento los enérgicos latidos de mi corazón en el pecho. Solo veo su sonrisa y sus ojos ambarinos. Intento no tropezar ni escurrirme durante la subida. Intento no ralentizar el paso, por más vueltas que me dé la cabeza.

Pienso en Valerian. «Salta desde la torre».

Sigo subiendo, el aliento entrecortado.

«No eres nada. Tu existencia es insignificante».

Cuando llegamos a lo alto, aparece una puertecita. Es la mitad de alta que nosotros. Me apoyo en la pared para mantener el equilibrio y observo a Locke mientras gira el ornamentado picaporte de latón. Se agacha al pasar. Me enderezo, me aparto de la pared y le sigo.

Entonces pego un respingo. Nos encontramos en un balcón situado en la cúspide de la torre más alta, por encima de las copas de los árboles. Desde allí, iluminado por la luz de las estrellas, veo el laberinto que se extiende a ras de suelo con una peculiar edificación en el centro. Diviso las partes del palacio de Elfhame que se elevan por encima del nivel del suelo, la finca de Madoc y la Villa Fatua de Balekin. Diviso la porción de mar que rodea la isla y, al otro lado de la omnipresente niebla, las brillantes luces de las

ciudades y los pueblos humanos. Es la primera vez que contemplo su mundo directamente desde el nuestro.

Locke me apoya una mano en la espalda, entre los omóplatos.

—Por la noche, parece como si el mundo de los humanos estuviera repleto de estrellas caídas del cielo.

Me relajo al sentir su roce, empiezo a olvidar el mal rato de la subida mientras trato de no acercarme demasiado al borde.

—¿Has estado allí alguna vez?

Locke asiente.

—Mi madre me llevó cuando era pequeño. Decía que nuestro mundo se quedaría estancado sin el vuestro.

Quiero decirle que ese no es mi mundo, que apenas lo entiendo, pero sé lo que está intentando decir, y si le hiciera esa corrección, daría a entender lo contrario. La opinión de su madre resulta agradable, mucho más que la visión del mundo mortal que tienen la mayoría de las hadas. Seguro que era una buena persona.

Locke me da la vuelta hacia él y acerca lentamente sus labios a los míos. Son suaves, su aliento es cálido. Me siento tan alejada de mi cuerpo como las luces de esa ciudad remota. Alargo la mano hacia la barandilla. Me agarro con fuerza mientras Locke me rodea la cintura con el brazo para tomar consciencia de lo que está ocurriendo, para convencerme de que estoy aquí, de que este momento, en las alturas, es real.

Locke se aparta y dice:

—Eres preciosa.

Nunca me había hecho tan feliz que las hadas no puedan mentir.

—Este lugar es increíble —digo, mirando hacia abajo—. Todo parece tan pequeño, como sacado de un tablero de estrategia.

Locke se ríe, como si no pudiera creer que esté hablando en serio.

—¿Debo suponer que pasas mucho tiempo en el despacho de tu padre?

—El suficiente —respondo—. Suficiente como para saber qué probabilidades tengo contra Cardan. Contra Valerian y Nicasia. Contra ti.

Locke me agarra la mano.

—Cardan es un necio. Los demás no importamos. —Sonríe de medio lado—. Pero puede que esto forme parte de tu plan: embaucarme para que

te conduzca hasta el mismísimo corazón de mi fortaleza. Puede que estés a punto de revelar tu plan maligno y de someterme a tu voluntad. Para que lo sepas, no creo que te costase demasiado someterme.

Me río a mi pesar.

—Tú no te pareces en nada a ellos.

—¿De veras? —pregunta.

Le miro fijamente durante un rato.

—No lo sé. ¿Vas a ordenarme que me arroje de este balcón?

Locke enarca las cejas.

—Por supuesto que no.

—En ese caso, no eres como ellos —añado, hincándole un dedo en mitad del pecho.

Le apoyo la mano encima, casi sin darme cuenta, sintiendo en la palma de la mano el calor que emana de él. No me había dado cuenta del frío que me ha entrado, expuesta de este modo al viento.

—Tú tampoco eres como decían los demás —dice Locke, inclinándose hacia mí. Me besa otra vez.

No quiero pensar en las cosas que habrán dicho de mí, ahora no. Quiero sentir su boca sobre la mía y olvidarme de todo.

Tardamos un buen rato en volver a bajar por las escaleras. Locke me roza el cuello con las manos. Yo apoyo la espalda contra el antiquísimo muro de piedra. Todo es lento, perfecto… y no tiene ningún sentido. Cuesta creer que esté viviendo esto. No se parece en nada a mi vida.

Nos sentamos a la mesa alargada de la cocina y comemos pan con queso. Bebemos un vino de color verde claro que sabe a hierbas en unos cálices inmensos que Locke saca del fondo de una alacena. Tienen tal capa de polvo que tiene que lavarlos dos veces antes de que podamos usarlos.

Cuando terminamos, presiona mi espalda contra la mesa y me levanta para sentarme encima de ella, de tal manera que nuestros cuerpos quedan presionados entre sí. Es una sensación excitante y aterradora, como tantas otras cosas en Faerie.

No sé si seré muy buena besando. Mis labios son un poco torpes. Soy tímida. Quiero abrazarlo y ahuyentarlo al mismo tiempo. Las hadas no tienen demasiados tabúes en lo que se refiere al pudor, pero yo sí. Temo que

mi cuerpo mortal huela a sudor, a putrefacción, a miedo. No sé dónde poner las manos, con qué fuerza agarrar, hasta qué punto hundir las uñas en sus hombros. Y aunque sé lo que viene después de los besos, aunque sé lo que significa que esté deslizando sus manos sobre mi pantorrilla magullada hasta llegar al muslo, no sé qué hacer para disimular mi inexperiencia.

Locke se aparta para mirarme, intento disimular el pánico que se adivina en mis ojos.

—Quédate esta noche —susurra.

Al principio creo que se refiere a que pase la noche con él —¡con él!—, y mi corazón se acelera con una mezcla de deseo e inquietud. Entonces, de repente, recuerdo que va a celebrar una fiesta. Por eso me ha pedido que me quede. Los sirvientes invisibles, dondequiera que estén, deben de estar haciendo los preparativos. Dentro de un rato, Valerian, el mismo que ha intentado asesinarme, podría estar bailando en el jardín.

Bueno, puede que bailando no. Seguramente estará apoyado sobre una pared con el cuerpo en tensión, una copa en la mano, el pecho vendado y un nuevo plan para acabar conmigo. O, tal vez, con un nuevo encargo por parte de Cardan para asesinarme.

—A tus amigos no les gustará —digo, deslizándome fuera de la mesa.

—No tardarán en emborracharse lo suficiente como para no darse ni cuenta. No puedes pasarte la vida encerrada en los majestuosos barracones de Madoc.

Me lanza una sonrisa cuyo único fin es, claramente, embaucarme. Y, en cierto modo, funciona. Pienso en la propuesta de Dain para concederme una marca de amor en la frente y me pregunto si Locke tendrá una, porque, a pesar de todo, me siento tentada.

—No tengo nada que ponerme —digo, señalando la túnica que llevo puesta, manchada con la sangre de Valerian.

Locke me mira de arriba abajo durante más tiempo del necesario para una simple inspección de mi atuendo.

—Puedo conseguirte un vestido. Puedo conseguirte todo lo que quieras. Antes me preguntaste por Cardan, Valerian y Nicasia. Ven a verlos fuera de la escuela, ven a ver cómo hacen el tonto, cómo se emborrachan y se ponen en ridículo. Ven a ver sus puntos débiles, las grietas en sus armaduras.

Tienes que conocerlos para derrotarlos, ¿no es así? No digo que te vayan a caer mejor, pero tampoco tienen por qué gustarte.

—Me gustas *tú* —le digo—. Me gusta jugar a esta farsa contigo.

—¿Farsa? —repite, como si se preguntara si le estoy ofendiendo.

—Pues claro —respondo, y entonces me acerco a las ventanas del salón para asomarme. La luz de la luna baña la hojarasca de la entrada al laberinto. Hay antorchas encendidas en los alrededores, las llamas titilan y se estremecen con el viento—. ¡Pues claro que es una farsa! No estamos hechos el uno para el otro, aunque es divertido a pesar de todo.

Locke me dirige una mirada cómplice y calculadora.

—En ese caso, sigamos haciéndolo.

—Está bien —digo, sin poder resistirme—. Me quedaré. Asistiré a tu fiesta.

He tenido muy pocas ocasiones para divertirme a lo largo de mi vida. Es difícil resistirse cuando te prometen una.

Locke me guía a través de varias habitaciones hasta que llegamos ante unas dobles puertas. Por un momento titubea, mirándome de reojo. Después las abre y accedemos a un dormitorio inmenso. Una gruesa y opresiva capa de polvo lo cubre todo. Hay unas pisadas. Dos pares. Locke ha entrado aquí otras veces, pero no demasiadas.

—Los vestidos del armario eran de mi madre. Puedes coger el que quieras —dice, agarrándome de la mano.

Mientras contemplo esta habitación en desuso situada en el corazón de la casa, comprendo el dolor que le llevó a clausurarla durante tanto tiempo. Me alegro de que me haya dejado entrar. Si yo tuviera una habitación llena con las pertenencias de mi madre, no sé si se la enseñaría a alguien. Ni siquiera sé si yo misma me atrevería a entrar.

Locke abre uno de los armarios. Muchas de las prendas están roídas por las polillas, pero puedo ver el aspecto que lucían antaño. Hay una falda con un estampado confeccionado con semillas de granada, y otra que se pliega hacia arriba, como si fuera un telón, para dejar al descubierto un escenario con una serie de marionetas mecánicas e incrustadas de joyas. Incluso hay una que tiene bordadas las siluetas de unos faunos danzarines tan altos como la propia falda. Siempre he admirado los vestidos de Oriana por su

elegancia y opulencia, pero estos despiertan en mí un ansia desenfrenada. Ojalá hubiera visto a la madre de Locke con uno de esos vestidos. De ellos se deduce que debía de ser una persona con mucho sentido del humor.

—Jamás había visto unos vestidos como estos —digo—. ¿De verdad quieres que me ponga uno?

Locke desliza la mano sobre una manga.

—Supongo que están un poco deteriorados.

—No —replico—. Me gustan.

El de los faunos es el que mejor está. Le quito el polvo y me cambio detrás de un viejo biombo. Me cuesta un poco, porque es la clase de vestido que resulta difícil ponerse sin la ayuda de Tatterfell. No se me ocurre qué otro peinado podría hacerme, así que me dejo el pelo como está, formando una corona de trenzas alrededor de la cabeza. Tras limpiar un espejo de plata con la mano y verme vestida con la ropa de un hada muerta, siento un escalofrío.

De repente, no sé qué estoy haciendo en este lugar. No sé cuáles son las intenciones de Locke. Cuando intenta engalanarme con las joyas de su madre, las rechazo.

—Salgamos al jardín —digo. Ya no me apetece seguir metida en esta habitación vacía y cargada de eco.

Locke guarda la larga hilera de esmeraldas que tenía en la mano. Mientras nos marchamos, giro la cabeza hacia ese armario repleto de prendas en descomposición. A pesar de la inquietud que siento, una parte de mí no puede evitar imaginarse cómo sería convertirse en la señora de esta casa. Se imagina al príncipe Dain con la corona. Se imagina recibiendo visitas en la mesa alargada sobre la que nos besamos, mientras nuestros compañeros de clase beben de ese vino verde clarito y fingen que nunca han intentado asesinarme. Se imagina a Locke cogiéndome de la mano.

Y a mí, espiándolos a todos en nombre del rey.

El laberinto de setos es más alto que un ogro y está formado por una densa capa de hojas lustrosas de color verde oscuro. Al parecer, el grupito de Cardan se reúne aquí a menudo. Los oigo reírse en el centro del laberinto mientras paseo por el exterior con Locke, que llega tarde a su propia fiesta. El olor a licor de pino flota en el ambiente. La luz de las antorchas proyecta unas sombras alargadas y lo tiñe todo de color escarlata. Aflojo el paso.

Meto la mano en el bolsillo del vestido prestado y toco mi puñal, que sigue manchado con la sangre de Valerian. Al hacerlo, mis dedos descubren algo más, algo que la madre de Locke debió de dejar allí hace años. Saco el abalorio, es una bellota dorada. No parece una joya, no tiene cadena, y no se me ocurre qué otro propósito podría tener aparte de hacer bonito. Me la vuelvo a guardar en el bolsillo.

Locke me lleva de la mano mientras avanzamos a través de los giros del laberinto. No parece que haya muchos. Intento formarme un mapa mental mientras caminamos, por si acaso tengo que encontrar la salida yo sola. La sencillez del laberinto me pone nerviosa en lugar de tranquilizarme. En Faerie nada resulta sencillo. En casa estarán a punto de terminar de cenar sin mí. Taryn le estará susurrando a Vivi que me he ido a alguna parte con Locke. Madoc estará frunciendo el ceño e hincando el cuchillo en su carne, molesto porque me he saltado sus lecciones.

He hecho cosas peores.

En el centro del laberinto, un flautista está interpretando una melodía dinámica y frenética. Unos pétalos blancos revolotean por los aires. Los feéricos están reunidos, comiendo y bebiendo de una mesa alargada cubierta en su mayoría por una serie de brebajes diferentes: refrescos con raíces de mandrágora flotando, vino amargo de ciruela, un licor claro infusionado con tréboles rojos. Y al lado de todo eso, viales con amnesio dorado.

Cardan está tumbado en una manta, con la cabeza echada hacia atrás y una camisa blanca, holgada y desabrochada. Aunque apenas acaba de empezar la noche, parece bastante borracho. Tiene la boca salpicada de manchas doradas. Una chica con cuernos a la que no conozco le está besando el cuello, y otra, con el pelo color narciso, le presiona los labios sobre la pantorrilla, justo por encima del punto donde termina su bota.

Aliviada, no veo a Valerian por ninguna parte. Espero que esté en casa, recuperándose de la herida que le he infligido.

Locke me trae un dedito de licor y yo pruebo un sorbo diminuto simplemente por cumplir; aun así me arde la lengua. Empiezo a toser de inmediato. En ese momento, Cardan posa su mirada sobre mí. Apenas puede abrir los ojos, pero incluso así veo cómo brillan, acuosos como una mancha de alquitrán. Me observa mientras la chica le besa los labios, me observa mientras le desliza una mano por debajo de su ridícula camisa de volantes.

Me pongo colorada. Miro para otro lado y me enfado conmigo misma por darle la satisfacción de hacerme sentir incómoda. Si alguien se está poniendo en evidencia es él.

—Veo que un miembro del Círculo de los Gusanos ha decidido honrarnos esta noche con su presencia —dice Nicasia, que se acerca lentamente hacia nosotros con un vestido que contiene todos los colores del ocaso. Me mira directamente a la cara—. Pero ¿cuál de las dos es?

—La que no te cae bien —replico, ignorando sus burlas.

Al oír eso, Nicasia suelta una risita aguda y forzada.

—Te sorprendería saber lo que algunos de nosotros sienten por vosotras.

—Te prometí algo más divertido que esto —dice Locke, muy serio, mientras me agarra del brazo.

Me siento aliviada cuando me conduce hasta una mesita baja rodeada por una pila de almohadones tirados sin orden ni concierto, aunque no puedo evitar dedicarle a Nicasia una despedida burlona con la mano. Vacío el dedal de licor sobre la hierba cuando Locke no está mirando. El flautista termina de tocar, y un muchacho desnudo, con el cuerpo cubierto por una reluciente pintura dorada, saca una lira y empieza a entonar una canción subida de tono sobre desamores.

—¡Oh, hermosa mía! ¡Oh, amada cruel! Cómo añoro tu mal genio y tu roce dulce como la miel. Echo de menos tu pelo, tus ojos también. Pero por encima de todo, añoro lo que hay bajo tu sostén.

Locke vuelve a besarme, esta vez delante de la hoguera. Cualquiera podría vernos, pero no sé si nos están mirando, porque he cerrado los ojos con todas mis fuerzas.

CAPÍTULO 17

Me despierto en casa de Locke, en una cama cubierta de tapices. Noto un regusto a ciruelas amargas y tengo los labios hinchados de tanto besar. Locke está a mi lado en la cama, con los ojos cerrados, aún lleva puesta la misma ropa de la fiesta. Hago una pausa para observarle: sus orejas puntiagudas y ese cabello que recuerda al pelaje de un zorro, la suavidad de su boca, sus largas extremidades extendidas en posición de descanso. Tiene la cabeza apoyada sobre el brazo, encima de una manga cubierta de volantes.

Los recuerdos de la noche anterior acuden en tromba. Hubo un baile y una persecución por el laberinto. Recuerdo apoyar las manos en el suelo y reírme, algo totalmente impropio de mí. De hecho, cuando miro el vestido de fiesta prestado con el que he dormido, veo que tiene manchas de hierba.

«Aunque no sería el primero en mancharle de verde el vestido».

El príncipe Cardan se pasó toda la noche observándome, como un tiburón incansable que nada en círculos esperando el momento adecuado para soltar la dentellada. Incluso ahora puedo ver con claridad esos ojos negros como tizones. Y si me reí con más ganas solo por darme el gusto de enfurecerle, si sonreí con más ahínco o si alargué los besos que le di a Locke, no fueron más que mentirijillas piadosas que ni siquiera los feéricos podrían condenar.

Ahora, sin embargo, lo que pasó anoche parece formar parte de un sueño largo y descabellado.

La habitación de Locke parece una leonera: hay libros y prendas desperdigados encima de sofás y divanes. Salgo por la puerta y atravieso lentamente los pasillos vacíos de la casa. Encuentro el camino hasta la polvorienta habitación de su madre, me quito el vestido y me pongo la ropa de ayer. Me agacho para sacar mi puñal del bolsillo y, cuando lo hago, también aparece la bellota dorada.

Movida por un impulso, me guardo tanto el cuchillo como la bellota en la túnica. Quiero algún recuerdo de esta noche, algo que me permita evocarla por si no vuelve a repetirse algo parecido. Locke me dijo que podría tomar prestada cualquier cosa de la habitación, así que he decidido llevarme esta.

De camino a la salida, paso junto a la mesa alargada donde cenamos. Nicasia está allí, seccionando una manzana con un pequeño cuchillo.

—Tu pelo parece un matorral —dice, mientras se mete una tajada de fruta en la boca.

Miro hacia una bandeja de plata que hay en la pared, que no muestra más que un reflejo borroso y distorsionado de mí. Pese a ello, veo que tiene razón; un halo castaño me rodea la cabeza. Comienzo a deshacerme la trenza, desenredándola con los dedos.

—Locke está dormido —digo, dando por hecho que Nicasia le está esperando. Contaba con sentirme superior a ella, teniendo en cuenta que soy yo la que ha salido de su dormitorio, pero lo que siento en realidad es un principio de pánico.

No sé cómo hacer esto. No sé cómo despertarme en la casa de un chico y hablar con la chica con la que estuvo liado antes. Que además se trate de una chica que a todas luces quiere verme muerta es, curiosamente, lo único de todo esto que me parece normal.

—Mi madre y su hermano pensaban que íbamos a casarnos —dice Nicasia, como si estuviera pensando en voz alta—. Iba a ser una alianza muy útil.

—¿Con Locke? —pregunto, confusa.

Nicasia me mira, irritada, ya que al parecer mi pregunta le ha hecho perder el hilo.

—Con Cardan. Él lo estropea todo. Eso es lo que le gusta. Estropearlo todo.

Pues claro que a Cardan le gusta estropearlo todo. ¿Cómo es posible que Nicasia acabe de darse cuenta de eso? Juraría que, además, era algo que tenía en común con él.

La dejo con sus manzanas y sus recuerdos y me dirijo hacia el palacio. Una brisa fresca sopla entre los árboles, alborotando mi melena y trayéndome el aroma de los pinos. En el cielo resuenan los graznidos de las gaviotas. Doy gracias por la clase de hoy, me alegra tener una excusa para no ir a casa y tragarme un sermón de Oriana.

La lección de hoy es en la torre, la ubicación que menos me gusta. Subo por las escaleras y tomo asiento. Llego tarde, pero encuentro un hueco libre en un banco cerca del fondo. Taryn está sentada al otro lado. Me mira una única vez, enarcando las cejas. Cardan está a su lado, vestido con un traje de terciopelo verde con puntadas doradas de las que emergen unas espinas con la punta tejida con hilo azul. Se repantinga en su asiento, tamborileando con nerviosismo sus largos dedos sobre el banco que tiene al lado.

Yo también me pongo nerviosa solo con mirarlo.

Al menos Valerian no se ha presentado. Es mucho esperar que no regrese nunca, pero al menos hoy estaré tranquila.

Una nueva instructora, una guerrera llamada Dulcamara, está explicando las reglas de sucesión, seguramente con vistas a la inminente coronación.

Una coronación que también marcará mi ascenso al poder. Una vez que el príncipe Dain sea rey supremo, sus espías podrán acechar entre las sombras de Elfhame sin más control que el que establezca el propio Dain.

—En algunas cortes inferiores, el asesino de un rey o una reina puede ocupar el trono —dice Dulcamara. Después nos cuenta que forma parte de la Corte de las Termitas, que aún no se ha unido bajo el estandarte de Eldred.

Aunque no lleva armadura, su pose da a entender que está acostumbrada a cargar con el peso de una.

—Y esa es la razón por la que la reina Mab negoció con las hadas montaraces para crear la corona que lleva puesta el rey Eldred, que solo puede ser legada a sus descendientes. Obtenerla por la fuerza resultaría peliagudo —añade con una sonrisa maliciosa.

Si Cardan osara interrumpir su clase, Dulcamara parece capaz de comérselo vivo y de partirle los huesos para extraerle la médula.

Los hijos de la aristocracia miran a Dulcamara con inquietud. Corre el rumor de que lord Roiben, su rey, se está planteando jurar lealtad al nuevo rey supremo, trayendo consigo su inmensa corte, una que ha mantenido a raya a los ejércitos de Madoc durante años. Que Roiben se una a la corte suprema de Elfhame es considerado mayoritariamente como una jugada maestra de la diplomacia, llevada a cabo por el príncipe Dain en contra de los deseos de Madoc. Supongo que Dulcamara habrá venido para asistir a la coronación.

Larkspur, uno de los más jóvenes de la clase, hace una pregunta:

—¿Y qué pasará cuando no haya más hijos en el linaje de los Greenbriar?

Dulcamara suaviza su sonrisa.

—Cuando haya menos de dos descendientes, uno para portar la corona y otro para colocarla sobre la cabeza del regente, la corona suprema y su poder se desmoronarán. Elfhame quedará libre de los juramentos que lo vinculan con ella.

»Después de eso, ¿quién sabe? Puede que un nuevo regente fabrique otra corona. Puede que volváis a entrar en guerra con unas reducidas Cortes Luminosas y Oscuras. O puede que os suméis a nuestros estandartes en el suroeste. —Su sonrisa deja claro cuál de esas opciones preferiría.

Levanto la mano. Dulcamara asiente con la cabeza hacia mí.

—¿Y qué pasa si alguien intenta apoderarse de la corona?

Cardan me observa. Me gustaría sostenerle la mirada, pero no puedo evitar pensar en él despatarrado en el suelo con esas chicas. Vuelvo a ponerme colorada y agacho la cabeza.

—Es una pregunta interesante —dice Dulcamara—. Según la leyenda, la propia corona no permite que la coloquen sobre la frente de alguien que no sea un heredero de Mab, si bien su linaje ha sido muy fructífero.

Siempre que una pareja de descendientes intente hacerse con la corona, sería factible. Pero lo más peligroso de un golpe de Estado sería esto: la corona alberga una maldición que provoca la muerte de la persona responsable del asesinato de su portador.

Pienso en la nota que encontré en casa de Balekin, la que hablaba de setas lepiotas, la que hablaba de vulnerabilidad.

Cuando acaba la clase, bajo los escalones con cuidado, recordando cómo los bajé a la carrera después de apuñalar a Valerian. Se me nubla la mente y me siento mareada durante unos segundos, pero la sensación acaba remitiendo. Taryn, que viene detrás de mí, me lleva a empellones hacia el bosque en cuanto salimos a la calle.

—Antes que nada —dice, mientras tira de mí a través de unos helechos —, te diré que nadie sabe que anoche no pasaste por casa excepto Tatterfell, y le di uno de tus mejores anillos para asegurarme de que no dijera nada. Pero tienes que contarme dónde estuviste.

—Locke dio una fiesta en su casa —respondo—. Me quedé a dormir, pero no fue… Es decir, no pasó gran cosa. Nos besamos. Nada más.

Sus trenzas castañas se alborotan mientras Taryn niega con la cabeza.

—No sé si creérmelo.

Suspiro, puede que con más dramatismo de la cuenta.

—¿Por qué iba a mentir? No soy yo la que esconde la identidad de la persona que me está cortejando.

Taryn frunce el ceño.

—Simplemente pienso que dormir en el cuarto de alguien, en la cama de alguien, implica algo más que besarse.

Me pongo colorada al pensar en lo que sentí al despertarme y ver el cuerpo de Locke estirado junto al mío. Para desviar la atención, empiezo a especular sobre la identidad de su pretendiente:

—Oooh, puede que sea el príncipe Balekin. ¿Vas a casarte con él? O quizá sea Noggle, así podréis salir juntos a contar estrellas.

Taryn me pega un cachete en el brazo con una fuerza excesiva.

—Déjalo ya —dice—. Ya sabes que no puedo decir nada.

—Ay. —Cojo una flor de Silene blanca y me la pongo detrás de la oreja.

—Entonces, ¿te gusta? —me pregunta—. ¿Te gusta de verdad?

—¿Locke? —pregunto—. Pues claro que sí.

Taryn se queda mirándome y me pregunto hasta qué punto se preocupó por mí anoche, al ver que no volvía a casa.

—Balekin me gusta menos —añado, y ella pone los ojos en blanco.

Cuando regresamos a la fortaleza, me entero de que Madoc ha dejado dicho que estará ausente hasta tarde. Como no tengo gran cosa que hacer salgo a buscar a Taryn, pero, aunque la he visto subir al piso de arriba hace apenas unos minutos, no está en su habitación. Su vestido está tirado en la cama y el armario está abierto; hay unos cuantos vestidos colgando de mala manera, como si los hubiera sacado a toda prisa hasta encontrar el que quería.

¿Habrá quedado con su pretendiente? Doy una vuelta por su cuarto e intento examinarlo con ojos de espía, atenta a cualquier posible pista reveladora. No detecto nada inusual, aparte de unos cuantos pétalos de rosa que se están marchitando sobre su tocador.

Me voy a mi cuarto y me tumbo en la cama a repasar los recuerdos de la noche anterior. Me meto la mano en el bolsillo y saco el puñal para limpiarlo de una vez. Al hacerlo, saco también la bellota dorada. La hago girar en mi mano.

Es un trozo macizo de metal, un abalorio precioso. Al principio pienso que es un simple adorno, hasta que me fijo en las líneas diminutas que lo atraviesan. Unas líneas que parecen indicar partes móviles. Como si se tratara de un puzle.

Por más que lo intento, no consigo desenroscar la parte superior. Tampoco logro hacer nada más. Estoy a punto de rendirme y de arrojar la bellota sobre mi tocador cuando reparo en un agujero diminuto en la parte inferior, tan pequeño que resulta casi invisible. Salto de la cama y empiezo a revolver mi escritorio en busca de un alfiler. El que encuentro tiene una perla en un extremo. Intento encajar la punta en la bellota. Me lleva un rato, pero al final lo consigo, ejerciendo presión hasta que oigo un chasquido y se abre.

Unos escalones mecánicos emergen del luminoso núcleo de la bellota, donde se encuentra posado un diminuto pájaro dorado. El ave mueve el pico y habla con una vocecilla chirriante: «Mi fiel camarada, estas son las

últimas palabras de Liríope. Tengo tres pájaros dorados que voy a dispersar. Tres intentos por lograr que uno llegue hasta tus manos. Ya es tarde para un posible antídoto, así que, si oyes esto, te lego la carga de mis secretos y el último deseo que anida en mi corazón. Protégele. Aléjale de los peligros de esta corte. Mantenlo a salvo y nunca, jamás, le cuentes la verdad sobre lo que me ha ocurrido».

Tatterfell entra en la habitación, trayendo consigo una bandeja con la merienda. Intenta ver qué estoy haciendo, pero logro esconder la bellota a tiempo.

Cuando se marcha, suelto el abalorio y me sirvo una taza de té con la que luego me caliento las manos. Liríope es la madre de Locke. Este mensaje parece destinado a pedirle a alguien —a ese fiel camarada— que se lleve de aquí a Locke. Describe el mensaje como sus «últimas palabras», así que debía de saber que estaba a punto de morir. Puede que las bellotas estuvieran dirigidas al padre de Locke, con la esperanza de que su hijo se pasara el resto de su vida explorando lugares remotos con él, en lugar de verse envuelto en intrigas.

Pero como Locke sigue aquí, parece que nadie encontró ninguna de esas tres bellotas. Puede que ninguna de ellas llegara siquiera a salir de su alcoba.

Debería devolvérsela para que sea él quien decida qué hacer con ella. Pero no hago más que pensar en la nota que encontré sobre el escritorio de Balekin, la nota que parecía implicarle en el asesinato de Liríope. ¿Debería contárselo a Locke?

Conozco la procedencia de la seta lepiota por la que preguntas, pero lo que hagas con eso no debe relacionarse conmigo.

Doy vueltas a esas palabras dentro de mi cabeza, tal y como hago con la bellota en la mano, y percibo las mismas fisuras.

Hay algo raro en esa frase.

Vuelvo a copiarla en un trozo de papel para asegurarme de que la recuerdo correctamente. La primera vez que la leí, la nota parecía insinuar que la reina Orlagh había encontrado un veneno letal para Balekin. Pero las

setas lepiotas, aunque escasas, crecen en la naturaleza, incluso en esta isla. Yo misma recogí setas lepiotas en el Bosque Lechoso, al lado de las abejas de púa negra, que construyen sus colmenas en las copas de los árboles (se puede preparar un antídoto con su miel, según he sabido recientemente gracias a mis lecturas). Las setas lepiotas no son peligrosas si no te bebes el líquido rojo.

¿Y si la nota de la reina Orlagh no quería decir que había *encontrado* setas lepiotas y que se las iba a dar a Balekin? ¿Y si con lo de «conocer la procedencia», Orlagh se refería a que *conocía* el lugar exacto del que habían salido unas setas lepiotas *concretas*? Al fin y al cabo, dice «lo que hagas con eso» y no «lo que hagas con *ellas*». Le está advirtiendo acerca de lo que piensa hacer con esa información, no con las setas en sí.

Lo que significa que Balekin no va a envenenar a Dain.

También significa que Balekin podría haber descubierto quién fue el causante de la muerte de la madre de Locke, si es que averiguó quién poseía la seta lepiota que la mató. Puede que la respuesta estuviera allí, entre los demás papeles que, con las prisas, pasé por alto.

Tengo que volver. Tengo que volver a entrar en la torre. Hoy, antes de que se acerque todavía más la coronación, porque es posible que Balekin no vaya a intentar asesinar a Dain y que la Corte de las Sombras se haya equivocado. O, si están en lo cierto, Balekin no lo matará con setas lepiotas.

Tras beberme el té de un trago, saco el uniforme de sirvienta del fondo de mi armario. Me suelto el pelo y me lo peino con una versión aproximada de las burdas trenzas que llevan las criadas en casa de Balekin. Me sujeto el puñal al muslo y me meto en el bolsillo un poco de sal extraída de la cajita plateada donde la guardo. Después agarro mi capa, me pongo los zapatos de piel y salgo por la puerta, al tiempo que empiezan a sudarme las manos.

He aprendido mucho desde mi primera incursión en Villa Fatua, lo suficiente como para entender mejor los riesgos que estaba corriendo. Pero eso no ayuda a aplacar mis nervios. A juzgar por la escena que vi con Cardan, no sé qué sería capaz de hacerme Balekin si me sorprendiera.

Inspiro hondo y me recuerdo que no debo dejar que me descubran.

Según Cucaracha, esa es la verdadera labor de un espía. La información es secundaria. La clave es que no te descubran.

Me cruzo con Oriana por el pasillo. Me mira de arriba abajo. Tengo que resistir el impulso de envolverme aún más en la capa. Ella lleva puesto un vestido del mismo color que las moras antes de madurar y el pelo recogido ligeramente hacia atrás. Tiene también unos radiantes pendientes de cristal que le cubren la oreja entera. Me dan un poco de envidia. Si yo me pusiera uno de esos pendientes, podría disimular el contorno redondeado de mis orejas humanas.

—Anoche viniste muy tarde a casa —dice Oriana, frunciendo los labios —. Faltaste a la cena, y tu padre te estaba esperando para hablar contigo.

—Seré buena —respondo, aunque enseguida me arrepiento de haber dicho eso, porque lo más probable es que esta noche tampoco esté de vuelta para la cena—. Mañana. Seré buena a partir de mañana.

—Qué taimada eres —dice Oriana, mirándome fijamente como si así fuera a conseguir sacar a la luz mis secretos—. Seguro que estás tramando algo.

Estoy hasta el gorro de sus suspicacias.

—Siempre piensas eso —replico—. Pero por una vez tienes razón.

Mientras Oriana se estruja la sesera para entender qué he querido decir con eso, bajo por las escaleras y salgo al jardín. Nadie se interpone en mi camino, nadie me hace reconsiderar lo que estoy a punto de hacer.

Esta vez pienso ser más cuidadosa y decido no utilizar el sapo. Mientras camino por el bosque, una lechuza sobrevuela la zona en círculos. Me bajo la capucha de la capa para cubrirme la cara.

Cuando llego a Villa Fatua, dejo mi capa entre una pila de leños y entro a través de las cocinas, donde están preparando la cena. Hay pichones laqueados con gelatina rosada, el olor de su carne chisporroteante es suficiente para que se me haga la boca agua y se me forme un nudo en el estómago.

Abro una alacena y me topo con una docena de velas, todas ellas del color del cuero lustrado y adornadas con un sello dorado con el emblema personal de Balekin: tres pájaros negros riéndose. Cojo nueve velas y paso junto a los guardias, intentando moverme de la manera más mecánica posible. Uno de ellos me mira con cara rara. Seguro que hay algo de mí que

le escama, pero ya me ha visto antes, así que avanzo con más seguridad que la última vez.

Al menos, hasta que veo a Balekin bajando por las escaleras.

Cuando mira hacia mí, lo único que puedo hacer es agachar la cabeza y mantener el paso. Entro con las velas en la habitación que tengo más próxima, que resulta ser la biblioteca.

Aliviada, me aseguro de que Balekin no se haya fijado en mí. Tengo la respiración entrecortada y el corazón a mil.

La sirvienta que estuvo limpiando la chimenea de la habitación de Cardan está ahora recolocando unos libros en la estantería con la mirada perdida. Es tal y como la recordaba: flaca, con los labios agrietados y los ojos amoratados. Se mueve con lentitud, como si el aire fuera tan denso como el agua. En su ensoñación narcótica, yo le resulto tan poco interesante como si fuera una pieza del mobiliario.

Examino los estantes con impaciencia, pero no encuentro nada útil. Tengo que llegar hasta la torre, revisar la correspondencia del príncipe Balekin y confiar en encontrar algo relacionado con la madre de Locke, con Dain o con la coronación. Algo que se me haya pasado por alto.

Pero no puedo hacer nada mientras Balekin se interponga en mi camino hacia las escaleras.

Vuelvo a mirar a la sirvienta. Me pregunto cómo será su vida aquí, cuáles serán sus sueños. Si alguna vez, aunque sea brevemente, ha tenido alguna oportunidad de escapar. Al menos, gracias al geis, si Balekin me descubriera, no podría condenarme a este destino.

Espero, cuento hasta mil mientras apilo las velas en una silla. Después me asomo. Balekin se ha ido, menos mal. Subo a toda prisa por las escaleras, en dirección a la torre. Contengo el aliento al pasar junto a la puerta de Cardan, pero la suerte me acompaña. Está cerrada a cal y canto.

Termino de subir las escaleras y llego al despacho de Balekin. Me fijo en los tarros con hierbas que están repartidos por toda la habitación, hierbas que ahora miro con otros ojos. Algunas son venenosas, pero en su mayoría son simples narcóticos. No veo setas lepiotas por ninguna parte. Me acerco a su mesa y me limpio las manos sobre la tela áspera de mi vestido, tratando

de no dejar ningún rastro de sudor, tratando de memorizar la disposición de los papeles.

Hay dos cartas remitidas por Madoc, pero al parecer se limitan a mencionar qué caballeros asistirán a la coronación y en qué orden se distribuirán alrededor de la tarima central. Hay otras misivas que parecen estar relacionadas con asignaciones, con fiestas, guateques y jolgorios. No encuentro ninguna mención a setas lepiotas, ni a cualquier otro veneno. Tampoco a Liríope o a su asesinato. Lo único que resulta un poco sorprendente es un poemilla de amor, escrito de puño y letra por el príncipe Dain, dedicado a una mujer cuyo nombre no menciona, solo dice que tiene el «cabello radiante como el alba» y los «ojos como estrellas».

Tampoco encuentro ningún indicio sobre un posible plan contra el príncipe Dain. Si Balekin planea asesinar a su hermano, ha sido tan astuto como para no dejar ninguna prueba. Incluso la carta que hablaba de la seta lepiota ha desaparecido.

Me he arriesgado a venir a Villa Fatua para nada.

Me quedo quieta unos segundos, intentando poner en orden mis pensamientos. Tengo que salir de aquí sin llamar la atención.

Un mensajero. Me disfrazaré de mensajero. Los mensajeros entran y salen de las fincas a todas horas. Cojo un folio en blanco y garabateo el nombre de Madoc en un reverso, después sello el otro con cera. El olor a azufre de la cerilla flota en el ambiente durante unos instantes. Mientras se disipa, desciendo por las escaleras con el mensaje falso en la mano.

Cuando paso junto a la biblioteca, titubeo. La sirvienta sigue ahí dentro, sacando libros de una pila con gesto mecánico y colocándolos en los estantes. Seguirá haciéndolo hasta que le ordenen otra cosa, hasta que se desmaye, hasta que se desvanezca, olvidada por todos. Como si su vida no valiera nada.

No puedo dejarla aquí.

Yo no tengo nada por lo que regresar al mundo mortal, pero puede que ella sí. Ya sé que esto supone traicionar la confianza que el príncipe Dain ha depositado en mí, supone traicionar todo lo que representa Faerie. De verdad que lo sé. Pero, al mismo tiempo, no puedo dejar a esta chica a su suerte.

Siento una especie de alivio al pensar eso.

Entro en la biblioteca y dejo la nota encima de una mesa. La chica no se da la vuelta, no reacciona en absoluto. Saco la sal del bolsillo y me echo un poco en la palma de la mano. La extiendo hacia ella, igual que si estuviera persuadiendo a un caballo con un terrón de azúcar.

—Prueba esto —le digo en voz baja.

La sirvienta se da la vuelta hacia mí, aunque sigue con la mirada perdida.

—Lo tengo prohibido —responde con la voz ronca por llevar mucho tiempo sin usarla—. Nada de sal. No deberías…

Le tapo la boca con la mano. Parte de la sal cae al suelo, pero el resto lo presiono sobre sus labios.

Soy idiota. Una idiota impulsiva.

Tras rodearla con un brazo, me adentro con ella aún más en la biblioteca. La chica alterna entre intentar gritar e intentar morderme. No para de arañarme los brazos, clavándome las uñas en la piel. La inmovilizo contra la pared hasta que se tranquiliza, hasta que deja de forcejear.

—Lo siento —susurro mientras la sujeto—. Estoy improvisando sobre la marcha. No quiero hacerte daño. Quiero salvarte. Por favor, deja que lo haga. Deja que te salve.

Cuando lleva ya un buen rato sin moverse, decido correr el riesgo de quitarle la mano de la boca. La criada está jadeando, tiene la respiración entrecortada. Pero no grita, lo cual es buena señal.

—Vamos a salir de aquí —le digo—. Puedes confiar en mí.

Me mira con cara de no entender nada.

—Actúa con normalidad.

La ayudo a ponerse en pie y me doy cuenta de que le estoy pidiendo algo imposible. Sus ojos comienzan a dar vueltas en su cabeza como si fuera un caballo enloquecido. No sé cuánto tiempo tenemos antes de que pierda la cabeza por completo.

Aun así, no puedo hacer otra cosa que sacarla de Villa Fatua lo más rápido posible. Me asomo a la sala principal. Sigue vacía, así que saco a la chica a rastras de la biblioteca. Está contemplando el entorno como si fuera la primera vez que ve la aparatosa escalinata de madera y la galería situada

en lo alto. Entonces me acuerdo de que me he dejado la nota falsa en la mesa de la biblioteca.

—Espera —le digo—. Tengo que volver a…

La chica me lanza una mirada lastimera y se resiste a moverse. Pese a todo, la llevo a rastras y recojo el mensaje. Lo estrujo y me lo guardo en el bolsillo. Ya no sirve de nada, porque los guardias podrían acordarse de él y relacionarlo con la desaparición de una sirvienta.

—¿Cómo te llamas?

La chica niega con la cabeza.

—Tienes que recordarlo —insisto.

Ya sé que es horrible, pero, en lugar de sentir lástima por ella, me siento molesta. «Espabila —pienso—. Deja de actuar de esa manera. Vámonos de aquí».

—Sophie —dice al rato, con una especie de gemido. Sus ojos comienzan a cubrirse de lágrimas. Cada vez me siento peor por lo cruel que estoy a punto de ser con ella.

—Te prohíbo llorar —le espeto con rudeza, confiando en que mi tono de voz la asuste y así me preste atención. Intento hablar igual que Madoc, como si estuviera acostumbrada a que se obedezcan mis órdenes—. No llores. Si lo haces, te abofetearé.

La chica tuerce el gesto, pero accede a guardar silencio. Le seco las lágrimas con el reverso de la mano.

—¿Entendido? —le pregunto.

Al ver que no responde, deduzco que no tiene sentido seguir conversando. Nos dirigimos hacia las cocinas. Tendremos que pasar junto a los guardias, no hay otra salida. Sophie esboza una sonrisa que parece un rictus, pero al menos tiene suficiente control sobre sí misma como para hacerlo. Lo que me preocupa es por qué no deja de mirarlo todo. A medida que nos acercamos a los guardias, resulta imposible disimular la intensidad de su mirada.

Improviso, tratando de aparentar que estoy recitando un mensaje que he memorizado, con un tono carente de inflexión:

—El príncipe Cardan ha ordenado que nos presentemos ante él.

Uno de los guardias se da la vuelta hacia el otro.

—A Balekin no le gustará.

Intento mantenerme impasible, pero no es fácil. Permanezco inmóvil, expectante. Si arremeten contra nosotras, tendré que matarlos.

—Está bien —dice el primer guardia—. Marchad. Pero decidle a Cardan que su hermano exige que esta vez os traiga de vuelta a las dos.

No me gusta cómo suena eso.

El segundo guardia le echa un vistazo a Sophie y repara en su mirada frenética.

—¿Qué estás mirando?

La chica se pone a temblar a mi lado, de los pies a la cabeza. Tengo que decir algo rápido, antes de que lo haga ella.

—Lord Cardan nos dijo que fuéramos más atentas —digo, confiando en que la plausible confusión de una orden ambigua ayude a explicar su comportamiento.

A continuación, Sophie y yo seguimos atravesando las cocinas, junto a los sirvientes humanos a los que no voy a salvar, consciente de la futilidad de mis actos. En el conjunto global, ¿ayudar a una sola persona tiene alguna relevancia?

«Cuando tenga poder, encontraré una manera de ayudarlos a todos», pienso. Y cuando Dain llegue al poder, yo también lo tendré.

Me aseguro de moverme despacio. No me relajo hasta que por fin llegamos al exterior.

Pero, incluso entonces, resulta que me he precipitado. Cardan se dirige hacia nosotras a lomos de un imponente caballo gris moteado. Por detrás de él va una chica montada en un palafrén: Nicasia. En cuanto entre, los guardias le preguntarán por nosotras. En cuanto entre, sabrá que algo va mal.

Si es que no me ve antes y se da cuenta de lo que pasa.

¿Cuál sería el castigo por secuestrar a la sirvienta de un príncipe? No lo sé. Una maldición, quizá, como por ejemplo que te conviertan en cuervo, te obliguen a volar hacia el norte y a vivir durante siete veces siete años en un palacio de hielo. O, peor aún, nada de maldiciones. Una ejecución.

Tengo que hacer un esfuerzo inmenso por no echar a correr. Aunque sé que es imposible que pudiera llegar hasta el bosque, y menos aún con una

chica a cuestas. Cardan nos arrollaría a las dos.

—Deja de mirarle —le susurro a Sophie, con más dureza de la que me gustaría—. Mira al suelo.

—Y tú deja de regañarme —replica ella, pero al menos no se echa a llorar.

Mantengo la cabeza gacha y, tomándola del brazo, camino hacia el bosque. Por el rabillo del ojo veo que Cardan está desmontando, su melena negra ondea al viento. Mira hacia mí y se queda quieto un instante. Contengo el aliento y no corro.

No puedo correr.

No se oyen las atronadoras pisadas de un caballo, nadie corre a detenernos para castigarnos. Aliviada, compruebo que Cardan solo ve a dos sirvientas que se dirigen al bosque para recoger leña, bayas o algo así.

Cuanto más no acercamos a la linde del bosque, más tensos se vuelven mis pasos.

Entonces Sophie se pone de rodillas y se da la vuelta para mirar hacia la mansión de Balekin. Un quejido agudo emerge de las profundidades de su garganta.

—No —dice, negando con la cabeza—. No, no, no, no, no. No. Esto no es real. Esto no ha ocurrido.

Tiro de ella para que se levante, hincándole los dedos en la axila.

—Muévete —le digo—. Muévete o te dejaré aquí. ¿Entendido? Te dejaré aquí, y el príncipe Cardan te encontrará y te volverá a encerrar ahí dentro.

Giro la cabeza hacia atrás y le veo. Cardan se ha bajado del caballo y lo está guiando hacia los establos. Nicasia sigue montada en el suyo, con la cabeza echada hacia atrás, riéndose de algo que ha dicho Cardan. Él también está sonriendo, pero no con su chulería habitual. No parece el malo de un cuento. Solo parece un hada joven que ha salido a pasear con su amiga a la luz de la luna.

Sophie avanza dando tumbos. No pueden descubrirnos ahora, no cuando estamos tan cerca.

En cuanto me adentro entre las ramas de los pinos, dejo escapar un suspiro tremendo. Hago caminar a Sophie hasta que llegamos a un arroyo.

Lo atravesamos a pie, pese a que el agua fría y el lodo nos ralentizan. Pero vale la pena con tal de ocultar nuestras huellas.

Finalmente, Sophie se desploma sobre la orilla y deja escapar el llanto que llevaba un rato conteniendo. La miro sin saber qué hacer. Ojalá fuera mejor persona y sintiera más empatía, en vez de sentir fastidio y temer que cualquier retraso pueda provocar que nos capturen. Me obligo a sentarme sobre los restos de un tronco roído por las termitas, junto a la orilla del riachuelo, y dejo que se desahogue. Pero al ver que pasan los minutos y que sus lágrimas no cesan, me acerco y me arrodillo sobre la hierba embarrada.

—No falta mucho para llegar a mi casa —digo, intentando sonar convincente—. Solo hay que caminar un poco más.

—¡Cállate! —grita Sophie, que levanta una mano para que no me acerque.

Siento una oleada de frustración. Me entran ganas de gritarle, de zarandearla. Me muerdo la lengua y aprieto los puños para contenerme.

—Está bien —digo, inspirando hondo—. Todo está yendo muy deprisa, lo sé. Pero de verdad que quiero ayudarte. Puedo sacarte de Faerie. Esta misma noche.

La chica niega otra vez con la cabeza.

—No sé —dice—. No sé. Estaba en el festival Buming Man. Un tipo me ofreció un trabajo para servirle canapés a un tío raro y rico en una de esas tiendas de campaña con aire acondicionado. «Pero no pruebes ninguno —añadió—. Si lo haces, tendrás que servirme durante mil años…».

Su voz se va apagando, pero ya entiendo cómo acabó atrapada. Debió de pensar que le estaba gastando una broma. Seguro que se echó a reír y que él sonrió. Y entonces, da igual que se comiera un hojaldre de gambas o que se guardara en el bolsillo alguna pieza de la cubertería… El resultado fue el mismo.

—Tranquila —le digo, sin creer ni yo misma mis palabras—. Todo va a salir bien.

Sophie me mira y parece como si me viera por primera vez. Ve que voy vestida igual que ella, como una sirvienta, pero también percibe que hay algo en mí que no encaja.

—¿Quién eres? ¿Qué lugar es este? ¿Qué nos ha pasado?

Le he preguntado por su nombre, así que supongo que debería decirle el mío.

—Soy Jude. Me he criado aquí. Una de mis hermanas puede ayudarte a cruzar el mar hasta una ciudad humana que hay cerca de aquí. Una vez allí, podrás llamar a alguien para que te recoja o avisar a la policía para que busquen a tu familia. Todo esto terminará pronto.

Sophie sopesa mis palabras.

—¿Esto es alguna especie de…? ¿Qué ocurrió? Recuerdo cosas, cosas imposibles. Y yo quería… No, no es posible que quisiera…

Se le quiebra la voz y yo no sé qué decir. No puedo ni imaginar el final de esa frase.

—Por favor, dime que esto no es real. No creo que pueda vivir con ello si resulta serlo.

Sophie está contemplando el bosque como si creyera que, si logra demostrar que no es mágico, significaría que todo lo demás tampoco lo es. Pero eso es una tontería. Todos los bosques son mágicos.

—Vamos —insisto.

Aunque no me gusta la última frase que ha dicho, no tiene sentido mentirle solo para que se sienta mejor. Sophie tendrá que aceptar que ha estado atrapada en Faerie. Además, no tengo ningún barco para ayudarle a cruzar el mar, solo cuento con los corceles de Vivi.

—¿Puedes caminar un poco más? —le pregunto. Cuanto antes regrese al mundo de los humanos, mejor.

A medida que nos acercamos a la finca de Madoc, me acuerdo de mi capa, que sigue hecha un gurruño y escondida en una pila de leña junto a la entrada de Villa Fatua. Me maldigo otra vez. Tras guiar a Sophie hasta los establos, le digo que se siente en un cubículo vacío. Se desploma sobre el heno. Me parece que al ver al sapo gigante ha perdido la poca fe en mí que le quedaba.

—Ya hemos llegado —digo, fingiendo entusiasmo—. Voy a entrar a buscar a mi hermana, quiero que tú me esperes aquí. Prométemelo.

Sophie me lanza una mirada escalofriante.

—No puedo hacer esto. No puedo soportarlo.

—No te queda otra —replico con una dureza excesiva.

Entro sigilosamente en casa y subo las escaleras a toda velocidad, confiando contra todo pronóstico en no cruzarme con nadie por el camino. Abro la puerta de la habitación de Vivienne sin molestarme en llamar.

Por fortuna, Vivi está tumbada en su cama, escribiendo una carta con tinta verde, con dibujitos de corazones, estrellas y caras en los márgenes. Levanta la cabeza cuando entro y se echa el pelo hacia atrás.

—Qué uniforme tan curioso llevas.

—He cometido una estupidez muy gorda —digo con un hilo de voz.

Vivi se incorpora al oír eso, se desliza fuera de la cama y se pone en pie.

—¿Qué ha pasado?

—He secuestrado a una chica humana de casa del príncipe Balekin, una sirvienta, y necesito que me ayudes a devolverla al mundo mortal antes de que alguien se entere.

Mientras se lo cuento, me doy cuenta del disparate que he cometido, de lo imprudente y peligroso que ha sido. A Balekin le bastará con encontrar otro humano deseoso de hacer un trato perjudicial para él.

Pero Vivi no me regaña.

—Está bien, deja que me calce. Pensaba que ibas a decirme que habías matado a alguien.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? —inquiero.

Vivi suelta un bufido mientras busca sus botas. Cruzamos una mirada mientras se ata los cordones.

—Jude, no dejas de sonreír como una niña buena delante de Madoc, pero a mí esas sonrisas me parecen más falsas que Judas.

No sé qué responder a eso.

Vivi se pone una capa verde y larga, ribeteada con pieles, con unos broches con forma de rana.

—¿Dónde está la chica?

—En los establos —respondo—. Te llevaré con…

Vivi niega con la cabeza.

—Ni hablar. Tienes que quitarte esa ropa. Ponte un vestido, baja a cenar y asegúrate de actuar con normalidad. Si alguien te pregunta, le dices que has estado todo este rato en tu cuarto.

—¡Pero si no me ha visto nadie! —exclamo.

Vivi me mira con los ojos entornados.

—¿Nadie? ¿Estás segura?

Pienso en Cardan, que llegaba cabalgando mientras escapábamos, y en los guardias a los que he tenido que mentir.

—Casi nadie —me corrijo—. Nadie que prestara demasiada atención.

Si Cardan me hubiera visto, no me habría dejado marchar. No habría perdido la oportunidad de utilizar eso en mi contra.

—Ya, lo que yo pensaba —dice Vivi, extendiendo una mano imponente de largos dedos—. Jude, no es seguro que vengas.

—Iré —insisto—. La chica se llama Sophie y está muerta de miedo…

—No me extraña —replica Vivi.

—No creo que quiera irse contigo. Te pareces a ellos.

Creo que lo que más miedo me da es que mi valentía se agote. Me preocupa la adrenalina que se está disipando de mi cuerpo, obligándome a ser consciente de la locura que he cometido. Pero teniendo en cuenta que Sophie no se fiaba de mí, estoy convencida de que los ojos felinos de Vivi serían motivo suficiente para hacerle perder la cabeza.

—Porque eres uno de ellos —añado.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —replica Vivi.

—Tenemos que irnos —insisto—. Iré contigo. No hay tiempo para discutirlo.

—Está bien, vamos —dice Vivi. Bajamos juntas por las escaleras, pero, cuando estamos a punto de salir por la puerta, me agarra del hombro y añade—: No puedes salvar a tu madre, ¿ sabes? Ya está muerta.

Me siento como si me hubiera arreado un bofetón.

—Eso no es…

—¿No lo es? —inquiere—. ¿No es eso lo que estás haciendo? Dime que esa chica no es una especie de sucedáno de tu madre, una forma de compensar su pérdida.

—Quiero ayudar a Sophie —digo, zafándome—. Solo a Sophie.

Afuera, la luna preside el cielo, tiñendo las hojas de plata. Vivi se acerca a recoger un ramito de tallos de hierba cana.

—Vale, vamos a llevarle esto a Sophie.

Sigue donde la dejé, encogida sobre el heno, balanceándose hacia delante y hacia atrás mientras murmura algo entre dientes. Me siento aliviada al verla, al comprobar que no ha salido huyendo y no nos ha tocado seguirle la pista por el bosque, aliviada de que ningún sirviente de Balekin la haya encontrado y se la haya llevado de vuelta.

—Bien —digo, con fingido entusiasmo—. Estamos listas.

—Sí —dice Sophie, levantándose. Tiene el rostro surcado de lágrimas, pero ya no está llorando. Parece conmocionada.

—Todo va a salir bien —le repito, pero ella no responde.

Permanece muda mientras salimos por la puerta trasera de los establos, donde nos está esperando Vivi junto con dos ponis escuálidos con ojos verdes y crines frondosas.

Sophie se queda mirándolos y luego mira a Vivi. Empieza a retroceder, negando con la cabeza. Cuando me acerco a ella, también se aparta de mí.

—No, no, no —dice—. Por favor, no. Más no. No.

—Solo es un hechizo de nada —dice Vivi, intentando razonar, pero sigue tratándose de una criatura con las orejas puntiagudas y ligeramente velludas, y con unos ojos que despiden destellos dorados en la oscuridad—. Un hechizo insignificante, después ya no tendrás que volver a relacionarte con la magia en tu vida. Estarás de vuelta en el mundo mortal, en un mundo bañado por el sol, en un mundo normal. Pero esta es la única manera de llevarte hasta allí. Vamos a volar.

—No —dice Sophie con voz quebrada.

—Vamos a acercamos a ese acantilado de ahí —digo—. Desde allí podrás ver las luces, puede que incluso unas cuantas barcas. Te sentirás mejor cuando veas adónde te diriges.

—No tenemos mucho tiempo —me recuerda Vivi, frunciendo el ceño.

—No está lejos —insisto.

No sé qué más hacer. Las únicas opciones que se me ocurren son noquearla o pedirle a Vivi que la hechice. Ambas son horribles.

Así que atravesamos el bosque, seguidas por los corceles. Sophie no protesta. Parece que el paseo la tranquiliza. Recoge piedras por el camino, rocas lisas a las que les sacude la tierra para luego guardárselas en los bolsillos.

—¿Recuerdas tu vida anterior? —le pregunto.

Sophie asiente y se queda un rato callada, pero luego se da la vuelta hacia mí. Suelta una risita ronca y extraña.

—Siempre quise que la magia existiera de verdad —dice—. ¿No te parece gracioso? Quería que existieran el Conejito de Pascua y Papá Noel. Y Campanilla, me acuerdo de Campanilla. Pero ya no. Ya no quiero que existan.

—Te entiendo —respondo. Y es verdad. He deseado muchas cosas a lo largo de los años, pero hubo un tiempo en que mi mayor deseo era que nada de esto fuera real.

Cuando llegamos al borde del acantilado, Vivi se monta en uno de los corceles y sienta a Sophie delante de ella. Yo me monto en el otro. Sophie se queda mirando el bosque con gesto trémulo y luego me mira a mí. No parece asustada. Parece como si estuviera empezando a creer que lo peor ya ha quedado atrás.

—Agárrate fuerte —dice Vivi, mientras su corcel toma impulso desde el acantilado y se eleva por los aires.

El mío lo imita. Experimento la euforia de echar a volar, una sensación que conozco bien y que me hace sonreír. Por debajo de nosotras se extienden las olas espumosas, y al frente se divisan las luces centelleantes de las ciudades mortales, una tierra misteriosa salpicada de estrellas. Giro la cabeza hacia Sophie con intención de dirigirle una sonrisa reconfortante.

Pero Sophie no me está mirando. Tiene los ojos cerrados. Y entonces, mientras la sigo observando, se inclina hacia un lado, suelta la crin del corcel y se deja caer. Vivi intenta sujetarla, pero es demasiado tarde. La chica se precipita al vacío sin emitir ningún ruido, rumbo a la superficie oscura y espejada del mar.

Cuando impacta contra el agua, apenas se oye un ligero chapoteo.

Me quedo sin habla. Todo parece suceder a cámara lenta a mi alrededor. Pienso en los labios agrietados de Sophie y en las palabras que pronunció: «Por favor, dime que esto no es real. No creo que pueda vivir con ello si resulta serlo».

Pienso en las piedras que se metió en los bolsillos.

No presté atención. No escuché lo que decía. Solo quería salvarla.

Y ahora, por mi culpa, está muerta.

CAPÍTULO 18

Me despierto aturdida. Estuve llorando hasta que me quedé dormida y ahora tengo los ojos hinchados y enrojecidos. Me palpita la cabeza. Lo ocurrido anoche parece surgido de una pesadilla horrible y febril. Me parece imposible que me colara en casa de Balekin y me llevara a una de sus sirvientas. Y me parece todavía más descabellado que la chica prefiriera ahogarse antes que vivir con los recuerdos de Faerie. Mientras bebo té de hinojo y me pongo un jubón, Gnarbone se asoma a mi puerta.

—Con permiso —dice, con una ligera reverencia—. Jude debe acudir inmediatamente a…

Tatterfell le hace un gesto para que se vaya.

—No está presentable para recibir a nadie en este momento. La enviaré abajo cuando termine de vestirse.

—El príncipe Dain la espera en el piso de abajo, en el salón del general Madoc. Me ha ordenado que venga a buscarla sin importar que esté a medio vestir. Me ha dicho que la lleve a rastras, si es necesario.

Gnarbone parece arrepentido por tener que decir eso, pero está claro que ninguno de nosotros puede negarse a cumplir las órdenes del príncipe heredero.

Siento una punzada de pavor en el estómago. ¿Cómo no se me ocurrió pensar que Dain, con sus espías, sería el primero en enterarse de lo que he

hecho? Me seco las manos sobre el jubón de terciopelo. A pesar de su orden, me pongo unos pantalones y unas botas antes de salir. Nadie me lo impide. Ya me siento bastante vulnerable, intentaré mantener toda la dignidad que pueda.

El príncipe Dain se encuentra cerca de la ventana, detrás del escritorio de Madoc. Está de espaldas a mí, y de inmediato me fijo en la espada que lleva colgada del cinturón, visible bajo su gruesa capa de lana. No se da la vuelta cuando entro.

—He obrado mal —digo. Me alegra que se quede donde está. Me resulta más fácil hablar si no me mira—. Cumpliré cualquier penitencia que sea nece…

Dain se da la vuelta, con un gesto de ira tan intenso que de pronto percibo lo mucho que se parece a Cardan. Pega un fuerte manotazo sobre la mesa de Madoc, haciendo tambalear todo lo que hay encima.

—¿Acaso no te he tomado bajo mi servicio y te he concedido un gran beneficio? ¿Acaso no te prometí un lugar en mi corte? Y aun así… aun así, has utilizado lo que te he enseñado para poner en peligro mis planes.

Bajo la mirada al suelo. Dain tiene poder para hacer lo que quiera conmigo. Lo que quiera. Ni siquiera Madoc podría impedírselo, aunque tampoco creo que lo intentara. No solo le he desobedecido, también he mostrado mi lealtad hacia algo completamente ajeno a él. He ayudado a una chica humana. He obrado como lo haría un mortal.

Me muerdo el labio inferior para no ponerme a suplicar que me perdone. No puedo permitirme ese arrebato.

—La herida no ha sido tan grave como cabría esperar, pero con el cuchillo apropiado, con uno más largo, la puñalada habría sido letal. No creas que no sé que eso es lo que pretendías.

Levanto la cabeza de golpe, demasiado sorprendida como para disimularlo. Nuestras miradas se cruzan durante unos incómodos segundos. Me quedo mirando sus ojos grises y plateados, veo como arruga la frente, formando unos surcos profundos que denotan su descontento. Me fijo en todo eso mientras intento no pensar en que he estado a punto de revelar un crimen aún más grave que el que ha descubierto Dain.

—¿Y bien? —inquiere—. ¿No tenías ningún plan para cuando te descubrieran?

—Intentó hechizarme para que saltara desde lo alto de la torre —respondo.

—Y para colmo, ahora sabe que eres inmune a los hechizos. —Dain rodea el escritorio y se acerca a mí—. Eres mi peón, Jude Duarte. Atacarás solo cuando yo te lo diga. De lo contrario, contén tu mano. ¿Entendido?

—No —respondo sin pensar. Lo que me está pidiendo es absurdo—. ¿O es que debería haber permitido que me hiciera daño?

Si Dain supiera todo lo que he hecho en realidad, estaría mucho más furioso. Entonces clava un puñal sobre la mesa de Madoc.

—Recógelo —dice, y siento la coacción propia de un hechizo.

Mis dedos se cierran sobre la empuñadura. Me siento un poco aturdida. Soy consciente e inconsciente al mismo tiempo de lo que estoy haciendo.

—A continuación, voy a pedirte que te claves el cuchillo en la mano. Cuando te pida que lo hagas, quiero que recuerdes dónde están tus huesos, dónde están tus venas. Quiero que te atravieses la mano provocando el menor daño posible.

Su voz es hipnótica, suena como un arrullo, pero se me acelera el corazón de todos modos. Contra mi voluntad, coloco la punta afilada del cuchillo sobre la palma de mi mano. La presiono ligeramente sobre mi piel. Estoy preparada.

Le odio, pero estoy preparada. Le odio, y también me odio a mí misma.

—Adelante —dice Dain, y el hechizo se desvanece.

Retrocedo ligeramente. Vuelvo a tener el control sobre mis actos, aún sigo con el cuchillo en la mano. Dain ha estado a punto de hacer que…

—No me decepciones —dice el príncipe.

Enseguida me doy cuenta de que no me ha indultado. No me ha librado del hechizo porque quiera perdonarme. Podría hechizarme de nuevo, pero no lo va a hacer porque quiere que me clave el cuchillo a propósito. Quiere que le demuestre mi devoción con mi sangre. Dudo. Pues claro que dudo. Esto es absurdo. Es horrible. La gente no muestra así su lealtad. Esto es una locura.

—¿Jude? —inquiere.

No sabría decir si prefiere que supere la prueba o que fracase. Pienso en Sophie, que está en el fondo del mar con los bolsillos llenos de piedras. Pienso en la cara de satisfacción de Valerian cuando me dijo que saltara desde la torre. Pienso en la mirada de Cardan, instándome a desafiarlo.

He intentado ser mejor que ellos y he fracasado.

¿En qué podría convertirme si dejaran de importarme la muerte y el dolor, si todo me diera igual? ¿Y si dejara de intentar encajar?

En vez de tener miedo, podría inspirarlo en los demás.

Sin dejar de mirar a Dain, me clavo el cuchillo en la mano. El dolor es como una ola que se eleva cada vez más, pero que nunca llega a romper. Emito un ruidito sordo con la garganta. Puede que no me merezca un castigo por esto, pero sí por otras cosas.

Dain adopta una expresión extraña, impasible. Retrocede un paso, como si la idea de hacer esta locura hubiera sido mía, en lugar de estar limitándome a cumplir sus órdenes. Después carraspea y dice:

—No reveles tu destreza con la espada. No reveles tu dominio sobre la hechicería. No reveles todo lo que sabes hacer. Haz uso de tu poder sin que parezca que lo tienes. Eso es lo que necesito de ti.

—Sí —mascullo, mientras me extraigo el puñal.

Empieza a correr sangre sobre el escritorio de Madoc, más de la que esperaba. De pronto empiezo a sentirme mareada.

—Limpíalo —dice Dain.

Tiene apretada la mandíbula. Si en algún momento ha sentido sorpresa, ya se ha disipado, la ha reemplazado por otra cosa. No tengo nada con lo que limpiar la mesa, salvo el dobladillo de mi jubón.

—Y ahora, dame la mano.

Reticente, la extiendo hacia él, pero lo único que hace es agarrarla con suavidad y envolverla en un paño verde que se ha sacado del bolsillo. Intento flexionar los dedos, y el dolor está a punto de provocar que me desmaye. El tejido del vendaje improvisado se oscurece de inmediato.

—Cuando me haya ido, ve a las cocinas y cubre la herida con musgo.

Asiento de nuevo. No sé si podré traducir mis pensamientos en palabras. Me temo que no voy a ser capaz de mantenerme en pie mucho más tiempo, pero mantengo firmes las rodillas y me quedo mirando la porción de

madera astillada sobre la mesa de Madoc donde impactó la punta del cuchillo, cubierta ahora por una mancha roja y brillante que, poco a poco, va perdiendo su intensidad.

La puerta del despacho se abre de golpe, los dos nos sobresaltamos. El príncipe Dain me suelta la mano y me la meto en el bolsillo. Me duele tanto que casi pierdo el equilibrio. Ha venido Oriana, cargada con una bandeja de madera con una tetera humeante y tres tazas de barro. Lleva puesto un vestido de un color tan vívido como el de los caquis antes de madurar.

—Príncipe Dain —dice, haciendo una elegante reverencia—, los sirvientes me contaron que estabais reunido con Jude, pero yo les dije que tenían que estar equivocados. Cuando falta tan poco para la coronación, vuestro tiempo es demasiado valioso como para que os lo robe una simple chiquilla. Le concedéis demasiado crédito, y no hay duda de que el peso de vuestra estima resulta abrumador.

—No hay duda —dice Dain, sonriendo con los dientes apretados—. Me he entretenido demasiado.

—Tomaos un té antes de partir —dice Oriana, dejando la bandeja sobre la mesa de Madoc—. Podríamos tomar una taza y charlar un rato. Si Jude ha hecho algo que pudiera ofenderos…

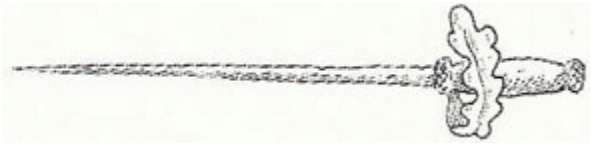
—Disculpadme —dice Dain con un tono que no resulta especialmente amable—. Tus palabras me han recordado que debo irme enseguida.

Pasa junto a Oriana, rozándola, y me echa un último vistazo antes de marcharse. No sé si habré pasado la prueba o no. En cualquier caso, ya no confía en mí tanto como antes. Eso lo he estropeado.

Aunque yo tampoco confío demasiado en él.

—Gracias —le digo a Oriana. Estoy temblando de pies a cabeza.

Por una vez, no me regaña. No dice nada. Apoya ligeramente las manos sobre mis hombros y yo me inclino hacia ella. El olor a hierba luisa machacada inunda mi nariz. Cierro los ojos e inspiro ese olor tan familiar. Estoy tan desesperada que pienso aprovechar cualquier consuelo que se me presente. Cualquiera.



Me olvido de las clases y las lecciones. Temblando sin parar, regreso a mi habitación y me meto en la cama. Tatterfell me acaricia el pelo brevemente, como si fuera un gato soñoliento, y luego retoma la tarea de ordenar mi ropa. Está previsto que mi vestido nuevo llegue hoy, a lo largo del día, mientras que la coronación dará comienzo mañana. El nombramiento de Dain como rey supremo dará pie a un mes de festividades, tiempo durante el que menguará la luna para luego volver a crecer.

Me duele tanto la mano que no puedo soportar ponerle musgo encima. Me limito a sostenerla sobre el pecho.

El dolor se extiende en oleadas palpitantes e irregulares, como si se tratara de los latidos de un segundo corazón. No puedo hacer más que quedarme aquí tumbada y esperar a que remita. Mi mente divaga sin rumbo.

En algún lugar del exterior, todos los nobles, damas y señores feudales que gobiernan otras cortes lejanas están llegando para presentar sus respetos ante el nuevo rey supremo. Cortes Nocturnas y Cortes Diurnas, Cortes Libres y Cortes Montaraces. Los súbditos del rey supremo y las cortes con las que han firmado una tregua, por frágil que sea. Incluso la Corte del Inframar de Orlagh asistirá. Algunos se comprometerán a aceptar con fidelidad el dictamen del rey supremo a cambio de su sabiduría y protección. Se comprometerán a defenderlo y a vengarlo, si fuera necesario. Más tarde, todos mostrarán sus respetos corriéndose una buena juerga.

Se da por hecho que tendré que participar en sus fiestas. Un mes de bailes, festejos, bebida, acertijos y duelos.

Para ello, hay que desempolvar, planchar y airear mis mejores vestidos. Tatterfell está cosiendo unos puños preciosos, confeccionados con escamas de piña, en el extremo de unas mangas deshilachadas. Los pequeños rotos de las faldas se cubren con bordados en forma de hojas, granadas y, en un caso, de zorro saltarín. Tatterfell me ha remendado docenas de zapatillas de

cuero. Se espera de mí que baile con tanto ahínco como para desgastar un par cada noche.

Al menos, Locke estará allí para bailar conmigo. Intento concentrarme en el recuerdo de sus ojos ambarinos para ignorar el dolor de la mano.

Mientras Tatterfell se desplaza por la habitación, cierro los ojos y acabo sumida en un sueño extraño e intermitente. Cuando me despierto es noche cerrada y estoy empapada de sudor. Sin embargo, me embarga una paz extraña; no sé por qué, pero las lágrimas, el malestar y el pánico se han mitigado. El dolor insoportable de la mano se ha convertido en una leve molestia.

Tatterfell se ha ido. Vivi está sentada a los pies de mi cama. La luz de la luna se refleja en sus ojos felinos, que despiden un brillo amarillento.

—He venido a ver si estabas bien —dice—. Aunque está claro que no.

Me obligo a incorporarme, empleando solo una mano.

—Lo siento. Siento haberte pedido que hicieras eso. No debí haberlo hecho. Te puse en peligro.

—Soy tu hermana mayor —dice Vivi—. No hace falta que me protejas de mis propias decisiones.

Después de que Sophie se arrojara al agua, Vivi y yo nos pasamos las horas restantes hasta el amanecer sumergiéndonos en el mar helado, llamando a Sophie, tratando de encontrar algún rastro de ella. Nadamos bajo las aguas negras y chillamos su nombre hasta quedarnos roncas.

—*Aun* así —digo.

—Aun así —repite, tajante—. Quería ayudar. Quería ayudar a esa chica.

—Lástima que no lo consiguiéramos. —Las palabras se me atoran en la garganta.

Vivienne se encoge de hombros, lo cual me recuerda que, a pesar de ser mi hermana, diferimos en cosas que son difíciles de comprender.

—Hiciste algo muy valiente. Siéntete orgullosa. No todo el mundo puede actuar con valentía. Yo no siempre lo consigo.

—¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a lo de no contarle a Heather lo que está pasando en realidad?

Vivi hace una mueca, pero sonríe, visiblemente agradecida de que haya elegido un tema de conversación menos funesto. Nuestros pensamientos

transitan desde una chica muerta hasta la novia de Vivi, que también es mortal.

—Hace unos días estábamos juntas en la cama —dice Vivi—. Ella empezó a trazar con el dedo el contorno de mi oreja. Pensé que iba a preguntarme algo que me daría pie para contárselo, pero ella se limitó a decirme que me había retocado la oreja de un modo genial. ¿Sabías que hay mortales que se hacen cortes en las orejas y se las cosen para que, al curarse, se queden de punta?

No me sorprende. Sé lo que es anhelar unas orejas como las de Vivi. Me he pasado casi media vida deseando tener unas así, con sus puntas velludas y delicadas.

Lo que no le digo es esto: nadie que toque esas orejas podría creer que no son genuinas. Así que, o bien Heather está mintiéndole a mi hermana, o se está mintiendo a sí misma.

—No quiero que me tenga miedo —dice Vivi.

Pienso en Sophie, y estoy segura de que Vivi también está pensando en ella, con sus bolsillos llenos de piedras. Sophie, hundida en el fondo del mar. Puede que lo ocurrido le haya afectado más de lo que deja entrever.

Oigo la voz de Taryn, procedente del piso de abajo:

—¡Ya están aquí! ¡Nuestros vestidos! ¡Venid a verlos!

Mientras me levanto de la cama, Vivi me sonríe.

—Al menos, hemos vivido una aventura. Y ahora vamos a vivir otra.

Dejo que se adelante, ya que necesito cubrirme la mano vendada con un guante antes de seguirla por las escaleras. Sobre la herida coloco un botón, el cual he arrancado previamente de un abrigo, para amortiguar la presión del guante. Ya solo me queda rezar para que el bulto que tengo en la palma no resulte demasiado visible.

Nuestros vestidos están desplegados encima de tres sillas y un sofá, en el salón de Oriana. Madoc la escucha con gesto paciente mientras ella habla con entusiasmo sobre el grado de perfección de esas prendas. Su vestido de gala está a caballo entre el color rosa y el rojo, a juego con sus ojos, y ha sido confeccionado a partir de unos pétalos inmensos que se extienden hasta formar una cola. La tela del vestido de Taryn es preciosa, el corte de la pechera y la mantilla es impecable. Junto a los vestidos se encuentra la

elegante ropita de Oak, así como un jubón y una capa para Madoc, ambos de su color favorito: el de la sangre reseca. Vivi sostiene en alto su vestido de color gris plateado, con los bajos deshilachados, dedicándome una sonrisa.

Mi vestido está al otro lado de la habitación. Taryn suelta un grito ahogado cuando lo recojo.

—Eso no es lo que encargaste —dice, con tono acusador. Como si creyera que la he engañado deliberadamente.

Es cierto que el vestido que tengo entre las manos no es el mismo que bosquejó Brambleweft. No tiene nada que ver, me recuerda a las prendas insólitas y asombrosas que abarrotaban el armario de la madre de Locke. Es un vestido de fiesta con un efecto degradado que va oscureciendo la tela desde el blanco del cuello hasta el tono añil de los bajos, pasando por un azul muy pálido. Sobre esa base han bordado el contorno de una arboleda, tal y como se divisa desde mi ventana al anochecer. La modista ha cosido incluso unas pequeñas cuentas de cristal para representar las estrellas.

Jamás podría haber imaginado un vestido como este, una prenda tan perfecta que, por un instante, mientras la observo, me obnubila con su belleza.

—Creo… creo que este no es el mío —digo—. Taryn tiene razón. No se parece en nada al de los bocetos.

—Pero aun así es precioso —dice Oriana para consolarme, como si creyera que estoy disgustada—. Además, venía a tu nombre.

Me alegra que nadie me diga que lo devuelva. No sé por qué me han dado un vestido así, pero como sea de mi talla, no pienso ponerme otra cosa.

—Todos vamos a ir muy elegantes —dice Madoc, enarcando las cejas.

Cuando pasa a mi lado, de camino a la puerta, me alborota el pelo. En momentos como este, casi consigo olvidar el río de sangre derramada que se extiende entre nosotros.

Oriana da una palmada y dice:

—Chicas, acercaos un momento. Escuchadme.

Las tres nos sentamos a su lado en el sofá, expectantes y desconcertadas.

—Mañana os relacionaréis con la aristocracia de muchas cortes diferentes. Siempre habéis estado bajo la protección de Madoc, pero muchos de los feéricos que asistirán no están al corriente de esa protección. No dejéis que os embauquen para hacer tratos o promesas que puedan utilizarse en vuestra contra. Y, por encima de todo, no cometáis ninguna ofensa que sirva como excusa para infringir las reglas de la hospitalidad. Sed prudentes y no os pongáis a merced de nadie.

—Siempre somos prudentes —dice Taryn, lo cual es una mentira como un templo.

Oriana tuerce el gesto.

—Preferiría manteneros alejadas de las fiestas, pero Madoc ha dejado bien claro que quiere que participéis en ellas. Así que seguid mi consejo. Tened cuidado y puede que así encontréis la manera de comportaros como es debido.

Debí imaginarlo: más advertencias y sermones. Si Oriana no se fía de que sepamos comportarnos en una fiesta, mucho menos durante una coronación. Nos levantamos, después de que nos dé permiso para retirarnos, y nos abraza por turnos a cada una, presionando sus gélidos labios sobre nuestras mejillas. A mí me besa la última.

—No aspires a algo que te viene tan grande —me susurra.

Al principio no sé por qué me dice eso. Entonces, horrorizada, entiendo lo que quiere decir. Después de lo de esta tarde, se cree que soy la amante del príncipe Dain.

—Eso no es lo que estoy haciendo —replico. Por supuesto, Cardan diría que todo lo que tengo me viene grande.

Oriana me coge de la mano y pone cara de lástima.

—Solo estoy pensando en tu futuro —añade, sin levantar la voz—. Quienes intiman con el trono rara vez intiman con alguien más. Y una chica mortal contaría con menos aliados aún.

Asiento como si estuviera tomando en cuenta su consejo. Si no me cree, lo más fácil será seguirle la corriente. Supongo que resulta más verosímil que la verdad: que Dain me ha seleccionado para formar parte de su red de ladrones y espías.

Oriana percibe algo en mi expresión que la incita a cogerme de las manos. Tuerzo el gesto al sentir la presión sobre la herida.

—Antes de casarme con Madoc, fui una de las consortes del rey de Elfhame. Escúchame, Jude. No es fácil ser amante del rey supremo. Implica estar siempre en peligro. Implica ser siempre un peón.

Me ha dejado tan atónita que debo de estar mirándola con la boca abierta. Nunca me había interesado por la vida de Oriana antes de se uniera a nuestra familia. De pronto, el temor que siente por nosotras cobra una nueva dimensión: ella estaba acostumbrada a un juego basado en unas reglas totalmente distintas. Parece como si el suelo se hubiera torcido bajo mis pies. No reconozco a la mujer que tengo delante, no sé lo que habrá padecido antes de llegar a esta casa, ni siquiera sé cómo llegó a convertirse en la esposa de Madoc. ¿Lo amaba o fue un matrimonio de conveniencia para conseguir su protección?

—No lo sabía. —Es lo único que se me ocurre decir.

—Nunca le di un hijo a Eldred —me cuenta—. Pero otra de sus amantes estuvo a punto de hacerlo. Cuando murió, los rumores apuntaron a que uno de los príncipes la había envenenado para así evitar una posible competencia por el trono. —Oriana me mira con sus ojos de color rosa claro. Sé que está hablando de Liríope—. No tienes por qué creerme. Hay una docena de rumores igual de espantosos. Cuando hay mucho poder concentrado en un mismo sitio, hay un montón de sobras por las que pelearse. Si la corte no está ocupada ingiriendo veneno, lo está tragándose su bilis. Tú no encajarías bien allí.

—¿Qué te hace pensar eso? —le pregunto, enojada. Sus palabras me recuerdan mucho a las de Madoc cuando frustró mis aspiraciones de ser caballero—. Puede que esté hecho para mí.

Oriana vuelve a deslizar los dedos por mi rostro, me acaricia el pelo. Cabría pensar que es un gesto de ternura, pero en realidad lo hace para evaluarme.

—Seguro que Madoc quiso mucho a tu madre —dice—. Está coladito por vosotras. Si yo estuviese en su lugar, os habría echado de aquí hace mucho tiempo.

Eso no lo dudo.

—Si decides verte con el príncipe Dain a pesar de mi advertencia, si engendra en ti a su heredero, cuéntamelo a mí antes que a nadie. Júralo por la tumba de tu madre. —Me estremezco al sentir el roce de sus uñas cuando me apoya una mano en la nuca—. Antes que a nadie. ¿Entendido?

—Lo prometo. —Es un juramento que podré mantener sin ningún problema. Intento decirlo con la mayor convicción posible para que Oriana crea que lo digo en serio—. De veras. Lo prometo.

Entonces me suelta.

—Ya puedes irte. Que descanses, Jude. Cuando te levantes, la coronación estará a la vuelta de la esquina, y ya no quedará mucho tiempo para relajarse.

Hago una reverencia y me marcho.

Taryn me está esperando en el pasillo. Está sentada en un banco tallado con serpientes enroscadas, balanceando los pies. Cuando la puerta se cierra, levanta la cabeza.

—¿A qué ha venido eso?

Meneo la cabeza para intentar disipar la maraña de sentimientos que tengo encima.

—¿Sabías que Oriana fue consorte del rey supremo?

Taryn enarca las cejas y resopla, alucinada con la revelación.

—Anda ya. ¿De eso es de lo que habéis estado hablando?

—Más o menos.

Pienso en la madre de Locke y en el pájaro cantarín de la bellota, en Eldred sentado en su trono con la cabeza inclinada por el peso de su propia corona. Me cuesta imaginármelo teniendo amantes, no hablemos ya de la cantidad de mujeres que tuvo que tener para engendrar tantos hijos, un número antinatural para un hada. Aun así, puede que no sea tan descabellado como me imagino.

—Oye… —Por la cara que pone, parece que a Taryn también le cuesta creérselo. Frunce el ceño y se queda callada unos segundos, después recuerda lo que quería preguntarme—. ¿Sabes por qué el príncipe Balekin ha estado aquí?

—¿Ha estado aquí? —No sé si podré resistir más sorpresas—. ¿Aquí, en esta casa?

Taryn asiente con la cabeza.

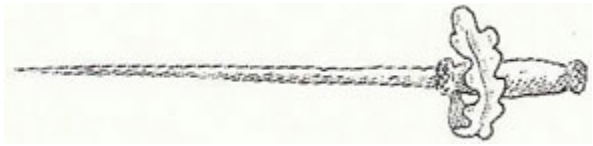
—Llegó con Madoc, se encerraron en su despacho durante horas.

Me pregunto con cuánto margen llegaron después de la marcha del príncipe Dain. Con suerte, lo suficiente para que Dain no oyera nada relacionado con una sirvienta desaparecida. Me duele la mano cada vez que la muevo, pero me alegro de conservar la movilidad. Lo que menos me apetece es afrontar nuevos castigos.

Aun así, Madoc no parecía enfadado conmigo cuando me vio con mi vestido. Se le veía normal, contento incluso. Puede que estuvieran tratando otros asuntos.

—Qué raro —me limito a decir, porque tengo orden de no contarle a nadie que soy una espía, y no tengo fuerzas para hablarle de Sophie.

Me alegro de que falte poco para la coronación. Quiero que llegue de una vez y olvidarme de todo lo demás.



Por la noche dormito en mi cama, completamente vestida, esperando a que llegue Fantasma. Me he saltado dos lecciones nocturnas seguidas: la noche de la fiesta de Locke y la de ayer, cuando estuvimos buscando a Sophie en el agua. Seguro que me echará la bronca cuando llegue.

Intento dejar de pensar en eso y me concentro en descansar. Tomo aire y lo vuelvo a soltar.

Cuando llegué a Faerie, tenía problemas para dormir. Lo lógico sería pensar que sufría pesadillas, pero no recuerdo haber tenido demasiadas. Era difícil que mis sueños fueran más horribles que la vida real. Lo que ocurre es que no era capaz de relajarme lo suficiente como para poder descansar. Me pasaba la noche y toda la mañana dando vueltas, con el corazón acelerado, hasta que finalmente me sumía en un sueño cargado de migrañas a última hora de la tarde, cuando los demás habitantes de Faerie se estaban levantando. Me dedicaba a deambular por los pasillos de la casa como un

alma en pena, hojeando libros antiguos, desplazando las fichas en el tablero de juego del zorro y los gansos, tostando queso en las cocinas y contemplando el gorro empapado de sangre de Madoc, como si contuviera todas las respuestas del universo en sus líneas sanguinolentas. Cuando Nell Uther, uno de los gnomos que trabajaban aquí, me encontraba, me llevaba de vuelta a mi habitación y me decía que, si no podía dormir, debía cerrar los ojos y quedarme muy quieta. Así al menos mi cuerpo descansaría, aunque mi mente no fuera capaz.

Estoy acostada siguiendo su consejo cuando oigo un crujido en la terraza. Me doy la vuelta, esperando ver a Fantasma. Estoy a punto de burlarme de él por haber hecho un ruido cuando me doy cuenta de que la persona que está haciendo traquetear las puertas no es Fantasma. Es Valerian. Lleva un puñal largo y curvado en la mano, tan afilado como la sonrisa que tensa sus labios.

—¿Qué…? —Me incorporo a toda prisa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Me doy cuenta de que estoy susurrando, como si tuviera miedo de que le descubran.

«Eres mi peón, Jude Duarte. Atacarás solo cuando yo te lo diga. De lo contrario, contén tu mano. ¿Entendido?».

Al menos, el príncipe Dain no me hechizó para que obedeciera esas órdenes.

—¿Por qué no debería estar aquí? —me pregunta Valerian, acercándose.

Huele a savia y a pelo chamuscado, y tiene una pequeña mancha de polvo dorado sobre la mejilla. No sé dónde habrá estado antes de venir aquí, pero no tiene pinta de estar sobrio.

—Este es mi hogar.

Estoy preparada para entrenar con Fantasma. Llevo un cuchillo metido en la bota y otro sujeto de la cadera, pero cuando pienso en la orden que me dio Dain, cuando pienso que no quiero decepcionarle más, no echo mano de ninguno de ellos. Sigo sin comprender qué está haciendo Valerian aquí, en mi habitación.

Se acerca hasta mi cama. No empuña del todo mal el cuchillo, pero se nota que no es muy diestro con él. No es hijo de ningún general.

—Nada de esto es tu hogar —me dice con la voz temblando de rabia.

—Si te envía Cardan, deberías plantearte muy seriamente vuestra relación —digo al fin, asustada. Por fortuna, mi voz se mantiene firme—. Porque si grito, me oirán los guardias que hay en el pasillo. Acudirán. Tienen espadas grandes y afiladas. Enormes. Tu amigo va a conseguir que te maten.

«Haz uso de tu poder sin que parezca que lo tienes».

Me parece que no está entendiendo lo que le digo. Tiene una mirada frenética, los ojos enrojecidos, no enfoca con claridad.

—¿Sabes lo que dijo cuando le conté que me habías apuñalado? Me dijo que era ni más ni menos lo que me merecía.

Eso es imposible. Seguro que Valerian lo entendió mal. Cardan debió de burlarse de él por dejarse sorprender con la guardia baja.

—¿Qué te esperabas? —le pregunto, tratando de disimular mi sorpresa —. No sé si te habrás dado cuenta, pero ese tío es un capullo.

Si Valerian no estaba convencido de querer apuñalarme, ahora sí lo está. Pega un salto y hunde el puñal en el colchón, después de que yo me haya apartado rodando sobre mí misma para luego ponerme en pie. Cuando extrae el cuchillo, salen volando unas plumas de ganso que luego caen lentamente como si fueran copos de nieve. Valerian se pone en pie al tiempo que yo desenfundo mi puñal.

«No reveles tu destreza con la espada. No reveles tu dominio sobre la hechicería. No reveles todo lo que sabes hacer».

Poco sospechaba el príncipe Dain que mi verdadera destreza radica en cabrear a la gente.

Valerian avanza hacia mí. Está ebrio, furioso, y no cuenta con un gran adiestramiento; pero es un feérico, nacido con reflejos felinos y bendecido con una estatura que le concede un alcance mayor. Mi corazón late con fuerza. Debería chillar para pedir ayuda. Debería hacerlo.

Abro la boca y Valerian se abalanza sobre mí. No logro proferir más que un bufido mientras pierdo el equilibrio. Me golpeo el hombro contra el suelo y vuelvo a rodar sobre mí misma. Tengo tanta práctica que, aunque me ha tomado por sorpresa, le arreo una patada en la mano que sujeta el cuchillo en cuanto se acerca. El puñal sale disparado y aterriza en el suelo.

—Vale ya —digo, en un intento por calmarnos a ambos—. Basta.

Pero Valerian no se detiene. Aunque soy yo la que empuña un cuchillo, aunque he esquivado sus ataques dos veces y le he desarmado, aunque ya le he apuñalado una vez, vuelve a agarrarme por el pescuezo. Me hinca los dedos en la piel del cuello y recuerdo lo que sentí cuando me restregó esa fruta por la boca, cómo su superficie carnosa se deshacía al chocar con mis dientes. Recuerdo atragantarme con el néctar y la pulpa mientras me sumía en los espantosos efectos de la manzana del éxtasis, provocando que todo me diera igual, incluso mi propia muerte. Valerian quería verme morir, quería ver cómo me afanaba por respirar igual que lo estoy haciendo ahora. Le miro a los ojos y encuentro la misma expresión de aquella vez.

«No eres nada. Tu existencia es insignificante. Tu único objetivo es engendrar más individuos de tu especie antes de morir».

Se equivoca conmigo. Pienso hacer que mi efímera vida valga para algo.

No tengo miedo de él, ni de la reprimenda del príncipe Dain. Si no puedo ser mejor que ellos, seré mucho peor.

A pesar de sentir sus dedos en la tráquea, a pesar de que se me empieza a oscurecer la visión, apunto bien antes de clavarle el cuchillo en el pecho. Directo al corazón.

Valerian se aparta de mí profiriendo un sonido gutural. Inspiro hondas bocanadas de aire. Él intenta mantenerse en pie, pero se tambalea y cae de rodillas. Cuando le miro, mareada, veo como le asoma en el pecho la empuñadura de mi cuchillo. Su jubón de terciopelo rojo se está volviendo más oscuro, más viscoso.

Valerian acerca la mano al puñal, como si quisiera extraerlo.

—No hagas eso —digo sin pensar, pues así solo conseguirá empeorar la herida.

Echo mano de lo primero que encuentro: unas enaguas tiradas en el suelo que puedo utilizar para contener la hemorragia. Valerian cae de costado, apartándose de mí, y me mira con desdén, aunque apenas puede abrir los ojos.

—Deja que te… —comienzo a decir.

—Yo te maldigo —susurra Valerian—. Te maldigo. Tres veces te maldigo. Puesto que me has asesinado, que tus manos estén siempre

manchadas de sangre. Que la muerte sea tu única compañera. Que…

Le interrumpe un ataque de tos. Cuando se le pasa, ya no se mueve. Sus ojos siguen igual que antes, entornados, pero han perdido su brillo.

Horrorizada por la maldición, me llevo la mano herida a la boca como si quisiera contener un grito, pero no chillo. No he chillado en todo este tiempo y no pienso empezar a hacerlo ahora, cuando ya no hay nada por lo que valga la pena chillar.

Pasan los minutos, me quedo sentada junto a Valerian, viendo cómo la piel de su rostro se va volviendo más pálida a medida que la sangre deja de fluir por ella, viendo cómo sus labios adoptan un tono azul verdoso. Su muerte no difiere demasiado de la de los mortales, aunque estoy segura de que no le agradaría saberlo. Es posible que, de no ser por mí, hubiera vivido mil años.

Me duele la mano más que nunca. Me la habré golpeado durante la pelea.

Miro en derredor y capto mi reflejo en el espejo situado al fondo de la estancia: una chica humana, despeinada, con ojos febriles y un charco de sangre formándose junto a sus pies.

Fantasma está de camino. Él sabrá qué hacer con un cadáver. Seguro que habrá matado en alguna ocasión. Pero el príncipe Dain ya está bastante furioso conmigo por haber apuñalado al hijo de un destacado miembro de su corte. No le gustará saber que he matado a ese mismo hijo la noche previa a la coronación. Así pues, las últimas personas que deben enterarse de esto son los miembros de la Corte de las Sombras.

Tendré que ocultar el cadáver yo misma.

Examino el cuarto en busca de inspiración, pero el único lugar donde se me ocurre que podría ocultarlo temporalmente es debajo de la cama. Extiendo las enaguas junto al cuerpo de Valerian y lo hago rodar para situarlo encima. Me siento un poco indispuesta. Su cuerpo todavía está caliente. Ignorando ese detalle, lo arrastro hasta la cama y lo empujo debajo junto con las demás prendas, primero con las manos y luego con los pies.

Solo queda una mancha de sangre. Cojo el cántaro de agua que hay cerca de la bacinilla y vierto un poco sobre los tablones de madera del

suelo, después me lavo la cara. Me tiembla la mano buena cuando termino de asearme y me dejo caer al suelo, exhausta.

No estoy bien.

No estoy bien.

No estoy bien.

Pero cuando Fantasma llega a mi terraza no se da cuenta de ello, y eso es lo que importa.

CAPÍTULO 19

Por la noche, Fantasma me enseña a trepar hasta un punto mucho más alto que el descansillo al que Taryn y yo nos encaramamos la última vez. Llegamos hasta las vigas que se extienden por encima del gran salón y nos posamos sobre unos gruesos travesaños de madera. Están envueltos por un entramado de raíces que a veces parecen jaulas, a veces balconadas, y otras veces algo similar a la cuerda de un funambulista. A ras de suelo, los preparativos para la coronación siguen su curso. Los sirvientes despliegan manteles de terciopelo azul, plata repujada y oro trenzado, cada uno de ellos engalanado con el emblema de la Casa de Greenbriar: un árbol compuesto de flores, espinas y raíces.

—¿Crees que las cosas mejorarán después de que el príncipe Dain se convierta en rey supremo? —le pregunto.

Fantasma sonríe ligeramente y menea la cabeza con tristeza.

—Las cosas seguirán igual que siempre —me dice—. Solo que más aún.

No sé lo que quiere decir, pero es una respuesta tan propia de un hada que deduzco que no podré sonsacarle más. Pienso en el cadáver de Valerian debajo de mi cama. Los feéricos no se pudren igual que los mortales. A veces sus cuerpos se quedan cubiertos de liquen o les brotan hongos. He oído historias sobre campos de batalla convertidos en colinas verdes. Ojalá

pudiera regresar y descubrir que su cuerpo se ha desintegrado, pero dudo que vaya a tener tanta suerte.

No debería estar pensando en su cadáver, debería estar pensando en él. Debería preocuparme por algo más que por que me pillen.

Avanzamos entre las raíces y las vigas sin ser vistos, saltando sigilosamente por encima de los enjambres de sirvientes uniformados. Me giro hacia Fantasma, contemplo su rostro sereno y la destreza con la que apoya cada pie. Intento imitarle. Intento no utilizar la mano dolorida más que para mantener el equilibrio. Creo que se da cuenta, pero no me pregunta nada. Puede que ya sepa lo que pasó.

—Espera —dice mientras nos encaramamos a un grueso travesaño.

—¿A algo en particular? —pregunto.

—Tengo entendido que va a venir un mensajero desde la finca de Balekin, disfrazado con el uniforme del rey supremo —dice—. Tenemos que matarlo antes de que entre en los aposentos reales.

Fantasma lo dice sin mostrar ninguna emoción en particular. Me pregunto cuánto tiempo llevará trabajando para Dain. Me pregunto si el príncipe le habrá pedido alguna vez que se clave un cuchillo en la mano, si nos someterá a todos a la misma prueba, o si se trata de un examen especial reservado para los mortales.

—¿Ese mensajero planea asesinar al príncipe Dain? —pregunto.

—No esperaremos a descubrirlo —responde.

En el suelo están terminando de decorar unas figuritas confeccionadas con caramelo hilado añadiéndoles unos capiteles cristalinos. Hay manzanas pintadas con amnesio apiladas sobre las mesas, en cantidad suficiente como para provocar ensoñaciones a la mitad de la corte. Me acuerdo de la boca de Cardan, cubierta de manchas doradas.

—¿Estás seguro de que pasará por aquí?

—Sí —responde, tajante.

Seguimos esperando. Intento no moverme demasiado mientras los minutos se convierten en horas, solo lo justo para evitar que se me agarroten los músculos. Esto forma parte de mi entrenamiento; seguramente sea el aspecto que Fantasma considera más esencial, por detrás del sigilo. Me ha repetido una y otra vez que la mayor parte del oficio de ladrón y

asesino consiste en esperar. Lo más difícil, según él, es impedir que tu mente se ponga a divagar. Y creo que tiene razón. Aquí arriba, mientras contemplo las idas y venidas de los sirvientes, mis pensamientos alternan entre la coronación, la chica ahogada, la imagen de Cardan a lomos de su caballo mientras yo huía de Villa Fatua y la sonrisa agónica y paralizada de Valerian.

Me obligo a pensar en el presente. Por debajo de mí, una criatura con una cola larga y pelada que arrastra por el suelo corretea a toda prisa. Al principio pienso que será algún miembro del personal de cocina. Pero el macuto que lleva está demasiado roñoso, y hay algo que no termina de encajar con su uniforme. No va vestido como uno de los sirvientes de Balekin, y su uniforme tampoco coincide con el del resto del personal del palacio.

Miro de reojo a Fantasma.

—Bien —dice—. Ahora, dispara.

Comienzan a sudarme las manos mientras saco la ballesta en miniatura y trato de apoyarla sobre el brazo con firmeza. Me he criado en una casa donde las matanzas están a la orden del día. Me he entrenado para esto. Mi principal recuerdo de la infancia es una masacre. Ya he matado esta noche. Y, aun así, durante unos segundos, no sé si seré capaz de hacerlo.

¡Tú no eres una asesina!

Tomo aire y pulso el gatillo. Siento un golpetazo en el brazo a causa del retroceso. La criatura se desploma y derriba con el brazo una pirámide de manzanas doradas. Me encojo entre una gruesa maraña de raíces, camuflándome tal y como me han enseñado. Los sirvientes chillan mientras tratan de localizar al asesino.

A mi lado, Fantasma está sonriendo ligeramente.

—¿Ha sido el primero? —me pregunta. Y al ver mi cara de desconcierto, añade—: ¿Habías matado a alguien antes?

¡Que la muerte sea tu única compañera!

Niego con la cabeza, ya que no me fío de que mi mentira resultara convincente si la dijera en voz alta.

—Algunos mortales vomitan. O lloran —añade, visiblemente satisfecho al ver que no estoy haciendo ninguna de esas cosas—. No tienes por qué

avergonzarte.

—Estoy bien —respondo, después inspiro hondo y cargo un nuevo proyectil en la ballesta.

Lo que siento es una especie de exaltación nerviosa y un subidón de adrenalina. Parece como si hubiera atravesado una especie de umbral. Antes no sabía hasta dónde sería capaz de llegar, ahora creo que sé la respuesta. Llegaré tan lejos como sea posible. Llegaré demasiado lejos.

—Esto se te da bien —dice Fantasma, enarcando las cejas—. Tienes buena puntería y estómago para soportar la violencia.

Me quedo sorprendida. Fantasma no es propenso a hacer cumplidos.

He jurado que me convertiré en algo peor que mis rivales. Dos asesinatos ejecutados en una sola noche marcan un descenso a los abismos del que debería sentirme orgullosa. Madoc no podría estar más equivocado conmigo.

—La mayoría de los hijos de la aristocracia no tienen la paciencia necesaria —añade—. Y no están acostumbrados a mancharse las manos.

No sé qué contestar a eso, con la maldición de Valerian todavía pendiendo sobre mi cabeza. Es posible que tenga algo defectuoso en mi interior por haber presenciado el asesinato de mis padres. Puede que la vida atroz que he llevado me haya convertido en alguien capaz de cometer actos atroces. Pero otra parte de mí se pregunta si Madoc me crio para que siguiera sus pasos en lo que al derramamiento de sangre se refiere. ¿Soy como soy por lo que les hizo a mis padres… o porque él ha sido mi padre?

¡Que tus manos estén siempre manchadas de sangre!

Fantasma me agarra de la muñeca y, antes de que pueda zafarme, señala hacia las pálidas medias lunas que tengo en la base de las uñas.

—Hablando de manos, sé lo que has estado haciendo por la decoloración de tus dedos. Por ese tono azulado. También lo huelo en tu sudor. Te has estado envenenando.

Trago saliva y, después, porque no hay motivos para negarlo, asiento.

—¿Por qué? —Lo que me gusta de Fantasma es que sé que no me lo está preguntando para soltarme un sermón. Creo que, simplemente, tiene curiosidad.

No sé muy bien cómo explicarlo.

—Ser mortal significa que debo esforzarme más que los demás.

Fantasma me mira fijamente.

—Alguien te ha contado una mentira de las gordas. Los mortales superan a los feéricos en muchas cosas. ¿Por qué te crees que los secuestramos?

Tardo unos segundos en comprender que lo dice en serio.

—Entonces, ¿podría llegar a ser…?

No consigo terminar la frase. Fantasma suelta un largo sonoro bufido.

—¿Mejor que yo? Tampoco te pases.

—No es eso lo que iba a decir —protesto, pero él se limita a sonreír. Miro al suelo. El cuerpo sigue allí tendido. Unos cuantos caballeros se han congregado a su alrededor. En cuanto se lleven el cadáver, nosotros también nos marcharemos—. Lo único que necesito es ser capaz de derrotar a mis enemigos. Nada más.

Fantasma parece sorprendido.

—¿Tantos enemigos tienes?

Estoy segura de que me ve como una joven aristócrata más, con sus manos suaves y sus prendas de terciopelo. Piensa en pequeñas crueldades, desaires menores, desprecios insignificantes.

—No muchos —respondo, pensando en la mirada soñolienta y cargada de odio que me lanzó Cardan bajo la luz de las antorchas en aquel laberinto de setos—. Pero son poderosos.

Cuando los caballeros se llevan por fin el cuerpo y suspenden nuestra búsqueda, Fantasma vuelve a guiarme a través de las raíces. Atravesamos varios pasillos hasta que conseguimos acercarnos lo suficiente al macuto del mensajero como para hojear los papeles que lleva dentro. De cerca, sin embargo, percibo algo que me hiela la sangre. El mensajero iba disfrazado. La criatura es una hembra, y mientras que la cola que lleva es falsa, su nariz alargada como una chirivía es absolutamente real. Es una de las espías de Madoc.

Fantasma se guarda la nota en la chaqueta y no la desenrolla hasta que llegamos al bosque, iluminados tan solo por la luz de la luna. Cuando la lee, su expresión se endurece. Estruja el papel con fuerza.

—¿Qué pone? —pregunto.

Gira la hoja hacia mí. Tiene escritas seis palabras: «MATA AL PORTADOR DE ESTE MENSAJE».

—¿Qué significa eso? —pregunto mientras empiezo a marearme.

Fantasma niega con la cabeza.

—Significa que Balekin nos ha tendido una trampa. Venga, tenemos que irnos.

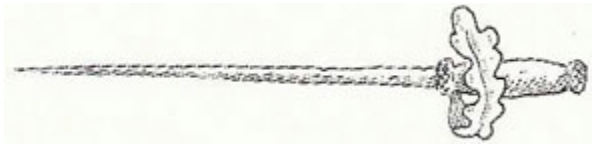
Me empuja hacia las sombras y juntos emprendemos la retirada. No le cuento a Fantasma mis sospechas sobre que esa mujer trabajaba para Madoc. En vez de eso, intento resolver el puzle yo misma. Pero tengo muy pocas piezas.

¿Qué tiene que ver el asesinato de Liríope con la coronación? ¿Qué pinta Madoc en todo esto? ¿Es posible que su espía fuera una agente doble, que trabajaba tanto para Balekin como para Madoc? Y, de ser así, ¿significa eso que estaba robando información de mi casa?

—Alguien está intentando despistarnos —dice Fantasma— mientras tiende su trampa. Mañana, estáte alerta.

Fantasma no me da ninguna otra orden concreta, ni siquiera me dice que deje de ingerir mis diminutas dosis de veneno. No me dice que cambie nada, simplemente me lleva a casa para que duerma un poco después del amanecer. Cuando está a punto de marcharse, me entran ganas de suplicar su ayuda. ¡He hecho algo horrible —querría decirle—. Ayúdame a esconder el cuerpo. Ayúdame!

Pero todos sentimos el impulso de cometer alguna estupidez. Eso no significa que debamos hacerlas.



Entierro a Valerian cerca de los establos, pero fuera del prado, para que ni siquiera los caballos carnívoros de Madoc lo desentierren y le mordisqueen los huesos con sus afilados dientes.

No es fácil enterrar un cuerpo. Sobre todo cuando no quieres que la gente que vive contigo se entere. Me toca sacar a Valerian rodando hasta la terraza y arrojarlo a los matorrales que hay debajo. Después, con una mano, lo alejo de la casa a rastras. Estoy sudando y exhausta cuando logro llevarlo hasta una porción de césped cubierto de rocío que me parece apropiada. Los pájaros acaban de despertarse y se llaman unos a otros bajo el firmamento, que cada vez está más iluminado.

Por un momento, lo único que me apetece es tumbarme en el suelo.

Pero todavía tengo que cavar.

Durante la tarde, aturdida y privada de sueño, me dejo maquillar y trenzar el pelo, dejo que me pongan el corsé y la cincha. Madoc luce tres gruesos pendientes dorados en una de sus verdes orejas y lleva los dedos enfundados en unas largas garras de oro. Oriana parece una rosa en flor a su lado, con un collar de esmeraldas tan grande que podría contar como una pieza de armadura.

En mi cuarto, me quito el vendaje de la mano. La herida tiene peor aspecto de lo que esperaba: está húmeda y viscosa, en vez de cicatrizada. Se ha hinchado. Finalmente sigo el consejo de Dain y cojo un poco de musgo de las cocinas, me lavo la herida y la vuelvo a vendar con el soporte improvisado del botón. No tenía pensado llevar guantes a la coronación, pero no tengo elección. Tras rebuscar en mis cajones, encuentro unos de seda de color azul oscuro y me los pongo.

Me imagino a Locke cogiéndome de las manos esta noche, me lo imagino bailando en círculos conmigo por la colina. Espero no hacer una mueca de dolor si me presiona la palma. No puedo permitir que averigüe lo que le pasó a Valerian. No importa lo mucho que le guste, no creo que quiera besar a la persona que le quitó la vida a su amigo.

Mis hermanas y yo nos cruzamos por el pasillo mientras corremos de un lado a otro, recogiendo las cosas que nos faltan. Vivienne revisa mi joyero, pues no ha encontrado en el suyo nada que pegue con su vestido espectral.

—Así que vas a venir con nosotros —digo—. Madoc se quedará pasmado.

Llevo puesta una gargantilla para disimular los moratones que se me están formando en el cuello, en el lugar donde Valerian me hincó los dedos. Cuando Vivi se pone de rodillas para rebuscar entre una maraña de pendientes, me aterroriza que mire debajo de mi cama y vea alguna mancha de sangre que se me haya olvidado limpiar. Estoy tan nerviosa que apenas reparo en que está sonriendo.

—Me gusta mantener a la gente en vilo —dice—. Además, quiero chismorrear con la princesa Rhyia y presenciar el espectáculo de ver a tantos regentes de las cortes de Faerie en un mismo lugar. Pero, por encima de todo, quiero conocer al misterioso pretendiente de Taryn y ver qué opina Madoc de su petición.

—¿Se te ocurre quién puede ser? —pregunto—. Con todo lo que ha ocurrido, casi me había olvidado de él.

—No tengo la menor idea. ¿Y tú?

Vivi encuentra lo que estaba buscando: unas lágrimas iridiscentes de labradorita que me regaló Taryn cuando cumplí los dieciséis, talladas por un duende hojalatero que se las dio a cambio de tres besos.

Durante los ratos muertos, me he preguntado una y otra vez quién podría pedir su mano. Pienso en como Cardan se la llevó a un aparte y la hizo llorar. Pienso en la mirada lasciva de Valerian. En el empujón que me pegó Taryn cuando la chinché con Balekin, aunque estoy casi segura de que no es él. La cabeza me da vueltas, tengo ganas de tumbarme en la cama y cerrar los ojos. Por favor, que no sea ninguno de ellos. Que sea alguien agradable a quien no conozcamos.

Recuerdo lo que me dijo Taryn: ¡Creo que te caería bien!

Me doy la vuelta hacia Vivi, y estoy a punto de confeccionar una lista con las opciones más probables cuando Madoc entra en el cuarto. Lleva en la mano una espada enfundada en una vaina fina y plateada.

—Vivienne —dice, con la cabeza ligeramente ladeada—, ¿podrías dejarme un momento a solas con Jude?

—Claro, papi —dice con cierto tono malicioso antes de marcharse con los pendientes.

Madoc carraspea, sintiéndose un poco incómodo, y me tiende la espada plateada. La guarda y el pomo tienen un acabado elegante, sin adornos. El filo tiene grabado en la acanaladura un estampado apenas visible que representa unas enredaderas.

—Me gustaría que la llevaras esta noche. Es un regalo.

No puedo contener un gritito. Es una espada preciosísima.

—Has estado entrenando con tanto esmero que pensé que debería ser tuya. El que la forjó la llamó Noctámbula, pero eres libre de darle el nombre que quieras, o de no ponerle ninguno. Se dice que trae suerte a quien la empuña, aunque todo el mundo dice lo mismo sobre las espadas, ¿verdad? Es una especie de reliquia familiar.

Las palabras de Oriana resuenan en mi interior: ¡Está coladito por vosotras. Seguro que quiso mucho a tu madre!

—Pero ¿qué pasa con Oak? —pregunto—. ¿Y si la quiere?

Madoc sonríe ligeramente.

—¿Tú la quieres?

—Sí —respondo, incapaz de contenerme. Cuando la desenvaino, parece como si hubiera sido creada para que la empuñase yo. Se adapta a mi mano a la perfección—. Sí, claro que sí.

—Mejor, porque esta espada te pertenece por derecho propio, ya que fue tu padre, Justin Duarte, quien la forjó para mí. Fue él quien le dio forma y nombre. Es *tu* reliquia familiar.

Me quedo sin aliento unos segundos. Es la primera vez que Madoc pronuncia el nombre de mi padre en voz alta. Jamás mencionamos que asesinó a mis padres, siempre evitamos ese tema.

Y, desde luego, no hablamos de cuando estaban vivos.

—Mi padre forjó esta espada —digo lentamente, para asegurarme—. Entonces, ¿vivió aquí, en Faerie?

—Sí, durante varios años. Apenas conservo armas suyas. Encontré dos, una para ti y otra para Taryn. —Hace una mueca—. Fue aquí donde lo

conoció tu madre. Después huyeron juntos, de regreso al mundo mortal.

Inspiro una bocanada trémula, reuniendo el coraje necesario para hacer una pregunta que me he formulado muchas veces pero que nunca me había atrevido a decir en voz alta:

—¿Cómo eran?

Tuerzo el gesto en cuanto pronuncio esas palabras. Ni siquiera sé si quiero que me lo diga. A veces solo tengo ganas de odiar a mi madre; si lo consigo, ya no me parece tan grave querer a Madoc.

Pero, claro está, sigue siendo mi madre. El único motivo por el que podría enfadarme de verdad con ella es porque se haya ido, y desde luego eso no fue culpa suya.

Madoc se sienta en el taburete con patas de cabra que está enfrente de mi tocador y estira la pierna mala. Parece como si fuera a contarme un cuento antes de irme a dormir.

—Tu madre era muy inteligente. Y joven. Después de que la trajera a Faerie, bebía y bailaba durante semanas. Era el alma de cualquier fiesta.

»Yo no podía acompañarla siempre. Había una guerra en Oriente contra el rey de una Corte Oscura que dominaba un vasto territorio y no tenía intención alguna de hincar la rodilla ante el rey supremo. Pero me embriagaba con su felicidad cuando estaba a su lado. Tu madre tenía un don para conseguir que quienes la rodeaban pensaran que todo era posible, hasta lo más inverosímil. Supongo que lo achaqué a su mortalidad, pero creo que me quedé corto. Había algo más. Su audacia, tal vez. Nunca se amilanaba, ni ante la magia, ni ante nada.

Pensaba que Madoc estaría enfadado, pero es evidente que no es así. De hecho, su voz denota un cariño totalmente inesperado. Me siento en la banqueta situada frente a mi cama, aferrada a mi nueva espada de plata para no perder el equilibrio.

—Tu padre era un tipo interesante. Tal vez pienses que no lo conocía, pero vino a mi casa muchas veces. A mi antigua casa, la que incendiaron. Los tres nos juntábamos a beber hidromiel en los jardines. A tu padre le encantaban las espadas desde que era niño, según decía. Cuando tenía más o menos tu edad, convenció a sus padres para que le permitieran construir su primera forja en el jardín trasero de su casa.

»En vez de ir a la universidad, conoció a un maestro espadero que lo tomó como aprendiz. A partir de ahí, entró en contacto con el conservador adjunto de un museo. Le permitía entrar en el museo después del cierre para que examinara de cerca las espadas antiguas y perfeccionara su arte. Pero entonces se enteró de la existencia de unas espadas que solo podían ser empuñadas por las hadas, así que vino a buscarnos.

»Era un maestro forjador cuando llegó aquí, y era aún mejor cuando se marchó. Pero no pudo resistirse a jactarse de cómo había logrado robar nuestros secretos junto con su novia. Finalmente, la historia llegó a oídos de Balekin, y él me la contó.

Si mi padre hubiera conocido de verdad a Madoc, habría sabido que no es buena idea presumir de haberle robado. Pero yo también he pisado las calles del mundo mortal y he sentido lo lejos que parecen estar de Elfhame. A medida que pasaron los años, su estancia en Faerie debió de parecerle un sueño lejano.

—No soy una persona demasiado virtuosa —dice Madoc—. Pero tengo una deuda contigo, y he jurado cuidar de ti lo mejor posible.

Me levanto y cruzo la habitación para apoyar una mano enguantada sobre la piel pálida y verdosa de su rostro. Madoc cierra sus ojos felinos. No puedo perdonarle, pero tampoco me siento capaz de odiarle. Permanecemos así un buen rato, después Madoc alza la mirada, agarra la mano que no tengo vendada y me la besa, rozando la tela con los labios.

—A partir de hoy, las cosas van a cambiar —me dice—. Te esperaré en el carruaje.

Se marcha. Hundo la cabeza entre las manos. No puedo pensar con claridad. No obstante, cuando me levanto, me cuelgo mi espada nueva. Tiene un tacto frío y sólido, pesa tanto como una promesa.

CAPÍTULO 20

Oak, que va vestido con un traje de color verde guisante, está danzando alrededor del carruaje. Cuando me ve se acerca corriendo para que lo coja en brazos, pero antes de que pueda hacerlo se aleja a toda prisa para acariciar a los caballos. Es un niño hada, y como tal tiene un carácter caprichoso.

Taryn está preciosa con su vestido cubierto de bordados, y Vivi está radiante con su vestido de color gris violáceo en el que unas polillas tejidas con destreza parecen echar a volar desde sus hombros para después atravesar su pecho y formar una nueva bandada a un lado de su cintura. Me doy cuenta de que casi nunca la he visto vestida de un modo tan espléndido. Lleva el pelo cardado, y mis pendientes relucen en sus orejas ligeramente velludas. Sus ojos felinos, idénticos a los de Madoc, brillan entre la penumbra. Por una vez, eso me hace sonreír. Agarro a Taryn de la mano y ella me la aprieta con fuerza. Menos mal que es la mano buena. Cruzamos una sonrisa, por una vez estamos en sintonía.

Dentro del carruaje hay una cesta con comida, lo cual es una gran idea, porque ninguna de nosotras ha probado apenas bocado en todo el día. Me quito un guante y me como dos rollitos de pan tan ligeros que parecen disolverse en mi lengua. En el centro de cada uno hay una masa hecha de pasas y nueces bañadas en miel, tan dulzona que se me saltan las lágrimas.

Madoc me pasa un trozo de queso pálido y una loncha todavía sangrante de venado, sazonada con pimienta y enebro. Damos buena cuenta del almuerzo.

El gorro rojo de Madoc asoma por el bolsillo delantero de su traje. Supongo que para él es el equivalente a una medalla, pensada para lucirse en encuentros oficiales.

Apenas hablamos. No sé en qué estarán pensando los demás, pero, de repente, me doy cuenta de que voy a tener que bailar. Se me da fatal hacerlo, ya que solo he practicado durante las humillantes lecciones en la escuela, cuando me emparejaban con Taryn.

Pienso en Fantasma, en Cucaracha y en Bomba, afanados en proteger a Dain frente a lo que quiera que haya planeado Balekin. Ojalá supiera qué hacer, cómo ayudarles.

«MATA AL PORTADOR DE ESTE MENSAJE».

Miro de reojo a Madoc, que está bebiendo vino especiado. Se le ve muy tranquilo, como si no se hubiera enterado —o no le importara— de la pérdida de uno de sus espías.

Se me acelera el corazón. No paro de recordarme que no debo restregarme las manos en la falda, no vaya a ser que la manche de comida. Finalmente, Oriana saca unos cuantos pañuelos empapados en agua de rosas y menta para que nos limpiemos con ellos. Esto da comienzo a una persecución, cuando Oak intenta impedir que lo aseen. No hay mucho espacio para correr por el carruaje, pero el pequeño consigue alargar la escena más de lo esperado, pisándonos a todas durante el proceso.

Estoy tan distraída que ni siquiera me encojo por acto reflejo cuando atravesamos el muro de roca que conduce al interior del palacio. Nos detenemos entre trompicones antes de que me haya dado cuenta siquiera de que hemos llegado. Un criado abre la puerta y entonces veo el patio en su totalidad, envuelto en música, voces y un ambiente festivo. Rodeado de velas, miles de ellas, cuya cera, al derretirse, crea un efecto similar al de un trozo de madera devorado por las termitas. Las velas están apoyadas sobre las ramas de los árboles, sus llamas titilan con el frufrú de los vestidos que se deslizan por debajo. Están alineadas a lo largo de las paredes como si fueran centinelas y apiñadas sobre las piedras, iluminando la colina.

—¿Preparada? —me susurra Taryn.

—Sí —respondo con el aliento ligeramente entrecortado.

Nos apeamos del carruaje. Oriana lleva una cadenita de plata con la que sujeta a Oak por la muñeca, lo cual no me parece mala idea, aunque el pequeño gimotea y se queda sentado en el suelo a modo de protesta, como un gato.

Vivienne otea el patio. Percibo un gesto agreste en su mirada. Sus fosas nasales se dilatan.

—¿Debemos presentarnos ante el rey supremo una última vez? —le pregunta a Madoc.

Él responde meneando ligeramente la cabeza.

—No. Nos llamarán cuando llegue el momento de hacer nuestros juramentos. Hasta entonces, debo permanecer al lado del príncipe Dain. Las demás id a divertiros hasta que suenen las campanas y Val Moren comience la ceremonia. Entonces acercaos a la sala del trono para presenciar la coronación. Haré que os sitúen cerca de la tarima, donde mis caballeros podrán protegeros.

Me doy la vuelta hacia Oriana, esperando otra charla acerca de no meternos en líos o incluso un sermón sobre la conveniencia de mantener las piernas cerradas cuando se está en presencia de la realeza, pero está demasiado ocupada pidiéndole a Oak que se levante del suelo.

—¡Fiesta! —exclama Vivi, tirando de Taryn y de mí. Nos dirigimos hacia la multitud y no tardamos en ser engullidas por ella.

El Palacio de Elfhame está abarrotado de gente. Hadas montaraces, cortesanos y monarcas, todos entremezclados. Selkies de la Corte del Inframar de la reina Orlagh hablando en su propia lengua, con la piel colgando de sus hombros como si fueran capas. Veo al líder de la Corte de las Termitas, Roiben, de quien se dice que mató a su propia amante para conseguir el trono. Se encuentra junto a una mesa alargada y, a pesar de lo abarrotado que está el salón, hay un espacio libre a su alrededor, como si nadie se atreviera a acercarse demasiado. Tiene el pelo del mismo color que la sal, va vestido completamente de negro y lleva colgando de la cintura una mortífera espada curvada. A su lado —y no se me ocurre una compañía más inesperada— hay una ninfa de piel verde ataviada con lo que parece ser un

vestido entallado y unas botas con cordones. Unas prendas inequívocamente mortales. A ambos lados de la ninfa hay dos caballeros con el uniforme oficial de su corte. Uno de ellos, una mujer, tiene el cabello de color carmesí, recogido en forma de corona. Es Dulcamara, la misma que nos dio la clase sobre la corona.

Hay muchos otros invitados, personajes de los que he oído hablar en los poemas épicos: Rué Silver de Nueva Avalon, que escindió su isla de la costa de California, está hablando con el hijo exiliado del rey abedul, Severin, que tal vez intente aliarse con el nuevo rey supremo o unirse a la corte de lord Roiben. Va acompañado de un chico humano y pelirrojo que más o menos tendrá mi edad, lo cual hace que me detenga a examinarlos. ¿Será ese chico su sirviente? ¿Estará hechizado? No puedo deducirlo solo por su manera de contemplar la estancia, pero cuando me ve, me mira fijamente y sonríe.

Yo miro rápidamente para otro lado.

Al hacerlo, las selkies se desplazan y me doy cuenta de que hay alguien más con ellas. Tiene la piel gris y los labios azules, con un mechón de cabello que oculta parte de su rostro de ojos hundidos. A pesar de todo, la reconozco. Es Sophie. He oído historias que aseguran que las sirenas del Inframar acogen a los marineros ahogados, pero nunca me las había creído. Cuando abre la boca, asoman unos dientes afilados. Un escalofrío me recorre el espinazo.

Avanzo dando tumbos por detrás de mis hermanas. Cuando miro hacia atrás ya no veo a Sophie, y me pregunto si me la habré imaginado.

Pasamos junto a un shagfoal y un barghest. Todos se están riendo a carcajadas, bailando con una ferocidad excesiva. Cuando paso junto a un juerguista ataviado con una máscara de duende, la levanta y me guiña un ojo. Es Cucaracha.

—Me he enterado de lo de la otra noche. Buen trabajo —dice—. Ahora, estáte atenta a cualquier cosa que se salga de lo normal. Si Balekin tiene previsto emprender acciones contra Dain, lo hará antes de que comience la ceremonia.

—Así lo haré —respondo, tras haberme separado de mis hermanas para charlar un rato con él. Entre tanta gente, es fácil perderse de vista durante

un rato.

—Bien. He venido para ver con mis propios ojos cómo coronan al príncipe Dain. —Mete la mano en su chaqueta marrón para sacar una petaca plateada, le quita el tapón y le pega un sorbo—, Y para ver cómo los aristócratas se corren una juerga y hacen el tonto.

Cucaracha me ofrece la petaca con las zarpas de una mano verdosa y grisácea. Incluso desde lejos puedo oler el mejunje que contiene: acre, fuerte y denso.

—Estoy bien como estoy —respondo, negando con la cabeza.

—Sin duda —me dice riendo, y después vuelve a ponerse la máscara.

Me quedo quieta, sonriendo, mientras veo como se aleja entre la multitud. El simple hecho de verle me ha producido ese sentimiento de pertenencia que tanto he anhelado siempre. No se puede decir que Fantasma, Bomba y él sean mis amigos, pero parece que les caigo bien, así que no quiero darle más vueltas. Me basta con saber que tengo un lugar entre ellos, ademas de un objetivo común.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Vivienne, agarrándome—, Voy a tener que ponerte una correa como la de Oak. Venga, vamos a bailar.

Nos adentramos entre la muchedumbre. La música resuena por todas partes, invitando a mover los pies. Dicen que es imposible resistirse al influjo de la música de las hadas, aunque eso no es del todo cierto. Lo imposible es parar de bailar una vez ya has empezado y mientras la música continúe. Y continúa toda la noche, enlazando un agónico baile tras otro, donde cada canción deja paso a la siguiente sin dar lugar a parar para recuperar el aliento. Resulta excitante dejarse envolver por la música, dejarse llevar por su ritmo. Por supuesto, como Vivi es una de ellos puede dejar de bailar cuando quiera. También puede sacarte del trance, así que bailar con ella no entraña demasiado peligro. Aunque Vivi no siempre opta por la opción más segura.

De todos modos, soy la persona menos indicada para juzgar a alguien por eso.

Nos cogemos de la mano y nos sumamos al círculo de baile, riendo y brincando. La canción produce un efecto curioso en mi sangre, parece como si la impulsara por mis venas siguiendo el mismo ritmo sincopado,

empleando unos acordes igual de dulces. El círculo se rompe y, no sé cómo, acabo cogida de las manos con Locke, que me hace girar con un impulso vertiginoso.

—Eres muy hermosa —dice—. Tanto como una noche de invierno.

Sus ojos zorrunos adoptan una expresión risueña. Su cabello bermejo se riza alrededor de sus orejas puntiagudas. De uno de sus lóbulos cuelga un pendiente dorado que refleja la luz de las velas como si fuera un espejo. Él sí que es hermoso, posee una belleza inhumana que quita el aliento.

—Me alegra que te guste el vestido —alcanzo a decir.

—Dime, ¿podrías llegar a amarme? —me pregunta sin venir a cuento.

—Pues claro.

Me río, pues no sé qué clase de respuesta se supone que tengo que dar. Pero la pregunta está formulada de una forma tan extraña que no puedo decirle que no. Quiero al asesino de mis padres, así que supongo que podría llegar a amar a cualquiera. No me importaría amarle a él.

—Me pregunto una cosa —añade—, ¿qué serías capaz de hacer por mí?

—No sé a qué te refieres.

Esta figura enigmática y de mirada férrea que tengo delante no es el mismo Locke que me llevó a la azotea de su finca y me habló con tanta dulzura, ni el mismo que me persiguió, riendo, por los pasillos. No tengo muy claro quién es este Locke, pero me ha dejado completamente descolocada.

—¿Renunciarías a una promesa por mí? —Sonríe como si me estuviera tomando el pelo.

—¿Qué promesa?

Locke me hace girar a su alrededor, mis zapatillas de piel zascandilean sobre el suelo de tierra compacta. A lo lejos, un gaitero empieza a tocar.

—Cualquiera —responde con tono desenfadado, aunque no es poca cosa lo que me está pidiendo.

—Depende, supongo —digo, porque la verdadera respuesta, un no rotundo, es una que nadie querría oír.

—¿Me quieres lo suficiente como para renunciar a mí? —Con eso ya me ha dejado alucinada. Locke se acerca un poco más—. ¿No te parece eso una prueba de amor?

—No… no lo sé —respondo.

Todo esto tiene que ser el prolegómeno de algún anuncio por su parte, ya sea para mostrarme su afecto o todo lo contrario.

—¿Me quieres lo suficiente como para llorar por mí? —Susurra esas palabras junto a mi cuello. El roce de su aliento hace que se me ericen los pelillos de la nuca, que me estremezca con una extraña combinación de deseo e inquietud.

—¿Te refieres a si alguien te hiciera daño?

—Me refiero a si yo te hiciera daño a ti.

Se me pone la piel de gallina. Esto no me gusta. Pero al menos sé qué responder:

—Si me hicieras daño, no lloraría. Te lo devolvería con creces.

Pierde ligeramente el ritmo mientras nos deslizamos sobre la pista.

—No me extrañaría que…

Entonces se interrumpe y mira hacia atrás. No puedo pensar con claridad. Me arde la cara. Temo lo que pueda decir a continuación.

—Es hora de cambiar de pareja —dice alguien.

Cuando giro la cabeza, veo que se trata de la peor persona posible: Cardan.

—Uy —le dice a Locke—, ¿he interrumpido tu soliloquio?

Su tono no resulta amigable, y cuando repito mentalmente sus palabras, mi inquietud va en aumento.

Locke me deja en manos del joven príncipe, tal y como exige el protocolo. Por el rabillo del ojo veo que Taryn nos está observando. Esta inmóvil en mitad de la estancia, parece perdida mientras las hadas se arremolinan a su alrededor, balanceando a sus parejas de baile en espirales vertiginosas. Me pregunto si Cardan le habrá hecho algo antes de venir a molestarme a mí.

Me agarra de la mano mala. Lleva guantes negros —el tacto del cuero resulta cálido incluso a través de la capa de seda que cubre mis dedos— y un traje del mismo color. La parte superior de su jubón está cubierta de plumas de cuervo, y sus botas tienen unas puntas metálicas muy afiladas que me recuerdan lo fácil que le resultaría coserme a puntapiés una vez iniciado el baile. Sobre la frente lleva una corona de ramas de metal

entrelazadas, ligeramente ladeada. Tiene unas manchas de pintura plateada sobre los pómulos y las pestañas retocadas con lápiz de ojos. El maquillaje del ojo izquierdo está emborronado, como si hubiera olvidado que lo llevaba puesto y se hubiera frotado el ojo.

—¿Qué quieres? —le pregunto. Me cuesta pronunciar esas palabras. Todavía sigo pensando en Locke, dándole vueltas a lo que ha dicho y, sobre todo, a lo que no ha dicho—. Adelante. Insúltame.

Cardan enarca las cejas.

—No acepto órdenes de los mortales —replica con su sonrisa cruel marca de la casa.

—Entonces, ¿vas a decirme algo agradable? Lo dudo. Las hadas no pueden mentir.

Querría enfadarme, pero lo único que siento ahora mismo es gratitud. Ya no me arde la cara ni me escuecen los ojos. Estoy lista para buscar pelea, lo cual es una sensación mucho más agradable. Aunque estoy segura de que esa no era su intención, me ha hecho un favor enorme al quitarme a Locke de encima.

Cardan desliza las manos hacia abajo por mi cintura. Le miro con el ceño fruncido.

—Me odias mucho, ¿verdad? —me pregunta, ensanchando su sonrisa.

—Casi tanto como me odias tú a mí —respondo, pensando en la hoja con mi nombre garabateado, en la mirada que me lanzó cuanto estaba borracho en el laberinto de setos. En la mirada que me está lanzando ahora.

Entonces me suelta la mano.

—Hasta que volvamos a pelearnos —dice, dirigiéndome una reverencia que solo puedo interpretar como una burla.

Le observo mientras se aleja con paso tambaleante entre la multitud, sin saber muy bien qué sacar en claro de esta conversación.

Comienzan a repicar las campanas, señalando el comienzo de la ceremonia. Los músicos enmudecen sus violines y sus arpas. Durante un largo instante, la colina se queda en silencio, expectante, hasta que los invitados se dirigen hacia sus puestos. Yo me abro paso hacia el frente, donde se están congregando los aristócratas de la corte del rey supremo. Hacia el lugar donde me espera mi familia. Oriana ya se encuentra allí, junto a uno de los mejores caballeros de Madoc. Por su cara se deduce que preferiría estar en cualquier otra parte. Oak ya no está sujeto por la correa y se ha subido a los hombros de Taryn, que le está susurrando algo a Locke. Él se echa a reír.

Me quedo quieta. La multitud se agolpa a mi alrededor, pero yo permanezco clavada al suelo mientras Taryn se inclina hacia Locke y le coloca un mechón de pelo rebelde por detrás de la oreja.

Es un gesto pequeño, pero muy revelador. Intento convencerme de que no significa nada, aunque después de la extraña conversación que hemos mantenido, me veo incapaz. Taryn tiene un amante, alguien que va a pedir su mano esta noche. Y sabe que Locke y yo somos… lo que quiera que seamos.

«¿Me quieres lo suficiente como para renunciar a mí? ¿No te parece eso una prueba de amor?».

Vivienne emerge entre la multitud con un brillo en sus ojos felinos y la melena suelta. Agarra a Oak en brazos y comienza a dar vueltas y vueltas hasta que los dos acaban cayendo al suelo, envueltos en el aleteo de las faldas de Vivi. Debería ir con ellos, pero no lo hago.

No puedo acercarme a Taryn aún, no mientras no consiga sacarme esta traición de la cabeza.

Así que me quedo rezagada, observando como la familia real se reúne sobre la tarima. El rey supremo está sentado en su trono de ramas entrelazadas, ataviado con la aparatosa corona. Tiene el rostro surcado de arrugas y escudriña el entorno con unos ojos avizores y de color bronce, como los de un búho. El príncipe Dain está sentado a su lado en un humilde taburete de madera, vestido todo de blanco, con las manos y los pies al aire. Por detrás del trono se encuentra el resto de la familia real: Balekin y Elowyn, Rhyia y Caelia. Incluso Taniot, la madre del príncipe Dain, ha

asistido con un reluciente vestido dorado. El único miembro de la familia real que falta es Cardan.

El rey supremo Eldred se levanta y la colina entera se queda en silencio.

—El mío ha sido un reinado largo, pero hoy debo despedirme de vosotros. —Su voz resuena por la colina. Rara vez ha hablado de este modo, dirigiéndose a una asamblea tan concurrida, y me quedo asombrada tanto por la fuerza de su voz como por la fragilidad de su persona—. Cuando sentí por primera vez la llamada para partir en busca de la Tierra Prometida, pensé que se pasaría con el tiempo. Pero ya no puedo seguir resistiéndome. Hoy dejaré de ser rey para convertirme en nómada.

Aunque todos los presentes saben que nos hemos reunido concretamente para eso, algunos se echan a llorar. Una sílfide solloza sobre el pelaje de un puka con cabeza de cabra.

El poeta y senescal de la corte, Val Moren, aparece por un lateral de la tarima. Es larguirucho y camina encorvado, tiene la melena salpicada de ramitas y una corneja posada en cada hombro. Apoya el peso de su cuerpo sobre un bastón de madera lisa que ha empezado a dar brotes en la parte superior, como si el esqueje aún siguiera vivo. Se rumorea que en su juventud le persuadieron para abandonar el mundo de los mortales y compartir el lecho de Eldred. Me pregunto qué hará a partir de ahora sin su rey.

—Vuestra marcha nos aflige enormemente, mi señor —dice Val Moren. Sus palabras adoptan un tono agridulce al emerger de sus labios.

Eldred ahueca las manos y las ramas del trono se estremecen y empiezan a crecer, desplegando nuevos brotes verdes que se extienden hacia el cielo en espiral. De sus tallos surgen nuevas flores y brotan pimpollos. Las raíces del techo comienzan a desplazarse, extendiéndose como vides que reptan por el interior de la colina. Flota un olor en el ambiente que recuerda al de una brisa de verano cargada con la promesa de una nueva temporada de manzanas.

—Otro ocupará mi lugar. Así pues, os pido que me eximáis de mi deber.

Los feéricos responden como si todos compartieran una misma voz, produciendo un efecto sorprendente.

—Os eximimos —dicen al unísono. Sus palabras reverberan a mi alrededor.

El rey supremo se despoja de la túnica real. El manto se desploma sobre el suelo de piedra y forma un charco incrustado de joyas. Después se quita la corona de hojas de roble. Adopta una pose más erguida. Desprende un vigor inesperado. Eldred es el único rey supremo de Elfhame que recuerdan muchos feéricos; siempre me ha parecido un anciano, pero al despojarse del manto de mando parece haberse quitado años de encima.

—¿Y a quién pondréis en vuestro lugar para que se convierta en nuestro rey supremo? —pregunta Val Moren.

—A mi tercer vástago, mi hijo Dain —responde Eldred—. Acércate, muchacho.

El príncipe Dain se levanta de su humilde taburete. Su madre le quita la túnica blanca que lo cubre, dejándolo desnudo. Me quedo un poco pasmada. Estoy acostumbrada a cierto nivel de desnudez en Faerie, pero no entre la familia real. Plantado junto a sus parientes, envueltos en sus majestuosas prendas bordadas y de brocado, Dain parece exquisitamente vulnerable.

Me pregunto si tendrá frío. Pienso en mi mano dolorida y espero que así sea.

—¿Aceptas? —pregunta Val Moren.

La corneja que lleva al hombro despliega sus alas negras y las bate. No tengo muy claro si eso forma parte de la ceremonia.

—Asumiré la carga y el honor que conlleva esta corona —dice Dain con solemnidad, y en ese momento, su desnudez se convierte en algo más, en un símbolo de poder—. Que así sea.

—Corte Oscura, huestes de la noche, acercaos a ungir a vuestro príncipe —dice Val Moren.

Una boggan se abre camino con su corpachón descomunal hacia la plataforma elevada. Tiene el cuerpo recubierto por un pelo grueso y dorado, y tiene los brazos tan largos que los arrastraría por el suelo si no los tuviera flexionados. Parece lo bastante fuerte como para ser capaz de partir al príncipe Dain por la mitad. Alrededor de la cintura lleva puesta una falda confeccionada con retales de pieles, y porta en una de sus inmensas manos algo que parece un tintero.

La boggan le pinta el brazo izquierdo con largas espirales de sangre coagulada, después repite la operación sobre el vientre y a lo largo de la pierna izquierda. Dain permanece inmutable. Cuando termina, la boggan retrocede para admirar su macabra obra y después le dirige una leve reverencia a Eldred.

—Corte Luminosa, hijos de la luz, acercaos a ungir a vuestro príncipe —dice Val Moren.

Un muchacho diminuto y desgreñado con un atuendo que parece hecho de corteza de abedul se aproxima a la tarima. De su espalda asoman unas pequeñas alas de color verde claro. Cuando unge el otro lado del cuerpo de Dain, lo pinta con unos gruesos trazos de polen amarillo como la mantequilla.

—Hadas montaraces, pueblos retraídos, acercaos a ungir a vuestro príncipe —dice Val Moren.

Esta vez, el que se acerca es un gnomo ataviado con un traje muy elegante. Lleva un puñado de barro con el que embadurna el pecho del príncipe Dain, justo por encima del corazón.

Finalmente, diviso a Cardan entre la multitud, lleva una bota de vino en la mano y le cuesta mantenerse derecho. Según parece, se ha emborrachado de lo lindo. Cuando pienso en la mancha de pintura plateada que tenía en la cara y en cómo deslizó la mano por mi cintura, deduzco que ya iba bastante fino cuando nos cruzamos. Siento una satisfacción enorme y perversa al ver que no se encuentra junto al resto de la familia real en el momento más importante para la corte en siglos.

Se va a meter en un buen lío.

—¿Quién se ocupará de vestirlo? —pregunta Val Moren y, a modo de respuesta, sus hermanas y su madre le traen una túnica blanca y unos pantalones de cuero, un collar de oro y unas botas altas de piel de cabritillo.

Parece un rey de cuento, destinado a gobernar con sabiduría y justicia. Me imagino a Fantasma sobre las vigas y a Cucaracha con su máscara, contemplando la escena con orgullo. Yo también siento cierto orgullo al haberle jurado mis servicios.

Pero no puedo olvidar lo que me dijo: «Eres mi peón, Jude Duarte».

Deslizo la mano mala hacia la empuñadura de mi espada plateada, la misma que forjó mi padre. A partir de esta noche, me convertiré en espía del rey supremo y en un miembro legítimo de su corte. Mentiré a sus enemigos y, si eso no funciona, encontraré un modo de hacer algo peor. Y si Dain me hace enfadar, bueno, también encontraré una forma de atajar eso.

Val Moren pega un golpetazo en el suelo con la punta de su bastón y noto en los dientes la reverberación resultante.

—¿Y quién le coronará?

Eldred pone cara de orgullo. La corona reluce entre sus manos nudosas, centellea como si la luz del sol brotara de su superficie metálica.

—Lo haré yo.

Los guardias están modificando ligeramente su distribución, preparándose quizá para escoltar a Eldred fuera del palacio. Hay más caballeros alrededor de la multitud de los que había cuando comenzó la ceremonia.

—Acércate, Dain —dice el rey supremo—. Arrodíllate ante mí.

El príncipe heredero se postra ante su padre y el resto de la comitiva.

Mi mirada se posa entonces sobre Taryn, que sigue al lado de Locke. Oriana tiene rodeado a Oak con un brazo protector mientras uno de los lugartenientes de Madoc se inclina para hablar con ella. El soldado señala hacia una puerta, y Oriana, antes de empezar a caminar hacia ella, le dice algo a Vivi. Taryn y Locke la siguen. Aprieto los dientes y empiezo a abrirme camino hacia ellas entre la multitud. No quiero quedar en evidencia como Cardan al no estar en mi sitio.

La voz de Val Moren interrumpe mis pensamientos:

—¿Y vosotros, feéricos de Elfhame, aceptáis al príncipe Dain como vuestro rey supremo?

La multitud responde a coro, con bramidos y voces chirriantes:

—Lo aceptamos.

Observo entonces a los caballeros que rodean la tarima. En otra vida, yo habría sido una más entre ellos. Mientras paseo la mirada por esa zona, diviso algunos rostros conocidos. Los mejores comandantes de Madoc. Guerreros leales hasta la muerte.

No llevan puestos sus uniformes. Sobre sus relucientes armaduras llevan el atuendo oficial de los Greenbriar. Puede que Madoc haya decidido distribuir a sus mejores hombres como una simple medida de precaución. Pero la espía a la que maté, la que portaba ese mensaje burlón, también estaba a las órdenes de Madoc.

Además, Oriana, Oak y mis hermanas se han ido. Uno de los lugartenientes de Madoc las ha escoltado hasta el exterior de la colina, coincidiendo con el incremento en el número de guardias que rodean la tarima.

«Tengo un plan para asegurar nuestro futuro».

Tengo que encontrar a Cucaracha. Tengo que encontrar a Fantasma. Tengo que avisarles de que algo va mal.

«Un estratega experimentado aguarda el momento oportuno».

Me abro paso entre un trío de duendes, un trol y un feérico de las Tribus Libres. Un spriggan me lanza un gruñido, pero me da igual. Se acerca el final de la coronación. Ya están empezando a rellenar las jarras y los cálices.

Sobre la plataforma, Balekin ha abandonado su lugar junto al resto de príncipes y princesas. Por un instante, creo que eso forma parte de la ceremonia… hasta que desenvaina una espada fina y larga que reconozco del espantoso duelo que mantuvo con Cardan. Me quedo quieta.

—Hermano —le advierte el príncipe Dain.

—Yo no te acepto —dice Balekin—. He venido a desafiarte por el derecho a llevar la corona.

Alrededor de la tarima, multitud de caballeros desenfundan sus armas. Pero ni Elowyn, ni Eldred, ni ninguno de los demás —Val Moren, Taniot, Rhyia— van armados. Caelia es la única que extrae un puñal de su corpiño, pero el filo es tan pequeño que no creo que sirva de mucho.

Intento desenvainar mi espada, pero estoy demasiado apretujada entre la multitud.

—Balekin —dice Eldred con severidad—. Hijo mío, la corte suprema no puede comportarse como las cortes inferiores. Nuestro sistema sucesorio no se basa en la sangre. Ningún duelo contra tu hermano me convencerá

para coronar a alguien indigno como tú. Acepta mi decisión. No te humilles delante de todo Faerie.

—Esto debería ser solo entre tú y yo —le dice Balekin a Dain, ignorando por completo las palabras de su padre—. Ahora mismo no hay monarca supremo. No hay nadie salvo nosotros dos y una corona.

—No me hace falta luchar contigo —replica Dain, haciendo un gesto a los caballeros que se agolpan alrededor de la tarima, esperando una orden. Madoc se encuentra entre ellos, pero estoy demasiado lejos como para poder ver bien lo que pasa—. No eres digno de tal consideración.

—En ese caso, que esto pese sobre tu conciencia.

Balekin avanza dos pasos y lanza una estocada. Ni siquiera mira en la dirección hacia la que ha descargado el golpe, pero su espada le perfora la garganta a Elowyn. Alguien chilla, después se suman todos los demás. Al principio, la herida no forma más que una pequeña mancha sobre su piel, hasta que la sangre empieza a brotar, provocando una riada carmesí. Elowyn se tambalea hacia delante, se apoya en el suelo sobre las rodillas y los pies. La tela dorada y sus centelleantes joyas se están tiñendo de rojo.

A Balekin le ha bastado un simple movimiento de su espada, un gesto casi desganado.

Eldred levanta una mano. Creo que pretende conjurar la misma magia que hizo crecer las raíces, la que provocó que las ramas del trono florecieran y se entrelazaran. Pero ya no tiene ese poder, renunció a él junto con su reino. Así que las flores del trono que brotaron hace un rato ya han empezado a secarse y marchitarse.

La corneja que está encaramada al hombro de Val Moren levanta el vuelo, se eleva entre graznidos hacia las raíces que penden del techo hueco de la colina.

—Guardias —dice Dain, con la voz propia de alguien que espera que le obedezcan.

Sin embargo, ninguno de ellos avanza hacia la plataforma. Como si fueran una sola persona, los guardias se ponen de espaldas a la familia real y apuntan con sus espadas a los invitados. Son partícipes de lo que está sucediendo, del golpe de Estado de Balekin.

Pero me cuesta creer que Madoc haya planeado esto. Dain es amigo suyo. Fue a la guerra con él. Pensaba recompensarle en cuanto se convirtiera en rey supremo.

La multitud se dispersa, arrastrándome a su paso. Todo el mundo se está moviendo, empujando para acercarse o alejarse de la macabra tarima. Diviso la cabellera salina del rey de la Corte de las Termitas, que intenta abrirse paso hacia el lugar del conflicto, pero sus propios caballeros se interponen en su camino para retenerlo. Mi familia se ha ido. Intento localizar a Cardan, pero ha desparecido entre la multitud.

Todo está ocurriendo muy deprisa. Caelia ha echado a correr hacia el rey supremo. Empuña su cuchillo, tan pequeño que apenas puede considerarse un arma, pero lo hace con valentía. Taniot se agacha junto al cuerpo de Elowyn, tratando de contener la hemorragia con los bajos de su vestido.

—¿Qué dices ahora, padre? —inquiere Balekin—. ¿Y tú, hermano?

Dos flechas emergen de entre las sombras e impactan contra el costado de Balekin, que se tambalea hacia delante. La tela de su jubón se desgarra, por debajo asoma un destello metálico. Una armadura. Oteo las vigas del techo en busca de Fantasma.

Soy una espía del príncipe de pleno derecho, igual que él. Es mi deber llegar hasta Dain. Comienzo a abrirme camino. En mi cabeza se forma una visión del futuro, como si me estuviera contando a mí misma una historia, una narración clara y comprensible que contrasta con el caos que se extiende a mi alrededor. Sea como sea, llegaré hasta el príncipe y lo defenderé frente al traidor de Balekin hasta que lleguen los miembros leales de su guardia. Seré una heroína, la persona que se interpuso entre los golpistas y su rey.

Madoc llega allí antes que yo.

Durante un breve instante, me siento aliviada. Puede que la lealtad de sus comandantes esté en venta, pero Madoc nunca…

Entonces Madoc le clava la espada en el pecho a Dain con tanta fuerza que la punta emerge por el otro lado. Empuja el filo hacia arriba, a través de la caja torácica, hacia el corazón.

Dejo de moverme mientras la multitud corre a mi alrededor. Me quedo inmóvil como una piedra.

Atisbo el destello blanquecino de un hueso, el tono rojo y viscoso de los músculos. El príncipe Dain, que ha estado a punto de convertirse en rey supremo, se desploma sobre la capa oficial roja e incrustada de gemas. La sangre que derrama se pierde entre el amasijo de joyas.

—Traidores —susurra Eldred, pero su voz se ve amplificada por la estructura del lugar. La palabra resuena por toda la sala.

Madoc hace una pausa y aprieta los dientes, como si estuviera cumpliendo con un deber que le desagrada. Lleva puesto el gorro rojo, el mismo que le asomaba del bolsillo, el mismo que examiné en su estuche. Esta noche lo renovará. Formará nuevas líneas sanguinolentas. Pero me cuesta creer que esté haciendo esto bajo las órdenes de una tercera persona.

Debió de aliarse con Balekin, despistando a los espías de Dain. Repartió a sus hombres por la zona para aislar a la familia real de cualquiera que pudiera ayudarlos. Instó a Balekin a orquestar un ataque en el único momento en que nadie se lo esperaría. Dedujo incluso que la única manera de burlar la mortífera maldición de la corona era atacar cuando no reposara sobre la cabeza de nadie. Conociéndole como lo conozco, estoy segura de que fue él quien planeó este golpe.

Madoc ha traicionado a Eldred, y ahora Dain está muerto, llevándose consigo todos mis planes y esperanzas.

«Las coronaciones son un momento en el que pueden suceder muchas cosas».

No soporto ver la cara de satisfacción de Balekin.

—Entrégame la corona.

Eldred suelta la diadema, que rueda brevemente por el suelo.

—Cógela tú mismo si tanto la quieres.

Caelia está lanzando unos chillidos horribles. Rhyia está contemplando a la multitud con espanto. Val Moren permanece al lado de Eldred, la palidez se ha adueñado de su enjuto rostro de poeta. Rodeada de caballeros, la plataforma se ha convertido en un escenario de los horrores, donde todos los intérpretes están condenados a desempeñar su papel hasta el sangriento final.

Madoc tiene las manos manchadas de rojo. No puedo dejar de mirarlas.

Balekin levanta la corona suprema. Las hojas de roble doradas centellean bajo la luz de las velas.

—Esperaste demasiado para abandonar el trono, padre. Te has vuelto un pusilánime. Has permitido que traidores gobiernen pequeños feudos, el poder de las cortes inferiores está fuera de control, y las hadas montaraces hacen lo que les viene en gana. Dain habría hecho lo mismo, era un cobarde que se escondía detrás de sus intrigas. Pero a mí no me da miedo derramar sangre.

Eldred permanece callado. No hace amago de coger la corona ni ningún arma. Se limita a esperar.

Balekin le ordena a un caballero que traiga a Taniot. Una gorro rojo con armadura sube a la plataforma para agarrar a la consorte real, que no para de forcejear. Taniot pega cabezazos a diestro y siniestro, le desgarra un hombro a la guerrera con sus cuernos largos y negros. Pero da igual. No sirve de nada. Hay demasiados caballeros. Dos de ellos se adelantan y ponen fin a los forcejeos.

Balekin se planta ante su padre y le dice:

—Nómbrame rey supremo, corónam e y podrás salir de este lugar, libre e ileso. Mis hermanas quedarán bajo mi protección. Tu consorte vivirá. De lo contrario, mataré a Taniot. La mataré delante de todo el mundo, y todos sabrán que tú lo has permitido.

Observo a Madoc, que está en los escalones de la tarima, hablando en voz baja con uno de sus comandantes, un trol que ha compartido mesa con nosotros, que hizo reír a Oak con sus bromas. Yo también me reí aquella vez. Ahora me tiemblan las manos, junto con el resto del cuerpo.

—Balekin, mi primogénito, da igual cuánta sangre derrames, jamás gobernarás Elfhame —dice Eldred—. Eres indigno de esta corona.

Cierro los ojos y pienso en lo que me dijo Oriana: ¡No es fácil ser amante del rey supremo. Implica ser siempre un peón!

Taniot asume su muerte con entereza. Permanece inmóvil. Tiene un porte regio y trágico, que sin duda dará pie a multitud de poemas épicos. Tiene los dedos entrelazados. No profiere ningún sonido cuando una guerrera —la gorro rojo del hombro desgarrado— la decapita con un único

espadazo, rápido y brutal. La cabeza cornuda de Taniot rueda durante unos segundos hasta que choca con el cadáver de Dain.

Siento algo húmedo en la cara, como si fuera lluvia.

Hay muchos feéricos que difrutan asesinando y muchos más que se complacen con este tipo de espectáculos. Una especie de locura parece haberse apoderado de la multitud, un ansia por presenciar una masacre todavía mayor. Temo que puedan ver su deseo satisfecho con creces. Dos soldados han prendido a Eldred.

—No te lo volveré a pedir —dice Balekin.

Pero Eldred se limita a reírse, y se sigue riendo cuando Balekin lo ensarta. No cae al suelo como los demás. En vez de manar sangre de la herida, emergen en tromba unas polillas rojas que se dispersan por el aire. Escapan de él a tal velocidad que, en cuestión de segundos, el cuerpo del rey supremo desaparece, y solo quedan esas polillas que revolotean hasta formar un inmenso enjambre, un tornado de alas coloradas.

No sé qué hechizo les daría vida, pero no dura mucho. Las polillas empiezan a caer hasta que terminan desperdigadas sobre la tarima como hojas movidas por el viento. El rey supremo Eldred, aunque parezca imposible, ha muerto.

La plataforma está cubierta de cadáveres y sangre. Val Moren se ha puesto de rodillas.

—Hermanas —dice Balekin, acercándose a ellas. Su voz ha perdido parte de su arrogancia, reemplazada por una suavidad estremecedora. Parece un hombre sumido en una pesadilla de la que se niega a despertar.

—¿Cuál de vosotras me coronará? Coronadme y viviréis.

Recuerdo cuando Madoc le dijo a mi madre que no huyera de él.

Caelia da un paso al frente y deja caer el puñal. Su vestido se compone de una pechera dorada y una falda azul, lleva la melena suelta, adornada con una diadema de frutos silvestres.

—Lo haré yo —dice—. Ya es suficiente. Te convertiré en rey supremo, aunque la mácula que dejan tus actos mancillará para siempre tu reinado.

«Jamás es igual que para siempre», pienso, después me enfado por haber recordado algo que ha dicho Cardan, y más en un momento como este. Una parte de mí se alegra de que Caelia haya cedido a pesar de los

monstruosos actos de Balekin, a pesar de que su reinado estará marcado por el horror. Al menos, pondremos fin a este espanto.

Una flecha emerge de entre las sombras de las vigas, trazando una trayectoria completamente distinta a la anterior. Caelia recibe el impacto en el pecho. Pone los ojos como platos y aletea las manos sobre su corazón, como si la herida fuera algo bochornoso que necesitara ocultar. Después pone los ojos en blanco y se desploma sin proferir ningún ruido. Es Balekin el que grita con frustración. Madoc da órdenes a sus hombres, señalando hacia el techo. Un destacamento se separa del resto del ejército y sus miembros comienzan a subir por las escaleras. Unos cuantos guardias levantan el vuelo impulsados por unas alas de color verde claro, las espadas en ristre.

La ha matado. Fantasma ha matado a Caelia.

Me abro camino a ciegas hacia la plataforma, paso junto a un sluagh que aúlla para exigir más sangre. No tengo ni idea de lo que voy a hacer cuando llegue allí.

Rhyia recoge el cuchillo de su hermana y lo empuña con una mano temblorosa. El vestido azul que lleva puesto hace que parezca un pajarito capturado antes de lograr alzar el vuelo. Es la única amiga auténtica que Vivi tiene en Faerie.

—¿De verdad vas a enfrentarte a mí, hermana? —dice Balekin—. No tienes espada ni armadura. Déjalo, ya es demasiado tarde para eso.

—Sí, ya es demasiado tarde —dice Rhyia, que se acerca el cuchillo al pescuezo y presiona la punta justo por debajo de la oreja.

—¡No! —exclamo, aunque mi voz queda eclipsada por las voces de la multitud y los gritos de Balekin.

Entonces, como ya no puedo soportar ver más muertes, cierro los ojos. Los mantengo cerrados cuando me empuja una criatura peluda y corpulenta. Balekin empieza a gritar para que alguien encuentre a Cardan, para que lo traigan ante él, y es entonces cuando abro los ojos de golpe. Pero no hay ni rastro de Cardan. Solo veo el cuerpo desplomado de Rhyia, una imagen más que sumar al espanto de esta escena.

Unos arqueros alados apuntan hacia la maraña de raíces donde estaba escondido Fantasma, que enseguida se desploma entre la multitud.

Contengo el aliento, temiendo que le hayan dado. Pero Fantasma echa a rodar, se pone en pie y sale huyendo por las escaleras, seguido de cerca por los guardias.

No puede hacer otra cosa. Hay demasiados soldados y la estancia está abarrotada, así que no le queda otra opción que correr. Quiero ayudarle, quiero reunirme con él, pero estoy acorralada. No puedo hacer nada. No puedo salvar a nadie.

Balekin se gira hacia el poeta de la corte y le señala.

—Tú me coronarás. Pronuncia el discurso de la ceremonia.

—No puedo —replica Val Moren—. No soy pariente tuyo, no guardo relación con la corona.

—Hazlo —le ordena Balekin.

—Sí, mi señor.

El poeta de la corte responde con voz trémula. Ejecuta una versión apresurada de la coronación mientras la colina se queda en silencio. Pero cuando se le pide a la multitud que acepte a Balekin como nuevo rey supremo, todos permanecen callados. Balekin tiene la corona dorada de hojas de roble en la mano, pero aún no sobre la cabeza.

Balekin pasea la mirada entre la muchedumbre, y aunque sé que no se va a fijar en mí, me encojo de miedo.

—Juradme lealtad —brama.

Pero no lo hacemos. Los monarcas no hincan la rodilla. Los aristócratas guardan silencio. Las hadas montaraces sopesan la situación. La reina Annet —de la Corte de las Polillas, la Corte Oscura más meridional— hace señas a sus cortesanos para que abandonen la sala. Se da la vuelta con un gesto de desdén.

—Habéis jurado lealtad al rey supremo —exclama Balekin—. Y ahora el rey soy yo.

Balekin levanta la corona y se la pone en la cabeza, pero enseguida lanza un aullido y se la vuelve a quitar. La corona le ha dejado una quemadura en la frente, un pequeño círculo rojizo.

—No juramos lealtad al rey, sino a la corona —exclama alguien.

Es lord Roiben, de la Corte de las Termitas. Se ha abierto paso hasta situarse enfrente de los caballeros. Pese a que hay más de una docena de

soldados entre Balekin y él, Roiben no parece especialmente preocupado.

—Tienes tres días para metértelo en la cabeza, parricida. Tres días antes de que me marche de aquí sin jurar lealtad a nadie, con mi poder desatado y poco impresionado por tu pantomima. Y estoy seguro de que no seré el único.

Se oye un murmullo de risas y susurros a medida que sus palabras se extienden entre la multitud. Aún queda un grupo muy variopinto en la sala: Benignos resplandecientes y Malignos escalofriantes; hadas montaraces que rara vez abandonan sus colinas, sus ríos o sus túmulos; duendes y brujas, pukas y ninfas. Han visto cómo la familia real casi al completo era masacrada en una sola noche. Me pregunto cuánta violencia más se desatará si no se designa a un nuevo monarca para contenerlos. Me pregunto quién recibiría esa violencia con los brazos abiertos.

Varias sílfides relucen mientras revolotean por este aire que huele a sangre recién derramada. La fiesta continuará, ahora me doy cuenta. Todo seguirá su curso.

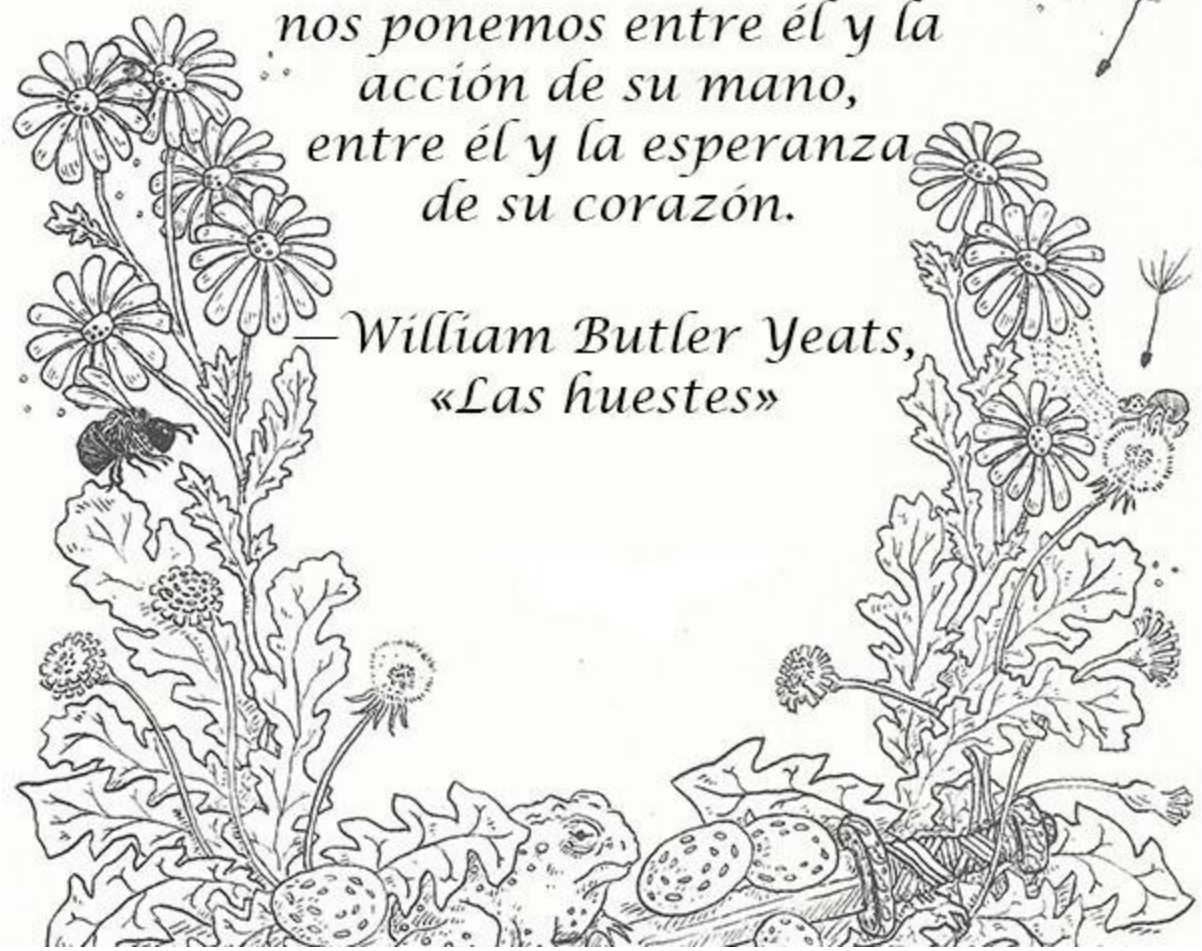
Pero no sé si yo voy a ser capaz de hacer lo mismo.

Libro segundo

No te quedes donde el fuego brilla,
llenando el corazón con un sueño mortal;
pues los pechos palpitan y los ojos fulgen:
sal al crepúsculo oscuro, sal, ven aquí.

Los brazos se agitan, se separan los labios;
y si alguno mira a nuestra
impetuosa banda,
nos ponemos entre él y la
acción de su mano,
entre él y la esperanza
de su corazón.

—William Butler Yeats,
«Las huestes»



CAPÍTULO 21

Vuelvo a ser una niña, escondida debajo de una mesa, mientras la fiesta se desarrolla a mi alrededor.

Con la mano presionada sobre el corazón, siento el golpetazo seco y acelerado de sus latidos. Tengo la mente en blanco. En blanco. En blanco.

Tengo manchas de sangre en el vestido, pequeños puntitos alojados en la tela de color azul cielo.

Pensaba que la muerte no me sobrecogería, pero… ha habido demasiadas. Un exceso absurdo e ignominioso. Mi mente sigue mostrándome imágenes de las costillas blancas del príncipe Dain, del chorro de sangre que manó del cuello de Elowyn, de las continuas negativas del rey supremo a Balekin mientras agonizaba. Imágenes de las pobres Taniot, Caelia y Rhyia, que se vieron obligadas a descubrir, una por una, que la corona de Faerie era más importante que sus vidas.

Pienso en Madoc, que ha sido la mano derecha de Dain durante todos estos años. Es posible que las hadas no puedan mentir directamente, pero Madoc mintió con cada risa, con cada palmada en la espalda, con cada copa de vino que compartieron. Madoc, que permitió que todas nos pusiéramos nuestras mejores galas y me regaló una espada preciosa para lucirla esta noche, como si de verdad fuéramos a asistir a una fiesta para divertirnos.

«Yo ya sabía cómo es —trato de decirme—. Vi la sangre reseca en su gorro rojo. Fui una necia por olvidarlo».

Al menos, los caballeros sacaron a mi familia antes de que comenzara la matanza. Al menos no tuvieron que presenciarla, aunque, salvo que se las llevaran muy lejos, seguro que escucharon los gritos. Al menos, Oak no tendrá que crecer como me tocó a mí, marcada por la muerte.

Permanezco sentada hasta que mi corazón se serena. Tengo que salir de la colina. Esta fiesta aún no ha alcanzado su grado máximo de salvajismo, y sin un monarca supremo en el trono, será difícil evitar que los juerguistas den rienda suelta a sus instintos más bajos. Me parece que este no es el mejor momento para ser mortal aquí.

Intento rememorar la disposición de la sala del trono, de cuando la estuve examinando desde lo alto con Fantasma. Trato de recordar las entradas hacia la parte principal del castillo.

Si pudiera encontrar a uno de los guardias y explicarle que pertenezco a la casa de Madoc, puede que me lleve junto al resto de mi familia. Pero no quiero ir. No quiero ver a Madoc, cubierto de sangre, sentado al lado de Balekin. No quiero fingir que lo que ha ocurrido es cualquier cosa menos una atrocidad. No quiero disimular mi repulsión.

Hay otra solución. Puedo arrastrarme por debajo de las mesas hasta llegar a las escaleras y subir por ellas hasta la repisa próxima a la sala de estrategia de Madoc. Una vez allí, creo que podré acceder a una parte del castillo que seguramente estará desierta. Y a la parte que da acceso a los túneles secretos. Así podré salir de aquí sin correr el riesgo de toparme con caballeros, guardias, ni nadie más. La adrenalina insta a mi cuerpo a ponerse en marcha, pero, aunque lo que he ideado tiene tintes de ser un plan, aún no puede considerarse como tal. Puede que consiga salir del palacio, pero después no tendré ningún sitio adónde ir.

«Ya lo pensarás luego», me urge el instinto.

Está bien, me las apañaré con un plan a medias.

A gatas, sin preocuparme por el vestido, ni por la vaina de mi espada que se arrastra por el suelo, ni por el dolor que siento en la mano, comienzo a avanzar. Oigo música por encima de mi cabeza. También oigo otros

sonidos: un gemido, un aullido, el chasquido de algo que bien podrían ser unos huesos. Los ignoro todos.

Entonces alguien levanta el mantel y, mientras mis ojos se acostumbran al fulgor de la luz de las velas, una figura enmascarada me agarra del brazo. En esta postura no me resulta fácil desenvainar la espada, así que echo mano del puñal que llevo escondido en el corpiño. Estoy a punto de atacar cuando reconozco esos ridículos zapatos de punta metálica.

Es Cardan. El único legitimado para poder coronar a Balekin. El único descendiente, aparte de él, que queda del linaje de los Greenbriar. Todos lo habitantes de Faerie deben de estar buscándolo, y aquí está, deambulando por la sala con una endeble máscara de zorro que solo le cubre la mitad del rostro, mirándome con ebrio desconcierto mientras se tambalea ligeramente. Casi me entran ganas de reír. De toda la gente posible, tenía que ser yo la que ha acabado encontrándole.

—Tú eres mortal —me informa. En la otra mano lleva un cáliz vacío, mal sujeto, como si se hubiera olvidado de que aún lo tiene—. Este lugar no es seguro para ti. Sobre todo si te dedicas a ir apuñalando a la gente.

—¿Dices que no es seguro para mí?

Aparte de ser un comentario absurdo, lo que me sorprende es que actúe como si alguna vez le hubiera importado mi integridad. Supongo que estará conmocionado y afligido, y que eso explica esa actitud tan extraña, pero cuesta creer que alguien tan egoísta como él sea capaz de llorar la pérdida de alguien. En este momento, parece que ni siquiera le importa su propia seguridad.

—Baja aquí antes de que te reconozcan.

—¿Jugar al escondite debajo de una mesa? ¿Acuclillarse en el suelo? Típico de tu especie, pero indigno de alguien como yo. —Suelta una risita expectante, como si esperase que yo también me eche a reír.

No lo hago. Cierro el puño y le golpeo en el estómago, en el punto exacto donde sé que más le va a doler. Cardan se pone de rodillas. El cáliz cae al suelo, haciendo un ruido sordo y metálico.

—¡Ay! —exclama Cardan, que se deja arrastrar por debajo de la mesa.

—Saldremos de aquí sin que nadie se entere —le digo—. Permaneceremos debajo de las mesas y avanzaremos hasta las escaleras que

conducen a los niveles superiores del palacio. Y no me digas que gatear es algo indigno de ti. Estás tan borracho que ni siquiera puedes mantenerte en pie.

Cardan suelta un bufido.

—Si insistes —replica. Está demasiado oscuro como para ver la expresión de su rostro y, para colmo, va enmascarado.

Nos abrimos camino por debajo de las mesas mientras resuenan baladas y cánticos festivos sobre nuestras cabezas, mientras los chillidos y los susurros se extienden por la sala y las suaves pisadas de los bailarines reverberan a nuestro alrededor como si fueran gotas de lluvia. El corazón me late a mil por la masacre, por tener a Cardan tan cerca, por haberle golpeado sin pagar las consecuencias. No le pierdo de vista mientras se arrastra por detrás de mí. El ambiente huele a tierra compacta, a vino derramado y a sangre. Mis pensamientos se vuelven confusos, empiezo a temblar. Me muerdo el interior del labio para tener un dolor nuevo en el que concentrarme.

Tengo que mantener la calma. No puedo perder los nervios ahora, no delante de Cardan.

Y menos aún cuando mi mente está empezando a trazar un plan. Un plan que requiere a este último príncipe.

Miro hacia atrás y compruebo que Cardan ha dejado de avanzar. Está sentado en el suelo, mirándose la mano. Contemplando su anillo.

—Me desprecia. —Lo dice con un tono ligero y desenfadado. Como si hubiera olvidado dónde está.

—¿Balekin? —pregunto al recordar lo que vi en Villa Fatua.

—Mi padre. —Cardan suelta un bufido—. Apenas conocía a los demás, a mis hermanos y hermanas. ¿A ti te parece normal? El príncipe Dain… no me quería en el palacio, así que me echó de allí.

Me quedo callada, sin saber muy bien qué decir. Resulta desconcertante verlo así, actuando como si tuviera sentimientos.

Al cabo de unos segundos, Cardan recupera su actitud de siempre. Sus ojos se posan sobre mí, brillando en la oscuridad.

—Y ahora están todos muertos. Gracias a Madoc. Nuestro honorable general. No debieron confiar en él. Pero eso ya lo descubrió tu madre hace

mucho tiempo, ¿no es cierto?

Frunzo el ceño.

—Gatea.

Cardan esboza una media sonrisa.

—Detrás de ti.

Avanzamos de una mesa a otra hasta que llegamos a la que se encuentra más próxima a la escalera. Cardan aparta el mantel y me tiende la mano con galantería, tal y como lo haría con alguien con quien acabara de mantener un encuentro amoroso. Cardan podría alegar que lo está haciendo para disimular delante de las personas que puedan vernos, pero los dos sabemos que se está burlando de mí. Me pongo en pie sin tocarle.

Lo único que importa es salir del salón antes de que la fiesta se vuelva más sangrienta, antes de que alguna criatura decida utilizarme como su juguete, antes de que Cardan acabe destripado a manos de alguien que no quiere que un nuevo monarca supremo suba al poder.

Empiezo a avanzar hacia las escaleras, pero Cardan me detiene.

—Así no. Los caballeros de tu padre te reconocerán.

—No es a mí a quien están buscando —le recuerdo.

Cardan frunce el ceño, aunque su máscara oculta la mayor parte del gesto. Aun así, lo percibo en su manera de torcer los labios.

—Si te reconocen, es posible que se fijen con especial atención en la persona que te acompaña.

Por mucho que me fastidie, Cardan tiene razón.

—A poco que me conocieran, sabrían que jamás me juntaría contigo.

Ya sé que es un comentario absurdo, porque ahora mismo estoy precisamente a su lado, aunque soltarlo me hace sentir mejor. Con un suspiro, deshago mis trenzas y me restriego las manos por el pelo hasta que cae sin orden ni concierto sobre mi rostro.

—Pareces… —dice Cardan, pero entonces se queda callado y parpadea varias veces, como si no supiera cómo concluir la frase. Deduzco que el truco del pelo ha funcionado mejor de lo que se esperaba.

—Dame un segundo —digo, antes de aventurarme entre la multitud.

No me gusta arriesgarme de este modo, pero la opción de cubrirme el rostro es la más segura. Diviso a una nixe ataviada con una máscara negra

de terciopelo que se está comiendo un diminuto corazón de gorrión en una brocheta. Tras acercarme sigilosamente por detrás, corto los lazos de la máscara y la agarro antes de que toque el suelo. La nixe se da la vuelta para ver qué pasa, pero yo ya me he escabullido. No tardará en dejar de buscar para comerse otro manjar. Al menos, eso espero. Al fin y al cabo, solo es una máscara.

Cuando regreso, Cardan está engullendo más vino mientras me mira fijamente. No sé qué estará viendo, ni siquiera qué está buscando. Un hilillo de líquido verdoso se desliza por su mejilla. Alarga la mano hacia el aparatoso cántaro de plata con la clara intención de servirse otra copa.

—Vamos —ordeno, agarrando una de sus manos enguantadas.

Estamos a punto de llegar a las escaleras que nos permitirán salir del salón cuando tres caballeros se desplazan para bloquearnos el camino.

—Buscad otro lugar para vuestros arrumacos —nos dice uno de ellos—. Por aquí se va al palacio, y los feéricos de la plebe tienen prohibida la entrada.

Noto como Cardan se pone tenso a mi lado, porque es un idiota y le importa más que le llamen plebeyo que la seguridad de quien sea, incluso aunque se trate de la suya propia. Le tiro del brazo.

—Así lo haremos —le aseguro al caballero, mientras intento llevarme a Cardan de allí antes de que haga algo que los dos tengamos que lamentar más tarde.

Pero Cardan se niega a moverse.

—Está muy equivocado con nosotros.

Cállate. Cállate. Cállate.

—El rey supremo Balekin es amigo de la corte de mi dama —dice Cardan, haciendo una demostración de labia con su máscara de zorro plateada.

Sonríe ligeramente, con gesto despreocupado. Habla con el tono propio de los privilegiados, arrastrando las palabras y con pose distendida, como si se creyera dueño de todo cuanto le rodea. Incluso borracho, resulta convincente.

—Puede que hayan oído hablar de la reina Gliten, del noroeste. Balekin envió un mensaje acerca del príncipe desaparecido. Está esperando una

respuesta.

—¿Y tienes alguna prueba de eso? —pregunta uno de los caballeros.

—Por supuesto. —Cardan extiende un brazo y abre el puño para mostrar el anillo real que centellea sobre su palma. No sé cuándo se lo habrá sacado del dedo, ha sido un juego de manos muy hábil que no sabía que fuera capaz de ejecutar, y menos aún estando ebrio—. Me han dado esta pieza para que pudieran identificarme.

Al ver el anillo, los soldados retroceden.

Con una sonrisa odiosa y edulcorada, Cardan me agarra del brazo y pasamos junto a ellos. Me dejo, aunque tengo que apretar los dientes. Si hemos logrado llegar hasta las escaleras, ha sido gracias a él.

—¿Y qué pasa con la mortal? —pregunta uno de los guardias.

Cardan se da la vuelta y responde:

—Bueno, no estaban del todo equivocados conmigo. Tenía intención de disfrutar en privado de algunos de los placeres de la fiesta —responde, y los guardias sueltan una risita.

Me entran ganas de noquearlo de un puñetazo, pero es innegable que ha sido muy astuto al elegir sus palabras. De acuerdo con las reglas ancestrales que rigen el habla de las hadas, todo lo que ha dicho es cierto, el truco está en escoger únicamente las palabras estrictamente necesarias. Balekin es amigo de Madoc, y yo formo parte de su corte. Así que, si fuerzas un poquito la situación, se me puede considerar una ¡dama! Y es muy probable que los caballeros hayan oído hablar de la reina Gliten. Es bastante famosa. Seguro que Balekin está esperando una respuesta por su parte acerca del príncipe desaparecido. De hecho, seguro que está desesperado por recibirla. Y nadie puede negar que el anillo de Cardan es una pieza por la que se le puede reconocer.

En cuanto a lo que se quiere reservar de la fiesta para disfrutarlo en privado, podría tratarse de cualquier cosa.

Cardan es un tipo listo, aunque no utiliza su inteligencia para nada bueno. Y muestra una preocupante tendencia a la mentira muy parecida a la mía. En cualquier caso, somos libres. A nuestra espalda prosigue lo que debería haber sido una celebración en honor del nuevo rey: los chillidos, el banquete, los interminables bailes en círculo. Miro una vez hacia atrás

mientras subimos por las escaleras y contemplo el amasijo de cuerpos y alas, de dientes afilados y ojos negros como manchas de tinta.

Me estremezco.

Subimos juntos por las escaleras. Dejo que me siga agarrando del brazo para guiarme. Dejo que abra las puertas con sus propias llaves. Dejo que haga lo que le dé la gana. Pero, en cuanto llegamos a un salón vacío situado en el piso superior del palacio, me doy la vuelta y presiono la punta de mi cuchillo justo por debajo de su barbilla.

—¿Jude? —pregunta, acorralado contra la pared, pronunciando mi nombre despacio, como para evitar que se le trabe la lengua. Me parece que es la primera vez que le oigo utilizar mi nombre real.

—¿Sorprendido? —inquiero, al tiempo que esbozo una sonrisa feroz. El chico más importante de Faerie, mi archienemigo, por fin está a mi merced. Eso me hace sentir aún mejor de lo que esperaba—. Pues no deberías.

CAPÍTULO 22

Le hinco la punta del cuchillo en la piel para que sienta su roce. Los ojos negros de Cardan me escudriñan con una nueva intensidad.

—¿Por qué? —pregunta. Sin más.

Rara vez he experimentado una sensación de triunfo tan fuerte. Tengo que concentrarme en evitar que se me suba a la cabeza, pues es más embriagadora que el vino.

—Porque tu suerte se ha acabado y la mía acaba de empezar. Haz lo que te digo y demoraré el placer de hacerte daño.

—¿Así que no te basta con la sangre real que ya se ha derramado esta noche? —replica, moviéndose hacia un lado como si el cuchillo no le amedrentara en absoluto. Yo me muevo con él, manteniendo el puñal pegado a su garganta. Entonces añade—: ¿Te has sentido excluida de la matanza?

—Estás borracho.

—Y que lo digas. —Cardan apoya la cabeza sobre la pared de piedra y cierra los ojos. La luz de una antorcha cercana extrae destellos de bronce de su cabello negro—. Pero ¿de veras crees que voy a permitir que me exhibas delante del general, como si fuera un mono de…?

Incremento la presión con el cuchillo. Cardan suelta un quejido y se traga el final de la frase.

—Aunque estaba inconsciente cuando mi familia fue asesinada —añade un segundo después, riéndose de sí mismo—, así que es difícil caer más bajo que eso.

—Deja de hablar —le ordeno, reprimiendo cualquier atisbo de compasión. Él nunca la ha tenido conmigo—. Muévete.

—¿O qué? —me pregunta, sin abrir aún los ojos—. Sé que no vas a apuñalarme.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu querido amigo Valerian? —susurro—. Hoy no, pese a que su ausencia ha supuesto un agravio. ¿Te lo has preguntado?

Cardan abre los ojos. Ha puesto la misma cara que si lo hubiera despertado a bofetones.

—Pues sí. ¿Dónde está?

—Pudriéndose cerca de los establos de Madoc. Lo maté yo y luego lo enterré. Así que tómate en serio mis amenazas. Aunque parezca mentira, ahora mismo eres la persona más importante de todo Faerie. Quien te tenga a su merced, tiene el poder. Y yo quiero ese poder.

—Parece que tenías razón. —Me observa fijamente, sin dejar entrever lo que se le está pasando por la cabeza en este momento—. Parece que hasta ahora solo había visto una pequeña muestra de lo que puedes hacer.

Intento disimular la inquietud que me provoca su serenidad. Me hace sentir como si el cuchillo que tengo en la mano, que debería concederme autoridad, no fuera suficiente. Me entran ganas de hacerle daño solo para confirmar que puedo asustar a Cardan. Pero acaba de perder a toda su familia, no debería pensar estas cosas.

Sin embargo, no puedo evitar pensar que él no dudaría en explotar cualquier compasión que pudiera mostrarle, cualquier debilidad.

—Hora de moverse —le espeto—. Acércate a la primera puerta y ábrela. Cuando estemos dentro, nos dirigiremos hacia el armario. De ahí sale un pasadizo.

—Vale, está bien —dice, molesto, mientras trata de apartar mi cuchillo.

Lo sujeto con firmeza, de manera que el filo le hace un corte en la piel. Cardan suelta un taco y se lleva un dedo ensangrentado a la boca.

—¿Por qué has hecho eso?

—Por diversión —respondo, después aparto el cuchillo de su pescuezo, lenta y deliberadamente. Sonrío, pero por lo demás adopto una expresión inmutable, tan gélida y cruel como el rostro que aparece de manera recurrente en mis pesadillas. Y es entonces cuando comprendo a quién estoy imitando, a quién pertenece ese rostro que me asustó tanto como para querer apropiarme de él.

A Cardan.

El corazón me late tan fuerte que empiezo a encontrarme mal, muy mal.

—¿Vas a decirme al menos adónde vamos? —me pregunta mientras le empujo por delante de mí con la mano libre.

—No. Muévete. —Este gruñido no se lo he copiado a nadie.

Aunque parezca increíble, Cardan obedece y atraviesa el pasillo tambaleándose para luego entrar en el despacho que le señalo. Cuando llegamos al pasadizo secreto, se mete por él sin detenerse más que para lanzarme una mirada indescifrable. Puede que esté aún más borracho de lo que pensaba.

No importa. Seguro que dentro de poco se le pasa.

Lo primero que hago al llegar al nido de la Corte de las Sombras es atar al príncipe Cardan a una silla con unos trozos de tela arrancados de mi propio vestido. Después me quito la máscara, y hago lo mismo con la suya. Cardan deja que se la quite sin rechistar, con una expresión extraña en el rostro. No hay nadie más aquí y no tengo ni idea de cuándo llegarán, si es que vuelven.

No importa. Puedo arreglármelas sin ellos.

Al fin y al cabo, he logrado llegar hasta aquí. Cuando Cardan me encontró, comprendí que tomar el control sobre él era la única manera de mantener cierto control sobre el destino de mi mundo.

Pienso en todos los juramentos que le hice a Dain, incluido el que nunca pronuncié en voz alta: ¡En vez de tener miedo, lo inspiraré en los demás! Si

Dain no puede concederme ese poder, entonces tendré que obtenerlo por mi cuenta.

Como no llevo mucho tiempo en la Corte de las Sombras, no conozco sus secretos. Recorro las habitaciones, abriendo aparatosas puertas de madera, examinando armarios, haciendo inventario de los suministros. Descubro una despensa que está tan repleta de venenos como de quesos y salchichas; una sala de entrenamiento con serrín en el suelo, armas en la pared y un muñeco de madera nuevo en el centro, con una sonrisa inquietante en el rostro pintada de mala manera. En la habitación del fondo hay cuatro camastros en el suelo, unas cuantas tazas y ropa desperdigada por el suelo. No toco nada, hasta que llego a una sala donde hay varios mapas y un escritorio. Es la mesa de Dain, abarrotada de pergaminos, plumas y lacres.

Por un instante, me siento abrumada por el peso de lo que ha ocurrido. El príncipe Dain se ha ido, se ha ido para siempre. Y su padre y sus hermanas se han ido con él.

Regreso a la sala principal y arrastro a Cardan sobre la silla hasta el despacho de Dain. Allí lo dejo apoyado contra la puerta abierta para poder mantenerlo vigilado. Cojo una ballesta de la pared de la sala de entrenamiento, junto con unas cuantas flechas. Con el arma a mi lado, cargada y preparada, me siento en la silla de Dain y apoyo la cabeza entre las manos.

—¿Piensas decirme dónde estamos, ahora que me has dejado amarrado a tu gusto?

Me entran ganas de abofetear a Cardan una y otra vez hasta se le quite esa cara de chulo. Pero si lo hiciera, se daría cuenta de que le tengo miedo.

—Este es el lugar donde se reúnen los espías del príncipe Dain —le explico, mientras trato de contener mi inquietud.

Necesito concentrarme. Cardan no significa nada para mí, solo es un instrumento, un medio para subir la apuesta.

Cardan me mira con sorpresa y extrañeza.

—¿Cómo sabes eso? ¿Qué mosca te ha picado para traerme aquí?

—Estoy intentando determinar qué hacer a continuación —respondo con franqueza, muy a mi pesar.

—¿Y si alguno de los espías regresa? —me pregunta, saliendo de su estupor lo suficiente como para parecer genuinamente preocupado—. Como te descubran en su guarida…

Deja la frase a medias al ver mi sonrisa de suficiencia y se sume en un silencio perplejo. Percibo el momento en el que comprende que soy uno de ellos. Que este es mi sitio.

Cardan se queda callado.

Por fin. Por fin he causado un efecto en él.

Entonces hago algo que, en otras circunstancias, jamás me habría atrevido a hacer: registrar el escritorio del príncipe Dain. Hay pilas de correspondencia. Listas. Notas que no están dirigidas a Dain ni remitidas por él, seguramente robadas. También hay otras cosas: movimientos, acertijos, propuestas de ley. Invitaciones formales. Cartas informales e inofensivas, incluidas unas cuantas remitidas por Madoc. No sé muy bien qué estoy buscando. Me limito a examinarlo todo rápidamente en busca de algo, lo que sea, que pueda darme algún indicio acerca de por qué fue traicionado.

Durante toda mi vida he considerado al rey supremo y al príncipe Dain como nuestros regentes incuestionables. Creía que Madoc era absolutamente leal a ellos. Yo también lo era. Sabía que Madoc es una criatura sanguinaria. En el fondo, sabía que ansiaba más conquistas, más guerras, más batallas. Pero creía que Madoc concebía ese deseo bélico como una parte de su papel como general, mientras que el papel del rey supremo consistía en mantenerlo a raya. Madoc hablaba del honor, de las obligaciones, del deber. Nos crio a Taryn y a mí basándose en esos conceptos; parecía lógico pensar que estaría dispuesto a pasar por alto otros desaires.

Ni siquiera me imaginaba que Madoc apreciara a Balekin.

Me acuerdo de la mensajera muerta, por obra mía, y de la nota escrita en el pergamino: «MATA AL PORTADOR DE ESTE MENSAJE». Fue una maniobra de distracción, pensada para distraer la atención de los espías de Dain mientras Balekin y Madoc planeaban dar el golpe en el lugar más inesperado: delante de las narices de todos.

—¿Tú lo sabías? —le pregunto a Cardan—. ¿Tú sabías lo que pensaba hacer Balekin? ¿Por eso te mantuviste alejado del resto de tu familia?

Cardan suelta una carcajada.

—Si así fuera, ¿por qué no me fui corriendo derechito a los amorosos brazos de Balekin?

—Responde igualmente —replico.

—No lo sabía —dice—. ¿Y tú? Al fin y al cabo, Madoc es tu padre.

Saco una larga barra de cera de la mesa de Dain, tiene un extremo ennegrecido.

—¿Qué importa lo que diga? Podría mentir.

—Responde igualmente —replica, bostezando.

Qué ganas tengo de darle un sopapo.

—Yo tampoco lo sabía —admito, sin mirarle. En vez de eso, contemplo la pila de notas, las leves marcas de cera, un grabado puesto del revés—. Aunque debería haberlo supuesto.

Clavo entonces la mirada sobre Cardan. Me acerco a él, me agacho y comienzo a extraerle el anillo real. El intenta apartar la mano, pero está atado de tal modo que le resulta imposible. Finalmente, le arranco el anillo del dedo. No me gusta nada lo que siento cuando estoy cerca de Cardan, el pánico irracional que me produce el roce de su piel.

—Solo es un préstamo, no pienso quedarme tu estúpido anillo —le digo.

El sello encaja a la perfección con la marca de cera que hay en la carta. Todos los anillos de los príncipes y princesas deben ser idénticos. Eso significa que los sellos tienen que ser muy parecidos entre sí. Saco una hoja en blanco y comienzo a escribir.

—Supongo que no tendrás nada de beber por aquí, ¿verdad? —pregunta Cardan—. Como no creo que lo que me vaya a ocurrir a continuación sea demasiado agradable para mí, preferiría afrontarlo borracho.

—¿De verdad crees que me importa si estás a gusto o no? —inquiero.

Oigo una pisada y me levanto de la mesa. En la sala principal se oye el estrépito que produce un cristal al romperse. Me guardo el anillo de Cardan en el corpiño, dejándolo presionado sobre mi piel, y me dirijo al salón. Cucaracha ha derribado una fila de frascos de la estantería y ha rajado la

madera de un armario. El suelo de piedra está cubierto de cristales rotos e infusiones derramadas. Mandrágora. Ageratina. Delphinium. Fantasma tiene cogido del brazo a Cucaracha y lo sujeta para impedir que destroce más cosas. A pesar del hilo de sangre que le corre por la pierna y de la rigidez que se percibe en sus movimientos. Fantasma ha estado envuelto en una pelea.

—Hola —digo.

Los dos parecen sorprendidos de verme. Y se sorprenden todavía más cuando ven al príncipe Cardan atado a una silla en el umbral de la sala de los mapas.

—¿No deberías estar con tu padre, celebrándolo? —me espeta Fantasma.

Retrocedo un paso. Hasta ahora, Fantasma siempre había sido un modelo de serenidad absoluta y antinatural. Pero ninguno de los dos parece demasiado sereno ahora mismo.

—Bomba sigue ahí fuera, los dos se han jugado la vida para sacarme de la mazmorra de Balekin. Y todo ello para encontrarte aquí, regodeándote.

—¡No! —replico con firmeza—. Piénsalo. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, si estuviera de parte de Madoc, no habría venido aquí salvo con una cuadrilla de caballeros. Os habrían pegado un tiro nada más cruzar la puerta. Jamás se me habría ocurrido venir sola, trayendo a rastras a un prisionero al que a mi padre le encantaría echar el guante.

—Haya paz, muchachos. Todos estamos asimilando aún lo ocurrido —dice Cucaracha, mientras contempla el destrozo que ha producido.

Niega con la cabeza, después centra su atención en Cardan. Se acerca a él y le escudriña el rostro. Cucaracha separa sus labios negruzcos para formar una mueca mientras sopesa la situación. Cuando se da la vuelta hacia mí, está visiblemente impresionado.

—Aunque parece que uno de nosotros sí mantuvo la cabeza fría —añade.

—Hola —dice Cardan, que enarca las cejas y observa a Cucaracha como si hubieran quedado para tomar el té juntos.

Cardan tiene la ropa revuelta, ya sea de tanto reptar bajo las mesas o de haber terminado atado. Su infame cola asoma por debajo del tejido blanco

de linón de su camisa. Es fina y no tiene pelo, a excepción de un mechón negro en la punta. Mientras la observo, la cola ondea de un modo trémulo, serpentea de un lado a otro contradiciendo la frialdad del rostro de Cardan, delatando el miedo y la incertidumbre que acechan en segundo plano.

Ahora entiendo por qué se esfuerza tanto por esconderla.

—Deberíamos matarlo —dice Fantasma, que atraviesa el pasillo arrastrando los pies, con el pelo castaño apelmazado sobre la frente—. Es el único miembro de la familia real que puede coronar a Balekin. Sin él, el trono se perderá para siempre y habremos vengado a Dain.

Cardan toma aire con brusquedad y luego lo suelta lentamente.

—Preferiría vivir.

—Ya no trabajamos para Dain —le recuerda Cucaracha a Fantasma, mientras dilata las fosas de esa nariz alargada que parece un cuchillo de color verde—. Dain está muerto y ya no le importan ni los tronos ni las coronas. Yo digo que le vendamos el príncipe a Balekin al mejor precio que podamos conseguir y nos larguemos. Nos iremos a vivir con las cortes inferiores o entre las tribus libres. Hay mucha diversión y mucho oro esperándonos. Tú podrías venir con nosotros, Jude. Si quieres.

La oferta es tentadora. Mandarlo todo al garete. Huir. Empezar de cero en un lugar donde Fantasma y Cucaracha sean los únicos que me conozcan.

—No quiero el dinero de Balekin. —Fantasma escupe al suelo—. Y al margen de eso, este principito no nos sirve de nada. Es demasiado joven y pusilánime. Si no lo hacemos por Dain, matémoslo por Faerie.

—Es demasiado joven, pusilánime y mezquino —añado.

—Esperad —dice Cardan. Me lo he imaginado asustado muchas veces, pero la realidad supera cualquier fantasía. Al ver cómo se le acelera la respiración, cómo forcejea con mis meticulosos nudos, me siento genial—. ¡Esperad! Puedo contaros lo que sé, todo lo que sé acerca de Balekin, lo que queráis. Si queréis oro y riquezas, yo os lo podría conseguir. Sé cómo llegar a la tesorería de Balekin. Tengo las diez llaves que abren los diez cerrojos del palacio. Podría ser útil.

Hasta ahora, solo había visto a Cardan así en mis sueños. Suplicando. Sintiéndose miserable. Indefenso.

—¿Qué sabías acerca del plan de tu hermano? —le pregunta Fantasma, separándose de la pared. Se le acerca con dificultad, cojeando.

Cardan niega con la cabeza.

—Solo que Balekin odiaba a Dain. Yo también le odiaba. Era despreciable. No sabía que hubiera logrado convencer a Madoc.

—¿Qué quieres decir con lo de que era despreciable? —pregunto, indignada, a pesar de la herida que tengo en la mano y que aún no se ha curado del todo. La muerte de Dain ha eliminado todo el rencor que sentía hacia él.

Cardan me lanza una mirada inescrutable.

—Dain envenenó a su propio hijo cuando aún estaba en el vientre. Se cameló a nuestro padre hasta que solamente confió en él. Pregúntaselo a ellos. Seguro que los espías de Dain saben que hizo creer a Eldred que Elowyn estaba conspirando contra él, y lo convenció de que Balekin era un necio. Dain orquestó mi expulsión del palacio, de modo que o me acogía mi hermano mayor o me quedaba sin hogar en la corte. Incluso persuadió a Eldred para que abdicara después de envenenarle el vino, provocando que se sintiera exhausto y enfermo. La maldición de la corona no previene esas cosas.

—Eso no puede ser cierto. —Pienso en Liríope, en la carta, en Balekin, que quería pruebas acerca de quién consiguió el veneno. Pero es imposible que Eldred fuera envenenado con una seta lepiota.

—Pregúntaselo a tus amigos —dice Cardan, señalando con la cabeza hacia Cucaracha y Fantasma—. Fue uno de ellos el que administró el veneno que mató al niño y a su madre.

Niego con la cabeza, pero Fantasma elude mi mirada.

—¿Por qué haría Dain algo así?

—Porque había engendrado ese hijo con la consorte de Eldred y temía que su padre lo descubriera y nombrara a otro príncipe como su sucesor. —Cardan parece satisfecho por haberme sorprendido, o, más bien, por habernos sorprendido, a juzgar por las caras de Cucaracha y Fantasma. No me gusta cómo le están mirando ahora, como si pudiera resultar útil después de todo—. Ni siquiera al rey de Faerie le gustaría que su hijo ocupara su lugar en el lecho de una amante.

No debería sorprenderme que la corte de Faerie esté corrupta y sea tan repugnante. Eso lo sabía, igual que sabía que Madoc es capaz de hacerles cosas horribles a sus seres queridos. Igual que sabía que Dain no era buena gente. Hizo que me clavara un puñal en la mano, de lado a lado. Acudió a mí porque le resultaba útil, nada más.

Puede que Faerie sea un lugar hermoso, pero su belleza es como el cadáver de un ciervo dorado: por dentro está repleto de gusanos, a punto de reventar.

El olor a sangre me revuelve el estómago. La tengo en el vestido, en la nariz, debajo de las uñas. ¿A quién se le ocurrió pensar que podría ser peor que los feéricos?

«Véndele el príncipe a Balekin». Le doy vueltas a esa idea. Balekin estaría en deuda conmigo. Me convertiría en un miembro de su corte, tal y como quería en un principio. Me daría cualquier cosa que le pidiera, cualquiera de las que me ofreció Dain y todavía más: tierras, un título de caballero, una marca amorosa en la frente para que todo aquel que me mire sea presa del deseo, una espada capaz de lanzar hechizos con cada estocada…

Aun así, ninguna de esas cosas me parece tan valiosa. Nada de eso concede un poder verdadero. El verdadero poder no se concede, y tampoco se puede arrebatar.

Pienso en lo que supondría que Balekin fuera nombrado rey supremo, que el Círculo de los Estorninos devorase a todos los demás círculos de influencia. Pienso en sus sirvientes famélicos, en cómo urgió a Cardan a matar a uno de ellos para entrenarse, en cómo ordenó que azotaran a su hermano mientras presumía de amar a su familia.

No, no me imagino sirviendo a Balekin.

—El príncipe Cardan es mi prisionero —les recuerdo, mientras me paseo de un lado a otro. No destaco en muchas cosas, y apenas he podido demostrar mi talento como espía durante un breve periodo de tiempo. Aún no estoy preparada para renunciar a eso—. Yo decidiré lo que haremos con él.

Cucaracha y Fantasma cruzan una mirada.

—A no ser que queráis pelear —añado, porque no son mis amigos, y más me vale no olvidarlo—, Pero yo tengo acceso a Madoc. Tengo acceso a Balekin. Soy la mejor baza que tenemos para negociar un trato.

—Jude… —Cardan trata de advertirme desde la silla, pero no estoy de humor para aceptar consejos de nadie, y menos de él.

Se produce un momento de tensión, hasta que Cucaracha esboza una sonrisa.

—No, chiquilla, no vamos a pelear. Si tienes un plan, me parece estupendo. Los planes no son mi fuerte, salvo que se trate de birlar una gema de su soporte. Tú has secuestrado al principito. Te toca mover ficha, siempre que te veas capaz de hacerlo.

Fantasma frunce el ceño, pero no le contradice.

Lo que tengo que hacer es encajar las piezas del puzle. Hay algo que no tiene sentido: ¿por qué Madoc está apoyando a Balekin? Balekin es cruel e inestable, dos cualidades poco apropiadas para un monarca. Aunque Madoc piense que Balekin podrá procurarle las guerras que ansía, creo que podría haberlas conseguido de otra manera.

Me pongo a pensar en la carta que encontré en la mesa de Balekin, aquella dirigida a la madre de Nicasia: ¡Conozco la procedencia de la seta lepiota por la que preguntas! ¿Por qué, después de tanto tiempo, querría Balekin una prueba de que Dain orquestó el asesinato de Liríope? Y si la tenía, ¿por qué no se la enseñó a Eldred? A no ser que lo hiciera y que su padre no le creyera. O que no le importara. O… a no ser que la prueba estuviera dirigida a otra persona.

—¿Cuándo envenenaron a Liríope? —pregunto.

—Hace siete años, durante el mes de los monzones —responde Fantasma, torciendo el gesto—. Dain me contó que le habían mostrado una premonición relacionada con el niño. ¿Es importante o es simple curiosidad?

—¿Qué decía esa premonición? —insisto.

Fantasma niega con la cabeza, como si no quisiera recordarlo, pero responde a pesar de todo:

—Si ese niño nacía, el príncipe Dain nunca llegaría a ser rey.

La típica profecía de las hadas: te alertan sobre lo que puedes perder, pero nunca te prometen nada. El niño está muerto, pero el príncipe Dain ya nunca será rey.

Yo no seré tan tonta como para basar mis estrategias en un acertijo.

—Entonces es cierto —murmura Cucaracha—. Fuiste tú el que la mató.

Fantasma frunce aún más el entrecejo. Hasta ahora no se me había ocurrido pensar que tal vez no conozcan las misiones del otro.

Los dos parecen incómodos. Me pregunto si Cucaracha lo habría hecho. Me pregunto también qué significa que Fantasma sí lo hiciera. Ahora, al mirarle, no sé realmente a quién estoy viendo.

—Voy a irme a casa —digo—. Fingiré que me perdí durante la fiesta de coronación. Debería poder averiguar cuánto vale Cardan para ellos. Volveré mañana y comentaré los detalles con vosotros y con Bomba, si es que aparece. Dadme un día de margen para ver qué puedo hacer y vuestra palabra de que no tomaréis ninguna decisión hasta entonces.

—Si Bomba tiene más sentido común que nosotros, se habrá quitado de en medio. —Cucaracha señala hacia un armario. Sin decir nada, Fantasma se acerca y saca una botella que luego coloca sobre la desgastada mesa de madera—, ¿Cómo sabemos que no nos traicionarás? Es posible que ahora estés de nuestro lado, pero puede que cambies de idea cuando regreses a la fortaleza de Madoc.

Me quedo mirándolos con gesto reflexivo.

—Voy a tener que dejar a Cardan a vuestro cuidado, lo que significa confiar en vosotros. Yo os prometo que no os traicionaré, y vosotros me prometéis que el príncipe seguirá aquí cuando regrese.

Cardan parece aliviado ante la perspectiva de que haya un receso, con independencia de lo que pase después. O puede que se sienta aliviado por la presencia de la botella.

—Podrías ejercer un poder en la sombra —dice Fantasma—. Eso es tentador. Podrías conseguir que Balekin estuviera aún más en deuda con tu padre.

—Madoc no es mi padre —replico con brusquedad—. Y si decidiera aliarme con él… Bueno, mientras a vosotros se os pague, ¿qué más os da?

—Supongo —dice Fantasma con recelo—. Pero si vuelves aquí con Madoc, o con quien sea, mataremos a Cardan. Y después te mataremos a ti. ¿Entendido?

Asiento. Si no fuera por el geis del príncipe Dain, es posible que me hubieran obligado. De todos modos, no sé si el geis se mantiene después de su muerte, y me da miedo descubrirlo.

—Y si tardas en regresar más de ese día que has pedido, le mataremos para minimizar las pérdidas —prosigue Fantasma—. Los prisioneros son como las ciruelas damascenas. Cuanto más tiempo los retienes, más se reduce su valor. Hasta que, con el tiempo, se acaban pudriendo. Un día y una noche. No te retrases.

Cardan hace una mueca y trata de cruzar una mirada conmigo, pero le ignoro.

—Aceptaré vuestras condiciones —respondo, porque no soy tonta. En este momento, ninguno nos fiamos demasiado de los demás—, siempre que vosotros juréis que Cardan seguirá aquí, sano y salvo, cuando regrese sola mañana.

Y como ellos tampoco son tontos, lo juran.

CAPÍTULO 23

No sé lo que me voy a encontrar cuando llegue a casa. Me espera una larga caminata a través del bosque, sobre todo porque doy un amplio rodeo para evitar los campamentos de los feéricos que han acudido a ver la coronación. Tengo el vestido sucio y raído por los bajos, los pies fríos y magullados. Cuando llego, la finca de Madoc tiene el mismo aspecto de siempre, me resulta tan familiar como el sonido de mis pasos.

Me pongo a pensar en todos los demás vestidos que están colgados en mi armario, esperando a que alguien se los ponga, en las zapatillas que aguardan a que alguien baile con ellas. Pienso en el futuro que pensé que iba a tener y en el que empieza a abrirse ante mí como un abismo.

En el vestíbulo hay más caballeros que de costumbre, entrando y saliendo de la sala de reuniones de Madoc. Los sirvientes corren de un lado a otro, cargados con jarras de peltre, tinteros y mapas. Apenas se fijan en mí.

Se oye un chillido procedente del otro lado del vestíbulo. Es Vivienne. Oriana y ella están en la sala de estar. Vivi echa a correr hacia mí y me abraza.

—Le habría matado —dice—. Le habría matado si te hubieran hecho daño por culpa de su estúpido plan.

Me doy cuenta de que no he reaccionado. Levanto una mano para acariciarle el pelo, deslizo los dedos hasta su hombro.

—Estoy bien —digo—. Lo que pasa es que me vi arrastrada entre la multitud. Estoy bien. No pasa nada.

Sí que pasa, por supuesto, pero nadie intenta contradecirme.

¿Dónde están los demás?

—Oak está en la cama —responde Oriana—. Y Taryn está fuera del despacho de Madoc. Llegará enseguida.

Vivi muda su expresión al oír eso, aunque no sé muy bien cómo interpretarla.

Subo por las escaleras hacia mi habitación, donde me quito el maquillaje de la cara y el barro de los pies. Vivi me sigue y se sienta en un taburete. Sus ojos felinos relucen como el oro bajo la luz del sol que se filtra desde mi terraza. Guarda silencio mientras me peino, forcejeando con los enredones. Me visto con colores oscuros, con una túnica azul marino de cuello alto y mangas ceñidas, unas botas negras y relucientes y guantes nuevos para cubrirme las manos. Me cuelgo a Noctámbula de un cinturón más robusto y, con disimulo, me guardo en el bolsillo el anillo con el sello real.

Me resulta irreal estar en mi habitación, con mis animales de peluche, mis libros y mi colección de venenos. Con los ejemplares de *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo* que pertenecían a Cardan sobre mi mesilla de noche. Vuelto a sentir una oleada de pánico. Se supone que debo averiguar cómo sacar provecho de la captura del príncipe de Faerie desaparecido. Ahora, de vuelta en la casa de mi infancia, mi osadía me resulta risible. ¿Quién me creo que soy?

—¿Qué te ha pasado en el cuello? —pregunta Vivi, mirándome con el ceño fruncido—. ¿Y qué tienes en la mano izquierda?

Había olvidado el cuidado con el que había disimulado esas heridas.

—No tiene importancia, no después de todo lo que ha pasado. ¿Por qué lo hizo?

—¿Te refieres a por qué Madoc ayudó a Balekin? —dice Vivi, bajando la voz—. No lo sé. Política. No le importa matar. No le importa que, por su

culpa, la princesa Rhyia esté muerta. No le importa nada, Jude. Nunca le ha importado. Eso es lo que le convierte en un monstruo.

—Me cuesta creer que Madoc quiera que Balekin gobierne Elfhame —añado.

Balekin determinará la relación de Faerie con el mundo mortal durante siglos, establecerá cuánta sangre —y de quién— será derramada. Faerie se convertirá en Villa Fatua.

Entonces oigo el eco de la voz de Taryn por las escaleras.

—Locke ha estado de parte de Madoc desde hace mucho. No tiene ni idea de dónde se oculta Cardan.

Vivi se queda inmóvil, mirándome a la cara.

—Jude… —comienza a decir con un hilo de voz.

—Seguro que Madoc solo está intentando asustarle —responde Oriana —. Ya sabes que es reacio a concertar un matrimonio en mitad de todo este barullo.

Antes de que Vivi pueda decir algo más, antes de que pueda detenerme, ya he llegado a lo alto de las escaleras.

Recuerdo lo que me dijo Locke después de que participara en el torneo y cabreara a Cardan: «Eres como una historia que aún no ha sucedido. Quiero comprobar qué harás. Quiero participar en el desarrollo de la narración». Cuando dijo que quería ver lo que sería capaz de hacer, ¿se refería a descubrir lo que pasaría si me rompía el corazón?

«Si no consigo encontrar ninguna historia que me convenza, me la invento».

Las palabras de Cardan cuando le pregunté si no me consideraba digna de Locke resuenan en mi cabeza. «Al contrario —dijo con una sonrisita—, creo que sois tal para cual». Y durante la coronación: «Es hora de cambiar de pareja. Uy, ¿he interrumpido tu soliloquio?».

Cardan lo sabía. Cómo debió de reírse. Cómo debieron de reírse todos.

—Supongo que ya sé quién es tu amante, ¿no? —le digo a mi hermana gemela.

Taryn mira hacia arriba y se pone pálida. Bajo por las escaleras despacio, con cautela.

Cuando Locke y sus amigos se rieron, ¿hizo ella lo mismo?

Todas esas miradas extrañas, la tensión que se percibía en su voz cuando le hablaba de Locke, su preocupación por lo que estuve haciendo con él en los establos, por lo que hicimos en su casa… De repente, todo cobra un sentido espantoso. Su traición es como un puñal clavado en mi espalda.

Desenvaino a Noctámbula.

—Te desafío —le digo a Taryn—. A un duelo. Por mi honor, que ha sido gravemente dañado.

Taryn pone los ojos como platos.

—Quería decírtelo —replica—. Intenté hacerlo varias veces, pero fui incapaz. Locke dijo que, si lograba soportarlo, sería una prueba de amor.

Recuerdo lo que me dijo en la fiesta: «¿Me quieres lo suficiente como para renunciar a mí? ¿No te parece eso una prueba de amor?».

Supongo que Taryn superó la prueba y que yo la suspendí.

—Así que te pidió matrimonio —digo—. Mientras masacraban a la familia real. Qué romántico.

Oriana suelta un grito ahogado, seguramente por temor a que Madoc me oiga, a que cuestione mi descripción de los hechos. Taryn también se ha puesto un poco pálida. Supongo que, como ninguna de ellas lo presenció, pueden haberles contado cualquier cosa. No hace falta mentir para engañar a alguien.

Aprieto la mano sobre la empuñadura de Noctámbula.

—¿Qué dijo Cardan para hacerte llorar el día después de que volviéramos del mundo mortal?

Recuerdo mis manos hundidas en su jubón de terciopelo, su espalda golpeando el árbol cuando lo empujé. Y como, más tarde, Taryn negó que tuviera algo que ver conmigo. Tampoco quiso decirme de qué se trataba.

Taryn tarda mucho responder. Por la cara que pone, se nota que no quiere decirme la verdad.

—Tenía que ver con esto, ¿verdad? Él lo sabía. Todos lo sabían.

Me pongo a pensar en Nicasia, sentada a la mesa de Locke, cuando por un momento pareció dispuesta a hacerme una confidencia. «Él lo estropea todo. Eso es lo que le gusta. Estropearlo todo».

Yo creía que estaba hablando de Cardan.

—Me dijo que si te tiró tierra en la comida fue por mi culpa —dice Taryn en voz baja—. Locke les hizo creer que fuiste tú quien le arrancó de los brazos de Nicasia. Por eso te estaban castigando. Cardan me dijo que estabas sufriendo en mi lugar y que, si conocieras el motivo, darías marcha atrás, pero no fui capaz de decírtelo.

Tardo un buen rato en asimilar sus palabras. Después arrojo mi espada entre las dos. Traquetea en el suelo con un ruido metálico.

—Recógela —le digo.

Taryn niega con la cabeza.

—No quiero pelear contigo.

—¿Estás segura? —Me planto frente a ella, a un palmo de su cara, a una distancia molesta. Noto las ganas que tiene de agarrarme por los hombros y empujarme. Tiene que haberle enfadado que besara a Locke, que durmiera en su cama—. A mí me parece que sí. Creo que te encantaría atizarme. Y sé que yo también quiero atizarte a ti.

Hay una espada colgada en la pared, encima de la chimenea y debajo de un estandarte de seda con el emblema de la luna inclinada de Madoc. Me subo a una silla, me encaramo a la repisa de la chimenea y la extraigo de su soporte. Servirá.

Bajo al suelo y avanzo hacia Taryn, apuntando con el arma de acero hacia su corazón.

—Estoy desentrenada —dice.

—Yo no. —Reduzco la distancia entre nosotras—. Pero tú tienes la mejor espada y puedes dar el primer golpe. Me parece más que justo.

Taryn se queda mirándome durante un buen rato, después recoge a Noctámbula. Retrocede unos cuantos pasos y la desenvaina.

Desde el otro lado de la estancia, Oriana pega un respingo y un grito. Aunque no se acerca. No intenta detenemos.

Se han roto muchas cosas que no sé cómo arreglar. Pero sí sé cómo luchar.

—¡No seáis idiotas! —grita Vivi desde la terraza.

Apenas le presto atención. Estoy concentrada en Taryn mientras se desplaza por la sala. Madoc nos adiestró a ambas, y nos enseñó bien.

Taryn lanza una estocada.

Detengo el golpe, nuestras espadas se entrechocan. El estrépito metálico reverbera por la estancia como si fuera una campanada.

—¿Fue divertido engañarme? ¿Te gustó lo que se siente al tener ese poder sobre mí? ¿Te gustó que Locke flirteara conmigo y me besara mientras te prometía que serías su esposa?

—¡No! —Taryn bloquea mi primera tanda de golpes con cierto esfuerzo, pero sus músculos recuerdan la técnica. Enseña los dientes—. Lo pasé fatal, pero yo no soy como tú. Yo quiero encontrar mi sitio aquí. Al desafiarles, solo consigues empeorar las cosas. Nunca me preguntaste antes de enfrentarte al príncipe Cardan. Puede que él lo empezara por mi culpa, pero tú lo continuaste. No te importaban las consecuencias que pudiera tener para nosotras. Tenía que demostrarle a Locke que yo era diferente.

Unos cuantos sirvientes se han congregado para mirar.

Los ignoro, ignoro las agujetas que tengo en los brazos por haber cavado una tumba hace apenas una noche, ignoro la punzada de dolor que me produce la herida de la mano. Le desgarro la falda a Taryn con la espada y estoy a punto de alcanzarle la piel. Mi hermana pone los ojos como platos y se tambalea hacia atrás.

Cruzamos una serie de golpes rápidos. Taryn resuella, no está acostumbrada a verse forzada de esta manera, pero tampoco recula. Golpeo mi espada contra la suya, sin darle tiempo más que para defenderse.

—Entonces, ¿esto ha sido una venganza?

Cuando éramos pequeñas combatíamos a menudo con palos de entrenamiento. Desde entonces nos hemos tirado del pelo, nos hemos gritado y nos hemos ignorado mutuamente, pero nunca nos habíamos peleado de este modo, nunca con acero auténtico.

—¡Taryn! ¡Jude! —grita Vivi mientras avanza hacia la escalera de caracol—. Parad de una vez u os pararé yo.

—Tú odias a los feéricos. —A Taryn le centellean los ojos mientras descarga una elegante estocada—. Nunca te ha importado Locke. Para ti solo era algo que podías arrebatarle a Cardan.

Ese comentario me deja tan atónita que Taryn consigue sorprenderme con la guardia baja. Me roza el costado con una estocada antes de que consiga esquivarla.

—Crees que soy débil —prosigue.

—Y lo eres —le replico—. Eres débil, patética y…

—Soy un espejo —grita Taryn—. Soy el espejo en el que no quieres mirarte.

Me abalanzo de nuevo sobre ella, descargando todo mi peso en el golpe. Estoy furiosa, furiosa por muchos motivos. Me cabrea haber sido tan estúpida. Me cabrea que me hayan tomado el pelo. La furia inunda mi cabeza con tanta intensidad como para eclipsar cualquier otro pensamiento.

Descargo una estocada hacia su costado formando un arco centelleante.

—He dicho que paréis —grita Vivi, que despliega un hechizo con su voz, como si de una red se tratara—. ¡Parad ya!

Taryn pierde fuelle de repente, se le relajan los brazos y deja caer a Noctámbula porque sus dedos ya no pueden sujetarla. Sonríe con gesto absorto, como si estuviera escuchando una música lejana. Intento frenar mi ataque, pero es demasiado tarde. Así que suelto la espada. El impulso la lanza volando a través de la estancia hasta que se estrella contra una estantería y derriba un cráneo de cordero. El impulso también provoca que acabe despatarrada en el suelo. Me doy la vuelta hacia Vivi, indignada.

—No tenías derecho a hacer eso.

Las palabras salen en tromba por mi boca, adelantándose a otras más importantes: «Podría haber partido a Taryn por la mitad». Vivi parece tan atónita como yo.

—¿Llevas un amuleto? Estaba contigo mientras te cambiabas y no llevabas puesto ninguno.

El geis de Dain. Ha perdurado tras su muerte.

Tengo las rodillas despellejadas. Me duele la mano. Siento un escozor en el costado, en el punto donde Noctámbula me ha rozado la piel. Me enfurece que Vivi haya interrumpido la pelea. Me enfurece que haya intentado usar su magia con nosotras. Me levanto. Estoy jadeando. Tengo la frente cubierta de sudor y me tiemblan los brazos y las piernas.

Alguien me agarra por detrás. Acuden tres sirvientes más, que se interponen entre nosotras y me sujetan los brazos. A Taryn la tienen sujeta entre dos y se la llevan a rastras, alejándola de mí. Vivi le sopla en la cara a Taryn, que recupera la consciencia entre balbuceos.

Es entonces cuando veo a Madoc ante la puerta de la sala de reuniones, rodeado de lugartenientes y caballeros. También está Locke.

Siento un nudo en el estómago.

—¿Se puede saber qué os pasa? —grita Madoc. Nunca le había visto tan furioso—. ¿Es que acaso no ha habido suficientes muertes por hoy?

Un comentario un tanto paradójico, teniendo en cuenta que él fue el causante de la mayoría de ellas.

—Esperadme las dos en la sala de juegos.

Lo único que copa mi mente es la imagen de Madoc encaramado a la plataforma, atravesando el pecho del príncipe Dain con su espada. No puedo mirarle a los ojos. Estoy temblando de pies a cabeza. Tengo ganas de chillar. Tengo ganas de abalanzarme sobre él. Vuelvo a sentirme como una niña pequeña, una niña indefensa en una casa marcada por la muerte.

Quiero hacer algo, pero al final no hago nada.

—Ve con ellas —le dice a Gnarbone—. Asegúrate de que no vuelvan a enzarzarse.

Me conducen hasta la sala de juegos y me siento en el suelo con la cabeza hundida entre las manos. Cuando las aparto, están empapadas de lágrimas. Me seco rápidamente los dedos en los pantalones, antes de que Taryn se dé cuenta.

Esperamos al menos una hora. No hablo en ningún momento con Taryn, y ella tampoco me dirige la palabra. Se sorbe la nariz un poco, pero se la restriega y no llora.

Para animarme, pienso en Cardan atado a una silla. Después pienso en cómo me miró a través del telón que forma esa cabellera negra como el plumaje de un cuervo, en el contorno de su sonrisa ebria, pero no siento el más mínimo consuelo.

Me siento agotada y absoluta e irremediablemente derrotada.

Odio a Taryn. Odio a Madoc. Odio a Locke. Odio a Cardan. Odio a todo el mundo. Les odio más que a nada.

—¿Qué te dio a ti? —le pregunto finalmente a Taryn, harta de tanto silencio—. Madoc me regaló la espada que forjó papá. Es la espada con la que hemos estado luchando. Madoc dijo que también tenía algo para ti.

Taryn se queda callada tanto rato que no creo que vaya a responder.

—Un juego de cuchillos, para la mesa. Supuestamente, son capaces de cortar hueso. La espada es mejor. Tiene nombre.

—Supongo que podrías ponerle uno a tus cuchillos de carne. Carnosito el Grande. Cortaternillas —respondo, y ella hace un ruidito que parece una risita sofocada.

Pero, después de eso, nos quedamos en silencio una vez más.

Finalmente, Madoc entra en la habitación precedido por su sombra, que se extiende por el suelo como si fuera una alfombra. Arroja a Noctámbula al suelo delante de mí, envainada, y después se sienta en un sofá con patas en forma de garras de ave. El sofá rechina, no está acostumbrado a soportar tanto peso. Gnarbone le dirige una reverencia a Madoc y se retira.

—Taryn, me gustaría hablar contigo sobre Locke —dice Madoc.

—¿Le has hecho daño?

Mi hermana contiene un sollozo a duras penas. Como soy un poco mal pensada, me pregunto si estará fingiendo.

Madoc suelta un bufido, como si se estuviera preguntando lo mismo.

—Cuando pidió tu mano, me dijo que, aunque como bien sé los feéricos son gente voluble, seguía teniendo intención de casarse contigo. Lo cual significa, supongo, que no será especialmente fiel. En aquel momento no mencionó ningún flirteo con Jude, pero cuando se lo he preguntado hace un momento, me ha dicho: «Los sentimientos mortales son tan volátiles que resulta imposible no jugar un poquito con ellos». Me ha dicho que tú, Taryn, le habías demostrado que podías ser como nosotros. No sé qué harías para demostrárselo, pero sin duda fue el origen del conflicto que tienes con tu hermana.

El vestido de Taryn está desparramado a su alrededor. Se la ve serena, aunque tiene un tajo superficial en el costado y un desgarro en la falda. Parece una aristócrata, siempre que no te fijes demasiado en el contorno

redondeado de sus orejas. Honestamente, no puedo culpar a Locke por elegirla a ella. Yo soy violenta. Me he estado envenenando durante semanas. Soy una asesina, una mentirosa y una espía.

Entiendo por qué la eligió a ella. Pero desearía que ella me hubiera elegido a mí.

—¿Y tú qué le dijiste? —pregunta Taryn.

—Que nunca me he considerado especialmente voluble —responde Madoc—. Y que lo encuentro indigno de cualquiera de vosotras dos.

Taryn aprieta los puños, pero no muestra más indicios de enfado. Ha alcanzado un refinado autodominio del que yo soy incapaz. Mientras que yo me he formado bajo las directrices de Madoc, la tutora de Taryn ha sido Oriana.

—¿Me prohíbes que acepte su proposición?

—No acabará bien —dice Madoc—. Pero no me interpondré en tu felicidad. Ni siquiera me interpondré si decides optar por la desdicha.

Taryn no dice nada, pero por el suspiro que lanza se nota que está aliviada.

—Vete —le dice—. Y nada de peleas con tu hermana. Por mucho que te guste Locke, tu lealtad se debe a tu familia.

Me pregunto qué querrá decir con eso, con lo de la lealtad. Yo pensaba que Madoc era leal a Dain. Pensaba que había jurado servirle.

—Pero es que ella… —comienza a decir Taryn, pero Madoc levanta una mano, con uñas negras, curvadas y amenazantes.

—¿Ella fue la que empezó? ¿Te puso una espada en la mano y te obligó a blandiría? ¿De veras crees que tu hermana no tiene honor, que te habría hecho pedazos mientras tú permanecías inmóvil y desarmada?

Taryn frunce el ceño y adopta un gesto desafiante.

—Yo no quería luchar.

—En ese caso, no deberías hacerlo en el futuro —replica Madoc—. No tiene sentido combatir si no tienes intención de ganar. Puedes irte. Tengo que hablar con tu hermana.

Taryn se levanta y se dirige hacia la puerta. Apoya una mano sobre el picaporte de latón y se da la vuelta, como si quisiera añadir algo más. La escasa complicidad que hemos alcanzado antes de que llegara Madoc ha

desaparecido. Se le nota en la cara que quiere que Madoc me castigue y que está casi segura de que no lo hará.

—Deberías preguntarle a Jude dónde está el príncipe Cardan —dice con los ojos entornados—. La última vez que lo vi, estaba bailando con ella.

Dicho eso, Taryn sale por la puerta, dejándome con el corazón desbocado y el sello real ardiendo dentro de mi bolsillo. Ella no sabe nada. Se está comportando como una arpía, nada más, solo pretende meterme en un lío con esa última réplica. Me cuesta creer que dijera algo así si estuviera al corriente.

—Hablemos de tu comportamiento de anoche —dice Madoc, inclinándose hacia delante.

—Mejor hablemos del *tuyo* —replico.

Madoc suspira y se pasa una voluminosa mano sobre la cara.

—Estuviste presente, ¿verdad? Intenté sacaros a todas para que no tuvierais que verlo.

—Creía que apreciabas al príncipe Dain —digo—. Creía que eras su amigo.

—Le apreciaba bastante —responde Madoc—. Más de lo que llegaré a apreciar a Balekin. Pero hay otros que tienen derecho a reclamar mi lealtad.

Vuelvo a pensar en las piezas del puzle, en las respuestas que he venido a recopilar. ¿Qué pudo darle o prometerle Balekin para convencer a Madoc de que se rebelara contra Dain?

—¿Quién? —inquiero—. ¿Qué puede justificar tantas muertes?

—Basta —gruñe—. Aún no formas parte de mi consejo de guerra. Sabrás lo que hay que saber a su debido tiempo. Hasta entonces, permíteme asegurarte que, aunque las cosas se hayan desmadrado, mis planes no han cambiado su curso. Necesito al joven príncipe. Si sabes dónde está Cardan, podría conseguir que Balekin te ofreciera una generosa recompensa. Un puesto en su corte. Y la mano de quien tú quisieras. O el corazón todavía palpitante de cualquiera de tus enemigos.

Me quedo mirándole, sorprendida.

—¿Crees que sería capaz de arrancar a Locke de brazos de Taryn?

Madoc se encoge de hombros.

—Parecías dispuesta a arrancarle la cabeza a tu hermana. Ella te traicionó. No sé cuál es el castigo que considerarías más apropiado.

Nos sostenemos la mirada durante unos segundos. Madoc es un monstruo, así que, si decido hacer algo horrible, no me juzgará por ello. No demasiado.

—Si quieres mi consejo —dice lentamente—, el amor no germina bien cuando se alimenta del dolor. No me negarás que al menos eso sí lo sé. Te quiero, y quiero a Taryn, pero no creo que sea la pareja apropiada para Locke.

—¿Y yo sí?

No puedo evitar pensar que el concepto que tiene Madoc del amor no resulta demasiado fiable. Quería a mi madre. Quería al príncipe Dain. No parece que el amor que siente hacia nosotras vaya a concedernos más protección que la que les reportó a ellos.

—No creo que Locke sea apropiado para ti —replica con una amplia sonrisa—. Y si tu hermana tiene razón y sabes dónde está el príncipe Cardan, entrégamelo. Es un petimetre, un inútil con la espada. Es encantador, en cierto modo, e inteligente, pero no vale la pena protegerle.

«Demasiado joven, pusilánime y mezquino».

Vuelvo a pensar en el golpe de Estado que Madoc planeó con Balekin y me pregunto cómo esperaban que transcurriera. Matar primero a los dos hermanos mayores, los que tienen mayor influencia. Después, el rey supremo seguramente acabaría dando su brazo a torcer y coronaría al príncipe con mayor poder, aquel que tiene a los militares de su lado. Quizá lo hiciera a regañadientes, pero, al verse amenazado, Eldred tendría que coronar a Balekin. Sin embargo, no fue así. Balekin intentó obligarle a que lo hiciera, y todos sus hermanos acabaron muertos.

Todos menos Cardan. El tablero se ha quedado casi sin jugadores.

No creo que Madoc pensara que las cosas fuesen a salir así. De todos modos, recuerdo sus lecciones sobre estrategia. Sea cual sea el resultado de un plan, debe conducir a la victoria.

Sin embargo, es imposible planear todas las variables. Eso es absurdo.

—Pensaba que ibas a soltarme un sermón acerca de no practicar esgrima dentro de casa —digo, intentando desviar la conversación lo más

lejos posible de Cardan. He conseguido lo que le prometí a la Corte de las Sombras: una oferta. Ahora tengo que decidir qué hacer con ella.

—¿Hace falta que te diga que, si hubieras sido más certera con la espada y le hubieras hecho daño a Taryn, lo habrías lamentado durante el resto de tus días? De todas las lecciones que te he enseñado, juraría que esa era la que te había transmitido mejor.

Me sostiene la mirada. Está hablando de mi madre. Está hablando del asesinato de mi madre.

No puedo responder a eso.

—Es una lástima que no canalizaras esa ira contra alguien que se lo mereciera más. En unos tiempos como estos, los feéricos desaparecen —añade, lanzándome una mirada cargada de significado.

¿Me está diciendo que no pasaría nada si matara a Locke? Me pregunto qué diría si supiera que ya he matado a un miembro de la aristocracia. Si le enseñara el cadáver. Por lo visto, es posible que me diera la enhorabuena.

—¿Cómo puedes dormir por las noches? —le pregunto.

Ya sé que es una pregunta desagradable, y que si se la hago es porque me ha demostrado lo cerca que estoy de convertirme en todo lo que odio de él.

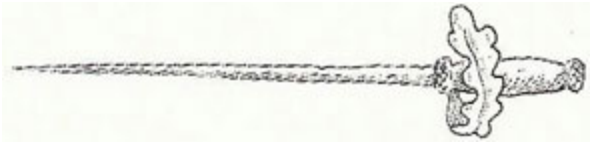
Madoc frunce el entrecejo y me mira como si estuviera sopesando qué clase de respuesta darme. Imagino cómo debe verme, como una chiquilla huraña que se cree con derecho a juzgarle.

—Hay quien tiene talento con la gaita o con la pintura. Los hay que son diestros en el amor —dice al fin—. Mi talento es la guerra. Lo único que me ha quitado el sueño por las noches ha sido negar eso.

Asiento lentamente.

—Piensa en lo que te he dicho —dice Madoc, levantándose—, y después piensa dónde radican tus talentos.

Ambos sabemos lo que quiere decir. Ambos sabemos qué es lo que se me da bien, qué es lo que soy. Al fin y al cabo, acabo de perseguir a mi hermana con una espada por la planta baja. Pero la cuestión es qué hacer con ese talento.



Cuando salgo de la sala de juegos, me doy cuenta de que Balekin ha debido de llegar hace poco junto con sus sirvientes. Hay varios caballeros con su uniforme oficial —con tres pájaros risueños estampados sobre sus tabardos — situados en posición de firmes en el vestíbulo. Paso furtivamente junto a ellos y subo por las escaleras, arrastrando la espada a mi paso, demasiado agotada como para hacer nada más.

Acabo de reparar en que estoy hambrienta, pero me siento demasiado revuelta como para comer. ¿Esto es lo que significa tener el corazón partido? No sé si estoy revuelta a causa de Locke, o más bien porque el mundo ya no es el que era antes de que comenzara la coronación. Pero si pudiera remontarme a algún momento pasado, ¿por qué no retroceder hasta un instante previo a la muerte de Valerian, por qué no retroceder hasta el momento en que mis padres estaban vivos, por qué no retroceder hasta el principio de todo?

Alguien llama a la puerta y después abre sin que le haya dado permiso. Vivi entra con un sándwich en un plato de madera, junto con una botella cerrada de cristal ambarino.

—Soy idiota. Soy una imbécil —digo—. Lo admito. No hace falta que me sueltes la charla.

—Pensaba que ibas a echarme la bronca por lo del hechizo —dice Vivi —. Ya sabes, por ese que no te ha afectado.

—No deberías usar la magia con tus hermanas.

Le quito el corcho a la botella y bebo un largo trago de agua. No me había dado cuenta de lo sedienta que estaba. Sigo engullendo un poco más, hasta casi beberme la botella entera de un solo trago.

—Y tú no deberías intentar partirlas por la mitad. —Vivi se recuesta sobre mis almohadas, junto a mis raídos animales de peluche. Con gesto distraído, coge la serpiente y juguetea con la punta bífida de su lengua de

fieltro—. Pensaba que eso de entrenar con la espada, eso del título de caballero… Creía que todo era un juego.

Recuerdo cómo se enfadó cuando Taryn y yo sucumbimos ante Faerie y empezamos a divertirnos. Ataviadas con coronas de flores, disparando flechas al cielo. Comiendo violetas escarchadas y durmiendo con leños a modo de almohada. Eramos niñas. Los niños pueden pasarse el día riendo y luego llorar hasta caer rendidos por la noche. Pero verme empuñar una espada, un arma como la que mató a nuestros padres, y pensar que para mí era un juguete… Vivi debía de considerarme una desalmada.

—No lo es —digo al fin.

—Ya —responde Vivi, mientras enrosca la serpiente alrededor del gato de peluche.

—¿A ti te habló de él? —pregunto, subiéndome a la cama para ponerme a su lado. Resulta agradable estar tumbada, puede que demasiado. Enseguida empiezo a tener sueño.

—No sabía que Taryn estaba con Locke —dice Vivi, pronunciando deliberadamente la frase entera para dejar bien claro que no está intentando engañarme—. Pero no quiero hablar de Locke. Olvídate de él. Quiero que nos vayamos de Faerie. Esta noche.

Al oír eso me incorporo de golpe.

—¿Qué?

Vivi se ríe al ver mi reacción. Es un sonido mundano, incongruente con los funestos acontecimientos de los últimos dos días.

—Ya sabía yo que te sorprenderías. Mira, pase lo que pase a continuación, no va a ser bueno. Balekin es un imbécil. Además de idiota. Deberías haber oído las pestes que echó papá de camino a casa. Vámonos de aquí.

—¿Y qué pasa con Taryn? —pregunto.

—Ya se lo he preguntado, y no voy a decirte si ha accedido a venir o no. Quiero que respondas por ti misma. Escucha, Jude. Sé que tienes secretos. Hay algo que te revuelve por dentro. Estás más pálida y delgada, y tienes un brillo extraño en los ojos.

—Estoy bien —digo.

—Mentira —replica, pero sin acritud—. Sé que estás atrapada aquí en Faerie por mi culpa. Sé que lo peor que te ha ocurrido en la vida ha sido culpa mía. Nunca lo has mencionado, lo cual es muy considerado por tu parte, pero lo sé. Te ha tocado convertirte en otra cosa, y eso es lo que has hecho. A veces, cuando te miro, no tengo claro si sabrías volver a comportarte como un ser humano.

No sé cómo responder a eso. Un cumplido y un insulto, todo al mismo tiempo. Pero por detrás de eso late una especie de profecía.

—Tú encajas aquí mejor que yo —dice Vivi—. Pero apuesto a que tuvo un coste para ti.

En general, no me gusta imaginar la vida que podría haber tenido, una que no estuviera marcada por la magia. Una en la que asistiera a una escuela normal y aprendiera cosas normales. Una en la que mis padres siguieran vivos. Una en la que la rarita fuera mi hermana mayor. En la que no me sintiera tan furiosa. En la que mis manos no estuvieran manchadas de sangre. Me la imagino y me siento rara, con el estómago revuelto y el cuerpo en tensión.

Es pánico lo que siento.

Cuando los lobos vengan a buscar a esa Jude, la devorarán enseguida. Y los lobos siempre acaban viniendo. Me asusta verme tan vulnerable. Pero, tal y como soy ahora, voy camino de convertirme en uno de los lobos. Sea lo que sea ese algo innato que tiene la otra Jude, esa parte que ella mantiene intacta y que en mí se ha roto, puede que sea irrecuperable. Vivi tiene razón: he pagado un precio para ser como soy. Pero no sé cuál. Y no sé si podré recuperarlo. Ni siquiera sé si quiero hacerlo.

Pero quizá podría intentarlo.

—¿Y qué haríamos en el mundo mortal? —le pregunto.

Vivi sonríe y empuja el plato con el sándwich hacia mí.

—Ir al cine. Visitar ciudades. Aprender a conducir. Hay un montón de feéricos que no viven en las cortes, que no entran en el juego de la política. Podríamos vivir como quisiéramos. En un apartamento. En un árbol. Donde te dé la gana.

—¿Con Heather?

Cojo el sándwich y le pego un bocado enorme. Es de lonchas de carne de carnero y berros encurtidos. Me ruge el estómago.

—Estaría bien —responde—. Tú podrías ayudarme a explicarle todo este lío.

Por primera vez caigo en la cuenta de que, ya sea de un modo consciente o no, Vivi no está proponiendo que nos fuguemos para ser humanas. Está proponiendo que vivamos como las hadas montaraces, entre los mortales, pero sin ser como ellos. Robaríamos la crema de sus tazas y las monedas de sus bolsillos. Pero ni nos asentaríamos ni buscaríamos empleos aburridos. O, al menos, ella no lo haría.

Me pregunto qué opinará Heather al respecto.

Una vez solucionada de algún modo la cuestión del príncipe Cardan, ¿qué pasaría después? Aunque lograra descifrar el misterio de las cartas de Balekin, seguiría sin encontrar mi sitio aquí. La Corte de las Sombras se habrá disuelto. Taryn se habrá casado. Vivi se habrá ido. Podría irme con ella. Podría intentar descubrir qué es lo que se ha roto dentro de mí, podría intentar empezar de cero.

Pienso en la oferta de Cucaracha para irme con ellos a otra corte. Para empezar de cero en Faerie. Las dos parecen formas diferentes de tirar la toalla, pero ¿qué otra opción me queda? Pensaba que cuando llegara a casa se me ocurriría un plan, pero de momento no ha sido así.

—No podría irme esta noche —digo, titubeando.

Vivi lanza un grito ahogado y se lleva una mano al corazón.

—Te lo estás planteando seriamente.

—Hay ciertas cuestiones que tengo que rematar. Dame un día.

No hago más que negociar para conseguir lo mismo una y otra vez: tiempo. Pero en un día habré arreglado las cosas con la Corte de las Sombras. Se llegará a algún acuerdo con el tema de Cardan. De un modo u otro, todo quedará zanjado. Le sacaré a Faerie todo lo que pueda. Y si para entonces no tengo un plan, será demasiado tarde como para trazar uno.

—¿Qué es un solo día en tu interminable e imperecedera vida?

—¿Un día para decidirte o un día para preparar el equipaje?

—Las dos cosas —respondo, tras pegarle otro bocado al sándwich.

Vivi pone los ojos en blanco.

—Recuerda que, en el mundo mortal, las cosas no funcionan como lo hacen aquí. —Se dirige hacia la puerta—. No tendrías que ser la persona que eres en Faerie.

Oigo las pisadas de Vivi por el pasillo. Le pego otro mordisco al sándwich. Mastico el bocado y me lo trago, pero no me sabe a nada.

¿Y si lo que soy aquí es lo que soy en realidad? ¿Y si, cuando todo lo demás cambie, yo sigo siendo la misma de siempre?

Me saco el anillo real de Cardan del bolsillo y lo sostengo sobre la palma de mi mano. No debería tener esto. No está pensado para que lo sostengan unas manos mortales. Incluso observarlo de cerca parece inapropiado, pero lo hago de todos modos. La superficie dorada despide un intenso fulgor rojizo, tiene los bordes desgastados por el uso. Hay un trocito de cera pegado en el sello, intento extraerlo con la punta de la uña. Me pregunto cuánto valdría este anillo en el mundo mortal.

Antes de que pueda arrepentirme, deslizo el anillo sobre mi dedo indigno.

CAPÍTULO 24

Me despierto por la tarde con un regusto a veneno en la boca. Me quedé dormida con la ropa puesta, acurrucada junto a la vaina de Noctámbula.

Aunque no me apetece hacerlo, me acerco lentamente a la puerta de Taryn y llamo. Tengo que decirle algo antes de que el mundo vuelva a ponerse patas arriba. Tengo que arreglar las cosas con ella. Pero no abre nadie, y cuando giro el picaporte y entro, descubro que la habitación está vacía.

Me dirijo a los aposentos de Oriana, confiando en que ella sepa dónde encontrar a mi hermana. Me asomo al umbral y la veo en su terraza, contemplando la arboleda y el lago que se extiende al otro lado. El viento le alborota la melena sobre la espalda, y como si fuera un estandarte de color pálido, hincha el tejido vaporoso de su vestido.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto tras decidirme a entrar. Oriana se da la vuelta, sorprendida. No me extraña. Me parece que es la primera vez que entro en su habitación.

—Antaño, mi gente tenía alas —dice, con un deje evidente de nostalgia —. Y aunque yo nunca las he tenido, a veces siento como si me faltaran.

Me pregunto si, cuando se imagina con alas, se ve a sí misma elevándose por el cielo para alejarse de todo esto.

—¿Has visto a Taryn?

Los postes de la cama de Oriana están rodeados de enredaderas, cuyos tallos son de un color verde intenso. Unos ramos de flores azuladas penden sobre el lugar donde duerme, formando una pérgola de ricas fragancias. No hay ningún lugar donde sentarse que no esté abarrotado de plantas. Me cuesta imaginarme a Madoc sintiéndose a gusto en un lugar como este.

—Se ha ido a casa de su prometido, pero mañana los dos asistirán a la mansión del rey supremo Balekin. Tú también irás. Va a celebrar un banquete en honor de tu padre y de algunos regentes Benignos y Malignos. Esperamos que os comportéis de un modo más civilizado.

No puedo ni imaginarme el horror, la incomodidad, de verme enfundada en un vestido de gasa, con el hedor a fruta de hadas flotando en el ambiente, mientras se supone que debo fingir que Balekin es cualquier cosa menos un monstruo asesino.

—¿Irá Oak? —le pregunto, mientras experimento la primera punzada auténtica de remordimientos. Si me marcho, no veré crecer a Oak.

Oriana da una palmada y se acerca a su tocador. Allí es donde guarda sus joyas: fragmentos de ágata que penden de cadenas fabricadas con cuentas de cristal, collares compuestos por piedras lunares, ristras de heliotropos de color verde oscuro y un colgante de ópalo tan brillante como una hoguera bajo la luz del sol. Sobre una bandeja de plata, al lado de unos pendientes de rubí con forma de estrella, hay una bellota dorada.

Una bellota dorada idéntica a la que encontré en el bolsillo del vestido que me dio Locke. El vestido que perteneció a su madre. Liríope. La madre de Locke. Pienso en sus radiantes y descabellados vestidos, en su dormitorio cubierto de polvo. En la bellota. En la bellota del bolsillo, que al abrirse mostraba al pájaro que albergaba en su interior.

—Intenté convencer a Madoc de que Oak es demasiado pequeño y que la cena le resultará demasiado aburrida, pero él insistió en que viniera. A lo mejor podrías sentarte a su lado para entretenerle.

Pienso en la historia de Liríope, recuerdo que Oriana me la contó cuando creyó que estaba intimando demasiado con el príncipe Dain. Recuerdo que Oriana fue consorte del rey supremo Eldred antes de

convertirse en la esposa de Madoc. Me preguntó por qué tuvo que casarse tan rápido, que podría estar intentando ocultar.

Me pongo a pensar en la nota que encontré en el escritorio de Balekin, la que estaba escrita con la caligrafía de Dain, un soneto dedicado a una mujer con el «cabello radiante como el alba» y los «ojos como estrellas».

Me pongo a pensar en lo que dijo el ave: «Mi fiel camarada, estas son las últimas palabras de Liríope. Tengo tres pájaros dorados que voy a dispersar. Tres intentos por lograr que uno llegue hasta tus manos. Ya es tarde para un posible antídoto, así que, si oyes esto, te lego la carga de mis secretos y el último deseo que anida en mi corazón. Protégele. Aléjale de los peligros de esta corte. Mantenlo a salvo y nunca, jamás, le cuentes la verdad sobre lo que me ha ocurrido».

Vuelvo a pensar en estrategias, en Dain, en Oriana y Madoc. Recuerdo cuando conocimos a Oriana. Lo rápido que nació Oak y los meses que nos prohibieron verle porque estaba muy enfermo. Recuerdo lo protectora que ha sido siempre con él, aunque quizá lo hiciera por un motivo distinto al que yo pensaba.

Del mismo modo que pensaba que el niño que Liríope quería que su camarada se llevara de aquí era Locke. Pero ¿y si el bebé que tenía en la barriga no hubiera muerto con ella?

Me cuesta respirar, el aire de mis pulmones se resiste a pronunciar estas palabras. No me puedo creer lo que estoy a punto de decir, aunque sé que es la conclusión más lógica.

—Oak no es hijo de Madoc, ¿verdad? O, al menos, no es más hijo suyo que yo.

«Si el niño nace, el príncipe Dain nunca llegará a ser rey».

Oriana se cubre la boca con una mano. Su piel huele como el aire después de una nevada.

—No digas eso. —Me habla desde muy cerca, con voz trémula—. No vuelvas a decir eso jamás. Si alguna vez has querido a Oak, no repitas esas palabras.

—El príncipe Dain era su padre y Liríope era su madre —replico, apartándole la mano—, Oak es la razón por la que Madoc apoyó a Balekin,

la razón por la que quería ver muerto a Dain. Y ahora él es la llave para acceder a la corona.

Oriana pone los ojos como platos y me agarra de la mano, que está fría. Siempre me ha parecido una criatura extraña, como salida de un cuento de hadas, pálida como un fantasma.

—¿Cómo puedes saber eso? ¿Cómo es posible que estés al corriente de eso, chiquilla humana?

Yo pensaba que el príncipe Cardan era el individuo más valioso de todo Faerie. Cuánto me equivocaba.

Me apresuro a cerrar la puerta y la terraza. Oriana me observa y no protesta.

—¿Dónde está ahora? —le pregunto.

—¿Oak? Con su niñera —susurra, guiándome hacia el pequeño diván situado en un rincón, tapizado con un brocado de serpiente y cubierto de pieles—. Habla, deprisa.

—Primero, cuéntame lo que ocurrió hace siete años.

Oriana inspira hondo.

—Quizá pienses que yo sentía celos de Liríope por ser otra de las consortes de Eldred, pero no es así. La quería mucho. Siempre se estaba riendo, era imposible no quererla… Aunque su hijo se haya interpuesto entre Taryn y tú, no puedo evitar quererle un poco. Por ella.

Me pregunto qué sentiría Locke al saber que su madre era amante del rey supremo. Estoy a medio camino entre la compasión y el deseo de que su vida fuera lo más desdichada posible.

—Eramos confidentes —prosigue Oriana—. Cuando inició su romance con el príncipe Dain, me lo contó. No parecía que se lo tomara demasiado en serio. Creo que estuvo muy enamorada del padre de Locke. Dain y Eldred eran simples flirteos, distracciones. Los de nuestra especie no nos preocupamos demasiado por los hijos, como bien sabes. La sangre de hada no es demasiado espesa. No creo que Liríope pensara que podría tener un segundo hijo apenas una década después de tener a Locke. Algunas de nosotras dejamos pasar siglos entre un hijo y otro. Algunas no llegamos a tenerlos nunca.

Asiento. Ese es el motivo no reconocido por el que los hombres y mujeres humanos son tan necesarios. Sin su presencia para fortalecer la estirpe, Faerie desaparecería, por mucho que sus habitantes posean la vida eterna.

—La seta lepiota es un modo horrible de morir —dice Oriana, llevándose una mano a la garganta—. Tus movimientos se ralentizan, te tiemblan las extremidades hasta que te quedas inmovilizado por completo. Pero sigues estando consciente hasta que tus órganos se paran, como el mecanismo estropeado de un reloj. Imagina lo espantoso que puede llegar a ser, imagina la esperanza vana por recuperar la movilidad, imagina los esfuerzos por intentar conseguirlo. Cuando recibí el mensaje, Liríope ya estaba muerta. Le extraje…

Se le quiebra la voz. Me imagino el resto de la frase. Oriana debió de sacarle al niño de la barriga. Me cuesta imaginarme a alguien tan remilgado como Oriana llevando a cabo un acto tan brutal y tan valiente. No me la imagino presionando la punta del cuchillo sobre la carne, localizando el punto correcto y practicando la incisión. Tampoco me la imagino extrayendo al niño del vientre, estrechando su cuerpecito viscoso entre sus brazos. Pero ¿quién podría haberlo hecho, si no?

—Le salvaste —digo, porque si Oriana no quiere hablar de esa parte, no hace falta que lo haga.

—Le puse ese nombre por la bellota de Liríope —me dice con un hilo de voz—. Mi pequeño y dorado Oak.

Quería creer con todas mis fuerzas que estar al servicio de Dain era un honor, que era una persona a la que valía la pena seguir. Eso es lo que pasa cuando sientes ansia por algo: te olvidas de comprobar si está podrido antes de engullirlo.

—¿Sabías que fue Dain el que envenenó a Liríope?

Oriana niega con la cabeza.

—Tardé mucho en enterarme. Podría haber sido otra amante de Eldred. O Balekin, corrían rumores de que él era el responsable. Incluso me pregunté si podría haber sido Eldred, si la habría envenenado por coquetear con su hijo. Pero entonces, Madoc descubrió que Dain había conseguido la seta lepiota. Se puso furioso, presa de una rabia inédita y espeluznante.

No es difícil comprender por qué Madoc estaba furioso con Dain. Madoc, el mismo que durante un tiempo creyó que su esposa y su hija habían muerto. Madoc, el mismo que adoraba a Oak. Madoc, el mismo que no hacía más que recordarnos que la familia está por encima de todo lo demás.

—Entonces, ¿te casaste con Madoc para que te protegiera?

Apenas guardo recuerdos borrosos de su noviazgo con Oriana; después se prometieron, con un niño en camino. Puede que me pareciera inusual, pero todo el mundo puede tener buena suerte. En ese momento, a mí me pareció que fue un golpe de mala suerte, ya que a Taryn y a mí nos inquietaba pensar lo que la llegada del nuevo bebé podría suponer para nosotras. Pensábamos que Madoc se cansaría de nosotras y nos dejaría tiradas en alguna parte con un puñado de oro en los bolsillos y unos acertijos prendidos de la camisa. Nadie recela de la mala suerte.

Oriana se asoma a las puertas de cristal para contemplar los árboles azotados por el viento.

—Madoc y yo tenemos un acuerdo. Ninguno nos llevamos a engaño.

No sé qué significa eso, pero me da que se refiere a un matrimonio frío y distanciado.

—¿Y qué planes tiene? —le pregunto—. No creo que piense mantener a Balekin en el trono durante mucho tiempo. Seguro que le parecería una afrenta contra la lógica de la estrategia desperdiciar una jugada tan obvia.

—¿Qué quieres decir? —Oriana parece genuinamente desconcertada—. Que no se llevan a engaño, dice. ¡Y un cuerno!

—Madoc va a poner a Oak en el trono —afirmo como si fuera evidente. Y lo es. No sé cómo ni cuándo pretende hacerlo, pero estoy convencida de que eso es lo que está planeando. Típico de él.

—Oak —dice Oriana—. No, no, no. No, Jude. Solo es un niño.

«Aléjale de los peligros de esta corte». Eso es lo que decía la nota de Liríope. Tal vez Oriana debería haberle hecho caso.

Recuerdo lo que nos dijo Madoc durante la cena hace una eternidad, acerca de que el trono resultaba vulnerable durante una transmisión de poderes. Al margen de lo que pensara que le ocurriría a Balekin —y ahora me pregunto si su plan era que Balekin muriera igual que Dain, y que el rey

supremo suspendiera la coronación para que Madoc pudiera poner en marcha una jugada diferente—, tuvo que ver la oportunidad que se formaba ante sus ojos con apenas tres príncipes restantes. Si Oak se convertía en rey supremo, Madoc podría ser el regente. Se ocuparía de gobernar Faerie hasta que Oak alcanzara la mayoría de edad.

Y entonces, ¿quién sabe lo que podría pasar? Si conseguía meter a Oak en cintura, puede que gobernara Faerie para siempre.

—Hubo un tiempo en que yo también era solo una niña —le digo—. No creo que a Madoc le preocupara demasiado lo que era capaz de soportar entonces, y no creo que se preocupe demasiado ahora por Oak.

No estoy diciendo que Madoc no quiera a Oak. Pues claro que le quiere. Igual que me quiere a mí. Y a mi madre. Pero Madoc es como es. No puede luchar contra su naturaleza.

Oriana me coge de la mano y me la aprieta con tanta fuerza que me clava las uñas en la piel.

—Tú no lo entiendes. Los niños reyes no sobreviven mucho tiempo, y Oak es un niño frágil. Era muy pequeñito cuando llegó a este mundo. Ningún rey ni reina de ninguna corte inclinará la cabeza ante él. Oak no ha sido criado para llevar esta carga. Tienes que detenerle.

¿Qué haría Madoc con tanto poder y sin restricciones? ¿Qué haría yo con un hermano en el trono? Yo podría ponerle allí. Tengo la mano ganadora en esta partida, pues, aunque Balekin se resistiera a coronar a Oak, seguro que Cardan no. Podría convertir a mi hermano en rey supremo y a mí en princesa. Hay mucho poder flotando en el ambiente, esperando a que alguien lo coja. Lo único que tengo que hacer es alargar la mano.

La ambición es muy curiosa: puedes contraerla como si fuera una fiebre, pero no es tan fácil desprenderte de ella. Antes me contentaba con aspirar al título de caballero y con obtener el poder necesario para conseguir que Cardan y sus amigos me dejaran en paz. Lo único que quería era encontrar mi sitio en Faerie.

Ahora me pregunto cómo sería elegir al próximo rey.

Pienso en la riada de sangre que se extendía sobre la plataforma de piedra y goteaba sobre el suelo de tierra compacta de la colina. El plasma se acumuló sobre el borde inferior de la corona de tal manera que, cuando

Balekin la levantó, sus manos se tiñeron de rojo. Me imagino esa corona sobre la frente de Oak y me estremezco.

También recuerdo cuando Oak me hechizaba. Me obligaba a abofetearme a mí misma una y otra vez hasta que se me quedaba la mejilla colorada, inflamada y dolorida. A la mañana siguiente me salía un moratón que no desaparecía en una semana. Eso es lo que hacen los niños cuando tienen poder.

—¿Qué te hace pensar que puedo detenerle? —inquiero.

Oriana no me suelta la mano.

—En una ocasión me dijiste que estaba equivocada contigo, que jamás le harías daño a Oak. Dime, ¿puedes hacer algo? ¿Hay alguna posibilidad?

«No soy un monstruo». Eso fue lo que le dije cuando le aseguré que jamás le haría daño a Oak. Aunque puede que esté destinada a convertirme en uno.

—Es posible —respondo, aunque es lo mismo que no decir nada.

De camino a la puerta, diviso a mi hermano pequeño. Está en el jardín, cogiendo un ramo de dedaleras. Se está riendo, la luz del sol tiñe su cabello castaño con tonos dorados. Cuando se acerca la niñera, sale corriendo para huir de ella.

Apuesto a que ni siquiera sabe que esas flores son venenosas.

CAPÍTULO 25

Escucho unas risas cuando regreso a la Corte de las Sombras. Esperaba encontrarme a Cardan tal y como lo dejé, callado y acobardado, puede que incluso más abatido que antes. Pero, en vez de eso, le han desatado y está sentado a la mesa, jugando a las cartas con Cucaracha, Fantasma… y Bomba. En el medio hay una pila de joyas y una jarra de vino. Debajo de la mesa hay dos botellas de vidrio vacías que reflejan la luz de las velas.

—Jude —exclama Bomba con entusiasmo—. ¡Siéntate! Te dejamos jugar.

Me alegro de verla sana y salva. Pero es lo único positivo que tiene esta escena.

Cardan me sonríe como si fuéramos grandes amigos de toda la vida. Había olvidado lo encantador que puede llegar a ser… y lo peligroso que eso resulta.

—¿Qué estáis haciendo? —inquiero—. ¡Se supone que tiene que estar atado! Es nuestro prisionero.

—No te preocupes. ¿Adónde va a ir? —pregunta Cucaracha—. ¿De verdad crees que puede eludirnos a los tres?

—No me importa contar con una sola mano —interviene Cardan—. Pero si me vas a inmovilizar las dos, tendrás que servirme el vino directamente en la boca.

—Cardan nos contó dónde escondía el viejo rey las botellas buenas —dice Bomba, apartándose un mechón de cabello blanco—. Por no mencionar un alijo de joyas que pertenecían a Elowyn. Cardan pensó que, entre tanto barullo, nadie se daría cuenta de su desaparición, y hasta ahora así ha sido. Ha sido el encargo más fácil que Cucaracha ha cumplido en su vida.

Me entran ganas de gritar. No tenían que congeniar con Cardan, pero ¿por qué no habría de ser así? Es un príncipe que les está tratando con respeto. Es el hermano de Dain. Es un feérico, igual que ellos.

—Sea como sea, todo se está yendo al garete —dice Cardan—, así que más vale divertirse un poco. ¿No crees, Jude?

Inspiro hondo. Si Cardan logra minar mi posición aquí, si consigue convertirme en una forastera, jamás conseguiré que la Corte de las Sombras se sume al plan que aún está tomando forma en mi cabeza. Me está costando encontrar una manera de ayudar a los demás. No necesito que venga Cardan a empeorar las cosas.

—¿Qué os ha ofrecido? —pregunto, como si todos estuviéramos participando en la misma broma. Sí, es un juego. Puede que Cardan no les haya ofrecido nada.

Intento disimular que estoy conteniendo el aliento. Intento que no se me note cómo me hace sentir Cardan.

Fantasma me dirige una de sus inusuales sonrisas.

—Sobre todo oro, pero también poder. Una buena posición.

—Un montón de cosas que no tiene —dice Bomba.

—Creía que éramos amigos —replica Cardan, abatido.

—Voy a volver a llevarlo ahí atrás —digo, apoyando una mano sobre el respaldo de la silla con gesto firme. Tengo que llevármelo de la habitación antes de que me saque de mis casillas delante de los demás. Tengo que sacarlo de aquí ya.

—¿Para qué? —pregunta Cucaracha.

—Cardan es mi prisionero —les recuerdo, mientras me agacho y corto los jirones de mi vestido que todavía le mantienen las piernas atadas a la silla. Me doy cuenta de que debe de haber dormido sentado, si es que ha

llegado a pegar ojo. Pero no parece cansado. Cardan me mira y me sonríe, como si me hubiera puesto de rodillas para hacerle una reverencia.

Tengo ganas de borrarle esa sonrisa de la cara, pero no sé si seré capaz. Puede que siga sonriendo así hasta la muerte.

—¿No podemos quedarnos aquí? —me pregunta Cardan—. Aquí es donde está el vino.

Cucaracha suelta una risita al oír eso.

—¿Hay algo que te preocupe, principito? ¿Acaso Jude y tú no os lleváis bien después de todo?

Por la cara que pone, Cardan parece preocupado. Mejor.

Lo guío hasta el despacho de Dain, del que al parecer acabo de apropiarme. Camina con paso inestable, con las piernas agarrotadas por llevar tanto tiempo atado. También porque, seguramente, ha ayudado a mis compañeros a engullir varias botellas de vino. En cualquier caso, nadie me impide que me lo lleve. Cierro la puerta y echo el pestillo.

—Siéntate —le digo, señalando hacia la silla.

Cardan obedece.

Doy un rodeo y me siento al otro lado de la mesa.

Se me pasa por la cabeza que, si lo mato, al fin podré dejar de pensar en él. Si lo mato, no tendré que volver a sentirme así.

Pero sin Cardan, no habrá una vía fácil para sentar a Oak en el trono. Me tocaría confiar en que Madoc encontrara algún modo de obligar a Balekin a coronarlo. Sin él, me quedo sin cartas con las que jugar. Sin plan. Sin medios para ayudar a los míos. Me quedo sin nada.

Puede que valiera la pena.

La ballesta sigue donde la dejé, en el cajón del escritorio de Dain. La saco, la amartillo y apunto con ella a Cardan, que inspira una bocanada trémula.

—¿Vas a dispararme? —Parpadea—. ¿Así, sin más?

Acaricio el gatillo con el dedo. Me siento serena, gloriosamente serena. Anteponer el miedo a la ambición, a la familia o al amor es una muestra de debilidad, pero es una sensación agradable. Te hace sentir poderoso.

—Entiendo que quieras hacerlo —dice Cardan, como si estuviera descifrando la expresión de mi cara para llegar a alguna conclusión—. Pero

preferiría que no lo hicieras, la verdad.

—Entonces no deberías mirarme constantemente con esa sonrisa de chulo. ¿Crees que voy a permitir que te burles de mí aquí, ahora? ¿Sigues convencido de que eres mejor que yo?

Me tiembla un poco la voz y eso hace que le odie todavía más. He entrenado a diario para ser peligrosa, lo tengo completamente a mi merced, y aun así soy yo la que está asustada.

Tenerle miedo es un hábito, un hábito que podría romper con una flecha dirigida hacia su corazón.

Cardan levanta las manos para protestar, extendiendo sus largos dedos sin abalorios. Soy yo la que tiene el anillo real.

—Estoy nervioso —dice—. Sonrío mucho cuando estoy nervioso. No puedo evitarlo.

Eso no es lo que esperaba que dijera. Bajo la ballesta, de momento.

Cardan sigue hablando, como si no quisiera dejarme demasiado tiempo para pensar.

—Das mucho miedo. Casi toda mi familia está muerta, y aunque nunca me han mostrado demasiado cariño, no quiero seguir sus pasos. Me he pasado toda la noche dándole vueltas a lo que vas a hacer y sé exactamente lo que me merezco. Tengo motivos para estar nervioso.

Me está hablando como si fuéramos amigos en vez de todo lo contrario. Y funciona: me relajo un poco. Cuando me doy cuenta, me asusto tanto que estoy a punto de dispararle a bocajarro.

—Te contaré lo que quieras —añade—. Cualquier cosa.

—¿Nada de juegos de palabras?

La tentación es enorme. Todo lo que me contó Taryn resuena dentro de mi cabeza, recordándome lo poco que sé. Cardan se apoya una mano en el lugar donde debería estar su corazón.

—Lo juro.

—¿Y si te disparo de todos modos?

—Podrías hacerlo —replica con sequedad—. Pero quiero que me des tu palabra de que no lo harás.

—Mi palabra no vale demasiado —le recuerdo.

—Siempre dices lo mismo. —Cardan enarca las cejas—. No resulta reconfortante, ¿sabes?

Suelto una risita, sorprendida. La mano con la que empuño la ballesta titubea. Cardan no aparta los ojos de ella. Con una lentitud deliberada, la dejo apoyada sobre la mesa.

—Dime lo que quiero saber, sin omitir detalle, y no te dispararé.

—¿Y qué puedo hacer para convencerte de que no me entregues a Balekin y a Madoc?

Cardan levanta una única ceja. No estoy acostumbrada a recibir tanta atención por su parte. Se me acelera el corazón. Lo único que puedo hacer es fulminarle con la mirada.

—¿Qué tal si te concentras en seguir vivo?

Cardan se encoge de hombros.

—¿Qué quieres saber?

—Encontré un trozo de papel con mi nombre escrito —digo—. Solamente mi nombre, una y otra vez.

Cardan hace una mueca, pero no dice nada.

—¿Y bien? —insisto.

—Eso no es una pregunta —protesta, como si se sintiera exasperado—. Hazme una pregunta en condiciones y te daré una respuesta.

—Se te da fatal eso de contarme todo lo que quiero saber.

Alargo la mano hacia la ballesta, pero no la cojo. Cardan suspira.

—Limítate a preguntarme algo. Pregúntame por mi cola. ¿No quieres verla? —inquiere, enarcando las cejas.

Ya he visto su cola, pero no voy a darle la satisfacción de decírselo.

—¿Quieres que te pregunte algo? Está bien. ¿Cuándo comenzó Taryn lo que quiera que tenga con Locke?

Cardan se ríe de buena gana. Por lo visto, este es un tema de conversación que no le importa abordar. Típico de él.

—Vaya, ya estaba tardando esa pregunta. Fue hace unos meses. Locke nos lo contó todo: cómo lanzó piedras contra su ventana, cómo le dejó notas para que se reuniera con él en el bosque y cómo la cortejó bajo la luz de la luna. Nos hizo jurar que guardaríamos el secreto, nos lo pintó como si fuera

un divertimento. En un principio, creo que lo hizo para poner celosa a Nicasia. Pero después…

—¿Cómo sabía Locke cuál era su habitación? —pregunto, frunciendo el ceño.

Cardan sonríe aún más al oír eso.

—Puede que no lo supiera. Puede que cualquiera de las dos hubiera valido para convertirse en su primera conquista mortal. Creo que su objetivo último es teneros a las dos.

Esto no me gusta un pelo.

—¿Y qué pasa contigo?

Cardan me mira de reojo con gesto extraño.

—Locke aún no ha intentado seducirme, si es eso a lo que te refieres. Supongo que debería sentirme ofendido.

—No es eso lo que quería decir. Nicasia y tú estabais… —No sé cómo decirlo. «Juntos» no es la palabra apropiada para un dúo maléfico y hermoso que hace daño a la gente por pura diversión.

—Sí, Locke me la robó —dice Cardan, apretando los dientes. No sonríe, no pone cara de chulo. Es evidente que le está costando contarme esto—. Y no sé si Locke la quería para poner celosa a otra amante, para enfurecerme, o simplemente por la majestuosidad de Nicasia. Tampoco sé qué defectos vería ella en mí para eligir a Locke. ¿Qué? ¿Te estoy dando las respuestas que te prometí o no?

La idea de que Cardan tenga el corazón partido me resulta casi inconcebible. Asiento con la cabeza.

—¿La amabas?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —inquiere.

—Quiero saberlo —respondo, encogiéndome de hombros.

—Sí —dice, bajando la mirada hacia la mesa, hacia la mano que tengo apoyada en ella. De pronto reparo en mis uñas, mordisqueadas a conciencia —. La amaba.

—¿Por qué quieres verme muerta? —pregunto, porque quiero recordarnos a los dos que responder a preguntas incómodas es lo menos que se merece. Somos enemigos, no importa cuántos chistes cuente o lo

amigable que parezca. Los embusteros resultan encantadores, pero es todo pura fachada.

Cardan suelta un largo suspiro y apoya la cabeza sobre las manos, sin fijarse ya apenas en la ballesta.

—¿Te refieres a lo de las nixes? Fuiste tú la que estabas montando jaleo y arrojándoles cosas. Son las criaturas más vagas que conozco, pero pensé que acabarías tocándoles las narices lo suficiente como para que te pegaran un bocado. Puede que sea despreciable, pero mi mayor virtud es que no soy un asesino. Quería asustarte, pero nunca he querido verte muerta. Nunca he querido ver muerto a nadie.

Me pongo a pensar en el río y en cómo, cuando una nixe se separó de las demás, Cardan esperó hasta que la criatura se marchara para que pudiéramos salir del agua. Le miro, contemplo los restos plateados que le quedan en la cara después de la fiesta, el abismo oscuro de sus ojos. De pronto recuerdo cómo apartó a Valerian de mí cuando me estaba asfixiando con la fruta de hadas.

«Nunca he querido ver muerto a nadie».

En contra de mi voluntad, recuerdo cómo empuñó esa espada en el despacho de Balekin y la torpeza de su técnica. Pensé que lo estaba haciendo a propósito para fastidiar a su hermano. Ahora, por primera vez, me planteo la posibilidad de que a Cardan no le guste demasiado la esgrima. Que nunca haya llegado a dominarla. Que, si nos enfrentáramos, ganaría yo. Me pongo a pensar en todo lo que he hecho para convertirme en una adversaria digna de él, pero es posible que no me estuviera enfrentando a Cardan en ningún momento. Puede que me estuviera enfrentando a mi propia sombra.

—Valerian intentó asesinarme sin tapujos. Dos veces. Primero en la torre, después en mi habitación.

Cardan levanta la cabeza y se pone tenso, como si acabara de asimilar una verdad incómoda.

—Cuando dijiste que le habías matado, pensé que le habías seguido la pista y… —Deja la frase a medias, después empieza de nuevo—. Solo un necio irrumpiría en casa del general.

Me bajo el cuello de la camisa para que vea el punto donde Valerian intentó estrangularme.

—Tengo otra magulladura en el hombro, de cuando me derribó al suelo. ¿Me crees ahora?

Cardan alarga el brazo hacia mí, como si fuera a deslizar los dedos sobre los moratones. Al ver como levanto la ballesta, se lo piensa mejor.

—A Valerian le gustaba el dolor —dice—. El de cualquiera. Incluso el mío. Yo sabía que Valerian quería hacerte daño. —Hace una pausa, como si estuviera asimilando sus propias palabras—. Y lo hizo. Pensé que se daría por satisfecho con eso.

Nunca me había parado a pensar qué se siente al ser amigo de Valerian. Por lo visto, no difiere demasiado de ser su enemigo.

—Entonces, ¿no importa que Valerian quisiera hacerme daño? —inquiero—. ¿Siempre que no me matara?

—No me negarás que seguir vivo es mejor —replica Cardan, que ha recuperado su tono mordaz.

—Dime por qué me odias —le insto, apoyando ambas manos sobre la mesa—. Dímelo de una vez por todas.

Cardan desliza sus largos dedos sobre la lisa superficie del escritorio de madera de Dain.

—¿De verdad quieres una respuesta sincera?

—La ballesta está en mi poder, y si no te disparo es porque me has prometido respuestas. ¿Tú qué crees?

—Está bien. —Cardan me lanza una mirada maliciosa—. Te odio porque tu padre te quiere a pesar de que eres una mocosa humana nacida de su esposa infiel, mientras que el mío jamás se ha preocupado por mí, pese a que soy un príncipe de Faerie. Te odio porque no tienes un hermano que te agrede. Y te odio porque Locke os utilizó a tu hermana y a ti para hacer llorar a Nicasia después de robármela. Aparte de eso, después del torneo, Balekin no perdió la oportunidad de restregarme por la cara que eres capaz de superarme, aunque seas mortal.

No tenía ni idea de que Balekin supiera quién soy.

Nos sostenemos la mirada desde ambos lados de la mesa. Repantingado en su asiento, Cardan tiene el típico aspecto de un príncipe malvado. Me

pregunto si pensará que le voy a disparar.

—¿Eso es todo? —inquiero—. Porque es absurdo. Es imposible que tengas celos de mí. Tú no tienes que vivir al cuidado de la misma persona que asesinó a tus padres. No tienes que mantener tu furia encendida porque, si no, el miedo abre un pozo sin fondo bajo tus pies.

Me interrumpo bruscamente, sorprendida por lo que acabo de decir. Dije que no iba a dejarme engatusar, pero me he permitido a mí misma bajar la guardia lo suficiente como para sincerarme con él.

Mientras pienso en eso, la sonrisa de Cardan se convierte en una mueca de desprecio que conozco bien.

—¿De veras? ¿Crees que no sé lo que significa estar furioso? ¿Que no sé lo que significa tener miedo? No eres tú la que está negociando para salvar su pellejo.

—¿De verdad me odias por eso? —inquiero—. ¿Solo por eso? ¿No hay un motivo mejor?

Por un momento, creo que Cardan me está ignorando, pero entonces me doy cuenta de que, si no responde, es porque no puede mentir y no quiere decirme la verdad.

—¿Y bien? —insisto, levantando de nuevo la ballesta, contenta de tener un motivo para reafirmar mi posición como la persona que tiene la sartén por el mango—. ¡Dímelo!

Cardan se inclina y cierra los ojos.

—Sobre todo, te odio porque pienso en ti. A menudo. Es repulsivo, pero no puedo evitarlo.

Me quedo callada, perpleja.

—Quizá deberías dispararme después de todo —dice, hundiendo el rostro entre los largos dedos de una mano.

—Me estás tomando el pelo —replico.

No me lo creo. No pienso caer en una trampa tan absurda, porque Cardan se cree que soy una idiota capaz de perder la cabeza por la belleza; si así fuera, no duraría un solo día en Faerie. Me pongo en pie, preparada para descubrir su farol.

Las ballestas no son muy efectivas en las distancias cortas, así que la cambio por un puñal.

Cardan no alza la mirada mientras rodeo el escritorio hacia él. Apoyo la punta del puñal sobre la parte inferior de su barbilla, igual que hice el día anterior en el palacio, e inclino su cabeza hacia la mía. Cardan levanta la mirada con evidente reticencia.

El horror y el bochorno que se reflejan en su rostro parecen genuinos. De repente, ya no sé qué creer.

Me inclino hacia él, tanto como si fuera a darle un beso. Cardan pone los ojos como platos. Su expresión es una mezcla de pánico y deseo. Es una sensación embriagadora, esto de tener poder sobre alguien. Poder sobre Cardan, alguien que jamás pensé que tendría sentimientos.

—Me deseas —digo. Estoy tan cerca de él que noto la calidez de su aliento cuando se le entrecorta—. Y eso te enfurece.

Cambio el ángulo del cuchillo para dirigirlo hacia su cuello. El gesto no parece alarmarle tanto como yo esperaba.

No se alarma tanto como cuando acerco mi boca a la suya.

CAPÍTULO 26

No tengo demasiada experiencia besando. Lo hice con Locke y, antes de eso, con nadie más. Pero besar a Locke no tiene nada que ver con besar a Cardan; es como caminar sobre cuchillos, es una descarga de adrenalina, como cuando te adentras demasiado en el mar al nadar y ya no tienes manera de volver, solo una masa de agua negra cerrándose sobre tu cabeza.

Los labios crueles de Cardan resultan sorprendentemente suaves, y durante un buen rato después de que nuestras bocas se rocen, permanece inmóvil como una estatua. Cierra los ojos, me roza la mejilla con las pestañas. Siento un escalofrío equivalente a que alguien camine sobre tu tumba. Entonces, Cardan alza las manos y las desliza suavemente sobre mis brazos. Si no le conociera, pensaría que me está tocando con veneración, pero sí que le conozco. Está deslizando las manos lentamente porque está intentando contenerse. No quiere hacer esto. No quiere desearlo.

Cardan tiene un regusto a vino picado.

Percibo el momento en que se rinde y se deja llevar, estrechándome contra su cuerpo a pesar de la amenaza del cuchillo. Me besa con fuerza, con una especie de ávida desesperación, hundiendo los dedos en mi pelo. Nuestras bocas se deslizan al unísono, una sinfonía de dientes, labios y lenguas. Siento el impacto del deseo como si fuera una patada en el

estómago. Esto se parece mucho a combatir, aunque el objetivo de esta lucha no es otro que adentrarse en la piel del otro.

Ese es el momento en que me embarga el terror. ¿Qué clase de venganza depravada es esta que consiste en regocijarme con su repulsión? Y lo peor, mucho peor, es que me gusta. Me gusta todo lo que conlleva besarle: esa punzada de pavor que conozco tan bien, la certeza de que le estoy castigando, la prueba de que me desea.

El puñal que llevo en la mano no sirve de nada. Lo arrojo sobre la mesa, sin reparar apenas en cómo la punta se clava en la madera. Cardan se aparta de mí al oír el ruido, sobresaltado. Tiene la lengua rosada, los ojos oscuros. Ve el cuchillo y suelta una risita trémula.

Ese gesto basta para hacerme retroceder. Me entran ganas de burlarme de él, de poner en evidencia su debilidad sin revelar la mía, pero temo que mi rostro me delate.

—¿Es esto lo que te imaginabas? —le pregunto, y me alivia ser capaz de hacerlo con aspereza.

—No —responde con un tono inexpresivo.

—Cuéntamelo —le ordeno.

Cardan niega con la cabeza, con cierta desazón.

—Salvo que de verdad pienses apuñalarme, prefiero no hacerlo. Y, aunque lo hicieras, puede que tampoco te lo contara.

Me levanto de la mesa de Dain para poner cierta distancia entre los dos. Siento la piel tirante, parece como si la habitación hubiera empequeñecido de repente. He estado a punto de echarme a reír con ese comentario.

—Voy a hacerte una proposición —dice Cardan—. No quiero poner la corona sobre la cabeza de Balekin para luego perder la mía. Pide lo que quieras para ti, para la Corte de las Sombras, pero pide también algo para mí. Haz que me conceda unas tierras lejos de aquí. Dile que seguiré siendo gloriosamente irresponsable, pero lejos de él. No tendrá que volver a pensar en mí. Podrá engendrar un mocoso para que se convierta en su heredero y legarle la corona suprema. O para que le rebane el pescuezo como parte de una nueva tradición familiar. A mí me da igual.

Aunque sea a regañadientes, tengo que reconocer que se le ha ocurrido un trato bastante bueno, a pesar de haberse pasado la mayor parte de la

noche atado a una silla y, seguramente, borracho.

—Levántate —le digo.

—Entonces, ¿no te preocupa que salga huyendo? —pregunta, estirando las piernas.

Sus botas de punta relucen en la habitación. Me pregunto si debería confiscárselas, ya que son un arma en potencia. Entonces recuerdo lo mal que se le da manejar la espada.

—Después de besarnos, estoy tan coladita por ti que he perdido la cabeza —le digo con sarcasmo—. Lo único que quiero es hacerte feliz. Haré cualquier trato que desees, siempre que vuelvas a besarme. Adelante, vete corriendo. Jamás se me ocurriría dispararte por la espalda.

Cardan se queda un poco perplejo.

—Oírte mentir con tanto descaro resulta desconcertante.

—Entonces, deja que te diga la verdad. No vas a irte corriendo porque no tienes adónde ir.

Me dirijo hacia la puerta, quito el pestillo y me asomo. Bomba está recostada en un catre en el dormitorio. Cucaracha me mira con las cejas enarcadas. Fantasma está inconsciente sobre una silla, pero se espabila cuando entro en la sala. Me siento acalorada, pero espero que no se me note.

—¿Has terminado de interrogar al principito? —pregunta Cucaracha.

Asiento.

—Creo que ya sé lo que tengo que hacer.

Fantasma se queda durante un rato mirando fijamente a Cardan.

—Entonces, ¿vamos a vender? ¿A comprar? ¿A restregar sus tripas por el techo?

—Voy a dar un paseo —respondo—. A tomar un poco el aire.

Cucaracha suspira.

—Necesito poner en orden mis pensamientos —añado—. Después os lo explicaré todo.

—¿De veras? —inquiere Fantasma, mirándome fijamente, con una ceja levantada.

Me pregunto si sospecha con qué facilidad acuden las promesas a mis labios. Las estoy gastando como si fuera oro hechizado, condenado a

transformarse en hojas secas en cajas registradoras repartidas por toda la ciudad.

—Hablé con Madoc y me ofreció lo que quisiera a cambio de Cardan. Oro, magia, gloria. Cualquier cosa. La primera parte del trato está cerrada, y ni siquiera he admitido saber dónde se encuentra el príncipe desaparecido.

Fantasma tuerce ligeramente el gesto al oír mencionar a Madoc, pero no dice nada.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —pregunta Cucaracha—. A mí me gustan todas esas cosas.

—Aún tengo que concretar los detalles —respondo—. Y tenéis que decirme lo que queréis. Con total exactitud: qué cantidad de oro queréis, etcétera. Dejadlo por escrito.

Cucaracha refunfuña, pero no parece que vaya a contradecirme. Hace una seña con sus garras para que Cardan regrese a la mesa. El príncipe avanza dando tumbos, separándose de la pared para llegar hasta allí. Me aseguro de que todos los objetos punzantes sigan donde los dejé, después me dirijo hacia la puerta. Cuando miro hacia atrás, veo que Cardan está barajando las cartas con destreza, pero mantiene sus centelleantes ojos negros fijos sobre mí.

Llego hasta el Lago de las Máscaras y me siento en una de las rocas negras que se elevan sobre las aguas. El sol de poniente ha dejado el firmamento en llamas, las copas de los árboles centellean.

Me quedo un buen rato sentada sin hacer nada, contemplando cómo rompen las olas en la orilla. Inspiro hondo mientras espero a que mi mente se asiente, a que se me despeje la cabeza. En lo alto, se oyen los trinos de los pájaro que se llaman unos a otros mientras se posan para pasar la noche. Veo como empiezan a encenderse unas lucecitas en los huecos de los árboles a medida que se despiertan las sílfides.

Balekin no debe convertirse en rey supremo, no mientras yo pueda evitarlo. Es cruel y odia a los mortales. Sería un regente espantoso. De momento hay normas que rigen nuestras interacciones con el mundo de los humanos, pero esas reglas podrían cambiar. ¿Y si dejara de ser indispensable hacer tratos para traer mortales a Faerie? ¿Y si fuera posible llevarse a cualquiera en cualquier momento? Antes era así, y sigue estando permitido en algunos lugares. El rey supremo podría hacer que los dos mundos fueran peores de lo que ya son, podría favorecer a la Cortes Oscuras, podría sembrar la discordia y el terror durante mil años.

Así pues, ¿y si dejara a Cardan en manos de Madoc?

Madoc sentaría a Oak en el trono y después se convertiría en un regente tiránico y brutal. Declararía la guerra a las cortes que se resistieran a jurar fidelidad al trono. Criaría a Oak entre tantas masacres que el pequeño acabaría convirtiéndose en alguien parecido a Madoc, o en alguien que diera rienda suelta a su crueldad en secreto, como Dain. Pero sería mejor que Balekin. Y haría un trato justo conmigo y con la Corte de las Sombras, aunque solo fuera por deferencia hacia mí. En cuanto a mí… ¿qué haría?

Supongo que podría irme con Vivi.

O podría negociar para que me nombraran caballero. Podría quedarme y ayudar a proteger a Oak y así aislarlo de la influencia de Madoc. Aunque, claro está, no tendría poder suficiente para hacer eso.

¿Qué pasaría si quitara a Madoc de escena? Eso implicaría que no habría oro para la Corte de las Sombras, ni tratos con nadie. Significaría apropiarse de la corona de algún modo y colocarla sobre la cabeza de Oak. ¿Y luego qué? Madoc seguiría siendo el regente. No podría detenerle. Oak le haría caso en todo. Oak seguiría siendo su marioneta, seguiría estando en peligro.

A no ser… a no ser que hubiera una manera de coronar a Oak y sacarlo de Faerie. Que fuera el rey supremo en el exilio. En cuanto Oak creciera y estuviera preparado, podría regresar, ayudado por el poder de la corona de los Greenbriar. Es posible que Madoc pudiera ejercer cierta autoridad sobre Faerie hasta el regreso de Oak, pero no podría convertirlo en una persona tan sanguinaria y belicosa como él. No ostentaría la autoridad absoluta que tendría como regente con el rey supremo a su lado. Y puesto que Oak se

criaría en el mundo de los humanos, con un poco de suerte, cuando regresara a Faerie sentiría al menos cierta empatía hacia el lugar donde creció y hacia la gente que conociera allí.

Diez años. Si consiguiéramos mantener a Oak fuera de Faerie durante diez años, podría convertirse en el hombre que está destinado a ser.

Por supuesto, llegado el momento, es posible que le toque luchar para recuperar su trono. Alguien —posiblemente Madoc o Balekin, puede que incluso uno de los reyes o reinas de segunda fila— podría asentarse aquí como una araña, consolidando su poder.

Me quedo mirando las aguas negras con los ojos entornados. Ojalá hubiera algún modo de mantener el trono vacío durante el tiempo suficiente para que Oak se haga mayor, sin que Madoc provoque una guerra, sin que haya ninguna regencia.

Me levanto, ya he tomado una decisión. Para bien o para mal, sé lo que voy a hacer. Madoc no aprobaría esta estrategia. No es de esas que le gustan, donde hay múltiples maneras de ganar. Esta es de las que solo tienen una salida, que además es bastante improbable.

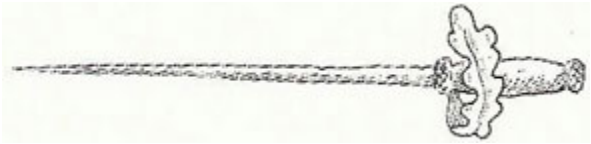
Me levanto y veo de pasada mi reflejo en el agua. Me asomo y me doy cuenta de que no puedo ser yo. El Lago de las Máscaras nunca te muestra tu propio rostro. Me acerco un poco más. La luna llena reluce en el suelo con un brillo suficiente como para mostrarme a mi madre devolviéndome la mirada desde las aguas. Es más joven de como la recordaba. Y se está riendo mientras llama a alguien a quien no puedo ver.

Desde otro momento del tiempo, me señala. Cuando habla, consigo leerle los labios. «¡Mira! Una niña humana». Parece entusiasmada.

Entonces, el reflejo de Madoc se suma al suyo, rodeándole la cintura con un brazo. Él no parece más joven, aunque hay un gesto de franqueza en su rostro que jamás le había visto antes. Me saluda con la mano.

No me reconocen.

«¡Corre!», me entran ganas de decirle a mi madre. Pero, obviamente, eso es lo único que no hace falta decirle que haga.



Bomba alza la mirada cuando entro. Está sentada a la mesa de madera, midiendo la cantidad de un polvo grisáceo. A su lado hay varias esferas de vidrio hilado, tapadas con un corcho. Lleva su preciosa melena blanca recogida con lo que parece un trozo mugriento de cuerda. Tiene una mancha de suciedad en la nariz.

—Los demás están en la parte de atrás —dice—. Echando una cabezada con el principito.

Suspiro y me siento a la mesa. Estaba ansiosa por explicar mi plan, pero ahora no tengo manera de canalizar esa energía.

—¿Hay algo de comer por aquí?

Bomba me sonríe brevemente mientras rellena otra esfera y la coloca cuidadosamente en una cesta que tiene junto a sus pies.

—Fantasma trajo un poco de pan negro y mantequilla. Ya hemos acabado las salchichas y el vino, pero puede que quede un poco de queso.

Rebusco en la alacena, saco la comida y la engullo mecánicamente. Me sirvo una taza de té de hinojo, amargo y revitalizante. Me templa un poco los nervios. Observo cómo Bomba fabrica explosivos durante un rato. Mientras trabaja, se pone a silbar un poco, desafinando. Resulta curioso de escuchar; la mayoría de los feéricos están dotados para la música, pero su tono me gusta más por el hecho de ser imperfecto. Parece más feliz, más espontánea, menos inquietante.

—¿Adónde irás cuando esto termine? —le pregunto.

Bomba se queda mirándome, desconcertada.

—¿Qué te hace pensar que me iré a alguna parte?

Me quedo mirando mi taza de té casi vacía con el ceño fruncido.

—Porque Dain ha muerto. Es decir, ¿no es eso lo que van a hacer Fantasma y Cucaracha? ¿No piensas irte con ellos?

Bomba encoge sus estrechos hombros y señala con el dedo de un pie hacia la cesta de esferas.

—¿Las ves?

Asiento.

—No viajan bien —dice—. Pienso quedarme aquí, contigo. Tienes un plan, ¿verdad?

Estoy tan perpleja que no sé qué decir. Abro la boca y empiezo a tartamudear. Bomba se ríe.

—Cardan dijo que tenías un plan. Que, si fueras a limitarte a hacer un trato, ya lo habrías hecho. Y que, si fueras a traicionarnos, también lo habrías hecho ya.

—Pero… Eh… —comienzo a decir, después pierdo el hilo de lo que estaba pensando. Algo acerca de que Cardan no parecía estar prestando demasiada atención—. ¿Qué opinan los demás?

Bomba reanuda su tarea de rellenar esferas.

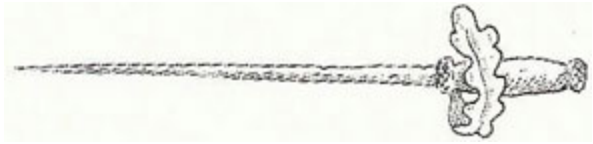
—Aunque no lo digan, a ninguno de ellos les gusta Balekin. Si tienes un plan, bien, mejor para ti. Pero si quieres que nos pongamos de tu parte, quizá deberías dejar de llevarlo tan en secreto.

Inspiro hondo y decido que quiero sacar mi plan adelante, y que no me vendría mal un poco de ayuda.

—¿Qué te parecería robar una corona ante las narices de los reyes y reinas de Faerie?

Bomba sonríe.

—Tú solo dime qué tengo que hacer saltar por los aires.



Veinte minutos después, enciendo un trocito de vela y me dirijo a la habitación donde están los catres. Tal y como dijo Bomba, Cardan está acostado en uno de ellos, y aunque me revuelva el estómago admitirlo, me resulta atractivo. Se ha lavado la cara y se ha quitado la chaqueta, que tiene doblada bajo la cabeza a modo de almohada. Le hinco un dedo en el brazo y se despierta al momento, levantando una mano como para ahuyentarme.

—Chssss —susurro—. No despiertes a los demás. Tengo que hablar contigo.

—Vete. Me dijiste que no me matarías si respondía a tus preguntas, y eso fue lo que hice. —No parece el mismo chico que me besó, ávido de deseo, hace apenas unas horas. Su voz denota sueño, arrogancia y fastidio.

—Voy a ofrecerte algo más valioso incluso que tu propia vida —le digo —. Venga, vamos.

Cardan se levanta, se echa la chaqueta al hombro y me sigue hasta el despacho de Dain. Una vez allí, se apoya en la jamba de la puerta. Le pesan los párpados y tiene el pelo alborotado propio de quien se acaba de levantar. Con solo mirarle me arde la cara de vergüenza.

—¿Seguro que me has traído aquí solo para hablar?

Resulta que, tras haber besado a alguien, la posibilidad de volver a hacerlo flota en el ambiente en todo momento, sin importar que haberlo hecho la primera vez fuera una idea horrible. El recuerdo de su boca sobre la mía preside la escena.

—Te he traído aquí para hacer un trato contigo.

—Intrigante —responde, enarcando las cejas.

—¿Y si no tuvieras que esconderte en algún rincón de la campiña? ¿Y si hubiera una alternativa a Balekin para ocupar el trono?

Es obvio que no esperaba que dijera eso. Por un momento, su chulería se desvanece.

—La hay —dice lentamente—. Yo. Lo que pasa es que me convertiría en un monarca horrible, y no me apetece nada serlo. Además, no creo que Balekin esté dispuesto a coronarme. Nunca nos hemos llevado demasiado bien.

—Pensaba que vivías en su casa.

Me cruzo de brazos, a la defensiva, mientras trato de ahuyentar la imagen mental de Balekin castigando a Cardan. No puedo sentir ninguna compasión en este momento. Cardan ladea la cabeza y me mira a través de sus pestañas oscuras:

—Puede que eso explique por qué no nos tragamos.

—Tú tampoco me caes bien —le recuerdo.

—Ya lo has dejado claro. —Me dirige una media sonrisa—. En ese caso, si no somos ni Balekin ni yo, entonces, ¿quién?

—Mi hermano Oak —respondo—. No voy a entrar en detalles, pero tiene el linaje adecuado. El tuyo. Puede llevar la corona.

Cardan frunce el ceño.

—¿Estás segura?

Asiento. No me gusta contarle esto antes de decirle lo que necesito que haga, pero tampoco puede hacer gran cosa con esa información. Jamás le dejaré en manos de Balekin. El único al que podría contárselo es Madoc, y él ya lo sabe.

—Así que Madoc se convertirá en regente —dice Cardan.

Niego con la cabeza.

—Por eso necesito tu ayuda. Quiero que corones a Oak como rey supremo para que yo le envíe después al mundo mortal. Quiero darle la oportunidad de ser un niño. Quiero darle la oportunidad de ser un buen rey cuando llegue el momento.

—Es posible que Oak tome decisiones diferentes a las que a ti te gustaría —dice Cardan—. Podría, por ejemplo, preferir a Madoc antes que a ti.

—Yo fui una niña robada —le digo—. Me crie en un país extraño por una razón mucho más peregrina que esta. Vivi cuidará de él. Y si te avienes a mi plan, te conseguiré todo lo que has pedido y más. Pero necesito algo de ti: un juramento. Quiero que jures que te pondrás a mi servicio.

Cardan suelta la misma carcajada de sorpresa que profirió cuando clavé el puñal en la mesa.

—¿Quieres que me ponga a tus órdenes? ¿Voluntariamente?

—Si crees que lo digo en broma, te equivocas. No podría ir más en serio.

Con los brazos todavía cruzados, me pellizco la piel para impedir cualquier gesto que me pueda delatar. Tengo que parecer absolutamente serena, absolutamente segura de mí misma. Se me está acelerando el corazón. Me siento como cuando era pequeña y jugaba al ajedrez con Madoc. Era capaz de ver los movimientos que me llevarían a la victoria,

pero olvidaba ser precavida y mis aspiraciones se veían frustradas por no predecir su jugada. Tengo que tranquilizarme y mantener la concentración.

—Tenemos intereses comunes —dice Cardan—, ¿Para qué necesitas mi juramento?

Inspiro hondo.

—Necesito asegurarme de que no me traicionarás. Eres demasiado peligroso con la corona en tus manos. ¿Y si se la pones a tu hermano después de todo? ¿Y si quisieras quedártela?

Cardan sopesa mis palabras.

—Te diré exactamente lo que quiero: la finca donde vivo. Quiero que me sea entregada junto con todo lo que hay en ella. Villa Fatua, eso es lo que quiero.

—Hecho —asiento.

—Quiero hasta la última botella que hay en las bodegas reales, sin importar lo vieja o excepcional que sea.

—Tuyas serán —respondo.

—Quiero que Cucaracha me enseñe a robar —añade.

Sorprendida, tardo un poco en responder. ¿Está bromeando? No lo parece.

—¿Por qué? —pregunto al fin.

—Podría resultar útil —responde—. Además, me cae bien.

—Está bien —digo con incredulidad—. Buscaré un modo de que así sea.

—¿De verdad crees que puedes prometerme todo eso? —pregunta, mientras me evalúa con la mirada.

—Sí. Puedo. Y te prometo que Balekin no se saldrá con la suya. Conseguiremos la corona de Faerie —le digo sin pensar. ¿Cuántas promesas puedo hacer antes de que me pidan cuentas por ellas? Unas cuantas más, espero.

Cardan se deja caer sobre la silla de Dain. Me lanza una mirada gélida desde la posición de autoridad que le concede estar al otro lado de ese escritorio. Se me forma un nudo en el estómago, pero lo ignoro. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo. Contengo el aliento.

—Podrás contar con mis servicios durante un año y un día —dice.

—Eso no es tiempo suficiente —replico—. No puedo…

Cardan suelta un bufido.

—Estoy seguro de que, para entonces, tu hermano ya habrá sido coronado y se habrá ido. O habremos perdido, a pesar de tus promesas, y ya todo dará igual. No obtendrás una oferta mejor por mi parte, sobre todo si vuelves a amenazarme.

Al menos, eso me permite ganar tiempo. Dejo escapar el aire y respondo:

—Está bien. De acuerdo.

Cardan cruza la habitación hacia mí, no tengo ni idea de qué piensa hacer. Si me besa, temo que me veré consumida por el deseo y la humillante avidez que sentí la primera vez. Pero cuando se arrodilla ante mí, me quedo tan perpleja que soy incapaz de pensar en nada. Me agarra de la mano, siento el tacto frío de sus dedos largos al envolver los míos.

—Está bien —dice con impaciencia, con un tono que no se parece en nada al de un vasallo a punto de jurar fidelidad a su señora—. Jude Duarte, hija del barro, juro prestarte mis servicios. Seré tu mano. Seré tu escudo. Actuaré conforme a tu voluntad. Así será durante un año y un día… y ni un minuto más.

—Vaya, veo que has mejorado el juramento —replico, aunque mi voz suena un poco forzada.

Mientras Cardan recitaba esas palabras, he sentido como si fuera él quien tiene la sartén por el mango. Como si fuera él quien está al mando.

Cardan se pone de pie con presteza y me suelta la mano.

—Y ahora, ¿qué?

—Vuelve a la cama —le digo—. Os despertaré dentro de un rato para explicaros lo que tenemos que hacer.

—A tus órdenes —dice Cardan, esbozando una sonrisa burlona.

Entonces regresa a la habitación de los camastros, presumiblemente para recostarse en alguno. Pienso en lo extraño que resulta que esté aquí, durmiendo entre sábanas humildes, llevando la misma ropa durante días, comiendo pan y queso, y que no se haya quejado de nada de eso. Parece como si prefiriera un nido de espías y asesinos antes que el esplendor de su propio lecho.

CAPÍTULO 27

Los monarcas de las Cortes Luminosas y Oscuras, junto con las hadas montaraces que acudieron a la coronación, han acampado en el extremo más oriental de la isla. Han erigido tiendas de campaña, algunas de seda diáfana y otras de varios colores. Cuando me acerco, veo que hay hogueras encendidas. Un olor a hidromiel y a carne podrida perfuma el ambiente.

Cardan se encuentra a mi lado, vestido todo de negro, con el pelo oscuro peinado hacia atrás, dejando despejado su rostro bien aseado. Se le ve pálido y cansado, aunque le he dejado dormir un montón.

No desperté a Fantasma ni a Cucaracha después de que Cardan hiciera su juramento. En vez de eso, estuve debatiendo cuestiones de estrategia con Bomba durante casi una hora. Fue ella la que me consiguió la muda de ropa para Cardan, la que estuvo de acuerdo en que podría resultar útil. Por eso me encuentro ahora aquí, decidida a encontrar un monarca dispuesto a respaldar a otro regente que no sea Balekin. Para que mi plan funcione, necesito a alguien en ese banquete que esté de parte de un nuevo rey, preferiblemente alguien con el poder necesario para impedir que la cena se convierta en otra masacre si las cosas se tuercen.

Voy a necesitar un montón de distracciones para poder sacar a Oak de aquí. Las esferas de cristal de Bomba no serán suficiente. Lo que no tengo

muy claro es qué puedo ofrecer a cambio. Ya he consumido todas mis promesas, así que ahora empezaré a gastar las de la corona.

Inspiro hondo. Una vez que me plante frente a los nobles y las damas de Faerie para declarar mi intención de enfrentarme a Balekin, no habrá marcha atrás, no podré huir ni esconderme bajo la colcha de mi cama. Si lo hago, estaré atada a Faerie hasta que Oak ocupe el trono.

Tenemos esta noche y la mitad del día siguiente antes de que se celebre el banquete, antes de que tenga que ir a Villa Fatua, antes de que mis planes cuajen o se vayan al garete.

Solo hay una manera de mantener a Faerie a punto para el regreso de Oak: tengo que quedarme. Tengo que utilizar lo que he aprendido de Madoc y de la Corte de las Sombras para allanarle el camino hacia el trono a base de asesinatos y manipulaciones. Dije diez años, pero puede que con siete sea suficiente. No es tanto tiempo. Siete años bebiendo veneno sin parar, sin pegar ojo, viviendo en un estado de máxima alerta. Siete años más y puede que Faerie se convierta en un lugar mejor y más seguro. Y yo me habré ganado un sitio en él.

El gran juego, así lo llamó Locke cuando me acusó de estar jugando. Entonces no lo estaba haciendo, pero ahora sí. Y es posible que haya aprendido algo de Locke. Él me convirtió en una historia, y ahora voy a crear una historia a partir de otra persona.

—Así que yo tengo que quedarme aquí sentado y proveerte información —dice Cardan, apoyándose sobre un nogal—. ¿Y tú vas a embaucar a la realeza? Me parece un plan bastante ingenuo.

Le miro fijamente.

—Puedo ser una gran embaucadora. Contigo lo he conseguido, ¿no?

Cardan pone cara de fastidio.

—No esperes que los demás compartan mis gustos depravados.

—Te voy a dar las órdenes —le digo—. ¿Vale?

Comienza a palpitarle un músculo de la mandíbula. Estoy segura de que no es poca cosa para un príncipe de Faerie aceptar que lo controlen, sobre todo si lo hago yo, pero asiente de todos modos. Comienzo a decir las palabras:

—Te ordeno que te quedes aquí y esperes hasta que esté lista para marcharme de este bosque, hasta que haya un peligro inminente o hasta que haya pasado un día entero. Mientras esperas, te ordeno que no hagas ningún ruido o señal que llame la atención de cualquier otra persona. Si hay un peligro inminente o ha pasado un día entero sin que yo regrese, te ordeno que vuelvas a la Corte de las Sombras con el mayor disimulo posible.

—No ha estado mal —me dice, logrando conservar de alguna manera su porte altivo y regio.

Qué mal me cae.

—Está bien —añado—. Dime todo lo que puedas sobre la reina Annet.

Esto lo que sé: Annet abandonó la ceremonia de coronación antes que los demás nobles y damas. Eso significa que, o bien aborrece la idea de que Balekin reine, o, simplemente, la idea de que exista cualquier rey supremo. Tengo que descubrir cuál de las dos opciones es la correcta.

—La de las Polillas es una corte tradicionalmente Oscura y en expansión. Annet es una reina pragmática y directa que valora la fuerza bruta más que cualquier otra cosa. También he oído que devora a sus amantes cuando se cansa de ellos —añade, enarcando las cejas.

No puedo evitar sonreír. De todas las personas posibles, resulta extraño estar metida en esto con Cardan. Y para él debe de resultar aún más extraño hablar conmigo de este modo, como si lo hiciera con Nicasia o con Locke.

—Entonces, ¿por qué se marchó de la coronación? —pregunto—. A simple vista, parece como si Balekin y ella estuvieran hechos el uno para el otro.

—Annet no tiene herederos —responde Cardan—. Y ha perdido la esperanza de llegar a engendrar uno. No creo que le gustara presenciar el despilfarro que supuso la masacre de una estirpe completa. Tampoco creo que le impresionara comprobar que, tras matarlos a todos, Balekin se marchó de la tarima sin su corona.

—Entiendo —digo, tomando aire.

Cardan me agarra de la muñeca. Me quedo aturdida por la sensación que me provoca el roce cálido de su piel.

—Ten cuidado —dice, después sonríe—. Sería un rollo tener que pasarme un día entero aquí sentado solo porque hayas conseguido que te

maten.

—Mis últimos pensamientos irán dirigidos a tu aburrimiento —replico, después me encamino hacia el campamento Maligno de la reina Annet.

No hay hogueras encendidas, y las tiendas de campaña son de un tejido áspero y verdoso, como el color del pantano. Los centinelas de la entrada son un trol y un duende. El trol lleva puesta una armadura pintada con un color oscuro que se parece inquietantemente al de la sangre seca.

—Eh… hola —digo, antes de darme cuenta de que tengo que añadir algo más—. Soy una mensajera. Tengo que ver a la reina.

El trol se queda mirándome, visiblemente sorprendido de encontrarse con una humana.

—¿Y quién osa enviar a una mensajera tan deliciosa a nuestra corte?

Me parece que en el fondo me está adulando, pero es difícil de decir.

—El rey supremo Balekin —miento. Creo que utilizar su nombre será la manera más rápida de entrar.

El trol sonríe al oír mi respuesta, aunque no de un modo amistoso.

—¿Qué es un rey sin corona? Es un acertijo del que todos conocemos la respuesta: no es un rey en absoluto.

El otro centinela se ríe.

—No te vamos a dejar pasar, cacho de carne. Vuelve corriendo con tu señor y dile que la reina Annet no reconoce su autoridad, aunque aprecia su sentido del espectáculo. No cenará con él por más veces que se lo pida o por más apetecibles que sean los cebos que envía con sus mensajes.

—Esto no es lo que pensáis —replico.

—Está bien, quédate un rato con nosotros. Seguro que tus huesos tienen un puntito crujiente en el paladar.

El trol es un compendio de dientes afilados y amenazas veladas. Aunque sé que no habla en serio; si así fuera, habría dicho cualquier otra cosa y me habría engullido de un bocado.

Aun así, me marcho. Hay normas de hospitalidad que imperan entre todos los que han asistido a la coronación, pero esas obligaciones entre los feéricos son tan imprecisas que nunca sé si me protegen o no.

El príncipe Cardan me está esperando en el claro del bosque, tumbado boca arriba, como si hubiese estado contando estrellas.

Me lanza una mirada inquisitiva, a lo que yo respondo negando con la cabeza antes de sentarme en la hierba.

—Ni siquiera he podido hablar con ella —digo.

Cardan se da la vuelta hacia mí, la luz de la luna resalta los diversos planos de su rostro, sus pómulos afilados, sus orejas puntiagudas.

—Entonces es que has hecho algo mal.

Me dan ganas de arrearle un sopapo, pero tiene razón. La he pifiado. Tengo que ser más formal, mostrarme más segura de que tengo derecho a presentarme ante el monarca, como si estuviera acostumbrada a hacerlo. He practicado todo lo que quería decirle, pero no lo que iba a decir para poder llegar hasta ella. Esa parte parecía fácil. Ahora me doy cuenta de que no lo es.

Me tumbo al lado de Cardan y miro las estrellas. Si tuviera tiempo, podría confeccionar una carta astral y comprobar qué suerte me deparan los astros.

—Está bien. Si estuvieras en mi lugar, ¿a quién acudirías?

—A lord Roiben y a Severin, el hijo del rey abedul.

Estamos tan cerca que nuestros rostros casi se tocan. Le miro con el ceño fruncido.

—Pero si ellos no forman parte de la Corte Suprema. No han jurado fidelidad a la corona.

—Precisamente —dice Cardan, que alarga un dedo para trazar el contorno de mi oreja. La curvatura redondeada, concretamente.

Me estremezco y cierro los ojos para contener una punzada ardiente de vergüenza. Cardan sigue hablando, pero parece darse cuenta de lo que ha estado haciendo y aparta de golpe la mano. Ahora los dos nos hemos quedado cortados.

—Tienen menos que perder y más que ganar al sumarse a un plan que muchos considerarían una traición —prosigue—: Según cuentan, Severin tiene en buena estima a un caballero humano y tiene un amante mortal, así que hablará contigo. Además, su padre estuvo en el exilio, por lo que el reconocimiento de su corte sería algo positivo para él.

»En cuanto a lord Roiben, las historias que se cuentan de él hacen que parezca una figura trágica. Es un caballero Benigno, torturado durante

décadas como sirviente en la Corte Oscura que acabó gobernando. No sé qué se le puede ofrecer a alguien así, pero lidera una corte tan grande que, si consigues que se ponga de parte de Oak, hasta Balekin se pondrá nervioso. Aparte de eso, sé que siente debilidad por una consorte, aunque es de baja estofa. Intenta no hacerla enfadar.

Recuerdo cuando Cardan, borracho, se cameló a los guardias para que nos dejaran salir de la coronación. El conoce a esta gente, conoce sus costumbres. No importa lo presuntuoso que parezca dando consejos o lo mucho que me irrite, sería tonta si no le hiciera caso. Me impulso para ponerme en pie, confiando en que no se me haya quedado la cara colorada como un tomate. Cardan también se levanta, tiene pinta de querer añadir algo más.

—Sí, ya lo sé —digo, emprendiendo la marcha hacia el campamento—. No debo morirme para que no te aburras.

Decido probar suerte primero con Severin, el hijo del rey abedul. Su campamento es pequeño, igual que sus dominios: una extensión de bosque colindante con la Corte de las Termitas de Roiben, sin ser Luminosa ni Oscura por naturaleza.

Estas tiendas de campaña están confeccionadas con una tela gruesa pintada de verde y plata. Hay unos cuantos caballeros sentados alrededor de una hoguera. Ninguno de ellos lleva armadura, solo unas gruesas túnicas de piel y unas botas. Uno de ellos está trasteando con un artilugio para sostener una tetera encima del fuego y hervir agua. El muchacho humano al que vi con Severin durante la coronación, el pelirrojo que me sorprendió mirándole, está hablando en voz baja con uno de los caballeros. Al cabo de un instante, los dos se echan a reír. Nadie me presta atención. Me acerco a la hoguera.

—Les ruego me disculpen —digo, preguntándome si estará empleando un tono demasiado formal incluso para un mensajero real. Aun así, no tengo más opción que seguir adelante—. Traigo un mensaje para el hijo del rey abedul. El nuevo rey supremo desea llegar a un acuerdo con él.

—¿De veras? —Me sorprende que el muchacho humano sea el primero en hablar.

—Sí, mortal —respondo, como una hipócrita. Pero, al fin y al cabo, así es como le hablaría uno de los sirvientes de Balekin.

El muchacho pone cara de fastidio y le dice algo a uno de los caballeros, que se pone en pie. Tardo un instante en comprender que se trata de lord Severin. Tiene el cabello del mismo color que las hojas en otoño, los ojos verdes como el musgo y unos cuernos que se curvan hacia atrás desde su frente y finalizan por encima de sus orejas. Me sorprende verlo sentado con el resto de su séquito delante de una hoguera, pero me recobro a tiempo de recordar que debo hacerle una reverencia.

—Debo hablar en privado contigo —declaro.

—¿Hm? —masculla. Al ver que no respondo, enarca las cejas—. Está bien. Por aquí.

—Deberías despertarla —le dice el muchacho humano mientras nos alejamos—. En serio, los sirvientes mortales hechizados dan repelús.

Severin no responde.

Entro en la tienda por detrás de él. Los demás no nos siguen, aunque, una vez dentro, hay varias mujeres en bata sentadas en unos cojines y un gaitero tocando una melodía. Entre ellos hay una guerrera, sentada con la espada colocada sobre el regazo. Es un arma tan hermosa que me llama la atención.

Severin me conduce hasta una mesa baja rodeada de taburetes acolchados y repleta de viandas: una garrafa de agua plateada con un cuerno a modo de mango, una bandeja con uvas y albaricoques y un plato de pastelitos bañados en miel. Me hace un gesto para que me siente y, cuando lo hago, él hace lo propio en otro taburete.

—Come lo que quieras —dice. Parece una propuesta más que una orden.

—Quiero pedirte que atestigües una ceremonia de coronación —respondo, ignorando la comida—. Pero Balekin no es la persona que será coronada.

Severin no parece demasiado sorprendido, solo un poco más suspicaz.

—Entonces, ¿no vienes de su parte?

—Vengo de parte del próximo rey supremo —digo, mientras me saco del bolsillo el anillo de Cardan como prueba de que mantengo alguna

conexión con la familia real, de que no me estoy inventando esta historia—. Balekin no será el próximo rey supremo.

—Entiendo. —Pese a que se muestra impasible, su mirada se siente atraída hacia el anillo.

—Puedo prometerte que, si nos ayudas, tu corte será reconocida como soberana. No habrá amenaza de conquista por parte del nuevo monarca. En vez de eso, te ofrecemos una alianza.

El miedo se encarama a mi garganta y casi no puedo pronunciar las últimas palabras. Si Severin no me ayuda, existe la posibilidad de que me delate ante Balekin. Si eso ocurriera, la situación se complicaría mucho.

Puedo controlar muchas cosas, pero esto escapa a mi control. El rostro de Severin es inescrutable.

—No voy a insultarte preguntándote a quién representas. Solo existe una posibilidad, el joven príncipe Cardan, de quien he oído muchas cosas. Pero no soy el candidato ideal para ayudaros, por la misma razón por la que tu oferta resulta tan tentadora. Mi corte es poco relevante. Además, soy hijo de un traidor, así que es improbable que mi honor tenga peso suficiente.

—Has sido invitado al banquete de Balekin. Lo único que necesito es tu ayuda en el momento crítico. —Severin se siente tentado, él mismo lo ha dicho. Puede que solo necesite convencerle un poco más—. Al margen de lo que hayas oído sobre el príncipe Cardan, será mejor rey que su hermano.

Al menos, en eso no estoy mintiendo.

Severin mira de reojo hacia el borde de la tienda, como si se estuviera preguntando quién podría estar escuchando esta conversación.

—Te ayudaré a condición de que no sea el único. Y lo digo tanto por tu bien como por el mío. —Dicho esto, se levanta—. Os deseo lo mejor al príncipe y a ti. Si me necesitáis, haré cuanto esté en mi mano.

Me levanto del taburete y le dirijo otra reverencia.

—Eres muy generoso.

Mientras salgo del campamento, la cabeza me da vueltas. Por un lado, lo he conseguido. He logrado hablar con uno de los regentes de Faerie sin quedar en ridículo. Incluso le he convencido para que se sume a mi plan. Pero todavía necesito que otro monarca, uno más influyente, acceda a hacerlo.

Hay un lugar que he estado evitando. El campamento más grande pertenece a Roiben, de la Corte de las Termitas. Famoso por su carácter sanguinario, se ganó sus dos coronas en combate, así que no tiene motivos para oponerse al sangriento golpe de Estado de Balekin. Aun así, Roiben parece compartir la opinión de Annet, de la Corte de las Polillas, sobre que Balekin no vale nada sin su corona.

Puede que se niegue a recibir a un mensajero de Balekin. Y, dado el tamaño de su campamento, no me quiero ni imaginar el número de guardias que tendría que sortear para poder hablar con él.

Aunque es posible que pueda colarme. Al fin y al cabo, con tantos feéricos merodeando por allí, ¿qué supone una persona más o una persona menos?

Recojo un puñado de ramas caídas, lo bastante grande como para hacer una contribución notable a una hoguera, y me dirijo hacia el campamento de las Termitas con la cabeza gacha. Hay caballeros apostados alrededor del perímetro, pero, tal y como esperaba, apenas me prestan atención cuando paso a su lado.

Me siento exultante por el éxito de mi plan. Cuando era pequeña, a veces Madoc me hacía parar en mitad de una partida del juego del molino. El tablero se quedaba como estaba, esperando a que reanudásemos la partida. Durante el resto del día y de la noche, me imaginaba mis movimientos y sus réplicas, hasta que, cuando nos volvíamos a sentar, ya no estábamos jugando al juego original. La mayoría de las veces, lo que no conseguía hacer era anticipar con precisión sus siguientes movimientos. Contaba con una estrategia genial para mí, pero no para el juego en su conjunto.

Así es como me siento ahora, mientras me adentro en el campamento. Me estoy enfrentando a Madoc en un juego, y aunque se me da bien trazar planes y estratagemas, si no logro adivinar los suyos, estoy perdida.

Dejo los leños al lado de una hoguera. Una mujer de piel azul y dientes negros me mira durante unos segundos y después reanuda su conversación con un tipo con pezuñas de cabra. Tras sacudirme la corteza de la ropa, me dirijo hacia la tienda más grande. Mantengo un paso ligero, fluido y constante. Cuando encuentro un rincón en sombra, lo aprovecho para

deslizarme por debajo del borde la tela. Permanezco un rato allí tendida, medio escondida a ambos lados, pero sin llegar a estar oculta del todo en ninguno.

El interior de la tienda principal está iluminado con faroles que contienen las llamas verdosas de un fuego alquímico, que lo tiñen todo con un color desasosegante. En todos los demás sentidos, sin embargo, el interior está cargado de lujos. Hay alfombras extendidas una encima de la otra. Aparatosas mesas de madera, sillas y una cama cubierta de pieles y colchas de brocado con granadas bordadas.

Pero encima de la mesa, para mi sorpresa, hay recipientes de cartón con comida. La ninfa de piel verde que estaba con Roiben durante la coronación utiliza unos palillos para llevarse unos tallarines a la boca. Roiben está sentado a su lado, abriendo cuidadosamente una galletita de la suerte.

—¿Qué dice? —pregunta la chica—. Supongo que algo sobre el viaje que le prometiste a tu novia que sería divertido y acabó en un baño de sangre, como de costumbre.

—Dice: «Hoy tus zapatos te harán feliz» —responde Roiben con aspereza, después le desliza el trocito de papel sobre la mesa para que lo verifique.

La ninfa se queda mirando las botas de piel de Roiben. Después se encoge de hombros, esbozando una sonrisita.

Entonces alguien me saca a rastras de mi escondite. Ruedo sobre mí misma para ponerme bocarriba, en el exterior de la tienda, y me encuentro a una guerrera ante mí, con la espada en alto. No puedo culpar a nadie más que a mí misma. Tendría que haber seguido moviéndome, tendría que haber encontrado un modo de esconderme dentro de la tienda. No debería haberme parado a escuchar una conversación, por sorprendente que fuera.

—Levántate —dice la guerrera. Es Dulcamara. Sin embargo, no parece que me haya reconocido.

Me levanto y Dulcamara me conduce al interior de la tienda, después me pone la zancadilla para que me desplome sobre las alfombras. Menos mal que son tan mullidas. Durante unos segundos, me quedo allí postrada. Dulcamara presiona su bota sobre mi rabadilla como si fuera una presa recién abatida.

—He sorprendido a una espía —anuncia—. ¿Le rompo el cuello?

Podría girar el cuerpo y agarrarla por el tobillo. Eso le haría perder el equilibrio el tiempo suficiente como para poder levantarme. Si le retorciera la pierna y echara a correr, puede que consiguiera escapar. En el peor de los casos, estaría de pie, en condiciones de agarrar un arma para enfrentarme a ella.

Pero he venido para tener audiencia con lord Roiben, y eso ya lo he conseguido. Me quedo quieta y dejo que Dulcamara me subestime.

Lord Roiben ha rodeado la mesa y se ha agachado a mi lado, con el rostro cercado por una mata de cabello blanco. Sus ojos plateados me miran sin piedad.

—¿Ya qué corte perteneces tú?

—A la del rey supremo —respondo—. El auténtico rey supremo, Eldred, que fue asesinado por su hijo.

—No sé si creerte. —Me sorprende tanto la suavidad de su respuesta como su presunción de que estoy mintiendo—. Ven, siéntate a comer con nosotros. Quiero que me cuentes más detalles de tu historia. Dulcamara, ya puedes retirarte.

—¿Le vas a dar de comer? —pregunta, enfurruñada.

Roiben no responde y, al cabo de unos segundos de silencio pétreo, Dulcamara recuerda cuál es su lugar. Hace una reverencia y se marcha.

Me acerco a la mesa. La ninfa me mira con unos ojos negros que parecen manchas de tinta, igualitos que los de Tatterfell. Me fijo en la articulación adicional que tiene en los dedos cuando alarga la mano para coger un rollito de primavera.

—Adelante —dice—. Hay de sobra. Aunque he gastado casi todos los sobres de mostaza caliente.

Roiben me está observando, expectante.

—Comida mortal —digo con un tono que espero que parezca neutral.

—Vivimos cerca de los mortales, ¿no es así? —inquiere.

—Me parece que ella hace algo más que vivir cerca de ellos —replica la ninfa, mirándome.

—Tienes razón, disculpa —dice Roiben, todavía expectante.

Me doy cuenta de que realmente está esperando que coma algo. Ensarto una empanadilla con un palillo y me la meto en la boca.

—Está buena.

La ninfa sigue comiendo sus tallarines. Roiben la señala.

—Esta es Kaye. Supongo que sabrás quién soy, puesto que te has colado en mi campamento. ¿A qué nombre respondes?

No estoy acostumbrada a ser objeto de una cortesía tan meticulosa. Roiben está teniendo la deferencia de no preguntarme mi verdadero nombre.

—Jude —respondo, porque los nombres no tienen poder sobre los mortales—. He venido a verte porque puedo poner en el trono a otro que no sea Balekin, pero para ello necesito tu ayuda.

—¿Alguien mejor que Balekin o alguien a secas? —pregunta.

Frunzo el ceño, sin saber muy bien cómo responder a eso.

—Alguien que no asesinó a la mayor parte de su familia en público. ¿Eso no hace que sea mejor?

La ninfa, Kaye, resopla.

Lord Roiben agacha la mirada hacia la mano que tiene apoyada sobre la mesa de madera, después vuelve a mirarme a mí. No logro interpretar su expresión adusta.

—Balekin no es muy diplomático que digamos, pero quizá pueda aprender a serlo. Es obvio que tiene ambición y que ha llevado a cabo un golpe de Estado brutal. No todo el mundo tiene estómago para hacer algo así.

—Yo casi no tuve estómago para presenciarlo —interviene Kaye.

—En realidad, solo lo llevó a cabo en parte —les recuerdo—. Y me parece que no le tienes demasiado aprecio, teniendo en cuenta lo que dijiste durante la coronación.

Roiben esboza una media sonrisa. Es un gesto minúsculo, apenas perceptible.

—Así es. Creo que fue un cobarde al matar a su padre y a sus hermanas movido por lo que parece ser un arrebato de rencor. Además, se escondió detrás de su ejército para dejar que su general rematara al heredero elegido

por el rey supremo. Eso denota debilidad, la clase de debilidad de la que inevitablemente se aprovechan los demás.

Un escalofrío premonitorio me recorre la espalda.

—Lo que necesito es alguien que atestigüe una coronación, alguien con suficiente poder como para que su alegato tenga peso. Ese eres tú. Será durante el banquete de Balekin, mañana por la noche. Si permitieras que suceda y jurases fidelidad al nuevo rey supremo…

—No te ofendas —dice Kaye—, pero ¿qué pintas tú en todo esto? ¿Qué más te da quién ocupe el trono?

—Me importa porque este es el lugar donde vivo —respondo—. Me he criado aquí. Aunque lo aborrezca la mitad del tiempo, este es mi sitio.

Lord Roiben asiente lentamente.

—¿Y no vas a decirme quién es ese candidato ni a quién vas a conseguirle la corona?

—Preferiría no hacerlo —respondo.

—Podría decirle a Dulcamara que te torturase hasta que me suplicaras permiso para revelarme tus secretos.

Roiben lo dice con voz afable, expone los hechos sin más, lo cual me recuerda lo terrorífica que es su reputación. Por mucha cortesía y mucha comida china para llevar que me ofrezca, no debería olvidar con quién estoy tratando y sobre qué.

—¿Eso no te convertiría en un cobarde como Balekin? —pregunto, tratando de proyectar la misma confianza que mostré en la Corte de las Sombras, la misma que mostré con Cardan. No puedo dejar que se me note que estoy asustada o, al menos, hasta qué punto lo estoy.

Nos sostenemos la mirada durante un buen rato, la ninfa nos observa a los dos. Finalmente, lord Roiben deja escapar un largo suspiro.

—Seguramente, en un cobarde mayor. Está bien, Jude, hacedora de reyes. Apostaremos por ti. Coloca la corona en otra cabeza que no sea la de Balekin y te ayudaré a mantenerla en su sitio. —Hace una pausa—. Pero a cambio harás algo por mí.

Me quedo expectante, en tensión. Roiben junta las yemas de sus largos dedos.

—Algún día acudiré a tu rey para pedirle un favor.

—¿Quieres que esté de acuerdo con algo que ni siquiera sé lo que es? —inquiero.

Su rostro impasible no deja entrever nada.

—Empezamos a entendernos.

Asiento con la cabeza. ¿Qué otra opción tengo?

—Algo de igual valor —aclaro—. Y que esté a nuestro alcance.

—Ha sido una reunión de lo más interesante —dice lord Roiben, cogí una sonrisita indescifrable.

Cuando me levanto para mancharme, Kaye me guiña un ojo.

—Buena suerte, mortal.

Mientras sus palabras resuenan en mi cabeza, salgo del campamento y me dirijo al encuentro de Cardan.

CAPÍTULO 28

Fantasma está levantado a nuestro regreso. Ha debido de ausentarse hace un rato para coger un puñado de manzanas diminutas, un poco de carne de venado deshidratada, mantequilla fresca y varias docenas más de botellas de vino. También se ha hecho con unos cuantos muebles que recuerdo haber visto en el palacio: un diván con bordados de seda, cojines de satén, una manta resplandeciente de seda de araña y un juego de té de calcedonia.

Levanta la mirada desde el diván en el que está sentado, parece tenso y exhausto al mismo tiempo. Me parece que está atravesando la fase del luto, pero de un modo diferente al de los humanos.

—¿Y bien? Me pareció entender que me habíais prometido oro.

—¿Y si pudiera prometerte venganza? —pregunto, consciente una vez más del peso de las deudas que estoy cargando sobre mis hombros.

Fantasma cruza una mirada con Bomba.

—Así que es cierto que tiene un plan.

Bomba se acomoda sobre un cojín.

—Tiene un secreto, lo cual es mucho mejor que un plan.

Agarro una manzana, me acerco a la mesa y me subo en ella.

—Nos vamos a colar en el banquete de Balekin y le vamos a robar el reino delante de sus narices. ¿Qué te parece eso como venganza?

Audaz, así es como tengo que ser. Como si fuera la dueña del lugar. Como si fuera la hija del general. Como si de verdad pudiera llevar esto a cabo.

Fantasma esboza una media sonrisa. Saca cuatro copas de plata de la alacena y las dispone delante de mí.

—¿Algo de beber?

Niego con la cabeza mientras le veo servir. Fantasma regresa al diván, pero se sienta en el borde, como si fuera a salir corriendo de allí de un momento a otro. Pega un trago enorme de vino.

—Hablaste sobre el asesinato del hijo nonato de Dain —digo.

Fantasma asiente.

—Vi la cara que pusiste cuando Cardan habló de Liríope y cuando comprendiste el papel que desempeñé en ello.

—Me sorprendí —respondo con franqueza—. Quería pensar que Dain era diferente.

Cardan suelta un bufido y, además de su copa, coge también la que estaba pensada para mí.

—El asesinato es un oficio cruel —dice Fantasma—. Creo que Dain habría sido un rey supremo tan justo como cualquier otro príncipe feérico, pero mi padre era mortal. Él no habría considerado a Dain una buena persona. Y lo mismo habría pensado de mí. Harías bien en determinar hasta qué punto la bondad es importante para ti antes de que llegues demasiado lejos con esto del espionaje.

Seguramente tiene razón, pero ya no queda tiempo para pararme a pensar en ello.

—Tú no lo entiendes —replico—. El hijo de Liríope sobrevivió.

Fantasma se da la vuelta hacia Bomba, su cara refleja una evidente perplejidad.

—¿Ese es el secreto?

Ella asiente con cierta suficiencia.

—Ese es el plan.

Fantasma se queda mirándola un rato, después se da la vuelta hacia mí.

—No quiero buscarme un nuevo puesto. Quiero quedarme aquí y servir al próximo rey supremo. Así que, sí, robemos ese reino.

—No hace falta que seamos buenos —le digo a Fantasma—. Pero intentemos ser justos. Tan justos como cualquier príncipe de Faerie.

Fantasma sonríe.

—Y puede que un poquito más justos —añado, mirando a Cardan.

Fantasma asiente con la cabeza.

—Me parece bien.

Entonces va a despertar a Cucaracha. Tengo que volver a explicarlo todo. Cuando llego a la parte del banquete y a lo que creo que va a ocurrir, Cucaracha me interrumpe tantas veces que apenas consigo terminar una sola frase. Cuando acabo de hablar, saca un rollo de pergamino y una plumilla de uno de los armaritos y anota dónde tiene que estar cada uno en cada momento para que el plan funcione.

—Estás replanteando mi plan —digo.

—Solo un poco —responde, después chupetea la punta de la plumilla y comienza a escribir otra vez—. ¿Te preocupa Madoc? Esto no le va a hacer ninguna gracia.

Pues claro que me preocupa Madoc. De lo contrario, no me estaría metiendo en esto. Me limitaría a entregarle la llave viviente del reino.

—Lo sé —respondo, mientras observo los posos del vino que quedan en la copa de Fantasma.

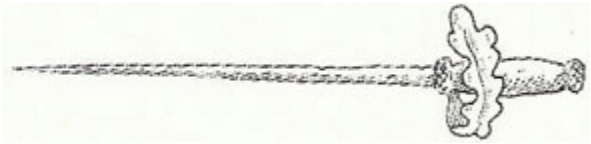
En cuanto llegue al banquete cogida del brazo de Cardan, Madoc sabrá que algo no va bien. Cuando descubra que pienso jugársela para que no sea regente, se pondrá muy furioso.

Y cuando se pone furioso es cuando se vuelve más sanguinario.

—¿Tienes algo apropiado que ponerte? —pregunta Cucaracha. Al ver mi cara de sorpresa, levanta los brazos—. Te estás adentrando en el terreno de la política. Cardan y tú tenéis que acudir a ese banquete con vuestras mejores galas. Tu nuevo rey necesitará que todo luzca como es debido.

Repasamos de nuevo el plan, y Cardan nos ayuda a trazar un mapa de Villa Fatua. Intento ignorar cómo desliza sus largos dedos sobre el papel, la turbación que siento cuando me mira.

Al amanecer, me bebo tres tazas de té y me marcho a buscar a la última persona con la que debo hablar antes del banquete: mi hermana Vivienne.



Llego a casa —a la casa de Madoc, me digo, ya que nunca ha sido mía y nunca lo será después de esta noche— mientras el sol se alza y despide un fulgor dorado. Me siento como una sombra mientras subo por las escaleras de caracol, mientras paso junto a las habitaciones en las que me he criado. En mi dormitorio, lleno una mochila. Veneno, cuchillos, un vestido y joyas que creo que a ojos de Cucaracha resultarán lo suficientemente llamativas. Con reticencia, dejo los animales de peluche que tengo en la cama. Dejo mis zapatillas, mis libros y mis abalorios favoritos. Salgo de mi segunda vida de la misma manera que salí de la primera, cargada con muy pocas cosas y sintiendo una gran incertidumbre sobre lo que me aguarda.

Entonces me acerco a la puerta de Vivi. Llamo con suavidad. Al cabo de unos segundos, mi hermana me deja pasar con gesto soñoliento.

—Ah, bien —murmura, bostezando—. Has hecho la maleta. —Entonces se fija en mi cara y niega con la cabeza—. Por favor, no me digas que no vas a venir.

—Ha pasado algo —respondo, mientras dejo la mochila en el suelo. Hablo bajito. No hay un motivo real para ocultar mi presencia aquí, pero esconderme se ha convertido en un hábito—. Escúchame bien.

—Desapareciste —dice Vivi—. Te he estado esperando y esperando, intentando fingir que todo va bien delante de papá. Me has tenido muy preocupada.

—Lo sé —digo.

Me mira como si se estuviera planteando darme un cachete.

—Temía que estuvieras muerta.

—Pues ya ves que estoy vivita y coleando —replico, agarrándola del brazo y tirando de ella hacia mí para poder hablar entre susurros—. Pero tengo que contarte algo que sé que no te va a gustar: he estado trabajando como espía para el príncipe Dain. Me puso bajo la protección de un geis, así que no pude decir nada antes de su muerte.

Vivi enarca sus cejas ligeramente puntiagudas.

—¿Espiar? ¿Qué quieres decir?

—Merodear por ahí y recopilar información. Matar a gente. Y antes de que digas nada, que sepas que se me dio bien.

—Ah… —contesta.

Vivi sabía que estaba tramando algo, pero, por la cara que pone, se nota que no habría adivinado esto ni en un millón de años.

—Descubrí que Madoc va a hacer una jugada política —prosigo—, una relacionada con Oak.

Explico una vez más lo de Liríope, Oriana y Dain. Llegados a este punto, he contado esta historia tantas veces que me resulta fácil abordar solo los pasajes relevantes para repasar la información de un modo rápido y convincente.

—Madoc va a proclamar rey a Oak y él se nombrará regente. No sé si ese era su plan desde el principio, pero estoy segura de que es el que tiene ahora.

—¿Y por eso no vas a acompañarme al mundo de los humanos?

—Quiero que te lleves a Oak en mi lugar —le digo—. Mantenlo alejado de todo esto hasta que crezca un poco, lo suficiente como para no necesitar un regente. Yo me quedaré aquí y me aseguraré de que el reino siga existiendo a su regreso.

Vivi pone los brazos en jarras, un gesto que me recuerda a nuestra madre.

—¿Y se puede saber cómo piensas conseguirlo?

—Eso es cosa mía —respondo, pensando que ojalá Vivi no me conociera tan bien.

Para distraerla, le explico lo del banquete de Balekin, lo de que la Corte de las Sombras va a ayudarme a conseguir la corona. Voy a necesitar que prepare a Oak para la coronación.

—Quien controle al rey, controlará el reino —digo—. Si Madoc es regente, ya sabes que Faerie estará siempre en guerra.

—A ver si lo he entendido bien: ¿quieres que saque a Oak de Faerie, que lo aleje de todo cuanto conoce y le enseñe a ser un buen rey? —Suelta una carcajada sombría—. Nuestra madre se llevó a una niña de Faerie, a mí,

y ya sabes lo que pasó. ¿Por qué crees que esto será diferente? ¿Cómo piensas impedir que Madoc y Balekin persigan a Oak hasta los confines de la Tierra?

—Se puede enviar a alguien para que lo proteja, para que os proteja a todos… Pero, en cuanto al resto, tengo un plan. Madoc no os seguirá.

Con Vivi me siento condenada a ser siempre la hermana pequeña: ingenua y siempre a punto de caerme de bruces.

—Puede que no quiera hacer el papel de niñera —replica Vivi—. Puede que lo pierda en un aparcamiento o que me lo deje olvidado en la escuela. Puede que le enseñe a hacer trucos horribles. Puede que me culpe de todo lo que ha ocurrido.

—Dame otra solución. ¿De verdad crees que esto es lo que quiero? —Ya sé que suena como si se lo estuviera suplicando, pero no puedo evitarlo.

Durante unos segundos de tensión, nos sostenemos la mirada. Después, Vivi se deja caer sobre una silla.

—¿Cómo voy a explicárselo a Heather?

—Me parece que lo de Oak es lo menos impactante de todo lo que tienes que contarle —replico—. Además, solo serán unos años. Eres inmortal. Lo cual, por cierto, es una de las cosas más impactantes que tienes que contarle a Heather.

Vivi me lanza una mirada fulminante capaz de fundir una barra de hierro.

—Prométeme que esto servirá para salvarle la vida a Oak.

—Te lo prometo —respondo.

—Y prométeme también que no te costará la tuya.

—Prometido —asiento.

—Mentirosa —replica—. Odio que seas tan mentirosa y odio todo esto.

—Sí —respondo—. Lo sé.

Al menos no ha dicho que también me odia a mí.

Estoy saliendo de casa cuando Taryn abre la puerta de su cuarto. Va vestida con una falda de color marfil y un estampado de hojas caídas.

Se me corta el aliento. No tenía previsto verla.

Nos miramos durante un buen rato. Taryn se fija en la mochila que llevo al hombro y en que llevo puesta la misma ropa que cuando nos peleamos.

Entonces vuelve a cerrar la puerta, y me deja a solas con mi destino.

CAPÍTULO 29

Es la primera vez que voy a atravesar la puerta principal de Villa Fatua. Hasta ahora me había colado siempre por las cocinas, disfrazada de sirvienta. Me planto delante de las puertas de madera pulida, iluminadas por dos faroles con unas sílfides atrapadas dentro que vuelan desesperadas en círculos. Iluminan la imagen tallada de un rostro enorme y siniestro. La aldaba es una anilla que le perfora la nariz.

Cardan alarga la mano hacia el llamador, y como me he criado en Faerie, no pego un grito de sorpresa cuando la puerta abre los ojos.

—Mi príncipe —dice.

—Mi puerta —responde él, con una sonrisa que transmite afecto y familiaridad. Es extraño verle utilizar su repulsivo encanto para algo que no sea hacer el mal.

—Bienhallado y bienvenido —dice la puerta, que se abre para dejar paso a una de las hadas que sirven a Balekin. Se queda mirando boquiabierto a Cardan, el desaparecido príncipe de Faerie.

—Los demás invitados están por aquí —alcanza a decir el sirviente.

Cardan me agarra del brazo con firmeza antes de adentrarse en el vestíbulo y yo siento una oleada de calor mientras le sigo el paso. No tengo más remedio que ser sincera conmigo misma, sin tapujos. En contra de mi

sentido común, a pesar de que es una persona horrible, debo reconocer que Cardan también es muy divertido.

Quizá debería alegrarme que eso sea lo de menos dadas las circunstancias.

Pero, de momento, resulta tremendamente inquietante. Cardan lleva puesto un traje de Dain, robado de los vestidores del palacio y retocado por un *brownie* muy mañoso que le debía a Cucaracha una deuda de juego. Tiene un aspecto regio con diferentes tonos de crema: una chaqueta encima de un chaleco y de una camisa holgada, pantalones bombachos y un pañuelo al cuello, con las mismas botas de punta plateada que llevó en la coronación y un único zafiro reluciendo en su oreja izquierda. Esa apariencia tan regia era buscada. Yo le ayudé a elegir la ropa, le ayudé a lucir este aspecto, y aun así el efecto no me ha pasado desapercibido.

Yo llevo puesto un vestido verde con pendientes en forma de baya. Llevo en el bolsillo la bellota dorada de Liríope y la espada de mi padre a la cintura. Pegados al cuerpo, llevo un arsenal de puñales. Y todo me parece insuficiente.

Mientras atravesamos la sala, todo el mundo se da la vuelta para mirar. Los nobles y las damas de Faerie. Reyes y reinas de otras cortes. Los representantes de la reina del Inframar. Balekin. Mi familia. Oak, que está con Oriana y Madoc. Miro a lord Roiben, cuyo cabello blanco hace que resulte fácil distinguirlo entre la multitud, pero no da muestras de conocerme de nada. Su rostro permanece inexpresivo, indescifrable.

Voy a tener que confiar en que mantendrá su parte del trato, pero no me gusta especular así. Me crie pensando en la estrategia como una forma de detectar las debilidades y explotarlas. Eso lo controlo. Pero hacer que la gente te aprecie, hacer que la gente quiera ponerse de tu lado y ayudarte, es algo para lo que tengo mucha menos práctica.

Paseo la mirada desde una mesa cargada de viandas hacia los sofisticados vestidos de los invitados, pasando por un rey duende que está mordisqueando un hueso. Después me fijo en la corona sanguínea del rey supremo. Se encuentra en un anaquel por encima de nuestras cabezas, apoyada sobre un almohadón. Emite un brillo siniestro.

Al verla, imagino como mis planes se hacen trizas. La idea de robarla, delante de todo el mundo, me atemoriza. Pero haber tenido que buscarla por Villa Fatua también habría resultado intimidante.

Diviso a Balekin, que justo termina de hablar con una mujer a la que no conozco. Va vestida con un traje de algas entretejidas y un collar de perlas. Tiene el pelo negro, recogido bajo una corona engalanada con más perlas que parece una cincha encima de su cabeza. Tardo unos segundos en deducir de quién se trata: es la reina Orlagh, la madre de Nicasia. Balekin se aleja de ella y cruza la estancia con paso firme hacia nosotros.

Cardan ve a Balekin y se da la vuelta hacia el lugar donde se encuentra el vino. Hay botellas y garrafas de distintos tipos: verde pálido, amarillo como el oro, de color rojo oscuro y con destellos morados como la sangre que corre por mis venas. Desprenden una fragancia a rosas, a dientes de león, a hierbas y grosellas machacadas. Solo con olerlos casi me da vueltas la cabeza.

—Hermanito —le dice Balekin a Cardan.

Va vestido de negro y plateado de los pies a la cabeza. Su jubón de terciopelo está tan cargado de coronas y pájaros bordados que parece más pesado que una armadura. Lleva puesta una diadema de plata, a juego con sus ojos. Es una especie de corona, pero no la que de verdad importa.

—Te he estado buscando por todas partes —añade.

—No lo dudo. —Cardan esboza una sonrisa propia del villano que siempre he creído que es—. Al final resulta que soy útil después de todo. Qué desagradable sorpresa.

El príncipe Balekin le devuelve el gesto, como si sus sonrisas pudieran batirse en duelo sin que el resto de sus cuerpos tuvieran por qué implicarse. Seguro que le encantaría ponerse a gritarle a Cardan, atizarle hasta que cumpliera su voluntad, pero como el resto de su familia murió a golpe de espada, Balekin ha debido de aprender la lección de que necesita un voluntario dispuesto a colaborar durante la coronación.

De momento, la presencia de Cardan basta para tranquilizar a la gente y confirmar que Balekin pronto será nombrado rey supremo. Si Balekin llamara a sus guardias o le agarrase por la fuerza, esa ilusión se disiparía.

—Y tú —dice Balekin, mirándome con un brillo malévolo en los ojos —. ¿Qué pintas tú en todo esto? Márchate.

—Jude —dice Madoc, que se apresura a situarse al lado del príncipe Balekin, quien de inmediato parece comprender que sí pinto algo en esto después de todo.

Madoc parece descontento, pero no alarmado. Seguro que me toma por una idiota que espera recibir una palmadita en la cabeza por haber encontrado al príncipe desaparecido y que se está maldiciendo por no haber dejado más claro que quería que Cardan le fuera entregado a él y no a Balekin. Esbozo una sonrisa de lo más jovial, como si creyera que he solucionado los problemas de todo el mundo.

Qué frustrante debe ser estar tan cerca de tu objetivo, tener a Oak y la corona en un mismo lugar, tener reunidos a los nobles y damas de Faerie… para que llegue la hija bastarda de tu primera esposa y te ponga palos en las ruedas, dejando en manos de tu rival a la persona que tenía más probabilidades de coronar a Oak.

No obstante, percibo la mirada calculadora que le está dirigiendo a Cardan. Está trazando un nuevo plan.

—Lo has encontrado —dice Madoc, apoyándome una gruesa mano en el hombro. Después se da la vuelta hacia Balekin—. Espero que tengas pensado recompensar a mi hija. Seguro que necesitó todas sus dotes de persuasión para traerlo hasta aquí.

Cardan mira a Madoc con un gesto extraño. Recuerdo cuando dijo que le molestaba que Madoc me tratara tan bien, mientras que a él Eldred apenas le hacía caso. Pero por cómo le mira, me pregunto si no será simplemente que le resulta extraño vernos juntos, a un general gorro rojo y una chica humana.

—Le daré todo lo que me pida y más —promete Balekin, sin cortarse un pelo.

Madoc frunce el ceño. Le lanzo una breve sonrisa y sirvo dos copas de vino: uno claro y el otro oscuro. Soy cuidadosa con ellas, artera. No derramo una sola gota.

En vez de darle una a Cardan, le ofrezco las dos a Madoc para que elija entre ambas. Sonriendo, toma la que tiene el mismo color que la sangre. Yo

me quedo la otra.

—Por el futuro de Faerie —digo, entrechocando ambas esferas, haciendo que el cristal tintinee como una campana.

Bebemos. De inmediato, noto los efectos: una especie de ingravidez, como si estuviera nadando por el aire. No quiero ni mirar a Cardan. Se reirá a carcajadas si piensa que no soy capaz de tolerar un par de sorbos de vino.

Cardan se sirve una copa y la vacía de un trago.

—Quédate la botella —dice Balekin—. Estoy dispuesto a ser muy generoso. Hablemos de qué quieres, de qué deseas.

—Tampoco hay prisa, ¿verdad? —pregunta Cardan con indolencia.

Balekin le lanza una mirada fulminante, propia de alguien que apenas puede resistirse a utilizar la violencia.

—Me parece que a todo el mundo le gustaría zanjar este asunto de una vez.

—Qué más da —dice Cardan, que agarra la botella de vino y bebe directamente a morro—. Tenemos toda la noche.

—El poder está en tus manos —le dice Balekin con un tono entrecortado que denota un «por ahora» clarísimo.

Cardan aprieta la mandíbula. Seguro que Balekin está pensando cómo castigarle por cualquier retraso que pueda producirse. Se nota en cada palabra que pronuncia.

Madoc, en cambio, está asimilando la situación; está determinando, sin duda, qué puede ofrecerle a Cardan. Cuando me sonríe y da otro sorbo de vino, es una sonrisa genuina. Radiante y de alivio. Se nota que está pensando que Cardan será más fácil de manipular de lo que podría haber sido Balekin.

De pronto estoy convencida de que, si pasáramos a la otra habitación, Balekin acabaría con la espada de Madoc clavada en el pecho.

—Después de cenar, te contaré mis condiciones —dice Cardan—. Pero hasta entonces, voy a disfrutar tanto como pueda de la fiesta.

—Mi paciencia tiene un límite —gruñe Balekin.

—Pues amplíalo —replica Cardan, y tras hacer una breve reverencia, nos alejamos de Balekin y Madoc.

Dejo mi copa de vino cerca de una bandeja de corazones de gorrión, atravesados por pinchos de plata alargados, y zigzagueo entre la multitud con él.

Nicasia nos detiene apoyando una mano de largos dedos sobre el pecho de Cardan. Su vestido de color bronce resalta el tono cerúleo de su cabello.

—¿Dónde te habías metido? —Nicasia hace la pregunta mientras observa nuestros brazos entrelazados. Arruga su delicada nariz, pero sus palabras denotan pánico. Está fingiendo calma, igual que el resto.

Seguro que creía que Cardan estaba muerto o algo peor. Seguro que querrá preguntarle muchas cosas, pero no puede hacerlo delante de mí.

—Jude me hizo prisionero —responde Cardan, y tengo que contener el impulso de pegarle un pisotón en el pie—. No veas qué nudos hace.

Es evidente que Nicasia no sabe si reírse o no. Yo estoy igual, tampoco sé qué hacer.

—Menos mal que al final has conseguido librarte de sus ataduras —opta por responder Nicasia.

Cardan enarca las dos cejas.

—¿Tú crees? —pregunta con un tono altivo y condescendiente, como si Nicasia hubiera demostrado ser menos inteligente de lo que él esperaba.

—¿Por qué tienes que ser así, incluso en un momento como este? —pregunta Nicasia, que claramente ha decidido optar por dejar la cautela a un lado. Alarga una mano hacia el brazo de su amigo. Cardan suaviza su expresión de un modo inédito hasta ahora.

—Nicasia —dice, soltándose—. Mantente alejada de mí esta noche. Por tu propio bien.

Me inquieta un poco que Cardan tenga esa faceta bondadosa. Si existe, no quiero verla.

Nicasia me mira, sin duda está intentando discernir por qué su advertencia no me incluye también a mí. Pero entonces Cardan se aleja de ella, y yo me marcho con él. Veo a Taryn al otro extremo de la sala, Locke está a su lado. Pone los ojos como platos al ver con quién he venido. Una expresión cruza su rostro, muy parecida al rencor.

Ella tiene a Locke, pero yo he acudido a la fiesta con un príncipe.

Estoy siendo injusta. No puedo deducir que está pensando eso por una simple mirada.

—Fase uno completada —digo, dejando de mirar a Taryn. Susurro para que solo me oiga Cardan—. Hemos venido, hemos entrado y aún no nos han encadenado.

—Sí —dice él—. Creo que Cucaracha lo llamó «la parte fácil».

El plan, tal y como se lo he explicado, está compuesto de cinco fases básicas: (1) entrar, (2) dejar entrar a los demás, (3) conseguir la corona, (4) coronar a Oak y (5) largarse.

Me suelto del brazo de Cardan y le recuerdo que no se vaya a ninguna parte. Cardan responde con una sonrisa melancólica, como si le estuviera abandonando, y asiente con la cabeza.

Me acerco a Oriana y a Oak. En el otro extremo de la sala, Severin interrumpe una conversación y se dirige hacia el príncipe Balekin. Se me acumula el sudor en el labio y por debajo de los brazos. Mis músculos se tensan.

Si Severin dice algo indebido, tendré que renunciar a todas las fases del plan salvo a la de «largarse».

Oriana enarca las cejas cuando me acerco y apoya las manos sobre los esbeltos hombros de Oak. El pequeño levanta las manos. Quiero cogerle en brazos y columpiarle. Quiero preguntarle si Vivi le ha explicado lo que va a pasar. Quiero decirle que todo saldrá bien. Pero Oriana le agarra las manos y las presiona entre las suyas, zanjando la cuestión de cuántas mentiras sería capaz de digerir.

—¿Qué es esto? —me pregunta Oriana, mientras señala a Cardan con la cabeza.

—Lo que pediste —respondo, siguiendo la trayectoria de su mirada.

De algún modo, Balekin ha incluido a Cardan en su conversación con Severin. Cardan se ríe de algo que ha dicho su hermano, con su arrogancia característica. Me quedo perpleja al reconocer esa actitud. Cuando vives en un estado de miedo constante, con el peligro pisándote los talones, resulta fácil fingir para ahuyentar nuevos peligros. Yo lo he hecho muchas veces, pero jamás habría pensado que Cardan también lo haría. Balekin tiene una

mano apoyada sobre su hombro. No me cuesta imaginármelo hincándole los dedos en el cuello.

—No es fácil. Espero que entiendas que tendrá un precio…

—Lo pagaré —se apresura a decir Oriana.

—Ninguno sabemos cuál será ese precio —replico. Espero que nadie se haya fijado en la dureza de mi tono—. Y todos vamos a tener que pagar nuestra parte.

Se me ha ruborizado un poco la piel a causa del vino y me ha quedado un regusto metálico en la lengua. Ya casi es la hora de poner en marcha la siguiente fase del plan. Echo un vistazo para localizar a Viví, pero está al otro lado de la sala. Ya no me queda tiempo para hablar con ella, aunque tampoco habría sabido qué decirle.

Le dirijo a Oak una sonrisa que espero que resulte reconfortante. A menudo me he preguntado si mi pasado es la razón por la que soy como soy, si eso me ha convertido en un monstruo. De ser así, ¿le convertiré también a él en uno?

Me repito que Vivi no lo permitirá. Su misión es ayudarle a preocuparse por otras cosas que no sean el poder, y la mía es preocuparme solamente por el poder para allanarle el camino a su regreso. Tras inspirar hondo, me dirijo hacia las puertas que conducen al pasillo. Paso junto a la pareja de guardias y doblo una esquina, fuera de su campo visual. Inspiro unas cuantas veces más antes de abrir las ventanas.

Me quedo expectante, confiando en que todo salga según lo previsto. Si Cucaracha y Fantasma trepan por la ventana, podré explicarles dónde se encuentra la corona. Pero, en vez de eso, las puertas del salón se abren y oigo como Madoc les ordena a los caballeros que se retiren. Me muevo para que me vea. Cuando lo hace, se acerca a mí con determinación.

—Jude. Me pareció verte salir por aquí.

—Necesitaba un poco de aire fresco —le digo, lo cual es un indicativo de lo nerviosa que estoy. He respondido a una pregunta que aun no me ha formulado. No obstante, Madoc ondea una mano, quitándole importancia.

—Debiste acudir primero a mí cuando encontraste al príncipe Cardan. Podríamos haber negociado desde una posición ventajosa.

—Me imaginaba que dirías algo así —replico.

—Lo importante ahora es que tengo que hablar contigo a solas. Me gustaría que entraras en el salón y le trajeras aquí, para que podamos hablar. Los tres.

Me alejo de la ventana, en dirección al espacio abierto del salón. Fantasma y Cucaracha llegarán de un momento a otro y no quiero que Madoc los vea.

—¿Sobre Oak? —pregunto.

Tal y como esperaba, Madoc me sigue, frunciendo el ceño.

—¿Lo sabías?

—¿Lo de que tienes un plan para gobernar Elfhame? —le pregunto—. Lo deduje.

Madoc se queda mirándome como si fuera una extraña, pese a que siento que soy más yo misma que nunca. Por primera vez, los dos nos hemos quitado la máscara.

—Y aun así, has traído aquí al príncipe Cardan, a las manos de Balekin —dice—. ¿O a las mías? ¿Es eso? ¿Vamos a negociar ahora?

—Tiene que ser una opción u otra, ¿no? —digo.

Madoc está empezando a enfadarse.

—¿Preferirías que no hubiera un rey supremo? Si la corona es destruida, habrá guerra, y si hay guerra, la ganaré yo. De un modo u otro, conseguiré esa corona, Jude. Y tú saldrás beneficiada cuando lo haga. No hay motivos para oponerse a mí. Podrás conseguir tu título de caballero. Podrás tener todo aquello con lo que siempre has soñado.

Avanza otro paso hacia mí. Estamos tan cerca como para poder alcanzarnos con una estocada.

—Has dicho: «conseguiré esa corona». Refiriéndote a ti —le recuerdo, mientras acerco la mano a la empuñadura de mi espada—. Apenas has mencionado a Oak. Él solo es un medio para conseguir un fin, y ese fin es el poder. Poder para ti.

—Jude… —comienza a decir, pero le interrumpo.

—Te propongo un trato. Júrame que jamás le harás daño a Oak y te ayudaré. Prométeme que, cuando sea mayor de edad, abandonarás de inmediato tu puesto como regente. Le entregarás todo el poder que hayas amasado y lo harás de buena gana.

Madoc tuerce el gesto. Aprieta los puños. Sé que quiere a Oak. Sé que me quiere a mí. Estoy segura de que también quería a mi madre, a su manera. Pero es lo que es, está en su naturaleza. Sé que no puede prometerlo.

Desenfundo mi espada y él hace lo propio, el roce del metal resuena por la sala. Oigo una carcajada lejana, pero aquí en el vestíbulo estamos solos.

Me sudan las manos, pero tengo la sensación de que esto era inevitable, como si todo este tiempo, mi vida entera, estuviera encaminada hacia este momento.

—No puedes vencerme —dice Madoc, adoptando una posición de combate.

—Ya lo he hecho —respondo.

—Es imposible que ganes. —Madoc blande su espada, instándome a que me acerque a él, como si esto fuera un simple combate de entrenamiento—. ¿Qué esperas hacer con un príncipe desaparecido aquí, en la fortaleza de Balekin? Te abatiré y después te lo arrebataré. Podrías haber conseguido todo lo que quisieras, pero ahora te quedarás sin nada.

—Oh, sí, estaré encantada de contarte todo mi plan. Me has convencido para que lo haga. —Pongo una mueca—. No perdamos más tiempo. Esta es la parte en la que peleamos.

—Al menos no eres una cobarde.

Madoc se abalanza sobre mí con tanta fuerza que, aunque logro detener el golpe, me tira al suelo. Ruedo sobre mí misma y me pongo de pie, pero estoy temblando. Madoc nunca había luchado así conmigo, esforzándose al máximo. Esto no va a ser un refinado intercambio de golpes.

Todo está sucediendo demasiado rápido.

Me sirvo de una serie de técnicas que me enseñó él y después utilizo unos cuantos movimientos que aprendí de Fantasma. Amago hacia la izquierda y después le asesto una estocada inesperada en el costado. Es un golpe superficial, pero los dos nos sorprendemos cuando una franja roja humedece su chaqueta. Madoc se lanza contra mí. Me echo a un lado y él me pega un codazo en la cara que me derriba. Empiezo a chorrear sangre por la nariz.

Me pongo en pie a duras penas.

Tengo miedo, por más que intente contenerlo. He sido demasiado arrogante. Estoy intentando ganar tiempo, pero podría partirme por la mitad con uno de sus golpes.

—Ríndete —me dice, apuntando con la espada hacia mi garganta—. Ha sido un buen intento. Te perdonaré, Jude, y regresaremos al banquete. Convencerás a Cardan para que haga lo que yo le diga. Todo saldrá como estaba previsto.

Escupo sangre sobre las baldosas de piedra.

A Madoc le tiembla un poco el brazo con el que sostiene la espada.

—Ríndete tú —le ordeno.

Madoc se ríe, como si le hubiera contado un chiste muy gracioso. Después se interrumpe y pone una mueca.

—Imagino que te sientes un poco raro —le digo.

Baja la espada ligeramente y me mira con cara de haber entendido de repente lo que pasa.

—¿Qué has hecho?

—Te he envenenado. No te preocupes. Era una dosis pequeña. Sobrevivirás.

—Las copas de vino —dice—. Pero ¿cómo sabías cuál elegiría?

—No lo sabía —respondo, pensando que al menos le agradará un poco la respuesta, muy a su pesar. Es la clase de estrategia que más le gusta—. Envenené las dos.

—Lo lamentarás —dice.

El temblor le ha alcanzado las piernas. Lo sé. Yo también noto un hormigueo en las mías. Pero, a estas alturas, estoy acostumbrada a ingerir veneno. Le miro fijamente a los ojos mientras envaino mi espada.

—Padre, soy lo que tú has hecho de mí. Me he convertido en hija tuya después de todo.

Madoc alza de nuevo su espada, como si fuera a acometer una última embestida contra mí. Pero entonces se le cae de la mano, y él también se desploma, cuan largo es, sobre el suelo.

Cuando llegan Fantasma y Cucaracha, al cabo de unos minutos de tensión, me encuentran sentada a su lado, demasiado cansada como para plantearme siquiera mover su cuerpo.

Sin decir nada, Cucaracha me da un pañuelo y empiezo a limpiarme la sangre de la nariz.

—Vamos con la fase tres —dice Fantasma.

CAPÍTULO 30

Cuando regreso a la fiesta, todo el mundo está ocupando su lugar en la mesa alargada. Me voy directo hacia Balekin y le hago una reverencia.

—Mi señor —digo en voz baja—. Madoc me ha pedido que os diga que se va a demorar y que empecemos sin él. Dice que no os preocupéis, pero ha detectado la presencia de espías de Dain en el palacio. Os avisará cuando los haya capturado o aniquilado.

Balekin me mira con los ojos entornados y los labios ligeramente fruncidos. Detecta cualquier posible rastro de sangre que no haya conseguido limpiarme de los dientes y las fosas nasales, cualquier resto de sudor que no haya conseguido enjugarme. Madoc está dormido en la antigua habitación de Cardan y, según mis cálculos, contamos al menos con una hora antes de que despierte. Tengo la sensación de que, si Balekin se fijara con atención, también podría percibir eso en mi cara.

—Has resultado ser más útil de lo que pensaba —dice Balekin, apoyando suavemente una mano sobre mi hombro. Parece haber olvidado lo furioso que se puso cuando entré aquí con Cardan y espera que yo también lo olvide—. Sigue así y serás recompensada. ¿Te gustaría vivir como nosotros? ¿Te gustaría ser uno de los nuestros?

¿De verdad el rey supremo de Faerie podría concederme eso? ¿Podría despojarme de mi humanidad, de mi mortalidad?

Pienso en lo que dijo Valerian cuando intentó hechizarme para que me arrojara desde la torre. «Nacer mortal es como haber nacido ya muerto».

Balekin sonríe al ver mi cara, convencido de que ha sacado a la luz el secreto más recóndito de mi corazón.

Y, mientras regreso a mi asiento, es cierto que estoy inquieta. Debería experimentar una sensación de triunfo, pero, en vez de eso, me siento revuelta. Jugársela a Madoc no resultó ni de lejos tan satisfactorio como yo esperaba, y más teniendo en cuenta que lo he conseguido porque Madoc jamás se habría imaginado que alguien como yo pudiera traicionarle. Puede que, dentro de unos años, mi confianza en este plan resulte estar justificada, pero hasta entonces tendré que vivir con esta sensación ácida en la boca del estómago.

El futuro de Faerie depende de que lleve a cabo una larga partida y de que la juegue a la perfección.

Diviso a Vivi, que está sentada entre Nicasia y lord Severin, y le dirijo una breve sonrisa. Ella me la devuelve, con gesto sombrío.

Lord Roiben me mira de reojo. A su lado, la ninfa verde le susurra algo al oído y él niega con la cabeza. En el otro extremo de la mesa, Locke le besa la mano a Taryn. La reina Orlagh me mira con curiosidad. Solo hay tres mortales en la sala —Taryn, el pelirrojo que acompaña a Severin y yo —, y por cómo nos mira, Orlagh nos ve como si fuéramos ratones presidiendo una asamblea de gatos.

Del techo cuelga una lámpara de araña confeccionada con finas láminas de mica. En su interior están atrapadas unas hadas diminutas y luminosas con el objetivo de añadir un toque de calidez a la estancia. De vez en cuando echan a volar, provocando una oleada de sombras danzarinas.

—Jude —dice Locke, que me sobresalta al tocarme el brazo. Achica sus ojos zorrunos, con gesto divertido—. Lo admito, me siento un poco celoso al ver como te paseas por ahí del brazo de Cardan.

—No tengo tiempo para esto —replico, retrocediendo un paso.

—Me gustabas, ya lo sabes —dice—. Y todavía me gustas.

Por un momento, me pregunto qué pasaría si me dejara llevar y le arreara un puñetazo.

—Lárgate, Locke —le digo.

Locke vuelve a sonreír.

—Lo que más me gusta es que nunca haces lo que creo que vas a hacer. Por ejemplo, jamás pensé que te batirías en duelo por mí.

—Y no lo hice.

Me alejo de él y me dirijo hacia la mesa, tambaleándome un poco.

—Por fin apareces —dice Cardan cuando ocupo mi lugar a su lado—. ¿Qué tal te ha ido la noche? La mía ha estado plagada de conversaciones aburridas acerca de que mi cabeza va a terminar clavada en una pica.

Me tiemblan las manos mientras ocupo mi asiento. Me digo que solo es un efecto del veneno. Tengo la boca seca. No me siento con fuerzas para un combate dialéctico. Los criados sirven los platos: ganso al homo glaseado con pasas, ostras y puerros guisados, pasteles de bellota y un pescado entero relleno de escaramujo. También sirven el vino, de color verde oscuro con trocitos de oro flotando en la superficie. Veo como se hunden hacia el fondo del vaso, formando un sedimento centelleante.

—¿Te he dicho lo horrorosa que estás esta noche? —dice Cardan, mientras se recuesta en la lujosa silla tallada. La calidez de sus palabras convierte su pregunta en algo parecido a un cumplido.

—No —respondo, contenta de que su impertinencia me haya devuelto a la realidad —. Dímelo.

—No puedo —alega, después frunce el ceño—. ¿Jude? —Puede que nunca me acostumbre a oír mi nombre saliendo de sus labios. Los extremos de sus cejas se juntan—. Te está saliendo un moratón en la mandíbula.

Bebo un largo trago de agua.

—Estoy bien —respondo.

Ya falta poco.

Balekin se pone en pie y alza su copa.

Empujo mi silla hacia atrás, para así estar de pie cuando se produzca la explosión. De repente, se produce un estruendo tan fuerte que parece como si la sala fuera a venirse abajo. Los feéricos chillan. Las copas de cristal caen al suelo y se hacen trizas.

Bomba ha actuado.

Entre la confusión, una flecha negra sale disparada desde un recoveco sombrío y se clava en la mesa de madera, justo delante de Cardan. Balekin

se pone en pie de nuevo.

—¡Allí! —grita—. ¡El asesino!

Los caballeros corren hacia Cucaracha, que emerge de entre las sombras y vuelve a disparar.

Otra flecha sale disparada hacia Cardan, que finge estar demasiado atónito como para moverse, tal y como lo habíamos ensayado. Cucaracha le explicó a Cardan con todo lujo de detalles que sería mucho más seguro que se quedara quieto, pues así resultaría más fácil no acertarle.

Pero no contábamos con Balekin. Derriba a Cardan de la silla, lo arroja al suelo y lo protege con su cuerpo. Mientras observo la escena, me doy cuenta de que había malinterpretado su relación. Porque, sí, Balekin no se ha dado cuenta de que Fantasma ha trepado hasta el anaquel donde se encuentra la corona sanguínea. Y sí, ha enviado a sus caballeros a por Cucaracha, permitiendo que Bomba bloquee las puertas de esta estancia.

Pero también le ha recordado a Cardan por qué no debe seguir adelante con este plan.

Siempre he pensado en Balekin como el hermano al que Cardan odiaba, como el hermano que había asesinado a toda su familia. Pero había olvidado que Balekin es su familia. Balekin es la persona que lo acogió cuando Dain conspiró contra él, cuando su padre lo echó del palacio. Balekin es lo único que le queda.

Y, aunque estoy segura de que Balekin sería un rey espantoso, que haría daño a Cardan y a muchos otros, estoy igualmente segura de que le concedería poder a su hermano. Cardan tendría manga ancha para ser cruel, siempre que quedara claro que Balekin es aún más cruel.

Coronar a Balekin sería una apuesta segura. Mucho más segura que confiar en mí, que creer en una versión futura de Oak. Cardan me hizo una promesa. Tengo que asegurarme de que no encuentre un modo de eludir mis órdenes.

Me he retrasado un poco, me está costando más de lo que pensaba avanzar entre la multitud, así que no estoy donde le dije a Fantasma que estaría. Cuando miro hacia el anaquel, está allí, emergiendo de una sombra. Arroja la corona, pero no hacia mí. Fantasma la ha lanzado hacia mi gemela idéntica. La corona aterriza a los pies de Taryn.

Vivi ha cogido a Oak de la mano. Lord Roiben se está abriendo paso entre la multitud.

Taryn recoge la corona.

—Dásela a Vivi —le digo.

Fantasma, al darse cuenta de su error, saca su ballesta y la apunta hacia mi hermana, pero es imposible que consiga enmendar la situación con un disparo. Taryn me lanza una mirada atroz, se siente traicionada.

Cardan se levanta a duras penas. Balekin también está de pie y cruza la sala a toda prisa.

—Chiquilla, como no me la des a mí, te partiré por la mitad —le dice a Taryn—. Me convertiré en rey supremo, y cuando lo sea castigaré a todo aquel que me haya importunado.

Taryn sostiene en alto la corona, alternando la mirada entre Balekin, Vivi y yo. Después se fija en todos los nobles y damas que la están mirando.

—Dame mi corona —dice Balekin, avanzando hacia ella.

Lord Roiben se interpone en su camino y le pone una mano sobre el pecho.

—Espera.

Roiben no ha sacado ningún arma, pero veo como relucen los cuchillos que guarda bajo la chaqueta.

Balekin intenta apartarle la mano, pero Roiben no se mueve. Fantasma tiene la ballesta apuntando hacia Balekin, todos los ojos de la sala están puestos sobre él. La reina Orlagh se encuentra a varios pasos de distancia.

El ambiente está cargado de violencia.

Avanzo hacia Taryn para situarme frente a ella.

Si Balekin saca un arma, si renuncia a la diplomacia y se limita a atacar, en este salón habrá un baño de sangre. Algunos combatirán de su lado, otros en contra. Los juramentos a la corona ya no tienen importancia, y tras ver como Balekin asesinó a su propia familia, nadie se siente a salvo. Ha convocado aquí a los nobles y damas de Faerie para camelárselos, e incluso él parece comprender que es poco probable que lo consiga con más asesinatos.

Además, Fantasma puede dispararle antes de que llegue hasta Taryn, y Balekin no lleva armadura bajo la ropa. Por gruesos que sean los bordados

del jubón, no le salvarán de una flecha dirigida a su corazón.

—Solo es una chica mortal —dice.

—Es un banquete espléndido, Balekin, hijo de Eldred —dice la reina Orlagh—. Pero, por desgracia, falto de diversiones hasta el momento. Este podría ser nuestro divertimento. Al fin y al cabo, la corona está a salvo en esta sala, ¿no es así? Y tu hermano menor y tú sois los únicos que podéis portarla. Dejemos que la chiquilla elija a quién se la quiere dar. ¿Qué más da, si ninguno de los dos pensáis coronar al otro?

Me he quedado perpleja. Pensaba que la reina Orlagh era su aliada, pero supongo que la amistad que Nicasia mantiene con Cardan puede haberla puesto de su parte. O quizá no esté de parte de ninguno y solo quiera que el mar aumente su poder, menguando el poder de la tierra.

—Esto es ridículo —dice Balekin—. ¿Qué pasa con la explosión? ¿No te ha parecido divertimento suficiente?

—Mi interés sí lo ha despertado, eso seguro —dice lord Roiben—. Y parece que también has perdido a tu general. Tu regencia aún no ha comenzado formalmente, pero ya parece un caos absoluto.

Me doy la vuelta hacia Taryn y cierro la mano sobre la fría superficie metálica de la corona. De cerca, es una preciosidad. Parece como si las hojas emergieran del oro oscuro, como si fueran seres vivos cuyos tallos se entrelazan formando un bonito entramado.

—Por favor —le ruego. Aún queda mucha animadversión entre nosotras. Mucha ira, muchos celos y la sensación de sentirnos traicionadas.

—¿Qué estás haciendo? —inquiere Taryn.

Por detrás de ella, Locke me está mirando con un brillo extraño en los ojos. Mi historia acaba de ponerse más interesante, y sé que las historias son lo que más le gusta del mundo.

—Lo mejor que puedo hacer —respondo.

Tiro de la corona y, durante unos segundos eternos, Taryn la sujeta con fuerza. Después abre la mano y yo me tambaleo hacia atrás con la corona.

Vivi ha acercado a Oak todo lo posible sin llegar a ponerlo en peligro. Oriana está de pie entre la multitud, abriendo y cerrando las manos. Seguro que ha reparado en la ausencia de Madoc, seguro que está preguntándose qué quería decir cuando le hablé del precio a pagar.

—Príncipe Cardan —anuncio—. Esto es para ti.

La multitud se aparta para dejar pasar al otro intérprete clave en esta función. Cardan se sitúa junto a mí y a Oak.

—¡Alto! —grita Balekin—. Detenedlos inmediatamente.

Saca un arma, un signo claro de que renuncia a la vía diplomática. Por toda la estancia resuenan los ecos de muchas más espadas al desenvainarse. Percibo el zumbido del acero mágico en el ambiente.

Echo mano de Noctámbula al mismo tiempo que Fantasma dispara una flecha.

Balekin se tambalea hacia atrás. Un montón de gritos ahogados resuenan por todo el salón. Disparar al rey, aunque no porte la corona, es algo muy grave. Entonces, mientras la espada de Balekin se desploma sobre la antiquísima alfombra, veo dónde le ha disparado.

Tiene la mano clavada a la mesa por una flecha. Una que parece estar hecha de hierro.

—Te conozco, Cardan —dice Balekin—. Sé que prefieres que yo me ocupe del trabajo duro de gobernar mientras tú disfrutas del poder. Sé que desprecias a los mortales, a los rufianes y a los necios. Venga, ya sé que no siempre te he bailado el agua, pero no tienes agallas para hacerme enfadar de verdad. Tráeme la corona.

Sitúo a Oak a mi lado y le dejo la corona en las manos. Para que la vea. Para que se acostumbre a sostenerla. Vivi le da unas palmaditas de ánimo en la espalda.

—Tráeme la corona, Cardan —insiste Balekin.

El príncipe Cardan le dirige a su hermano mayor la misma mirada fría y calculadora que ha empleado con muchas otras criaturas antes de arrancarles las alas, antes de arrojarlas a un río o de expulsarlas de la corte para siempre.

—No, hermano. No cuentes con ello. Aunque no tuviera otro motivo para enojarte, lo haría por simple despecho.

Oak me mira para que le confirme que lo está haciendo bien a pesar de todos esos gritos. Asiento con la cabeza y le dirijo una sonrisa reconfortante.

—Enseña a Oak —le susurro a Cardan—. Enséñale lo que tiene que hacer. Arrodíllate.

—Van a pensar que… —comienza a decir, pero le interrumpo.

—Hazlo y punto.

Cardan se arrodilla y un silencio se extiende entre la multitud. Las espadas regresan a sus fundas. Los movimientos se ralentizan.

—Vaya, esto sí que es divertido —murmura lord Roiben—. ¿Quién será ese niño? O, mejor dicho, ¿de quién?

La reina Annet y él intercambian la sonrisa que cabría esperar de unos miembros de sendas Cortes Oscuras.

—Se hace así, ¿ves? —le dice Cardan a Oak, con un gesto de impaciencia—. Y ahora, la corona.

Echo un vistazo a los nobles y damas de Faerie. Todos tienen cara de pocos amigos. Se los ve recelosos, expectantes. Balekin tiene el rostro contraído por la furia y se pone a tirar de la flecha, como si prefiriera desgarrarse la mano por la mitad antes que permitir que esto ocurra. Vacilante, Oak avanza un paso hacia Cardan, después otro.

—Fase cuatro —me susurra Cardan, creyendo todavía que estamos en el mismo bando.

Me pongo a pensar en Madoc, que duerme en el piso de arriba, sumido en sus sueños homicidas. Pienso en Oriana y Oak, que se verán obligados a separarse durante años. Pienso en Cardan y en lo mucho que me odiará. Pienso en lo que supondrá convertirme en la mala de esta función.

—Durante el próximo minuto, te ordeno que no te muevas —le digo, susurrando también.

Cardan se queda completamente inmóvil.

—Adelante —le dice Vivi a Oak—. Tal y como lo hemos ensayado.

Al oír eso, Oak le coloca la corona a Cardan, y la deja apoyada sobre su frente.

—Yo te corono. —La vocecilla infantil de Oak denota indecisión—. Rey. Rey supremo de Faerie.

Mira a Vivi y después a Oriana. Está esperando que alguna de ellas le diga que lo ha hecho bien, que ya ha terminado.

La gente se queda pasmada. Balekin lanza un alarido furioso. Se oyen carcajadas, bramidos y hurras. A todo el mundo le gustan las sorpresas, y a los feéricos les gustan más que casi cualquier cosa en el mundo.

Cardan, que no puede hacer nada, me mira con rabia. Entonces, en cuanto se cumple el minuto establecido por mi orden, se pone lentamente en pie. La furia que desprenden sus ojos me resulta familiar; centellean como una hoguera soterrada, como ascuas que arden con más intensidad de la que podrían alcanzar las llamas. Esta vez me lo merezco. Le prometí que podría alejarse de la corte y sus maquinaciones. Le prometí que se vería liberado de todo esto. Le mentí.

No es que no quiera que Oak sea el rey supremo. Claro que quiero. Y lo será. Pero solo hay una manera de asegurar que el trono permanezca intacto mientras él aprende lo que necesita saber… Y esa manera es que lo ocupe otra persona. Siete años y Cardan podrá plantarse, abdicar en favor de Oak y hacer lo que le dé la gana. Pero, hasta entonces, va a tener que mantenerle caliente el trono a mi hermano.

Lord Roiben hinca la rodilla en el suelo, tal y como prometió.

—Mi rey —dice.

Me pregunto qué coste tendrá esa promesa. Me pregunto qué nos pedirá, ahora que ha ayudado a coronar a Cardan.

El juramento se extiende por toda la sala, desde la reina Annet hasta la reina Orlagh, pasando por lord Severin. Desde el otro extremo, Taryn me está mirando fijamente, estupefacta. Para ella, tiene que parecer una locura subir al trono a alguien a quien desprecio, pero no tengo manera de explicárselo. Me arrodillo junto con todos los demás y mi hermana hace lo mismo.

El plazo de mis promesas ha vencido.

Durante un buen rato, Cardan se limita a pasear la mirada por la estancia, pero no tiene apenas elección, y lo sabe.

—Levantaos —dice, y así lo hacemos.

Retrocedo para mezclarme con la multitud.

Cardan lleva toda la vida siendo un príncipe de Faerie. No importa cuáles sean sus deseos, sabe lo que se espera de él. Sabe cómo cautivar a una muchedumbre, cómo entretenerla. Ordena que limpien los cristales

rotos. Que saquen nuevas copas y se sirva más vino. El brindis que propone —por las sorpresas y por las ventajas de haber estado demasiado borracho como para asistir a la primera coronación— provoca las risas de todos los nobles y las damas. Me fijo en que la mano con la que sujeta la copa está tan tensa que se le están blanqueando los nudillos, pero me parece que soy la única que se ha dado cuenta.

Aun así, me sorprende cuando se da la vuelta hacia mí, con un fulgor en los ojos. Parece como si el salón estuviera vacío a excepción de nosotros dos. Alza la copa de nuevo, mientras esboza una sonrisa burlona.

—Y por Jude, que esta noche me ha hecho un regalo. Uno que le devolveré con creces.

Intento no estremecerme mientras los invitados levantan sus copas a mi alrededor. Los vasos tintinean. El vino fluye. Se oyen más carcajadas.

Bomba me da un codazo en el costado.

—Ya hemos pensado tu nombre en código —susurra. Ni siquiera la había visto entrar por las puertas bloqueadas.

¿Cuál?

Nunca me había sentido tan cansada, y aun así, durante siete años, no podré descansar de verdad. Supongo que me llamarán «Mentirosa». Bomba me dedica una sonrisa pícara, cargada de secretos.

—¿Cuál va a ser? Reina.

Por lo visto, aún no he recuperado la capacidad de reír.

EPÍLOGO

Me encuentro en mitad de un hipermercado, empujando el carrito mientras Oak y Vivi eligen sábanas y fiambreras, sandalias y pantalones ceñidos. Oak mira a su alrededor con entusiasmo y un ligero desconcierto. No para de coger cosas, las examina con extrañeza y luego las vuelve a dejar donde estaban. En la sección de dulces, echa varias chocolatinas al carro, junto con gominolas, piruletas y trozos de jengibre confitado. Vivi no se lo impide, así que yo tampoco.

Resulta raro ver a Oak sin sus cuernos, gracias a un hechizo, y con unas orejas que parecen tan redondeadas como las mías. Resulta raro verle en la sección de juguetes, probando un patinete con una mochila con forma de búho colgada del hombro.

Pensé que sería difícil convencer a Oriana para que le dejara marcharse con Vivi, pero tras la coronación de Cardan, estuvo de acuerdo en que lo mejor para Oak era pasar unos años alejado de la corte. Balekin está preso en una torre. Madoc se despertó furioso, solo para descubrir que su oportunidad para hacerse con la corona ya había pasado.

—Entonces, de verdad es tu hermano, ¿no? —le pregunta Heather a Viví, mientras Oak sale disparado con el patinete y pasa a toda velocidad junto al estante de las tarjetas de felicitación—. Si es tu hijo, me lo puedes decir.

Vivi se ríe con ganas.

—Tengo secretos, pero ese no es uno de ellos.

Heather no se entusiasmó demasiado cuando Vivienne se presentó con un niño y una explicación peregrina sobre por qué tenía que vivir con ella, pero no los mandó a paseo. El sofá de Heather se convierte en cama, así que acordaron que Oak podría dormir allí hasta que Vivi encontrara trabajo y pudieran permitirse un apartamento más grande.

Sé que Vivi no piensa buscar un empleo convencional, pero se las arreglará. Se las arreglará de maravilla. En otras circunstancias, teniendo en cuenta nuestro pasado y lo que les pasó a nuestros padres, habría seguido insistiendo para que Vivi le contara la verdad a Heather. Pero, de momento, si cree que tiene que mantener el engaño un poco más, no estoy en condiciones de llevarle la contraria.

Cuando nos ponemos en la cola de cajas y Vivi paga su cargamento con unas hojas hechizadas para que parezcan billetes, vuelvo a pensar en la recta final del banquete que desembocó en una coronación. En la maraña de feéricos comiendo y bromeando. En el asombro generalizado que provocó Oak, que parecía contento y asustado al mismo tiempo. En Oriana, que no tenía claro si debía felicitarme o arrearme un sopapo. En Taryn, callada, reflexiva, aferrada a la mano de Locke. En el largo beso que Nicasia le plantó a Cardan en su regia mejilla.

He movido ficha y ahora tengo que vivir con lo que he hecho.

He mentido, he traicionado y he vencido. Ojalá hubiera alguien para felicitarme.

Heather suspira y sonríe a Vivi con embeleso mientras cargamos las compras en el maletero de su Prius. De vuelta en el apartamento, Heather saca de la nevera una masa de pizza precocinada y nos enseña a personalizarlas.

—Mamá vendrá a visitarme, ¿verdad? —pregunta Oak mientras coloca unos trozos de chocolate y malvaviscos en lo alto de su masa.

Le aprieto el brazo mientras Heather mete la comida en el horno.

—Por supuesto que sí. Considera el tiempo que pases aquí con Vivi como un aprendizaje. Aprende lo que necesitas saber y podrás volver a casa.

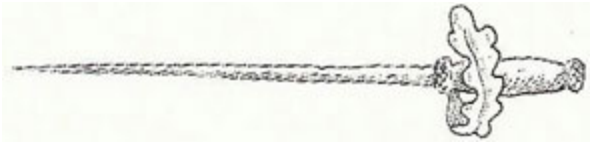
—¿Cómo sabré que lo he aprendido, si no sé de qué se trata?

Su pregunta parece un acertijo.

—Vuelve cuando regresar te parezca una decisión difícil —respondo al fin.

Vivi nos mira con gesto pensativo, como si nos hubiera oído.

Me como una porción de la pizza de Oak y me chupo el chocolate de los dedos. Está tan dulce que hace que me duelan los dientes, pero no me importa. Lo único que quiero es compartir un rato más con mi hermano y mi hermana antes de tener que regresar volando a Faerie yo sola.



Cuando desmonto de mi corcel, me encamino hacia el palacio. Ahora tengo mis aposentos allí: un salón de un tamaño considerable, un dormitorio detrás de unas dobles puertas con cerrojo y un vestidor repleto de armarios vacíos. Lo único que puedo colgar en ellos es lo que me llevé de la finca de Madoc y unas cuantas cosas que me compré en el hipermercado.

Aquí es donde voy a vivir, para estar cerca de Cardan, para utilizar el poder que tengo sobre él y asegurarme de que las cosas vayan bien. La Corte de las Sombras crecerá en las entrañas del castillo, nutriéndose de ser tanto los espías del rey supremo como sus guardianes.

Obtendrán su oro, directo de las manos del rey.

Lo que no he hecho, todavía, es hablar con Cardan. Cuando me fui apenas le dejé unas cuantas órdenes que seguir, mientras me miraba con ese gesto de odio que conozco bien y que basta para achantarme. Pero tarde o temprano voy a tener que hablar con él. No ganaré nada si lo sigo demorando más tiempo.

Me dirijo a los aposentos reales con el corazón encogido y pesadez en mis pasos. Llamo a la puerta, pero un sirviente con pinta de estirado y flores entrelazadas en su barba rubia me dice que el rey supremo se ha ido al gran salón.

Me lo encuentro allí, repantigado en el trono de Faerie, observando el entorno desde la tarima. Somos las únicas personas en la habitación. Mis pisadas reverberan mientras me acerco.

Cardan lleva puestos unos pantalones bombachos, un chaleco cubierto por una chaqueta holgada a la altura de los hombros y ceñida por la cintura, con unos bajos que le llegan hasta la mitad del muslo. El tejido es de terciopelo puro, de color borgoña, con remates en color marfil en las solapas, los hombros y el chaleco. El conjunto está engalanado con unas puntadas en hilo de oro, a juego con los botones y con las hebillas de sus botas. En el cuello lleva una gorguera confeccionada con plumas de lechuza de color claro.

El cabello negro le cae alrededor de las mejillas formando unos bucles espesos. Las sombras acentúan la forma angulosa de sus huesos, la longitud de sus pestañas, la belleza despiadada de su rostro.

Me horroriza pensar que de verdad tiene aspecto de rey de Faerie.

Me horroriza el impulso que siento de hincar la rodilla ante él, el deseo de dejar que me acaricie la cabeza con su mano cubierta de anillos.

¿Qué he hecho? Durante mucho tiempo, no ha habido nadie en quien confiara menos. Y ahora tengo que lidiar con él, tengo que hacer que nuestras voluntades coincidan. El juramento que hizo no parece antídoto suficiente frente a su astucia.

¿Qué diablos he hecho?

Sigo caminando a pesar de todo. Mantengo la expresión más férrea posible. Cardan sonríe, pero es una sonrisa más gélida que cualquier cara que yo pueda poner.

—Un año y un día —me dice—. Se pasará sin que te des cuenta. ¿Y qué harás entonces?

Me acerco un poco más.

—Cuento con lograr convencerte para que sigas siendo rey hasta que Oak esté listo para regresar.

—Puede que le coja el gustillo a esto de gobernar —añade con frialdad —. Puede que no quiera dejarlo nunca.

—Lo dudo —replico, aunque siempre he sabido que eso era una posibilidad. Siempre he sabido que sacarle del trono podría resultar más

difícil que subirle a él.

Tengo un trato con él durante un año y un día. Tengo un año y un día para alcanzar un acuerdo más largo. «Y ni un minuto más».

Cardan ensancha su sonrisa, dejando al descubierto los dientes.

—No creo que vaya a ser un buen rey. Nunca he querido ser monarca, y menos uno bueno. Me has convertido en tu marioneta. Está bien, Jude, hija de Madoc, seré tu marioneta. Tú gobernarás. Tú lidiarás con Balekin, con Roiben, con Orlagh del Inframar. Serás mi senescal, harás todo el trabajo, y yo mientras beberé vino y haré reír a mis súbditos. Puedo convertirme en el escudo que pondrás delante de tu hermano, pero no esperes que empiece a ser útil.

Esperaba otra cosa; una amenaza directa, quizá. Pero, en cierto modo, esto es peor.

Cardan se levanta del trono y dice:

—Ven, siéntate.

Su voz está repleta de peligros, henchida de amenazas. Las ramas en flor han hecho brotar unas espinas tan gruesas que los pétalos apenas resultan visibles.

—Esto es lo que querías, ¿verdad? —inquiere—. Esto es aquello por lo que has sacrificado cuanto tenías. Adelante. Todo tuyo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis amigos escritores, que me acompañaron durante el proceso de bosquejar, idear, escribir y revisar este libro. Gracias a Sarah Rees Brennan, Leigh Bardugo, Kelly Link, Cassandra Clare, Maureen Johnson, Robin Wasserman, Steve Berman, Gwenda Bond, Christopher Rowe, Alaya Dawn Johnson, Paolo Bacigalupi, Ellen Kushner, Delia Sherman, Gavin Grant, Joshua Lewis, Carrie Ryan y Kathleen Jennings (que hizo unos dibujos preciosos que me entusiasmaron durante un taller de escritura).

Gracias, también, a toda la gente de ICFA que compartió conmigo sus impresiones después de leer los tres primeros capítulos en voz alta.

Gracias al equipo de Little, Brown Books for Young Readers, que han apoyado mi singular proyecto. Gracias en especial a mi maravillosa editora, Alvina Ling, y a Kheryn Callender, Lisa Moraleda y Victoria Stapleton.

Gracias también a Barry Goldblatt y Joanna Volpe por guiar el rumbo del libro en los momentos críticos.

Y por encima de todo, gracias a mi marido, Theo, por conversar conmigo en profundidad sobre este libro a lo largo de muchos años; y a nuestro hijo, Sebastian, por abstraerme de la escritura y colmarme el corazón de alegría.